
MABEL DÍAZ
UNA ESPOSA PARA EL LAIRD

MABEL DÍAZ

UNA ESPOSA PARA EL LAIRD

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Título original: Una esposa para el laird
©Mabel Díaz, junio 2026
Imagen de portada e interiores: Mabel Díaz
Diseño de portada: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)
Maquetación interior: Marien F. Sabariego (ADYMA Design)

Para Dama Beltrán, por animarme a salir de mi zona de confort y escribir una historia de highlanders*.*

Y para Josephine Lys, por emocionarse tanto con la lectura del manuscrito y por su ayuda.

NOTA DE LA AUTORA

Obra inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual (RPI).

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de la titular de la propiedad intelectual.

Los datos históricos que hacen referencia a la guerra de la independencia de Escocia —batallas, reyes, clanes aliados y enemigos—, lugares —castillos de Dunvegan y Duntrune—, costumbres, festividades, tradiciones y la vida rutinaria de las gentes del siglo XIV los he obtenido del libro *Historia de Escocia*, escrito por Captivating History, de los documentales *Tierras altas de Escocia: una cultura diferente* e *Isla de Skye* del canal Historia y *El reino del norte* y *Escocia: lagos, leyendas, castillos y cultura* del canal National Geographic. Aunque me he tomado algunas licencias por el bien de la historia romántica que cuento en esta novela.

El resto de los personajes y situaciones han salido de mi imaginación.

Si te gustan mis libros, deja un comentario en Amazon, Goodreads o recomiéndalos a otras lectoras, por favor. ¡Muchas gracias!

Para estar al día de próximas publicaciones, ofertas y participar en sorteos, puedes seguirme en mis redes sociales:

Facebook: https://www.facebook.com/mabel.diaz.9085

Instagram: @mabel.diaz.escritoraromantica

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Agradecimientos
Biografía de Mabel Díaz
Bibliografía



PRÓLOGO

Castillo Dunvegan. Isla de Skye, Escocia. Año 1314

Ian MacLeod observaba con atención cómo la niña del cabello rojizo consolaba a su hermana menor por la muerte de su padre, Tormod MacLeod, que había perdido la vida luchando contra los ingleses en la batalla de Bannockburn.

La miró de arriba abajo y se detuvo a contemplar sus ojos azules y las pecas que salpicaban la naricilla respingona y se extendían hacia los pómulos. El cabello rizado le caía por la espalda como si fuera una cascada de fuego.

Su hermana Brianna y ella tenían la misma edad y eran muy amigas, a pesar de que se veían poco.

Erin Campbell agarraba la mano de Brianna, transmitiéndole cariño y apoyo en aquel momento tan duro. Las lágrimas de la pequeña del clan MacLeod se unían a la lluvia que caía sobre la tumba donde habían enterrado al *laird*. Sabía que nunca más volvería a ver a su padre. Nunca más volvería a jugar con ella. Ya no tendría la posibilidad de refugiarse entre los fuertes brazos del *highlander* buscando su protección.

—No llores más, Brianna —susurró Erin con su dulce voz. Apretó más fuerte la mano de su amiga y le entregó una flor de cardo morada—. Está en un buen lugar. La diosa madre y las hadas cuidarán de él.

Ian la escuchó y deseó que también le dirigiera esas palabras a él. Pero Erin parecía no darse cuenta de su presencia. Siempre jugaba con su hermana; hablaba con su hermano mayor, Malcolm; con su madre, Fiona; y con su fallecido padre, Tormod, además de con el resto del clan y los habitantes del castillo y de la aldea cercana.

Sin embargo, él parecía no existir para Erin. Esa situación le hacía sentir rabia y frustración. No entendía por qué la mocosa de los Campbell lo ignoraba de aquella manera.

¿Por qué no tenía palabras de consuelo para él igual que para su hermana? ¿Igual que las había tenido para Malcolm y Fiona? ¿No se daba cuenta de que él también estaba afligido por la muerte de su padre?

Desvió la vista de Erin Campbell hacia el lago, intentando apaciguar su ánimo. La lluvia seguía cayendo sin cesar. Las nubes también lloraban por la pérdida del jefe del clan.

El clérigo acabó la oración que había rezado por el alma de su padre. Tras el *requiescat in pace,* las personas allí presentes abandonaron poco a poco el lugar mientras los acordes tristes de las gaitas resonaban en sus oídos.

Frente a la tumba de Tormod MacLeod se quedó un reducido grupo: Fiona, Malcolm, Brianna, Erin y la familia de esta formada por Colin Campbell —el *laird* de su clan—, su esposa, Marion, y sus hijos varones, Niall y William.

Brianna dio un paso adelante y depositó sobre la tierra mojada la flor de cardo que Erin le había dado poco antes.



La mañana siguiente amaneció con un tímido sol, que permitió a Erin y Brianna salir a jugar por el bosque de robles y tejos cercano al castillo.

Brianna cerró los ojos y empezó a contar. Erin corrió a esconderse tras unos matorrales de brezo blancos y amarillos. Esperaba que allí, agazapada, su amiga tardase en encontrarla. No quería terminar el juego tan pronto.

Mientras escuchaba a lo lejos cómo Brianna seguía contando, notó que una mano la aferraba del brazo. Se sobresaltó y a punto estuvo de dar un grito si no fuera porque otra mano le tapó la boca.

—Si gritas, mi hermana sabrá dónde estás —murmuró Ian—. Además, este no es un buen escondite. Ven conmigo y te mostraré otro mejor.

Él retiró la mano de la boca de Erin y ella lo observó intentando que no se notase lo impresionada que estaba por su cercanía. Ian siempre le había dado miedo por su gran altura —era mucho más alto que el resto de los muchachos que ella conocía— y por aquellos ojos acerados que la miraban como si pudieran ver su interior, su alma. Por eso intentaba no mirarlo ni hablar con él. La intimidaba tanto que no quería tenerlo cerca.

—No. Prefiero quedarme aquí —susurró con voz temblorosa, intentando controlar su miedo hacia él. Se había distanciado un par de pasos mientras le contestaba.

Sin embargo, él no soltó su brazo.

—Tu pelo rojizo te delata. Brianna te encontrará enseguida.

Erin pensó un momento en lo que acababa de decirle. Tenía razón. El color de su cabello era tan llamativo que no pasaba desapercibido. Reunió todo el valor que tenía su pequeño cuerpo y preguntó:

—¿Dónde está ese otro escondite?

Ian sonrió, sintiéndose victorioso.

—Ven —dijo, tomándola de la mano.

Echó a correr hacia un gran tejo, con Erin detrás, y cuando llegaron a la base del árbol, se resguardaron tras él.

Brianna comenzó a buscar a su amiga.

—Súbete al árbol —le ordenó Ian a Erin.

Ella miró el tejo con ojo crítico. Era el árbol más alto de aquella zona. Nunca había trepado a ninguno porque era demasiado pequeña para llegar a las ramas más bajas. Sus hermanos Niall y William sí lo hacían habitualmente porque eran más altos que ella, pero no tanto como Ian MacLeod. Siempre le decían que, cuando creciera, le enseñarían.

—Es lo mejor. Si te quedas aquí, mi hermana te descubrirá. Ahí arriba tardará mucho en encontrarte —insistió para convencerla.

—No sé trepar. Además, soy demasiado pequeña y no llego a las ramas.

—Te ayudaré.

Ian clavó una rodilla en tierra y le indicó a Erin que usara su pierna como escalón para llegar a la rama más baja.

—Agárrate bien —le aconsejó el muchacho MacLeod.

Ella se aferró con fuerza a la primera rama del tejo.

Él se alzó del suelo, embarrado por la lluvia del día anterior, y la observó con un rastro de burla en los ojos. Dio una vuelta en torno a Erin y sonrió ampliamente.

—Pareces una manzana madura colgando del árbol.

Contempló unos instantes más su cara enrojecida por el esfuerzo de sujetarse a la rama y se dio la vuelta para marcharse.

—¿A dónde vas? —preguntó con horror al ver cómo Ian se alejaba de ella.

—Regreso al castillo —respondió por encima del hombro.

—¡No puedes dejarme aquí! —gritó la niña, presa del pánico—. ¿Cómo voy a descender?

—Brianna te ayudará cuando te encuentre.

Ian se marchó de allí riéndose a carcajadas. Estaba seguro de que Erin Campbell recordaría ese momento toda su vida y, la próxima vez que lo viera, no lo ignoraría como tenía por costumbre hacer.

Ella lo observó mientras se alejaba, alegre, con su melena rubia balanceándose con cada paso que daba y el *kilt* con los colores de su clan. Juró que nunca jamás volvería a confiar en él.



Las dos niñas retornaron al castillo Dunvegan maldiciendo al muchacho. Brianna insistía en contárselo a su hermano Malcolm para que le diera un escarmiento. El primogénito del clan MacLeod, de dieciocho años, había pasado a ser el nuevo *laird* tras la muerte

de su padre. Por lo tanto, tenía la máxima autoridad para castigar a Ian por su mal comportamiento con Erin.

La pequeña de los Campbell le suplicaba a su amiga que no le contase nada a su hermano mayor ni a nadie. Temía las represalias que Ian pudiera tomar contra ella si lo castigaban.

Además, al alba partiría con su familia hacia su hogar, el castillo Duntrune, en Argyll y Bute, y no se volverían a ver hasta la primavera siguiente, cuando se celebrara la reunión de los clanes. No deseaba pasar el resto del tiempo que le quedaba con su amiga acusando a Ian por lo que había hecho. Prefería refugiarse en sus aposentos y acabar el bordado del pañuelo que había empezado días atrás. Tenía intención de regalárselo a Brianna antes de partir.

Al final convenció a su amiga para que no delatase a su hermano y la acompañase a su alcoba.

Mientras cruzaban el gran salón del castillo, con la enorme chimenea al fondo y varios tapices en las paredes que protegían a sus habitantes del frío y húmedo clima de las Highlands, Ian apareció con una sonrisa burlona en la boca. Erin contuvo la respiración al ver al gigante caminar hacia ellas. Dirigió la vista hacia la gran mesa de madera con largos bancos a cada lado y la silla del jefe del clan en la cabecera, intentando no temblar por el miedo que sentía. Pasó de largo ignorándolo como hacía siempre.

Sin embargo, Brianna se plantó frente a él.

—¿Por qué has dejado a mi amiga colgando de la rama del tejo? Eres un bruto y un patán.

—¿No estabais jugando? Yo también —se excusó él con sorna.

La niña se alzó sobre las puntas de sus pies, encarándose más con su hermano.

—Ian MacLeod, discúlpate con Erin o de lo contrario…

—¿Qué? —la retó.

—Te beberás mis orines mañana cuando tomes gachas en el desayuno.

Ian soltó una carcajada al oír la amenaza de la pequeña. No tenía intención de disculparse después de comprobar que, a pesar de lo sucedido, la mocosa de los Campbell seguía ignorándolo.

—Me arriesgaré —replicó el muchacho.

Erin escuchaba la conversación desde una esquina del salón mientras rezaba para que los hermanos terminasen con su charla y poder huir a su alcoba.

—Brianna, por favor… —le pidió en un susurro.

Su amiga desvió la mirada hacia ella y, al ver su gesto angustiado, resolvió la situación.

—Está bien. No te disculpes si no quieres, pero mañana ten cuidado al desayunar tus gachas. Podrían llevar algún ingrediente desagradable —le advirtió por segunda vez.

A pesar de su corta edad, la pequeña del clan MacLeod tenía una valentía impresionante. No temía enfrentarse con el gigante Ian ni con nadie, en realidad.

Brianna se dirigió hacia su amiga. Juntas subieron las escaleras que llevaban a los aposentos de la familia y visitantes del castillo al tiempo que la pequeña de los MacLeod seguía insultando a su hermano mediano. Cuando llegaron a la alcoba de Erin, se metieron dentro y continuaron con el bordado.



Apenas despuntaba el día cuando se despidieron de la familia MacLeod. Tenían un largo camino hasta Argyll y Bute. Erin sabía que harían una parada en Innis Chonnell, otro de los castillos del clan Campbell, para visitar la tumba de sus abuelos y ver a su tío Ewan, a su esposa, Mahiri, y al bebé recién nacido. Una parte de ella estaba feliz por ver de nuevo a sus tíos y conocer a su primo, pero otra parte estaba triste porque pasaría mucho tiempo antes de reencontrarse con su amiga.

Cuando terminaron de cruzar el puente sobre el río que desembocaba en un gran lago, Erin giró la cabeza para contemplar la magnífica fortaleza que era el castillo Dunvegan, con sus altas torres y sus fuertes muros de piedra. Brianna aún permanecía en la puerta, con el brazo alzado, despidiéndose de ella. Erin hizo el mismo gesto que su amiga y la siguió con la mirada mientras entraba en su hogar.

Antes de volverse hacia el frente, se dio cuenta de que Ian estaba en una de las almenas del castillo observando su partida. Se preguntó si el muchacho estaría planeando otra fechoría para la próxima vez que volvieran a verse. Intuía que sí. Un estremecimiento recorrió su pequeño cuerpo. Devolvió la vista al frente rezando a san Mungo para que no la molestase en el futuro.



1

Castillo Duntrune. Argyll y Bute, Escocia. Año 1328

Erin Campbell se miró al espejo mientras su doncella le anudaba las cintas con las que se cerraba en la espalda el vestido de color magenta que llevaba. Cuando por fin terminó, retrocedió para ver mejor la prenda nueva en el espejo. Era realmente magnífica. El escote cuadrado hacía que sus senos pareciesen más grandes. Gracias a las cintas ajustadas por detrás, su cintura se marcaba a la perfección.

Ayudada por su madre, Marion, y la doncella, Erin había confeccionado el vestido con la tela que le había traído su padre de su última visita a Stirling. También le había regalado tejidos en otros colores. En esos días estaba inmersa en la confección de una capa de lana para afrontar el crudo invierno, que llegaría en pocos meses.

Una chispa le brillaba en los ojos cuando cruzó la mirada con su doncella.

La pequeña del clan Campbell se había convertido en una joven dama de belleza exultante. Con el cabello rojizo, los ojos azules, los carnosos labios y la esbelta figura, llamaba la atención allí donde fuera. Tenía unos cuantos pretendientes, hombres de clanes vecinos, pero no le gustaba ninguno de ellos.

Sus padres insistían en que debía contraer matrimonio en los próximos meses porque hacía varios años que había entrado en la edad de tener descendencia y en poco tiempo se la consideraría demasiado mayor, pero Erin se negaba. No le importaba ser una solterona. Amaba a su familia y a su clan por encima de todo, y le dolería mucho tener que abandonarlos cuando se desposara con algún hombre.

Aunque le agradaba sentirse deseada por los jóvenes, aún no quería comprometerse con alguien para toda la vida.

—Estáis muy hermosa con ese vestido, mi señora.

—Gracias, Mor. Estoy impaciente por ver a mi buena amiga Brianna MacLeod. Voy a disfrutar mucho de su compañía —dijo, con la alegría inundando su cuerpo—. Siempre que no nos moleste el zopenco de su hermano Ian.

Erin se sentó en un banquito de madera frente al espejo para que Mor pudiera recogerle el largo cabello rizado en un moño.

—He oído que Ian MacLeod es el joven más apuesto de todas las Highlands. Como *laird* de su clan, necesitará una esposa.

Ian había pasado a ser el jefe del clan MacLeod después de la muerte de su hermano Malcolm en la batalla de Old Byland, en 1322. Los Campbell no pudieron asistir a su funeral porque su padre, que era el jefe del clan, y su hermano mayor habían sido heridos en la misma batalla y debían recuperarse. Escocia se hallaba inmersa en la guerra contra los ingleses para conseguir su independencia, algo que por fin habían logrado en mayo de ese año 1328.

—Admiro a la dama que tenga el valor de desposarse con ese miserable arrogante y engreído —declaró Erin.

Mientras la doncella la peinaba, la joven recordó cómo al año siguiente de que el muchacho MacLeod la dejara colgada del tejo la había vuelto a ofender. Fue en la reunión de los clanes que se había celebrado allí, en Duntrune.

Erin paseaba por el verde valle de Glen Lochy con sus amigas Brianna MacLeod, Ishla Fraser y Elisabeth Lamont. Las otras niñas habían acudido a la reunión de clanes que se celebraba en primavera con sus familias y, en ese momento, disfrutaban del sol que lucía en Argyll y Bute mientras recogían algunas flores.

—Me gustaría que bordases otro pañuelo para mí. El que me regalaste el pasado año creo que lo he perdido o me lo han robado, porque no lo encuentro —le comentó Brianna.

—Antes de que regreses a Dunvegan, te bordaré otro —le prometió Erin.

—Yo he terminado de bordar uno con los colores de mi clan en cada esquina —intervino Ishla Fraser—. Cuando regresemos a Duntrune, os lo mostraré.

Siguieron entretenidas hablando de costura. De ese tema, pasaron a comentar las recetas de cocina que habían aprendido en el tiempo que habían estado sin verse.

De pronto, escucharon el maullido de un gatito.

Al principio, todas pensaron que eran imaginaciones suyas, pero, al quedarse en silencio, lo oyeron con total claridad.

Enseguida comenzaron a buscarlo hasta que Erin lo encontró. Apretó a la pequeña bolita de pelo blanco y marrón contra su pecho y notó el corazón acelerado del felino. El animal arañó con las garras la fina tela del vestido que llevaba, aferrándose a ella con todas sus fuerzas, que le acarició el suave pelaje al tiempo que murmuraba palabras de consuelo.

—No te preocupes. Ya te tengo. Te llevaré a mi hogar y cuidaré de ti. Si padre me lo permite, claro. Y si no, buscaré un lugar que sea adecuado para ti.

Se giró hacia sus amigas y les dijo que debían regresar al castillo para darle de comer al gatito.

Por el camino decidieron el nombre que le pondrían a esa bolita de pelo suave y ojos amarillos. Lo llamarían Ebie. Habían formado la palabra con la inicial de sus nombres: Erin, Brianna, Ishla y Elisabeth.

Contentas, llegaron a la cocina. Vertieron leche en un cuenco y salieron al patio del castillo. Se dirigieron hacia los establos y, una vez que llegaron allí, Erin puso el cuenco en el suelo y dejó al gatito.

Todas lo admiraban mientras el pequeño felino bebía la leche al tiempo que comentaban lo bonito que era, ajenas por completo a la vigilancia de Ian.

Ian estaba en el establo cepillando su caballo negro cuando llegaron las chiquillas. El corcel relinchó, nervioso, pero el muchacho logró calmarlo gracias a unas palabras que le susurró. Cuando su montura estuvo tranquila, agudizó el oído para enterarse de la conversación de las niñas.

La caballeriza que ocupaba le servía de escondite para espiarlas sin que lo descubrieran. Como era tan alto, se sentó en el heno del suelo mientras le daba al caballo una manzana.

—Qué bonito es —oyó que decía Brianna.

—Qué pelo más suave tiene —alabó Ishla Fraser.

—¿Será macho o hembra? —preguntó Elisabeth Lamond.

—Eso no importa —respondió Erin—. De todas formas, el nombre que le hemos puesto le sirve tanto si es macho como si es hembra. Ebie es un buen nombre.

—¿Crees que tu padre te permitirá quedártelo? —quiso saber Brianna—. En caso de que se niegue a aceptarlo, yo me lo podría llevar cuando regrese a Dunvegan.

—O yo, cuando vuelva a Kemnay —opinó Ishla.

—También me lo podría llevar yo cuando regrese a Ascog —terció Elisabeth.

—Primero, tengo que saber si padre me permite quedármelo. En caso de que no lo haga, tendremos que echarlo a suertes —concluyó Erin.

Ian seguía sentado en su escondite mientras planeaba otra fechoría contra Erin. En los dos días que llevaba en el castillo Duntrune no se había dignado a hablarle ni a mirarlo. Ni siquiera lo saludó cuando llegó con su madre, su hermano Malcolm y Brianna. Recibió a su familia con cariño y se abrazó a su hermana como si su vida estuviera en peligro y Brianna fuera la única capaz de salvarla. Las dos niñas se alejaron de ellos mientras Ian fulminaba a Erin con la mirada. Otra vez había ignorado su presencia.

Pero ahora había encontrado la ocasión idónea para vengarse de ella.

Sonrió y se alzó del suelo. Le dio otra manzana a su corcel y salió de la caballeriza.

—O podría quedármelo yo —soltó, sorprendiendo a las niñas.

Estas se asustaron tanto que huyeron despavoridas del lugar, excepto Brianna, que cogió al gatito y el cuenco de leche, y abandonó el establo con tranquilidad. Antes de traspasar la puerta, le dijo a su hermano:

—¿Por qué siempre tienes que estar molestando? Eres un patán y un bruto.

No se quedó a escuchar la réplica de Ian.

Caminó hasta donde la esperaban sus amigas, le entregó el felino a Erin y emprendieron el regreso al salón.

Nada más llegar, Erin buscó a su padre.

Lo encontró junto a su madre y otros matrimonios de los clanes que asistían a la reunión.

Se acercó a él y le tiró suavemente del tartán con los colores de los Campbell.

Colin se giró hacia ella y la sonrisa de su cara se amplió. Miró con ternura a su pequeña Erin, su debilidad, y a la bolita de pelo blanco y marrón que tenía en los brazos.

—Padre, he encontrado este gatito en Glen Lochy. No tiene familia. ¿Puedo quedármelo?

Colin Campbell observó al animalillo, después volvió a mirar a su hija y asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Sabrás cuidar bien de él? —le preguntó, al tiempo que acariciaba los rizos rojizos del cabello de Erin.

—Sí, padre —dijo, feliz.

Colin se agachó para que ella le diera un beso de agradecimiento mientras el resto de las niñas que la acompañaban sonreían contentas.

A continuación, las cuatro abandonaron el salón y salieron al patio del castillo a jugar con el gatito.

Ian las observaba en una esquina con sus amigos Angus y Hugh. Echó un vistazo alrededor para comprobar que los hermanos de Erin, Niall y William, no estaban por allí. La mocosa del clan Campbell estaba sobreprotegida desde que la dejó colgando de la rama de aquel tejo el verano anterior. Brianna les había confesado a los hermanos de Erin lo sucedido y estos la vigilaban de forma continua para que no volviese a ocurrir.

Descubrió a Niall conversando con una joven dama, Caitrina Fraser, la hermana mayor de Ishla. Sin duda, la estaría cortejando, porque los dos estaban ya en edad casadera y la unión de sus clanes beneficiaría a todos por los lazos de sangre que se crearían si tenían descendencia. De vez en cuando, echaba un vistazo a su hermana pequeña, pero su atención enseguida volvía a centrarse en Caitrina.

Miró por todos lados en busca de William, el hermano mediano de Erin, pero no lo vio. Seguro que estaría escondido en algún sitio, vigilando a su hermana. De todas formas, se arriesgaría. Si Will se enfrentaba a él después, no le importaba tener una pelea; era más alto y corpulento que el joven Campbell, y ganaría la lucha con suma facilidad.

Hizo un gesto a sus amigos Angus y Hugh para que se acercaran a las niñas con el objetivo de distraerlas y poder arrebatarles el felino sin que se dieran cuenta.

Fue más sencillo de lo que pensaba.

Lo primero que hicieron sus amigos fue alabar al gatito. Les preguntaron si podían tocarlo. Tras un par de pasadas de sus toscas manos por el lomo del animal, les comentaron que habían visto más gatitos fuera del castillo. Las niñas los creyeron y quisieron buscarlos para llevarse uno cada una cuando regresaran a sus hogares.

Angus convenció a Erin para que lo dejase al cuidado del felino mientras iba a buscar los otros con sus amigas y con Hugh. En cuanto las niñas salieron del castillo, Angus le llevó el gato a Ian.

—¿Dónde lo vas a esconder?

—Voy a llevarlo a mi alcoba. Me lo quedaré hasta que vea a la mocosa Campbell desesperada, rogándole a san Mungo para encontrar a su gatito. Cuando la primera lágrima brote de sus ojos, diré que me lo he encontrado por ahí y se lo devolveré.

—¿Por qué quieres hacer sufrir a la pequeña Erin? Es una niña muy dulce y bondadosa. Siempre intenta complacer a los demás y ayudar en lo que necesiten.

Ian miró a su amigo y arqueó una ceja.

—A mí nunca me complace ni me ayuda en nada.

—Quizá, si te mostrases más amable con ella, cambiaría su actitud hacia ti —comentó Angus.

Él no respondió al comentario de su amigo. Se metió al pequeño gato bajo el tartán que le cruzaba el pecho y se alejó con rapidez.

Cuando llegó a sus aposentos, sacó al felino y lo dejó sobre la cama. A continuación, se tumbó y se entretuvo un buen rato acariciando al animal.

—Erin tiene razón. Eres muy bonito y suave —le susurró—. Voy a cuidarte bien hasta que te devuelva con tu ama. Solo quiero llamar su atención y no se me ha ocurrido otra forma de hacerlo. Cuando te entregue, me considerará un héroe y nunca más volverá a ignorarme.

Mientras tanto, Erin no dejaba de llorar buscando al gatito. Angus le había prometido que cuidaría de él y ahora decía que no sabía dónde estaba. Lo había perdido. Y, además, no habían encontrado ningún otro como les habían contado Hugh y Angus. ¿Dónde podría estar su pequeño Ebie? Buscó por todo el patio con angustia y desazón, acompañada por sus amigas. Después recorrió el gran salón, la cocina, los pasillos de las alcobas, la bodega y los establos. Miró en todas las caballerizas, con cuidado de no espantar a los corceles que las ocupaban. No lo halló por ningún sitio y regresó al castillo llorando con desconsuelo.

Ian seguía en su alcoba con el gato. Se había quedado dormido con el felino sobre su pecho. Las uñas del animal se habían clavado en la camisa y el tartán con los colores de su clan. Unos ruidos que provenían del pasillo lo despertaron. Agudizó el oído y descubrió que Erin y sus amigas estaban buscando al gatito. Observó la bolita de pelo que se aferraba a su pecho. El gatito dormía plácidamente sobre él. Lo acarició un par de veces más mientras le susurraba:

—Ha llegado la hora de devolverte a tu ama.

Esperó para salir de su alcoba hasta que oyó que las voces de las niñas se alejaban. Con el felino escondido bajo el tartán que le cruzaba el pecho, bajó los escalones de piedra, cruzó el salón y salió al patio del castillo.

Divisó a Erin, Brianna y las otras dos dirigiéndose hacia los establos otra vez. Se encaminó hacia allí al tiempo que se le unían

Angus y Hugh.

—Deberías devolver el gato ya. Erin está muy angustiada. No deja de llorar —le recomendó Hugh.

—Prometiste hacerlo con la primera lágrima que brotara de sus ojos —le recordó Angus—. Ya ha derramado unas cuantas.

—Su sufrimiento acabará enseguida. Cuando le dé esta pequeña bola de pelo, me lo agradecerá y estará en deuda conmigo para siempre —comentó Ian, orgulloso.

Sacó el gatito del escondite que le había proporcionado justo cuando las niñas llegaban a los establos.

—¡Lo he encontrado! —exclamó, llamando la atención de las niñas.

Erin se quedó paralizada al ver a los tres muchachos, sobre todo al gigante MacLeod. Parecía haber crecido más desde la última vez que lo había visto. «¿A qué edad dejan de crecer los muchachos?», se preguntó. También sus músculos se habían desarrollado más y en su rostro comenzaba a nacer el vello rubio, que le recubría el mentón, el labio superior y se extendía hacia las mejillas.

—¡Lo has tenido tú todo este tiempo! —lo acusó su hermana.

—Me lo encontré en el patio y lo llevé a mi alcoba. Lo he cuidado bien —dijo la verdad a medias—. He venido a devolvéroslo porque Angus y Hugh me han contado que lo estabais buscando.

—No te creo —siseó Brianna—. Seguro que ha sido una argucia para molestar a Erin.

Le arrebató el gato de los brazos y se lo entregó a Erin, que ahora lloraba de alivio por haberlo recuperado.

—Vámonos de aquí —ordenó Brianna a sus amigas.

Antes de marcharse, fulminó a su hermano con la mirada. Pero él no se dio cuenta porque estaba contemplando a Erin. La niña solo prestaba atención al felino, cuyo suave pelaje acariciaba y besaba. Sus suspiros entrecortados llegaron hasta el corazón de Ian, que se enterneció.

Pero al momento volvió a sentir rabia cuando observó cómo Erin seguía a su hermana y a las otras niñas sin dirigirle la mirada ni agradecerle siquiera que le hubiera devuelto al gato.

—No me des las gracias, mocosa Campbell —soltó sin poder retener su lengua más tiempo.

Erin se envaró al escucharlo y comenzó a caminar más deprisa, huyendo del establo. Creía firmemente en lo que había dicho Brianna: Ian le había quitado al gato para hacerla llorar. Pero no entendía por qué. Siempre que lo veía intentaba no importunarle, se apartaba de su camino e incluso no lo miraba ni hablaba con él. Además de que la intimidaba demasiado, creía que él no estaría interesado en jugar con niñas.

Brianna le había contado que los juegos de su hermano con sus amigos y otros muchachos del clan consistían en pelearse a puñetazo limpio, tirar piedras, practicar con el arco y la espada, y salir a cazar algún conejo o pescar en el lago Dunvegan.

Así que solo le quedaba pensar una cosa: Ian MacLeod la odiaba y disfrutaba molestándola.

—No te preocupes. Orinaré en las gachas de su desayuno —le confesó Brianna.

—También lo hiciste la otra vez y sigue haciéndome fechorías —dijo Erin, poco convencida de que funcionase.

—Aquella vez no se las tomó. Tuvo miedo de que cumpliera mi amenaza y estuvo un mes sin comerlas. Pero ahora no le he dicho de qué manera voy a darle su merecido. —Brianna le guiñó un ojo a Erin y las dos estallaron en risas, a las que se unieron Ishla y Elisabeth, que habían escuchado toda la conversación.



Erin regresó al presente al escuchar la voz de su doncella.

—Ya he terminado el recogido, mi señora. Estáis muy hermosa —repitió.

La dama se contempló en el espejo y pensó que, cuando Ian MacLeod la viese, quedaría impresionado. Ya no era una niña como la última vez que lo vio. Se había convertido en una mujer. Además, había ganado seguridad en sí misma y estaba deseando demostrárselo a ese patán.



2

Castillo Duntrune. Argyll y Bute, Escocia. Año 1328

Ian se detuvo un momento para contemplar Duntrune, construido en lo alto del acantilado norte del lago Crinan. Con ojo de guerrero curtido en decenas de batallas, observó el bastión. Por su situación, era de difícil acceso. Solo podía ser atacado desde las aguas del *loch*. La fortaleza había formado parte de una barrera defensiva, junto a otros castillos, contra los ataques vikingos que se habían producido entre los años 793 y 850.

Hacía años que no pisaba aquel lugar. La última vez fue en la boda de Niall Campbell con Caitrina Fraser, en la primavera de 1320.

Recordó a Erin, que por entonces se estaba convirtiendo en una jovencita muy bella, y su corazón se aceleró. Los rizos rojizos de su larga cabellera, la mirada limpia, las pecas sobre su nariz y la boca carnosa que daban ganas de besar hasta quedarse sin aliento. Tenía una nívea piel y unos pechos turgentes, que ansiaba acariciar. Había pensado mucho en ella en esos años que no se habían visto. Esperaba que no le guardase rencor por lo sucedido en la boda de Niall.

Indignado porque ella lo ignoraba como siempre, no se lo ocurrió otra cosa que ponerle la zancadilla cuando pasaba por su lado. Erin

tropezó con su pie y cayó sobre el suelo embarrado. Ian fingió sorpresa y se inclinó sobre ella para ayudarla a levantarse.

—¿Os habéis hecho daño?

Erin se miró el vestido verde musgo que se había puesto para la boda de su hermano, ahora cubierto de barro, y notó cómo la rabia crecía en su interior. Sin embargo, no le contestó ni alzó la mirada hacia los acerados ojos del *highlander.*

Brianna acudió en su rescate.

—Bruto patán… Bestia salvaje… Quítale las manos de encima.

Ian no obedeció a su hermana y volvió a formular la pregunta.

Esta vez, Erin alzó sus ojos azules hasta los del joven y este, al verlos arrasados en lágrimas por la vergüenza que estaba pasando, se arrepintió de lo que había hecho.

Pero no tuvo tiempo de disculparse porque Brianna, con un manotazo, logró que Ian dejara de sujetarla. Envolvió a su amiga en un cálido y protector abrazo, y se alejó de allí mientras seguía insultando a su hermano.

Al joven nunca antes le había impactado tanto ver las lágrimas de Erin. Jamás había sentido el corazón encogido hasta ese momento. Tampoco había tenido remordimientos de conciencia hasta que se encontró con los ojos de Erin, que lo miraban con una mezcla de dolor y furia.

Estuvo toda la boda intentando disculparse con ella, pero sus amigas y su hermano William no la dejaron sola en ningún momento, por lo que no tuvo oportunidad de hacerlo.

Sacudió la cabeza para librarse de aquellos recuerdos que le producían frustración e impotencia y regresó al momento presente. Sacó de la pequeña bolsa que llevaba colgada del *kilt* un pañuelo bordado. Lo desdobló para contemplar unos instantes la flor de cardo morada, disecada después de tantos años, y emitió un tenue suspiro. ¿Cómo lo recibiría Erin esta vez?

Notó que alguien se le acercaba por detrás y se guardó con rapidez el trozo de lino con la flor en el *sporran* del que lo había sacado.

—¿Qué hacemos aquí parados? —gruñó Brianna—. Debemos darnos prisa. Amenaza lluvia y quiero llegar al castillo lo antes

posible. Estoy deseando ver a Erin.

—Solo me he detenido a contemplar la belleza del *glen* con Duntrune al fondo y el lago Crinan. ¿No crees que un es un deleite para la vista? Transmite tanta paz con el verdor de su hierba, las flores y…

—¿Ahora eres poeta? —se mofó su hermana.

Ian esbozó una sonrisa y acercó su montura a la de ella. Aproximó la cara hacia la de Brianna y le susurró:

—¿Me guardarías el secreto? Mi fama de guerrero salvaje y despiadado se vería afectada, y no me gustaría que eso sucediera —bromeó con ella.

—¿Cómo osas proponerme algo así, Ian MacLeod? —Brianna continuó con la broma.

—¿Puedo confiar en ti, hermana? Sé que eres muy gentil cuando quieres.

La joven dama meditó un momento.

Con el tiempo, la relación entre los dos hermanos había mejorado. Sin embargo, Brianna no olvidaba el pasado y, de vez en cuando, se lo recordaba a Ian.

—Aceptaré a cambio de que…

Ian arqueó una ceja. ¿Brianna iba a hacerle chantaje? ¡Claro! ¿Cómo no?

—… no importunes a Erin con tus argucias. Siempre has sido vil y ruin con ella, y no entiendo por qué. Erin jamás se ha mostrado hostil contigo.

«Cada vez que la he visto, ha herido mi orgullo ignorando mi presencia», pensó el *highlander.*

—Deseo concedido. Siempre que ella sea amable conmigo.

—Erin es bondadosa, amable y educada con todos.

—Conmigo no —rebatió Ian.

—¿Cuándo ha sido descortés contigo? —protestó Brianna, comenzando a enfadarse.

—Dejemos esta conversación para otro momento. ¿No tienes prisa por llegar a Duntrune y reunirte con tu amiga? Pues vamos.

Ian apretó los flancos de su caballo con los muslos y este comenzó a andar. Brianna y Fiona, su madre, lo siguieron junto con

el séquito de hombres de su clan.

Poco después accedían al castillo Duntrune, donde la familia Campbell esperaba para recibirlos.

En cuanto entraron en el patio de armas con sus corceles, Brianna se bajó de un salto al mismo tiempo que Erin corría hacia ella. Las jóvenes se fundieron en un cariñoso y fuerte abrazo que alivió los ocho años que llevaban sin verse, desde el enlace de Niall con Caitrina.

Ian se quedó impactado por la belleza de Erin. Estaba mucho más hermosa que la última vez que la había visto. Erin Campbell se había convertido en una belleza salvaje que despertaba en él sentimientos impuros. Sintió el deseo de acariciar su fina piel; de besar sus labios rojos hasta lograr que se entregase a él; de estrechar con su férreo brazo la delgada cintura y aplastar sobre su duro torso aquellos senos firmes y, con toda seguridad, suaves. Notó un cosquilleo en el estómago que bajó hasta su entrepierna. Desmontó del caballo mientras Erin y Brianna deshacían el abrazo, pero sin soltarse las manos.

Ian saludó primero a Colin Campbell, después a su esposa, Marion, y al matrimonio formado por William Campbell y Elspeth, embarazada de su primer hijo.

—Enhorabuena por el futuro vástago, mi señora —le dijo con educación a Elspeth. Miró a Will y continuó—: Estoy seguro de que será un gran guerrero como vos.

El hermano y la cuñada de Erin ampliaron su sonrisa.

Mientras, Fiona saludaba a los padres de Erin y aprovechaba para preguntarles por su hijo mayor, Niall, y su mujer, Caitrina.

—Llegarán mañana con nuestros nietos, Kenneth y Rory —respondió Marion.

—¿Cuándo nacerá el primogénito de William?

—Lo esperamos para dentro de dos lunas.

Colin Campbell dejó a las dos mujeres hablando sobre el embarazo de su nuera y se acercó a Ian.

—Ordenaré a un par de mozos que lleven vuestras monturas al establo.

—Gracias, *laird* Campbell. ¿Dónde pueden acampar mis hombres?

Colin le indicó que podían montar el campamento extramuros del castillo. Ian, tras agradecérselo, le dio la orden a su amigo Angus de que informara a los guerreros.

Mientras Fiona saludaba a Will y Elspeth, Ian se acercó a Erin, que estaba entretenida charlando con su hermana.

—Buenos días, mi señora.

Erin dio un respingo al oír la grave voz masculina. Giró la cabeza y la alzó para clavar la vista en los ojos que la miraban desde su imponente altura. A pesar de que Ian seguía resultando intimidante, admiró su bello rostro. El cabello rubio le llegaba un poco más abajo de los hombros. En sus mejillas y su mentón había una poblada barba rubia oscura, que no escondía la sonrisa que le dedicaba en ese momento. Jamás pensó que hubiese un hombre tan viril y deseable, y que ese hombre fuera precisamente Ian MacLeod. Su doncella Mor tenía razón al afirmar que era el *laird* más apuesto de todas las Tierras Altas.

Con sus ojos azules, recorrió el cuerpo del *highlander*. El amplio pecho y los musculosos brazos cubiertos por la camisa de lino; los muslos tapados con el *kilt* con los colores de su clan. La impresionante complexión, heredada de algún antepasado vikingo, junto con la enorme espada que llevaba a la espalda, no dejaba lugar a dudas de que era un gran guerrero, además del jefe de su clan.

Pero no solo era su tamaño lo que la inquietaba. Era todo él. La postura confiada y la autoridad absoluta que demostraba su rostro. Poseía una belleza arrogante y la miraba de una forma tan descarada que le provocó una sensación extraña por todo el cuerpo. Un calor repentino la inundó al tiempo que notaba el corazón acelerado, golpeando las costillas con su ritmo frenético. Seguía sintiéndose vulnerable cerca de él, así que no era tan valiente como había pensado.

—Bienvenido al hogar de los Campbell, *laird* MacLeod —lo saludó con su dulce voz mientras subía otra vez la vista hasta sus ojos. Intentó que no se le notase que aún la intimidaba.

Ian se sintió orgulloso. Su mirada clara estaba impregnada por la fascinación que le producía contemplar su musculoso cuerpo de

guerrero. Por primera vez en su vida, Erin no lo había ignorado. Es más, por el rubor que cubría las mejillas de la joven dama, diría que se sentía excitada por la masculinidad que emanaba de él. Sabía que causaba ese efecto entre las mujeres, pero no creyó que lo podría provocar en Erin Campbell, a pesar de que lo había deseado muchas veces en los últimos años. Sin embargo, aquella mirada ocultaba algo más. ¿Podría ser temor? ¿Estaría pensado que iba a gastarle alguna broma de mal gusto como había ocurrido en el pasado?

—Estáis muy hermosa, mi señora —la alabó.

Erin se quedó tan sorprendida que no fue capaz de reaccionar. No esperaba que él le dedicase esas palabras tan gentiles. Cada vez que lo había visto, le había hecho alguna fechoría para burlarse de ella.

—Todavía es pronto, MacLeod —pronunció su padre—. Ya tendrás tiempo si el elegido sois vos.

Erin frunció el ceño. ¿Elegido para qué? La guerra había acabado. Escocia había logrado su independencia. ¿Por qué su padre decía eso? Una idea peregrina rondó por su mente, pero la desechó de inmediato. No podía ser eso. No.

Ian inclinó la cabeza frente a ella y se giró para hablar con Colin.

—Tenéis razón. Todavía es pronto.

—Entremos en el salón. Hay algo que deseo comentaros, joven MacLeod.

Los dos se alejaron del lugar mientras Erin observaba la musculosa espalda de Ian, con la enorme espada *claidheamhmór* sobre ella. Al final de la espalda, cubierto por la tela de tartán, se adivinaba un culo firme y duro.

—Deja de examinar el cuerpo de mi hermano tan descaradamente —susurró Brianna en su oído.

—¿Qué? No estoy haciendo eso —se ofendió ella.

—Está bien. No lo reconozcas si no quieres, pero permíteme decirte que todas las mujeres entre quince y sesenta años lo miran así, igual que tú.

—¿Así cómo?

—Como si fuera una fruta madura a la que hincar el diente —contestó Brianna riéndose.

—¡Por san Mungo! Yo no quiero hincarle el diente ni a tu hermano ni a nadie.

La joven MacLeod cabeceó sin dejar de reírse. Entrelazó su brazo con el de Erin y, juntas, entraron en el castillo.



Después del almuerzo, las dos amigas pasaron la tarde en la alcoba de Erin, donde jugaron con Ebie, el gato de Erin, y se contaron muchas historias ocurridas en el tiempo que no se habían visto.

En el exterior, la lluvia incesante descargaba sobre los guerreros del clan MacLeod que se entrenaban junto a los del clan Campbell, a pesar de que la guerra entre Escocia e Inglaterra había finalizado ya.

Ian MacLeod y Colin Campbell estaban de acuerdo en que los hombres no debían abandonar nunca las enseñanzas aprendidas con la espada, el arco y el puñal. En ese tiempo reinaba la paz en las Tierras Altas, pero los dos hombres sabían que esa paz no duraba eternamente.

A menudo, los clanes rivales hacían incursiones en sus tierras para robar ganado o para apoderarse del terreno. Por eso debían estar siempre preparados.

Y también por ese motivo debían reforzar las alianzas que tenían con otros clanes o, incluso, crear nuevas.

—¿Vuestra hija sabe cuál es el motivo de mi visita a Duntrune? —preguntó Ian a Colin en un descanso que hicieron—. Aparte de participar en los juegos.

—No —respondió el *laird* del clan Campbell—. Pero no tardará en conocer la noticia.

—Mi familia tampoco sabe nada. No he querido contárselo hasta estar seguro de lo que sucederá cuando Erin lo sepa.

Colin lo miró con una sonrisa en la cara.

—Recuerdo que, de pequeño, erais un mocoso impulsivo que apenas se detenía a pensar las cosas antes de hacerlas. Me agrada comprobar que habéis cambiado, joven Ian.

—Perder a mi padre y a mi hermano, junto con todas las batallas que he librado en estos últimos años y la responsabilidad que conlleva ser el jefe de mi clan, me ha hecho madurar.

—Tormod y Malcolm estarían orgullosos de vos. Os habéis convertido en un gran guerrero y un magnífico *laird* para el clan MacLeod —opinó Colin, apretando el brazo de Ian—. Por eso confío en que cuidaréis bien de mi pequeña Erin.

Ian sonrió.

—Vuestra hija ya no es una niña pequeña. Ahora es una mujer. Una dama muy bella, si me permitís decíroslo.

—Tiene otros pretendientes, pero, de momento, no se ha decantado por ninguno. Dice que no desea contraer matrimonio. Sin embargo, sabe que es su deber y, tarde o temprano, lo aceptará.

—¿Quiénes son esos otros? Quiero saber quiénes son mis rivales.

Colin amplió su sonrisa.

—¿Para planear alguna estrategia? Os tomáis el asunto como si fuera una batalla que tuvieseis que librar.

—¿Y no lo es?



Brianna y Erin bajaron a la cocina. La joven Campbell deseaba enseñar a su amiga la nueva receta que había aprendido.

La estancia era un hervidero de actividad. Algunas mujeres estaban atareadas preparando la cena. Otras iban y venían de la cocina al salón, ocupadas en llevar platos y jarras con cerveza para tener la mesa lista cuando los comensales se sentasen a cenar.

Un delicioso olor a *Cullen Skink* —una sopa espesa hecha con el pescado que vivía en las frías aguas del norte, leche, patatas, cebolla y pan— inundó las fosas nasales de las dos amigas.

En el hogar de leña se asaban varios conejos, que desprendían un aroma más delicioso aún.

Una de las mozas que trabajaba en la cocina a las órdenes de Mary, la cocinera del castillo, se afanaba en hacer panecillos o *scones*: unos, rellenos de pasas y otros, de arándanos.

—Ven —dijo Erin, tomando la mano de Brianna. Tiró de ella para acercarse a la muchacha de los panecillos—. Ayudaremos a Maeve y así aprenderás la receta.

Mientras ayudaban a la criada, Erin comenzó a cantar una tradicional canción gaélica. Con su dulce y melodiosa voz, las hechizó a todas, como sucedía siempre que cantaba.

Marion Campbell escuchaba a su hija, emocionada. En poco tiempo, su niña partiría hacia otro hogar y no podría oír cada día sus canciones, que hablaban de romances antiguos y leyendas de hadas, del paisaje abrupto de las Highlands, de lagos y misterios.

Bajo el arco de piedra por el que se accedía a la cocina, observaba a su joven hija con la añoranza llenando su corazón. ¿Cuánto tiempo tardaría en volver a verla una vez que saliera de Duntrune?

Reprimió las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos y se serenó antes de acercarse a ellas mientras Erin finalizaba la canción.

—Erin, Brianna, debéis cambiaros de vestido para la cena.

—Sí, madre.

—Sí, mi señora.

Ambas dejaron lo que estaban haciendo y salieron de la cocina en dirección a sus aposentos.



Erin entró en su alcoba, seguida por su doncella. Se dirigió al arcón de madera y lo abrió para sacar el vestido que se pondría esa noche. Lo dejó sobre la cama y le indicó a Mor que la ayudase con el cambio de ropa.

—Recógeme el pelo como siempre, Mor —le pidió con suavidad cuando estuvo vestida de nuevo.

Erin había cubierto su esbelta figura con un hermoso vestido, azul claro y de escote cuadrado, que resaltaba sus firmes senos y le marcaba la estrecha cintura.

Se sentó en el banquito que quedaba frente al espejo y Mor procedió a enroscarle el cabello rojizo en torno a la coronilla,

dejando algunos mechones sueltos que flotaban alrededor de su rostro y su nuca.

Cuando estuvo lista, salió de la habitación con paso apresurado. Tenía prisa por reunirse otra vez con Brianna para seguir compartiendo confidencias y risas.

Nada más traspasar el umbral, chocó contra un muro de piedra.

Unas manos grandes y fuertes la sujetaron por la cintura, impidiendo que rebotase y cayera al suelo.

El corazón le bombeó acelerado al sentir el calor tan agradable que desprendían esas manos y que lograban traspasar la tela de su vestido. Ese exquisito calor le llegó hasta el pecho y, de ahí, pasó a sus mejillas.

—¿Siempre vais arrollando a las personas como si fuerais un caballo desbocado? —susurró Ian sobre su pelo.

Erin alzó la vista y la clavó en los ojos del *laird* MacLeod.

El fuego desconocido que vio en ellos le cortó la respiración. Nunca ningún otro hombre la había mirado así. Parecía que Ian deseaba quemarla con sus ojos. Entreabrió los labios para tomar un poco de aire e, instintivamente, se pasó la punta de la lengua por ellos.

Ian siguió el rastro de humedad que iba dejando aquella lengua con un brillo excitado en la mirada. Notó cómo la sangre se le concentraba en la entrepierna y un impulso desesperado de cargar a Erin sobre su hombro para llevarla a la cama más cercana y robarle su inocencia se apoderó de él. Se obligó a serenarse. Debía tener templanza. No podía tomar a Erin hasta que no fuera su esposa. Si le robaba la virtud antes de tiempo, ofendería a su clan, y los Campbell comenzarían una guerra contra los MacLeod para restablecer el honor de la dama.

Con un esfuerzo sobrehumano, la alejó unos centímetros de su cuerpo y dejó caer las manos. La miró con anhelo, esperando que ella hiciera o dijese algo.

Erin tomó aire antes de hablar, lo que hizo que sus senos se llenasen más. Ian dirigió la atención hacia el pecho de la joven y creyó volverse loco. Debía alejarse de ella cuanto antes o no podría resistir la tentación de tomarla.

—Perdonadme, mi señor —pronunció con voz temblorosa, al tiempo que hacía una pequeña genuflexión—. Estaba distraída y…

La visión del escote de Erin fue demasiado tentadora para Ian. Tener algo tan cerca y no poder tocarlo era realmente insoportable. Así que dio media vuelta y se marchó con paso rápido.

—Será maleducado —protestó.

Mor, detrás de ella, había contemplado toda la escena.

—Zopenco, bruto, miserable —continuó insultando Erin al *highlander.*

Escuchó la risita de su doncella y se giró hacia ella.

—Mi señora, a pesar de todos vuestros insultos, debéis reconocer que es el guerrero que toda mujer querría tener en su lecho.

—No tiene delicadeza ni educación. Seré de las pocas que no desean compartir el lecho con semejante asno.

—Entonces, ¿por qué estáis sonrojada, mi señora? —indagó la doncella con picardía.

—Es por el susto que me he llevado al tropezarme con ese patán desconsiderado.

—Nunca habéis sabido mentir —dijo Mor—. Pero allá vos si queréis negar lo que el contacto del *laird* MacLeod ha provocado en vuestro cuerpo.

Erin abrió la boca para replicar.

Sin embargo, no lo hizo, porque sabía que la doncella tenía razón. Aunque no lo admitiría ni en un millón de años.



3

Al día siguiente, comenzaron los juegos de las Highlands.

Por la mañana habían llegado desde Gloom Castle el hermano mayor de Erin, Niall, con su mujer, Caitrina, y sus hijos, Kenneth y Rory. También habían acudido a los juegos su tío Ewan con esposa, Mahiri, y sus vástagos, Fergus, Gael y la pequeña Lissie, de tan solo dos años, procedentes de Innis Chonnel.

Todos estaban muy emocionados porque serían varios días de fiesta y diversión, y la familia estaría reunida al completo.

Los acordes alegres de las gaitas resonaban en los oídos de los hombres que participaban en los juegos y en los del público que observaba el espectáculo.

Ian había resultado ganador en el lanzamiento de tronco y en el del martillo. En esos momentos se encontraba junto a sus hombres participando en el tira y afloja de la cuerda, una batalla de fuerza.

El sudor por el esfuerzo corría por su rostro, bajaba hasta el cuello y llegaba al pecho para empaparle la camisa. Se enfrentaban al clan MacCrimmon, cuyos aguerridos y fuertes guerreros tiraban de la soga, dificultando la victoria de los MacLeod.

Erin y sus amigas recorrían los puestos en los que se vendían comida y artesanía.

Después de un rato, se unieron a un grupo de personas en un animado baile.

Los niños de todos los clanes que asistían a los juegos correteaban por allí, alegres y vivarachos.

Ian, que ya había terminado de participar en el tira y afloja de la cuerda, agarró una jarra de cerveza y se sentó en el suelo cubierto de hierba para descansar mientras disfrutaba contemplando a la gente que bailaba.

Se llevó la jarra a los labios y bebió un buen trago de la cerveza, que le refrescó al instante. Sus amigos Angus y Hugh se sentaron junto a él.

—La joven Campbell se ha convertido en una dama muy bella —opinó Angus, lo que le valió una mirada dura por parte de Ian.

—Daría mi brazo derecho por pasar una noche con ella —comentó Hugh.

Al escucharlo, Ian comenzó a gruñir como si fuera un lobo protegiendo a su hembra.

—Hugh, ese ruido que suena, ¿lo estás haciendo tú? —preguntó Angus, conocedor de que sus comentarios sobre Erin Campbell estaban molestando a Ian. Pero les encantaba pincharle para reírse un rato. Aunque luego acababan peleándose y, más de una vez, con alguna herida.

—No, Angus, yo no soy el que gruñe como un perro. ¿Eres tú, Ian? —respondió Hugh, aguantándose la risa.

Angus giró la cara hacia Ian y se percató de que se contenía para no liarse a puñetazos con ninguno de los dos.

—¿Eres tú, Ian? —repitió la pregunta que había formulado su amigo.

Pero el guerrero no contestó.

—Sí, es él, aunque no quiere reconocerlo —afirmó Angus entre risas.

—¿Y por qué gruñes? —quiso saber Hugh.

—¿Por qué va a ser, hombre? —terció de nuevo Angus—. Le molesta que hablemos así de la dama Campbell. La quiere solo para él.

—Miserables patanes —murmuró Ian, antes de tomar otro trago de cerveza.

—Creo que voy a unirme a esa joven para bailar —dijo Hugh, alzándose del suelo donde estaban sentados.

Ian puso el pie delante de los de su amigo para que tropezase y se cayera, pero Hugh lo conocía bien y esperaba algo así, por lo que pasó por encima salvando el obstáculo limpiamente.

—Hugh —rugió Ian en un intento de detenerlo.

El guerrero se giró para encararlo.

—Si la tocas, seré yo mismo quien te corte el brazo —lo amenazó con voz dura.

Su amigo alzó las manos en señal de paz.

—Tranquilo. Solo estaba de broma. ¿Por qué no vas tú a bailar con ella?

—Porque tiene dos pies izquierdos —se rio Angus, lo que le valió un puñetazo en el hombro por parte de Ian.

—Sería una buena forma de cortejarla —añadió Hugh, haciendo caso omiso del comentario de Angus.

Ian se levantó y le entregó la jarra a su amigo.

—No tengo dos pies izquierdos, maldito asno —le soltó a Angus.

Se alejó de allí en dirección a donde estaba Erin, bailando con sus amigas, mientras oía las carcajadas de sus amigos.

Se unió al animado baile sonriendo a todos los que participaban en él. De reojo, vio que Erin se reía con sus amigas y disfrutaba de la danza, ajena a su presencia.

Parecía feliz, y eso le gustó a Ian. Estaba muy hermosa cuando sonreía sin pudor como en aquel momento.

Se acercó poco a poco sin que ella se diera cuenta hasta que quedó a un metro de distancia.

Entonces fue cuando Erin reparó en él y abrió sus preciosos ojos azules con sorpresa. Ante la sonrisa que le dedicó Ian, reaccionó correspondiendo al gesto con otra sonrisa tímida mientras intentaba no temblar por la cercanía del gigante MacLeod.

—¿Estáis disfrutando del *ceilidh*, *lady* Erin?

—Mucho. ¿Y vos?

—También, pero contemplar vuestra belleza es un placer mayor que la danza.

Erin, que no esperaba tal galantería, tropezó con sus propios pies por la sorpresa.

Ian estuvo rápido para sujetarla y evitar que cayera al suelo.

En cuanto puso las manos en la cintura femenina, los dos sintieron un estremecimiento, como si un rayo los hubiera atravesado. Sus corazones aumentaron el ritmo de sus latidos y el aire se espesó.

—Tened cuidado, mi señora. No me gustaría que acabarais en el suelo estropeando vuestro precioso vestido ni tampoco que sufrierais algún daño.

—¿Desde cuándo eres tan gentil, Ian MacLeod? —preguntó Brianna, que se había acercado para controlar que el zopenco de su hermano no molestase a Erin como tenía por costumbre.

—Siempre soy amable —confesó él.

—Eso no es cierto. ¿Debo recordarte todas las veces que has ofendido a mi amiga con tus fechorías? —le contradijo Brianna.

—Puedo reparar ese daño, si ella me lo permite —dijo mirando a Erin.

La joven Campbell lo miró atónita. Ni en un millón de años hubiera esperado que Ian MacLeod se disculpase con ella por todas las bromas pesadas que había soportado en el pasado.

—¿Y cómo vas a reparar ese daño, hermano?

—Eso deberá decidirlo ella —declaró sin quitarle los ojos de encima a Erin.

La dama tragó saliva antes de hablar, rezando para que no le temblase la voz.

—No es necesario que hagáis nada especial, mi señor. Solo deseo que no vuelvan a repetirse aquellos… acontecimientos.

Ian amplió su sonrisa, que deslumbró a la joven, al tiempo que asentía con la cabeza.

—Como deseéis, mi señora.

Continuaron bailando unos minutos más hasta que las damas se retiraron para descansar.

Erin no dejaba de pensar en el cambio que se había producido en Ian. En su mente repitió la pregunta que Brianna le había hecho a su hermano. ¿Desde cuándo era tan gentil? Supuso que sería alguna treta más para que ella bajara la guardia y poder asestarle otro golpe, aunque no estaba segura. Ya no eran unos críos para andarse con bromitas. Ahora, él era el *laird* de su clan y ella, una mujer adulta.



Antes de cenar, Colin mandó llamar a su hija.

Erin entró en el despacho de su padre, una sala contigua al gran salón. Cerró la puerta despacio y se apoyó contra la madera.

—Ya estoy aquí.

—Acércate, mi niña.

—Padre, ya no soy una niña —pronunció, cubriendo la distancia que la separaba de él.

—Para mí siempre serás mi niña, mi pequeña Erin.

Colin abrió los brazos para que su hija se refugiase entre ellos.

Erin pegó la mejilla al pecho de su padre y acompañó el ritmo de su respiración.

—¿Ocurre algo, padre? —quiso saber al notar que Colin la abrazaba con más fuerza.

—Dentro de poco partirás hacia otro hogar para formar una familia.

Ella se distanció del torso de su padre y lo miró a los ojos.

—Todavía no estoy preparada para contraer matrimonio con nadie ni para abandonar mi hogar y mi clan.

—Sí lo estás. Por mucho que te empeñes en afirmar lo contrario, lo estás.

Erin fue a replicar, pero su padre la atajó.

—Hay varios pretendientes que reclaman tu mano, hija. Debes elegir uno. Ya no podemos retrasarlo más. Debemos afianzar nuestra amistad con algún clan. A pesar de que la guerra ha terminado y hemos salido victoriosos de ella logrando la independencia de

Escocia, la paz no dura eternamente. Sabes que siempre hay algún rebelde o proscrito que roba ganado, joyas, dinero y se apropia de tierras que no le pertenecen. Además, como los clanes que se aliaron con los *sassenach* ahora son nuestros enemigos, ninguno de los clanes afines al rey Robert Bruce está libre de las incursiones por parte de ellos. Y también —Colin hizo una pausa— deberás tener descendencia para perpetuar nuestro linaje y el del *laird* con el que te cases. Empiezas a ser demasiado mayor, el tiempo pasa inexorablemente…

La joven se distanció aún más de su padre.

—¿Y si me niego?

—No puedes negarte. Debes elegir a un hombre y desposarte con él. Sería una ofensa que los rechazases a todos. El honor del clan está por encima de tus deseos. Recuérdalo, Erin.

Ella cerró los ojos e inspiró profundamente. Su padre tenía razón. Ya estaba en la edad de desposarse. Es más, se estaba pasando de esa edad. Sus amigas Ishla y Elisabeth habían contraído matrimonio el año anterior. Ishla lo había hecho con un joven que pertenecía al clan MacKenzie y Elisabeth, con el *laird* Grant.

—¿Qué opciones tengo, padre?

Abrió los ojos y esperó la respuesta.

—Un joven guerrero del clan MacKinnon, el *laird* Cameron, el *laird* MacPherson…

—¿No pensarás entregarme a Cameron o a MacPherson? Me doblan la edad, padre. No deseo contraer matrimonio con alguien tan mayor.

—Necesitan una esposa.

—¿Para qué? A pesar de que son viudos, los dos tienen hijos, por lo que la perpetuidad de sus clanes está asegurada.

Erin sabía que su deber como esposa también era tener descendencia con el hombre con el que contrajese nupcias. La repulsión se apoderó de su cuerpo al imaginarse en el lecho conyugal fornicando con alguno de los dos para procrear.

—Sus hijos son demasiado pequeños. Necesitan una madre que los críe. Y también desean tener más vástagos.

—Me niego —soltó, aguantándose las ganas de vomitar que le producían aquellos pensamientos.

Colin decidió pasar al siguiente pretendiente:

—El guerrero del clan MacKinnon sería un buen partido para ti. Es la mano derecha del *laird* de su clan.

—¿Te refieres a James? ¿El hombre que tiene la nariz aguileña y ojos de sapo? —Colin afirmó con un gesto de cabeza y ella prosiguió —: No me gusta. Además, también me saca varios años, aunque no tantos como los otros, pero no deseo unir mi vida para siempre a la de él.

—Entonces, nos queda la última opción.

«Y también la mejor», pensó Colin.

—¿Quién es?

—Es un *laird* pocos años mayor que tú, valiente y fuerte guerrero, uno de los más temidos de las Tierras Altas por su fiereza en la batalla. Necesita una esposa que le dé hijos tan fuertes como él.

—¿Y por qué tengo que ser yo esa esposa? ¿No hay otras jóvenes casaderas?

—Porque me ha pedido tu mano. Además, hace muchos años le prometí a su padre en su lecho de muerte que te desposarías con uno de sus dos hijos para unir nuestros clanes.

—¿Me prometiste en matrimonio sin decirme nada? ¿Hace años? —preguntó Erin, indignada.

—Debo cumplir mi promesa.

Erin bufaba de la rabia y la indignación que sentía.

—Entonces, si ya lo tenías decidido, ¿de qué sirve que hayan pedido mi mano los otros pretendientes?

—Sirve para que te des cuenta de la suerte que tienes al contraer matrimonio con este joven *laird*.

—¿Quién es el afortunado? —suspiró Erin, aguantándose las ganas de gritar y patalear.

—El *laird* Ian MacLeod.

La joven abrió la boca por la sorpresa. Recordó todas las fechorías que le había hecho durante su infancia, todas sus artimañas para molestarla y hacerla llorar. Jamás pensó que él sería su esposo. Aún la intimidaba demasiado para verlo como un hombre con el que

pasar el resto de su vida. Aunque, desde que había llegado para participar en los juegos, se había mostrado más amable con ella, a decir verdad. Pero seguro que era otra argucia.

A pesar de que ya no le tenía tanto miedo, seguía sintiéndose vulnerable cuando la miraba con aquellos ojos acerados.

—Ian MacLeod me odia. ¿Cómo va a querer desposarse conmigo?

—El joven MacLeod no te odia. ¿De dónde sacas esa idea ridícula?

—He tenido que soportar sus fechorías durante toda mi infancia, y más de una vez he llorado por su culpa.

—Eso es pasado. Ian ha cambiado, ha madurado. Ya no es el muchacho impulsivo que no pensaba más que en molestarte. Hoy os he visto danzar juntos. Parecía que lo pasabais muy bien.

Erin tuvo que reconocer que había disfrutado mucho del baile y que había comprobado por sí misma que el joven era amable, educado y divertido. Pero seguía sin confiar en él.

—Entonces, querrá desposarse conmigo para poder torturarme el resto de mi vida —alegó, desesperanzada.

Colin la agarró de las manos y se las apretó para infundirle valor.

—Lo he elegido para ti porque él sabrá cuidarte y protegerte. Será un buen esposo, créeme. Además, no olvides que su hermana es tu mejor amiga. Y su madre te quiere como a una hija.

—Si no queda más remedio —suspiró—. Al menos tendré a Brianna y a Fiona junto a mí. Pero me extraña que ellas no me hayan contado nada.

—Porque no lo saben. Ian ha guardado el secreto todos estos años. Solo lo sabemos él, tu madre y yo, y ahora tú.

—¿Cuándo será la boda?

—Cuando acaben los juegos.

—¿En dos días? —repitió sin poder creerlo—. ¡Es muy poco tiempo!

Se soltó de las manos de su padre y empezó a caminar por la estancia sin dejar de farfullar.

—No tengo vestido para la ceremonia nupcial ni… Necesito más tiempo para hacerme a la idea de pasar el resto de mi vida junto a Ian MacLeod.

—No hay más tiempo. Ian debe regresar a Dunvegan para ocuparse de los asuntos de su clan. Además, debemos aprovechar que están aquí la mayoría de los clanes amigos para celebrar la boda. Y por el vestido no te preocupes. Llevarás el de tu madre cuando se casó conmigo. Marion y Mor lo han estado adaptando a tus medidas, y ya lo tienen terminado.

Erin apretó los puños sintiéndose traicionada.

—Es hora de comunicárselo al *laird* MacLeod y al resto de los clanes —dijo su padre, tendiéndole el brazo para que lo acompañase al gran salón, donde los invitados esperaban para cenar.



Ian sonrió feliz al escuchar de los labios de Colin Campbell que contraería matrimonio con su hija. Sin embargo, ella no parecía nada contenta con esa situación.

Cuando cruzó su mirada con la de la joven dama, vio en sus ojos que la noticia le producía angustia y desazón.

Brianna se acercó a ella para darle un fuerte abrazo.

—¿Por qué no me lo habías contado? —quiso saber su amiga.

—Acabo de enterarme —dijo, desolada.

El resto de sus amigas se unieron a ellas para felicitar a la prometida.

—¿Te das cuenta de lo que significa que mi hermano te tome por esposa?

—¿Que tendré que soportar sus argucias el resto de mi vida? —contestó Erin con un deje de amargura en la voz.

—¡No! Significa que estaremos siempre juntas. Vivirás en Dunvegan conmigo.

—Contigo y con tu hermano.

—¡Es una noticia magnífica! —volvió a gritar Brianna, presa de una alegría inconmensurable.

—Es el guerrero más apuesto de todas las Highlands —terció Elisabeth.

—Y, además, seguro que es un buen amante —susurró Ishla.

—Te protegerá y cuidará de ti muy bien —comentó Brianna—. Y, si no lo hace, ahí estaré yo para darle su merecido.

—¿A quién le vas a dar su merecido? —oyeron la voz de Ian detrás de ellas.

Erin dio un respingo al escucharlo.

—A ti como no cuides bien de mi amiga —le advirtió Brianna.

—Os prometo —dijo, mirando a Erin directamente— que os trataré con amabilidad y educación. Os protegeré con mi vida. Haré que nuestro matrimonio sea feliz. A pesar de que es por obligación, deseo que seáis feliz junto a mí.

La gentileza de sus palabras y la promesa impresa en ellas causaron emoción en todas las mujeres que rodeaban a Erin. Se oyeron algunos suspiros enamorados y risas nerviosas.

Sin embargo, Erin continuó mirándolo con angustia, como si estuviera destinada a un largo sufrimiento.

—Guarda esas palabras para cuando estéis delante del cura, hijo —intervino Fiona, que se había acercado para felicitar a su futura nuera.

La mujer abrazó a Erin y le susurró al oído:

—No os preocupéis, jovencita. Mi hijo parece un bruto y a veces le faltan modales, pero tiene un corazón noble, y estoy segura de que, con vuestra dulzura y cariño, sabréis llegar hasta él para conseguir que os ame.

Cuando rompieron el abrazo, Fiona vio los ojos de Erin cargados con una mezcla de sentimientos que no supo definir: emoción, tristeza, miedo…

—Estoy orgullosa de que mi hijo te tome por esposa. Bienvenida a la familia.

—Gracias, mi señora.

Miró a Ian, que, al lado de su madre, la contemplaba estudiando su reacción. El rostro del joven poseía una expresión inescrutable. Se preguntó si sería verdad que tenía un corazón noble como había dicho Fiona.

Ian la observaba comprendiendo su reticencia. Siempre había sido un grosero con ella, un miserable asno, maleducado, sin ningún tipo de delicadeza hacia Erin. Pero tenía sus motivos. No le

extrañó ver en el rostro de la joven que no estaba nada contenta con la noticia, así que le demostraría que había cambiado. Ya no era el chiquillo que la importunaba. Ahora era un hombre, un guerrero que buscaba refugio en el calor de una mujer. Debía enamorarla porque, a pesar de que no era dado a sensiblerías, él deseaba un matrimonio feliz como le había prometido a Erin. Tenía de referencia a sus padres. Lo habían criado en un ambiente tan cálido porque se amaban de verdad. Él quería eso para sí mismo. Y también para ella.

—Os noto algo acalorada —comentó Ian—. ¿Deseáis dar un paseo? Seguro que el aire fresco de la noche os sentará bien.

Erin tardó unos segundos en reaccionar. Estaba abrumada por lo que estaba sucediendo. Pensó que Ian tenía razón: respirar un poco de aire fresco le vendría bien. Agarró el brazo que el joven le tendía y caminó junto a él hasta que salieron al patio de armas.

Una vez fuera, comenzaron a pasear recorriendo su perímetro. Se oía el ulular de algún búho mezclado con los sonidos de la fiesta que se desarrollaba en el interior del castillo para celebrar el futuro enlace.

A Erin, la situación le resultaba muy incómoda. No dejaba de pensar que pasaría el resto de su vida con Ian MacLeod, su peor pesadilla. El hombre que la hacía sentir intimidada y vulnerable. Ella creía que en todos esos años sin verlo había ganado en seguridad y valentía… Pero no era así. Ahora se daba cuenta.

—Sé que os disgusta la noticia de nuestro matrimonio y entiendo por qué. Siempre me he comportado con vos de una forma ruin y despreciable, y os pido disculpas por ello. Pero os reitero mi promesa de haceros feliz, cuidaros y protegeros. Desde que llegué a vuestro hogar ayer, creo que habréis podido comprobar que he sido gentil y amable con vos. He cambiado, Erin —dijo, poniéndose delante de ella para mirarla a los ojos. La joven dama se detuvo y alzó el rostro para encontrarse con su mirada—. No volveré a haceros ninguna fechoría. Os lo juro. No volveréis a sufrir por mi culpa.

Como ella permaneció en silencio, él continuó:

—Espero que confiéis en mí para contarme cualquier preocupación o problema que tengáis. Estaré a vuestro lado para ayudaros en todo lo que me pidáis.

Erin asintió con un gesto de la cabeza.

Continuaron el paseo en silencio.

Ian sabía que ella estaba angustiada con todo aquello y decidió no abrumarla más. Pero no dejaba de preguntarse si tan horrible le parecía la idea de contraer nupcias con él.

—¿Lo habéis pasado bien en el baile? —preguntó después de un rato.

—Sí, mi señor.

—Os habéis reído mucho.

—Es cierto. Siempre disfruto danzando.

—Estáis muy hermosa cuando sonreís —le confesó con la intención de agradarla y ver si de esa manera se relajaba porque la notaba muy tensa.

Erin sintió cómo enrojecía. Gracias a san Mungo que era de noche y todo estaba en penumbra debido a la tímida luna que asomaba entre las nubes oscuras; de lo contrario, Ian se habría dado cuenta de su rubor.

—Gracias, mi señor —susurró.

—¿Qué otras cosas os hacen disfrutar?

La joven se quedó unos instantes pensativa.

—Pues… lo mismo que a todas las mujeres: cocinar, coser, cantar, danzar…

—Pero ¿hay algo especial con lo que disfrutéis más que con ninguna otra cosa?

Tras unos segundos, respondió:

—Galopar con mi yegua y cazar con mi halcón.

Ian movió la cabeza, sorprendido.

—¿Cazáis con un halcón? ¿No se supone que esa actividad es solo para hombres?

Erin se mordió los labios. Había cometido un error. ¿Le prohibiría Ian que siguiera teniendo a su halcón una vez casados?

El joven notó cómo ella empezaba a temblar.

—¿Tenéis frío? ¿O es miedo? —preguntó, perspicaz.

—Lo siento, mi señor.

—¿Qué es lo que sientes, Erin? —dijo en voz baja, intentando que su tono sonara cálido.

La dama alzó los ojos hacia las murallas, donde varios soldados Campbell vigilaban los exteriores del castillo.

Después, bajó la vista para centrarla en el hombro del *highlander,* concretamente en la fíbula con el símbolo de los MacLeod que sujetaba su tartán.

—Parece que mi gusto por la cetrería os incomoda —murmuró.

Ian colocó dos dedos bajo la barbilla de Erin y la obligó a alzar la mirada para que la centrase en la suya.

—No me molesta. Simplemente me ha sorprendido porque no conozco a ninguna dama que dedique su tiempo a cazar con un halcón. Y tampoco que tenga uno en propiedad.

Erin soltó el aire que retenía en los pulmones. Notaba los dedos fuertes de Ian soportando su mentón al mismo tiempo que le quemaban la piel. Se preguntó si, cuando los retirase, se quedarían marcados, como cuando se marca al ganado para saber a qué clan pertenece.

—Entonces, ¿no os molesta? ¿De verdad, mi señor? —preguntó con cierto alivio.

—Me enorgullece que mi futura esposa practique la cetrería.

La joven dama esbozó una sonrisa tímida.

Ian dejó de tocarla y reanudaron el paseo.

—¿Qué tal está Ebie? ¿Aún sigue vivo?

—Sí, mi señor. Aunque ya es viejo y está muy gordo.

—Eso es porque lo tratáis bien.

En ese momento, comenzó una llovizna débil, que poco a poco fue volviéndose más fuerte.

—Deberíamos regresar al salón —indicó Ian—. No me gustaría que se os embarrase el espléndido vestido que lleváis. Estáis muy bella con él.

Erin se quedó unos instantes paralizada. No terminaba de acostumbrarse al lado galante que le mostraba Ian.

—Gracias, mi señor.

Caminaron a paso rápido hasta la entrada de la torre en la que se encontraba el salón. Nada más llegar, se refugiaron bajo el pórtico de la entrada mientras se sacudían el agua del vestido y del *kilt*.

Cuando Erin alzó de nuevo la vista hacia el rostro de Ian, lo encontró devorándola con la mirada encendida. Parecía como si las llamas del infierno crepitaran en su interior.

Una sensación extraña, como un remolino de no sabía qué, se alojó en su estómago. El corazón comenzó a palpitarle en las sienes con tanta fuerza que creyó que se desmayaría.

—Soy el hombre más afortunado de todas las Highlands por tener una futura esposa tan bella, mi querida Erin.

Pronunció su nombre como si fuera algo delicioso deshaciéndose en su boca.

La temperatura corporal de Erin aumentó al escuchar el tono de su voz al expresar su opinión sobre ella.

—Gra-gracias, mi señor —balbuceó.

—¿Estaría mal que le robase un beso a mi futura esposa?

Erin parpadeó.

¿Había oído bien? ¿Ese apuesto guerrero deseaba besarla? De todas las mujeres del castillo, ¿de verdad quería unir su boca a la de ella?

«Déjate de tonterías, Erin. Eres su prometida. ¡Pues claro que quiere besarte! Dentro de poco serás suya y te besará siempre que quiera. Es mejor que vayas acostumbrándote», se reprendió a sí misma.

¿Cómo sería probar los labios de Ian? ¿De qué manera la besaría? ¿Sería rudo o considerado? Una parte de ella deseaba unir su boca a la de él, pero la otra parte, esa que le tenía miedo, esa que la hacía sentir vulnerable y cohibida cuando estaba cerca de él, se negaba.

«Basta ya. Acéptalo», se repitió.

La joven esbozó una pequeña sonrisa, con la que le permitió que tomara lo que estaba reclamando.

Al comprobar que no se negaba, Ian rodeó la cintura de Erin, que contuvo la respiración. Las manos del *highlander* eran grandes y fuertes, como todo él, y era muy consciente de los pulgares bajo sus senos. El *laird* la presionó contra su torso, duro como el granito, y

provocó que un escalofrío la recorriera cuando clavó la mirada en sus ojos. Erin nunca había estado tan cerca de un hombre, pegada a él de los pies a la cabeza. Ian desprendía calor y un aroma a brezo mezclado con su esencia masculina.

Él abarcó el mentón femenino con los dedos e hizo que alzase la cabeza. Erin se dio cuenta de que era mucho más alto de lo que había calculado. Debía medir por lo menos dos metros. A su lado, ella se sentía como una enanita, pues le llegaba a media altura del pecho.

Ian bajó la boca para encontrarse con la de ella. Erin dejó de respirar. La expectación crecía en su interior, como un incendio en un establo lleno de paja. El calor de su aliento le rozó los labios, y hasta la nariz le llegó el aroma de una dulce tentación. Abrió la boca esperando recibirlo.

Notó el beso como si fuera la marca de un hierro al rojo vivo en los labios. Sintió una descarga, como si la atravesara un rayo en una noche de tormenta, que logró que los pezones se le endurecieran contra su torso. Su cuerpo estaba tan sensible que, con una caricia, podría deshacerse en un charco de fuego líquido. La presión de sus labios, suaves y calientes, le provocó escalofríos en todas las terminaciones nerviosas.

El *highlander* deslizó las manos hasta la nuca de Erin y enredó los dedos en su cabello rojizo para profundizar el beso. Fue un beso atrevido y posesivo. La tímida lengua de Erin salió al encuentro de la de joven MacLeod. Cuando se tocaron, saltaron chispas entre los dos. La dama se hundió en él, queriendo más. La excitación hacía que el corazón de ambos palpitase como si fuera el de un caballo al galope. Erin extendió los dedos para abarcar los duros pectorales de Ian, y los músculos del joven se hincharon todavía más. Ella notó que él se debatía contra algo.

Ian la soltó con un suave gruñido y dejó a Erin flotando en una nube, con ganas de más. Echaba de menos su boca, aquellos labios que se habían apoderado de los suyos y que ella había recibido tan gustosamente.

Al darse cuenta de eso, el rubor se le extendió por las mejillas hasta las raíces del pelo. Avergonzada por haberle permitido tomarse

esas libertades, dio un paso atrás para distanciarse de él.

Ian dejó que abandonara sus brazos sin oponer resistencia, a pesar de que necesitaba más de ella. Había sido como un azucarado pastel, tierno y dulce, derritiéndose en su boca. Respiró hondo, en un intento de apagar el fuego que aún ardía en su interior, pero la descarga de lujuria que se había apoderado de él tras el beso estaba resultando una ardua batalla. Hacía mucho tiempo que no experimentaba un deseo así y supo que necesitaría mucho más que un beso para quedar satisfecho.

Observó a Erin, esa joven dama de belleza impactante, con el cabello rojizo, los ojos azules y los labios rojos e hinchados por el beso. Y ese cuerpo… ¡Demonios! Tenía un cuerpo que haría caer a sus pies a cualquier hombre. Su esbelta figura y sus pechos turgentes, junto con un trasero redondo y las largas piernas, le hacían arder de deseo. Tener pegadas a él todas aquellas deliciosas curvas había sido como estar en el cielo. O en el infierno, por el calor que había inundado su cuerpo.

Estaba deseando tomarla como esposa para tener la libertad de hacerla suya la noche de bodas.

Y el resto de su vida también.

Erin abrió la boca para coger una bocanada de aire.

—Lo siento, Erin. He sido un bruto. Debería haberme controlado.

—Nunca me han besado así —reconoció ella—. A decir verdad, nunca me han besado. Vos sois el primero.

Ian sonrió orgulloso.

—Llegados a este punto, creo que sería conveniente que me llamaseis por mi nombre. Al fin y al cabo, vamos a pasar el resto de nuestras vidas juntos.

—Está bien, Ian.

Él amplió la sonrisa y le tendió el brazo.

—Regresemos a la fiesta o todos pensarán que hemos consumado el matrimonio antes de desposarnos.

Erin se sonrojó hasta las raíces del pelo.

—Tienes razón, Ian. Debemos volver.



4

Erin no pudo dormir en toda la noche. Una y otra vez regresaba a su mente el recuerdo del beso que Ian le había dado, y su temperatura corporal aumentaba hasta casi provocarle fiebre. ¿Sería igual de apasionado en el lecho?

Otra cosa que le preocupaba era si él pensaría que era una mujerzuela fácil por cómo se había rendido al espectacular beso, sin presentar batalla, totalmente sumisa. ¿Cómo debería comportarse la próxima vez que lo viera? Era su prometida y habían compartido un momento íntimo. ¿Eso le daba derecho a tratarlo con familiaridad, como si ya fueran esposos? ¿A tocar sus fuertes músculos siempre que quisiera? ¿A besarlo apasionadamente, como deseaba desde que había probado sus labios?

Como no lograba conciliar el sueño, se levantó cuando apenas despuntaba el día. Abrió el arcón y sacó las ropas que acostumbraba a llevar cuando salía a galopar con la yegua. Se vistió sin ayuda de su doncella y, con sigilo, abandonó su alcoba. Bajó las escaleras que conducían al gran salón, de ahí se dirigió a la cocina —en la que cogió un *scone* que había sobrado de la cena y una manzana para su yegua— y salió al exterior mientras le daba un bocado al panecillo.

Caminó hasta el establo bajo la atenta mirada de los soldados Campbell, que, desde las almenas del castillo, controlaban todo a su alrededor.

Nada más entrar en las caballerizas, descubrió a los mozos de cuadras dormitando sobre el heno. Sin hacer ruido, pasó de largo hasta que llegó al lugar que ocupaba su yegua.

—Buenos días, bonita mía —susurró lo más bajo que pudo—. Te he traído algo para que desayunes.

Le dio la manzana y la yegua la atrapó con los dientes.

Mientras el animal degustaba la fruta, Erin colocó la silla de montar en su grupa. Dirigió a la yegua hacia la salida del establo justo cuando se despertaban los mozos.

—Buenos días, mi señora —dijeron los dos al mismo tiempo.

Ella les correspondió de la misma forma y subió a su montura. Apretó los flancos del equino para que continuara caminando. Una vez fuera del castillo, pasó entre los distintos campamentos que albergaban a las gentes y guerreros de los clanes que participaban en los juegos y empezó a trotar con la yegua para, minutos después, galopar con ella.

Mientras corría a lomos de la yegua por el verde valle de Lochy, escuchaba sobre su cabeza el gañido de su halcón, que le daba los buenos días. Miró hacia arriba y lo observó unos instantes. El ave rapaz tenía extendidas sus alas puntiagudas, que aleteaban de vez en cuando para seguir el ritmo de la yegua y su dueña. Era un hermoso ejemplar de pecho blanco moteado de plumas grises, la cabeza negra con el pico amarillo, igual que las patas, y el resto del cuerpo de color gris azulado. Las alas acababan con una fina hilera de plumas negras. Era un macho adulto que alcanzaba velocidades extremadamente altas y atrapaba a sus presas en un abrir y cerrar de ojos.

Erin estaba orgullosa de él por su habilidad para la caza y porque se había creado un vínculo especial entre el halcón y ella. Siempre acudía a su llamada y, cada vez que salía a cabalgar, planeaba sobre la dama, protegiéndola.

El cetrero de su clan se lo había regalado cuando apenas era un polluelo de doce días y varias semanas después la inició en el arte

de la cetrería. Con gran empeño y dedicación, Erin había aprendido a cuidar y entrenar al halcón para cazar presas silvestres en su entorno natural. Estaban tan compenetrados que, con el mínimo gesto, el halcón ya sabía lo que le pedía su dueña.

Continuó al galope con su yegua hasta que llegó al río. Desmontó y ató las riendas de su montura a un árbol. Dio un paseo por la orilla mientras recogía flores para colocarse en la trenza que tenía pensado hacerse cuando regresara al castillo y se cambiara esos ropajes por un hermoso vestido.

Alzó la vista al cielo para comprobar dónde estaba el halcón y, al no verlo, lo buscó entre los árboles. A pocos metros de ella, el ave se había posado sobre una rama y la vigilaba como el soldado mejor entrenado de su clan.

Levantó una mano enguantada, emitió un tenue silbido y el halcón voló hasta posarse en el guante de cuero. Erin le dio un beso en el pico y, con la mejilla, acarició su plumaje.

—Buenos días, amigo —le susurró—. Ve a cazar algo para el almuerzo.

El halcón emitió un sonido, como si le respondiera. Después se elevó y comenzó a buscar una presa.

Erin siguió recogiendo flores hasta que vio a lo lejos el caballo negro de Ian atado a un tejo.

El corazón empezó a latirle violentamente ante la perspectiva que de él estuviera cerca. Miró a su alrededor, pero no lo vio. Con la respiración agitada y el pulso latiéndole en las sienes, anduvo unos metros más hasta llegar a unas grandes rocas. Se subió a una de ellas y oteó el río.

Lo que descubrió la dejó sin palabras. Abrió los ojos, sorprendida, y el calor inundó su cuerpo.

Ian, ajeno a su escrutinio, nadaba en el río totalmente desnudo. Erin contempló la ancha y musculosa espalda, que acababa en un trasero firme y duro, fascinada por completo. Los fuertes brazos se movían con soltura al igual que las piernas. Tenía una cicatriz desde el hombro izquierdo hasta la mitad de la espalda y otra, causada seguramente por una flecha, en el muslo derecho. Erin sabía que aquellas heridas se debían a las muchas batallas que había librado el

highlander para conseguir la independencia de Escocia, porque su padre y sus hermanos presentaban las mismas heridas de guerra.

La joven se quedó unos segundos hipnotizada. Jamás había visto a un hombre desnudo tan bello. En realidad, no se imaginaba que el cuerpo masculino pudiera ser tan hermoso, con tantos músculos apretados.

Ian llevaba su rubio cabello suelto, que se extendía como si fuera un velo sobre sus hombros. Mientras nadaba, disfrutaba de las frías aguas del río que le estaban entumeciendo los sentidos. Eso era precisamente lo que había ido a buscar. Debía dejar de pensar en el beso que le había dado a Erin la noche anterior y calmar sus ansias de yacer con ella en un lecho. Tenía que guardar las formas hasta el día de su matrimonio.

Tampoco había podido dormir en toda la noche, por eso salió de la fortaleza de los Campbell mucho antes de que amaneciera. Al llegar al río, no se lo pensó dos veces: se despojó de sus ropas, que dejó sobre una piedra cercana a la orilla, y se zambulló en el río.

Mientras disfrutaba del baño, se mantenía alerta por si algún proscrito o enemigo de su clan acechara por allí.

De repente, oyó el gañido de un halcón sobrevolándolo. Se dio la vuelta para observarlo y continuó nadando sobre su espalda.

Erin emitió un jadeo cuando contempló la desnudez de Ian. Su torso era todavía más musculoso sin ropa y su miembro viril… Nunca había visto ninguno, así que no tenía con qué compararlo, pero le pareció grande y grueso. El *laird* MacLeod estaba bien dotado.

Se fijó en que también tenía una cicatriz de herida de flecha en el pectoral derecho.

Ian escuchó el jadeo y dejó de nadar. Escudriñó todo a su alrededor, esperando encontrar a alguien a punto de atacarlo.

Erin, al darse cuenta de que iba a descubrirla, se bajó con rapidez de la roca, con tan mala suerte que se torció un tobillo. A pesar del dolor, fue cojeando hacia su yegua.

Ian nadó hasta la orilla y se puso sus ropas deprisa. Cuando estuvo listo, cogió su enorme espada y salió en pos de quien lo acechaba. Iba a ensartarlo con su *claidheamhmór* hasta la muerte.

Descubrió a unos metros de él una figura pequeña, con calzas marrones y un jubón del mismo tono, debajo del cual llevaba una camisa de lino. Andaba renqueante, por lo que no avanzaba demasiado deprisa. Cuando se fijó en el cabello rojizo recogido en una larga coleta atada con un lazo, reconoció de inmediato a la persona que huía de él.

Las calzas se ajustaban a sus caderas y a sus nalgas, marcándoselas deliciosamente. Sintió cómo su erección crecía.

Se acercó a ella con sigilo y, cuando la tuvo a su alcance, la apresó con el brazo por la cintura, la pegó a sus ropas mojadas y la alzó del suelo.

Erin pegó un grito al verse sorprendida.

—¿Has disfrutado del espectáculo? —preguntó Ian junto a su oreja.

El aliento le produjo cosquillas y Erin se estremeció.

—Yo no quería… Lo siento mucho —balbuceó, notando un tronco duro contra su trasero—. Bajadme, por favor —suplicó con voz temblorosa.

—Antes de posarte en el suelo, contesta a mi pregunta. ¿Has disfrutado del espectáculo?

Erin, mortificada, asintió con la cabeza.

Ian, con su ego masculino por las nubes, sonrió y la depositó en el suelo con cuidado.

—¿Te has lastimado el tobillo? —quiso saber, dejándose de formalismos.

—Sí, mi señor —admitió Erin, con la cabeza agachada para que Ian no viera el rubor en sus mejillas.

El *highlander* le cogió del mentón con delicadeza y la obligó a alzar el rostro.

—Creía que habíamos acordado que nos llamaríamos por nuestros nombres, Erin —le recordó, clavando sus ojos acerados en los de ella.

La joven dama recorrió con la mirada el hermoso rostro de Ian y asintió. El cabello rubio, que se le pegaba a las mejillas, le goteaba, y en las pestañas le colgaban pequeñas gotitas de agua.

Ian se colocó la enorme espada en la espalda mientras recorría el cuerpo de Erin con una mirada de puro deseo.

De pronto, con un rápido movimiento, el guerrero la cogió en brazos. Erin gritó asustada y se agarró a su fuerte cuello.

—Te llevaré hasta tu montura —comentó al ver a la yegua parda a pocos metros de ellos—, para que no te lastimes más el tobillo. Mañana tienes que estar en plenas condiciones para caminar hacia el altar donde nos unirán en matrimonio. ¿Te has hecho daño cuando huías de mí?

Erin volvió a afirmar con la cabeza.

—¿Por qué no me hablas? ¿Te ha comido la lengua ese gato gordo que tienes de mascota?

—Me siento tan avergonzada… —susurró ella entrecortadamente —. Espero que me perdones por haberte observado mientras te bañabas.

Del pecho de Ian brotó una fuerte carcajada.

—Tendrás que acostumbrarte, porque me verás desnudo muchas veces a lo largo de nuestra vida.

«Igual que yo a ti, algo que estoy deseando», estuvo a punto de aclararle, pero se lo calló porque no deseaba cohibirla más de lo que ya estaba, a pesar de que el rubor de sus mejillas era adorable y enternecedor.

Ella abrió mucho los ojos y el pulso se le disparó. El corazón le latía tan fuerte que creyó que Ian lo escucharía.

El joven *laird* la dejó a horcajadas sobre la yegua, la desató y le entregó las riendas a Erin.

—Voy a quitarte la bota para comprobar el estado del tobillo —le advirtió, antes de proceder a ello.

Le sacó el calzado con delicadeza para no hacerle daño y, a pesar de que tuvo muchísimo cuidado, Erin emitió un pequeño gemido de dolor.

Ian examinó el miembro y frunció el ceño.

—Creo que habrá que cortarlo por aquí. —Señaló unos centímetros por encima del tobillo—. ¿Tienes algún bastón sobre el que apoyarte de camino al altar? —bromeó, conteniendo la risa.

—Buscaré alguno —contestó ella, que le siguió la chanza, venciendo su vergüenza—. ¿Estás seguro de que quieres desposarte con una tullida? Todavía estás a tiempo de echarte a atrás y elegir a una dama que esté intacta.

—Hice mi elección hace mucho tiempo —respondió Ian, mirándola con fijeza—. Y no la cambiaré por nada del mundo.

Aquella confesión impactó tanto a Erin que la dejó sin palabras.

El guerrero continuó contemplándola unos instantes más. Incluso con ropas de muchacho, era hermosa. Le gustó mucho que le hubiera seguido la broma. Si tenía un humor parecido al suyo, estaba seguro de que se llevarían bien.

—No te voy a poner la bota, porque si se hincha, no podrás sacarla después y te dolería mucho. Además, sería una pena cortar una bota de cuero trabajada con tanta finura —opinó, observando el buen trabajo del zapatero del clan Campbell.

Le dio unos golpecitos en el cuello al equino para que echase a andar y caminó junto a ella hacia donde había dejado atado a su corcel.

—¿Por qué vistes igual que un muchacho? Si no te hubiera reconocido por el color del pelo, te habría rebanado el pescuezo con mi espada —comentó Ian.

—Me resulta más cómodo galopar con estas ropas que con un vestido.

Erin no dejaba de observar la camisa mojada pegándose a la musculosa espalda. Dirigió la vista más abajo, hacia el *kilt*, y recordó el trasero firme y duro. También le vino a la mente el miembro viril. Al instante, el calor de su cuerpo aumentó.

Cuando llegaron al caballo negro de Ian, este se montó con agilidad.

Después, emprendieron el regreso a la fortaleza Duntrune, vigilados por el halcón, que llevaba entre las garras un conejo.

—Tu halcón es un ejemplar magnífico —comentó el *highlander,* contemplando la hermosa ave que volaba sobre ellos—. Cuéntame cómo lo adiestraste. No debe ser fácil.

Erin sonrió, orgullosa por la admiración que Ian mostraba hacia el ave. Mientras recorrían la distancia hasta llegar al castillo, le narró el

tiempo invertido en entrenar al rapaz y las técnicas usadas. Aunque el *laird* MacLeod ya conocía toda esa información porque había visto muchas veces al cetrero de su clan entrenar a distintas aves rapaces, la dejó hablar porque le gustaba mucho escuchar su dulce voz. Además, se dio cuenta de que Erin estaba tranquila hablando sobre su halcón, como si hubiera entre ellos la confianza que dan los años de amistad, a pesar de que, por así decirlo, su amistad había comenzado un par de días antes.



—¿Has salido a cabalgar con mi hermano? —quiso saber Brianna cuando se reunió con Erin en la zona de competición de tiro con arco.

—No, no he salido de paseo con él. Me lo encontré junto al río y me acompañó de vuelta. Eso es todo.

—¿Seguro? —desconfió su amiga—. ¿Te ha tratado bien? ¿Te ha hecho algo?

Una voz masculina tras ellas interrumpió las preguntas de la joven dama.

—Por supuesto que he sido amable con ella —dijo Ian, ofendido —. No soy el bruto asno que piensas que soy, hermanita. Incluso la he ayudado a montar en su yegua porque se había torcido el tobillo.

Ante la cara de pasmo de Brianna, Ian miró a Erin y mostró su preocupación por ella.

—¿Te sigue doliendo?

Erin sintió los ojos abrasadores del *laird* recorrer su figura, enfundada en un vestido tan rojo como el color de su cabello. El pelo lo llevaba recogido en una trenza que le llegaba hasta más abajo de la cintura. No había podido adornárselo con flores, como era su intención cuando salió de Duntrune al alba, porque estas habían quedado olvidadas al encontrarse con Ian y lo que sucedió después.

—Apenas me duele. Ha sido una torcedura sin importancia, por lo que no habrá que cortarme el pie y podré caminar hacia el altar sin

la ayuda de un bastón.

Los dos se rieron bajo la atónita mirada de Brianna.

—¿Desde cuándo os lleváis tan bien? —quiso saber—. Siempre le has tenido miedo, Erin. Creo que hay algo que no me has contado. ¿Algún detalle jugoso?

—Hermanita, no tienes que saberlo todo. Hay cosas que los matrimonios reservan para su intimidad —la cortó Ian.

—Todavía no estáis casados, así que Erin puede contarme perfectamente lo que ha sucedido entre vosotros.

—Pero lo estaremos dentro de poco. —Ian amplió su sonrisa. Ladeó la cara hacia su prometida y añadió—: Voy a participar en la competición de tiro con arco. Me gustaría mucho que estuvieras presente.

Erin asintió con un movimiento de cabeza, al que acompañó una sonrisa que iluminó el día gris que hacía.

El guerrero le tendió el brazo y ella lo acompañó hasta la zona de tiro.

Brianna caminaba tras ellos pensando en las decenas de cosas que habrían ocurrido esa mañana cuando se encontraron en el río. Llegó a bastantes conclusiones mientras veía a su hermano coger su arco y el carcaj con las flechas de las manos de su amigo Angus, quien lo había custodiado mientras los novios conversaban.

Se puso al lado de Erin y le habló en susurros:

—Tengo la certeza de que has visto a mi hermano desnudo bañándose en el río, te ha descubierto, tú te has asustado y, al huir de él, te has caído y te has torcido el tobillo.

La joven dama miró a su amiga con sorpresa.

—¿Te ha poseído el fantasma de Alice Kyteler? —murmuró Erin, haciendo referencia a una famosa bruja quemada cuatro años antes en Irlanda.

—No me ha poseído el fantasma de nadie. Solo he usado la cabeza. Dime, ¿es eso lo que ha pasado?

—Más o menos, sí —respondió en voz baja.

—¡Has visto desnudo a mi hermano! —exclamó Brianna como si la estuviera acusando de hechicería. Comenzó a reírse cuando vio el sonrojo de Erin, que le llegaba hasta las raíces del pelo.

—Shhh. Baja la voz. No quiero que nadie lo sepa.

—Está bien. Hablaré más bajo. ¿Qué más ha sucedido entre vosotros?

—Más tarde te lo contaré. Ahora, quiero ver si Ian acierta en la diana.

El joven sacó una flecha del carcaj, la colocó en el arco y tensó la cuerda. Instantes después, la flecha voló hasta dar de pleno en la diana.

Se giró hacia Erin, expectante, y ella lo premió con una gran sonrisa.

—Estoy deseando que me cuentes todos los detalles de lo ocurrido entre mi hermano y tú —le susurró Brianna al oído.



Los músicos llenaban la sala de alegres melodías, la comida era abundante y el vino y la cerveza fluían deprisa durante la cena.

Colin y Marion Campbell se habían sentado juntos a los futuros esposos. Erin era muy consciente de la presencia de su prometido. Cada mínimo movimiento que hacía lo sentía con tanta intensidad como si estuviera atada con una cuerda a él. Estaba nerviosa por la idea de desposarse tan pronto, pero tuvo que reconocer que Ian la atraía mucho. Era tan guapo que dejaba sin aliento. Pero no era solo por su hermoso rostro y su cuerpo impresionante, sino también por el aura de poder y mando que emanaba de él.

Aún se sentía vulnerable cuando estaba a su lado, pero poco a poco iba perdiendo ese miedo que siempre le había tenido. Quizá fuera porque ahora lo conocía más. El joven *laird* había demostrado que era amable, educado y divertido. Además, era audaz y tenía buena conversación. Erin se imaginó su vida junto a él, llena de amenas charlas y risas. Sería una vida cómoda, pero también apasionante, porque cada vez que recordaba el beso que se habían dado, la inundaba un exquisito calor que le hacía sentirse en el cielo.

Sin embargo, le preocupaba su noche de bodas. La consumación del matrimonio. Aunque Ian había prometido que la protegería y

cuidaría de ella, no estaba segura de si en el lecho conyugal sería rudo o delicado. Por el fuego que ardió entre ellos cuando se besaron, pensaba que la tomaría de una manera poco delicada. Pero recordó cómo él se había controlado para no ir más allá y forzarla a hacer algo que manchase su virtud y el honor de su clan.

Debería hablar con sus cuñadas, Caitrina y Elspeth, y sus amigas Ishla y Elisabeth para que la aconsejaran sobre su noche de bodas. Cuando llegase el baile, buscaría un momento a solas con ellas para tratar el tema.

Miró de reojo a Ian y lo descubrió contemplándola con aquellos ojos que parecían atravesarla y ver hasta el más íntimo de sus pensamientos. Su prometido la observaba con posesión y deseo. No podía negar la conexión entre ellos: una excitación que le provocaba hormigueo por todo el cuerpo. Durante todo el día y, sobre todo en esa cena, cuando él la rozaba con el brazo o la pierna, el estómago le daba un vuelco. Ian parecía deleitarse en atormentarla como cuando eran pequeños y le gastaba bromas pesadas o la hacía llorar. Sin embargo, ahora era bien distinto. El guerrero sabía perfectamente qué provocaba su contacto en el cuerpo de ella y cuánto la excitaba. Sin duda, tenía experiencia con las mujeres. Otra cosa que preocupaba a Erin, porque ella no había conocido varón de una forma íntima.

—¿Estás disfrutando de la velada, querida mía? —le preguntó Ian, inclinándose sobre su oreja.

—Sí, mucho.

—¿Puedo preguntarte una cosa?

Erin fijó sus ojos azules en los de él.

—Adelante. Dime qué quieres saber.

—Esta mañana, mi hermana ha comentado que siempre me has tenido miedo. ¿Es por todas las fechorías que te hice en nuestra infancia?

—Sí, eras un niño muy malo.

—Acepta mis disculpas.

—Ya te disculpaste ayer. No hace falta que vuelvas a hacerlo —comentó Erin.

Ian sintió la necesidad de explicar su comportamiento del pasado.

—Te hacía todo aquello porque tú siempre me ignorabas. Ni siquiera me saludabas cuando me veías y nunca hablabas conmigo. Era mi forma de llamar tu atención. Ya sé que no era la adecuada, pero no se me ocurría otra.

La joven dama abrió los ojos con sorpresa.

—Intentaba no cruzarme en tu camino porque me intimidabas con tu gran altura y por la forma en que me mirabas, como si fuera algo asqueroso y despreciable —le confesó.

—¿Asqueroso y despreciable? —repitió él—. Jamás podré verte así. Ni aunque estuvieras cubierta de boñigas de caballo o estiércol.

Los dos se rieron con complicidad.

—Siempre he pensado que me odiabas —comentó Erin.

—No —se apresuró a decir él—. Solo deseaba llamar tu atención porque me gustabas. Siempre me has gustado. Pero me di cuenta tarde. Cuando te caíste por mi culpa en la boda de tu hermano Niall con Caitrina y se te llenó el vestido de barro, al ver tu mirada triste y dolida fue cuando me di cuenta de que había sido vil y ruin contigo durante demasiado tiempo. Verte a punto de llorar me desarmó. Me hizo sentirme como el ser más mezquino de toda Escocia.

En ese momento, James MacKinnon se acercó a la pareja.

—¿Puedo felicitaros por vuestro próximo enlace?

Ian estuvo a punto de ordenarle que se largara de allí inmediatamente. El momento tan especial que estaba viviendo con Erin, hablando de su pasado en común, confesándose el uno con la otra, se vio interrumpido por ese maldito hombre que miraba a su futura esposa con lascivia.

El *laird* aferró su copa intentando controlar el primitivo instinto de asestarle un puñetazo por mirar de esa forma a su mujer. Cuando notó que estaba abollando la plata, dejó de apretar, pero siguió mirándolo con dureza.

—Por supuesto, MacKinnon —oyó decir a Erin—. Sois muy gentil. Gracias —dijo, intentando reprimir la repulsión que le producía observar la fealdad del hombre.

Ian ladeó la cara hacia ella y la descubrió con una sonrisa impostada en su bello rostro. Enseguida supo que la presencia de MacKinnon la incomodaba, así que decidió despacharlo con rapidez.

—Gracias, MacKinnon. Puedes retirarte —le ordenó.

James dirigió entonces la mirada hacia Ian.

—No sois mi *laird* para darme órdenes. ¿Cómo osáis hacerlo?

Pronunció las palabras en un tono tan alto que todos los asistentes lo escucharon.

La música cesó junto con la algarabía que inundaba la estancia. Todos permanecieron expectantes para ver cómo se desarrollaban los siguientes minutos.

—No os ofendáis, MacKinnon —intervino Erin, conciliadora—. Seguro que mi futuro esposo no pretendía daros órdenes. ¿Verdad, mi señor? —dijo mirando a Ian.

Ian se alzó del asiento. Su gran altura sobrepasó con creces la del otro joven. Además, era más musculoso e intimidante que él. Esbozó una sonrisa fingida antes de hablar.

—Verdad, mi señora —declaró, tendiéndole la mano a James para sellar la paz.

El otro le miró la mano con reticencia, pero tardó poco en aceptarla.

Ian aprovechó para medir su fuerza con la de él. Se la apretó tan fuerte que MacKinnon tuvo que hacer un esfuerzo por aguantar el dolor. No quería que el guerrero MacLeod lo avergonzase delante de Erin y el resto de los comensales.

Ian apretó todavía un poco más antes de soltarlo. James inclinó la cabeza hacia Erin.

—Mi señora —se despidió de ella.

Cuando se dio la vuelta para regresar a su sitio, todos pudieron comprobar cómo se masajeaba la mano dolorida.

Ian se sentó de nuevo.

Los músicos volvieron a tocar y el jolgorio se reanudó.



—Necesito hablar con vosotras a solas —comunicó Erin a sus cuñadas, Caitrina y Elspeth, y a sus amigas Ishla y Elisabeth, que

estaban reunidas en un corro charlando tranquilamente sobre el embarazo de Elspeth.

Brianna estaba danzando al son de las alegres gaitas que tocaban en ese momento. Había estado un rato con las otras mujeres, pero el tema de conversación no le interesaba y decidió unirse al baile.

—¿Ocurre algo, Erin? —preguntó preocupada Caitrina.

—No. Es solo que…

Al ver cómo se retorcía las manos, nerviosa, Elisabeth sugirió:

—Podemos ir a la sala contigua. ¿O prefieres que subamos a tu alcoba?

—Mejor vayamos a mi alcoba.

Todas se dirigieron hacia las escaleras para subir a la planta donde se encontraban los aposentos.

—Esperad un momento. Voy a avisar a Brianna —comentó Ishla.

Erin se giró hacia ella.

—No, no la llames. No quiero que ella sepa de lo que vamos a hablar.

—¿Por qué? —quisieron saber todas a la vez.

Les extrañaba que Erin tuviera secretos con su mejor amiga y futura cuñada. Todas sabían que las dos compartían intimidades y vivencias en sus confesiones.

—Es que… —Dudó unos instantes—. No creo que pueda ayudarme y, además, vamos a hablar de su hermano… No sé si le gustará escuchar lo que tenéis que decirme sobre…

Dejó la frase en el aire y Caitrina se imaginó el tema que iban a tratar.

—¿Sobre la consumación del matrimonio?

El sonrojo de Erin les dio la respuesta.

—Por eso quieres hablar solo con las que estamos casadas —afirmó Ishla.

La joven novia asintió con un movimiento de cabeza.

—Bien. Pues subamos a tu alcoba —determinó Elisabeth.

Cuando llegaron, sus amigas se sentaron en un arcón de madera y Caitrina, en el asiento de piedra que había en la ventana. A Elspeth le reservaron el sillón para que estuviera más cómoda por su embarazo.

Erin no dejaba de pasear de un lado al otro de la alcoba pensando en cómo iniciar la conversación.

—Detente, Erin. Siéntate en la cama y tranquilízate —le ordenó Caitrina.

Ella obedeció.

—Es que estoy muy nerviosa porque nunca he estado con un hombre a solas, en el lecho, y no sé qué va a pasar. He oído decir a algunas mozas del pueblo que hacer… eso… resulta doloroso. Que los hombres son brutos y…

—Todos no son iguales —rebatió Elisabeth—. Alasdair fue cariñoso y delicado conmigo en nuestra noche de bodas. Yo también estaba atemorizada por lo mismo que tú, pero me llevé una sorpresa. ¿Quién iba a pensar que el aguerrido *laird* de los Grant tendría tanta sensibilidad en la intimidad de nuestra alcoba? —Sonrió para infundirle ánimos a su amiga.

—Niall también fue muy considerado conmigo en nuestra primera vez —intervino Caitrina.

—Pues tu hermano William es un potro salvaje, aunque debo reconocer que en la consumación de nuestro matrimonio también fue tierno y, a pesar de que me trató con dulzura, sentí un dolor inmenso cuando estuvimos en el lecho. Como si una daga se clavara en mi interior —añadió Elspeth.

Erin jadeó con miedo al escuchar a su cuñada.

—No le digas eso —la riñó Caitrina—. ¿No ves lo asustada que está? La vas a atemorizar más.

—Solo estoy siendo sincera —dijo mientras se acariciaba la enorme barriga de embarazada—. A mí, la primera vez me dolió. Pero las siguientes fueron espectaculares. —Sonrió con picardía—. Antes de quedarme encinta, lo hacíamos todas las noches. Algunas veces, por el día también. Por la mañana, por la…

—No hace falta que me des tantos detalles. No quiero saber cómo es mi hermano Will en el lecho conyugal ni cuántas veces hacéis eso. No lo necesito —la cortó Erin.

—Eres una exagerada, cuñada —comentó Caitrina—. En mi primera vez con Niall solo sentí un poco de molestia, nada comparado a lo que dices tú. ¿Una daga clavándose en tus

entrañas? —Se rio—. Aunque debo reconocer que en el resto tienes razón. Cada vez es mejor, más placentero.

—A mí tampoco me dolió tanto cuando Lachlam me tomó por primera vez —declaró Ishla—, pero sí es cierto que con la práctica se mejora y llega un momento en el que lo disfrutas plenamente. Incluso estás deseando que llegue ese momento de intimidad en el lecho con tu esposo.

Elspeth volvió a hablar:

—Yo estoy deseando parir al bebé para volver a yacer con Will.

Erin recordó el miembro viril de Ian cuando lo vio desnudo en el río y se acaloró. Carraspeó para aclararse la garganta antes de continuar sacando información a sus amigas y sus cuñadas.

—Pero ¿qué tengo que hacer?

—Tú no tienes que hacer nada —se rio Elspeth—. Simplemente te tumbas en la cama, te abres de piernas y él te toma.

—También se puede hacer en otras posiciones —mencionó Elisabeth.

Ishla contempló la barriga de embarazada de Elspeth y preguntó:

—¿Cuántas veces tienes que hacerlo para que tu esposo te deje encinta? Lachlam y yo estamos intentándolo desde que nos casamos.

—Cuantas más veces lo hagas, mejor —respondió ella.

—Niall me preñó el primer mes de casados —intervino Caitrina.

—Entonces, ¿tendré que hacer… eso… con Ian muchas veces para darle hijos? —quiso saber Erin.

En ese momento se abrió la puerta con tanta fuerza que todas dieron un respingo, sobresaltadas.

Brianna las había seguido cuando abandonaron el salón, extrañada porque sus amigas se marchaban sin avisarla. Cuando llegó a la puerta cerrada, pegó la oreja a la madera para escuchar de qué hablaban.

—¿Estáis haciendo una aquelarre sin mí? —bromeó, mirándolas a todas.

Cerró la puerta a su espalda mientras Caitrina respondía:

—No es eso. Solo estábamos contando a Erin nuestra experiencia en la consumación del matrimonio.

Erin miró a su amiga y se apresuró a disculparse:

—Perdóname por no avisarte, pero necesitaba hablar con mujeres casadas. No creo que tú pudieras aconsejarme en este tema tan delicado porque no tienes experiencia y…

Brianna la observó con una ceja arqueada.

—¿Y no se te ha ocurrido pensar que a mí también me vendrían bien una conversación sobre esto? Algún día me desposaré. También necesito consejos de mujeres con experiencia. Por cierto, ¿ya les has contado que esta mañana has estado con mi hermano a solas, en el río, mientras él se bañaba desnudo?

Todas miraron a Erin con sorpresa y esperaron expectantes a que ella respondiese.

La joven se acaloró tanto que a punto estuvo de desmayarse.

—No puede saberlo nadie. Pondría en entredicho mi virtud y mancharía el honor de mi clan. Además, no ha pasado nada entre Ian y yo —confesó con voz temblorosa.

—¿Has visto desnudo a tu prometido antes de contraer matrimonio con él? —la interrogó Elisabeth.

La joven dama asintió.

—Pero os juro por san Andrés que no ha sucedido nada —se apresuró a aclarar.

Las otras se miraron entre sí y sonrieron.

—Bueno, si ya lo has visto desnudo, sabrás el tamaño de su verga. Pero déjame decirte que esta aumenta cuando el hombre está preparado para tomarte —explicó Elspeth—. ¿Has visto alguna vez a un caballo montando a una yegua? Pues es lo mismo, pero se hace por delante.

—¿Tanto aumenta su tamaño? —preguntó ella, sofocada.

Recordó cuando Ian la había sorprendido por la espalda. Cuando la pegó a su cuerpo, ella sintió un tronco duro y grande contra su trasero. Un escalofrío la recorrió entera. No creía que algo tan enorme cupiera dentro de ella.

Vio cómo sus amigas, excepto Brianna, y sus cuñadas afirmaban con movimientos de cabeza.

—Tanto como la de un caballo no, pero casi —le aclaró Elisabeth.

—No podré albergarlo —dijo con miedo—. Soy demasiado pequeña para él.

Caitrina se levantó del asiento de piedra junto a la ventana y caminó hasta ella.

—No te preocupes. Todas podemos acoger en nuestro interior la verga de nuestros esposos. Y tú lo vas a hacer igual —declaró, acariciándole un brazo.

Brianna, en una esquina, tomaba buena nota de todo para cuando le tocase a ella.



5

Su doncella Mor, junto a otras criadas del castillo, llevaron cubos con agua caliente para llenar la tina que habían puesto en la alcoba de Erin. Cuando acabaron, Mor despachó a las demás.

Erin apartó las sábanas de la cama y se levantó. Caminó hasta que estuvo junto a la tina humeante y se despojó de su camisón.

Se metió en el agua caliente y de su garganta brotó un suspiro de satisfacción. Pero, aun así, seguía sintiéndose nerviosa.

Apenas había dormido esa noche. Una y otra vez volvía a su mente la conversación mantenida con sus cuñadas y sus amigas. No dejaba de preguntarse si podría acoger la verga de Ian, a pesar de que Caitrina le había asegurado que así sería, y también si le dolería.

—Os noto tensa, mi señora —comentó Mor.

—Estoy nerviosa. No todos los días contraigo matrimonio.

—¡Pero os casáis con el *laird* más apuesto de todas las Highlands! ¡Uno de los guerreros más temidos, curtido en cientos de batallas! Sois la envidia de todas las damas solteras.

—No deseo ser la envidia de nadie. Ese sentimiento solo trae problemas —opinó Erin mientras la doncella le enjabonaba la espalda.

—Tranquilizaos, mi señora. Todo saldrá bien —la animó Mor con su alegre voz.



El día amaneció nublado, pero en el momento en el que Ian vio a Erin ataviada con el vestido de ceremonia nupcial fue como si saliese el sol.

Estaba tan hermosa que le robaba el aliento. El vestido se componía de una túnica larga y suelta con mangas ajustadas, llamada cote, ceñida con un cinturón. Sobre el cote portaba el *earasaid,* un chal de tartán. El color celeste del vestido contrastaba con el cabello rojo de su prometida, que llevaba recogido en un moño, del que se escapaban algunos mechones que flotaban alrededor de su bello rostro. Supo que recordaría ese instante el resto de su vida.

Erin lo miraba cohibida, pero con una pequeña sonrisa en sus labios. Ian vestía el *kilt* con los colores de su clan atado con un cinturón de cuero, del que colgaba el *sporran*, y una camisa de lino. El resto del tartán lo llevaba sobre el hombro izquierdo, sujeto con el broche de *laird.*

Se acercó a ella despacio, no quería perderse ni un instante de ese día por ir demasiado rápido. Sabía que el tiempo que pasaba no volvía, y por eso deseaba disfrutar de cada instante.

Cuando estuvo cerca, se llevó una mano al corazón y después se inclinó hacia delante para hacerle una reverencia a su futura esposa.

—A sus pies, mi señora —dijo mostrándole respeto.

Se enderezó y la miró a los ojos con una sonrisa espléndida.

Erin hizo una pequeña genuflexión, dándole a Ian una perfecta panorámica de su escote con los pechos apretados contra el vestido. El joven inspiró profundamente para controlar sus instintos más primarios.

Sin dejar de admirar su fina y delicada piel, le tendió el brazo para que Erin se agarrase y juntos entraron en la pequeña iglesia.



—Ante los ojos de Dios y bajo la mirada de nuestros ancestros, yo, Ian Alexander James MacLeod de Harris, enlazo mi mano con la tuya, Erin Margaret Blaine Campbell MacInnis. Donde camines, yo caminaré. Lo que posea, contigo lo comparto. Tu vida será la mía y tu destino, mi destino. Te tomo como legítima esposa, prometo serte fiel en el lecho, defender tu honor con nuestra sangre y guardar nuestra unión hasta que la muerte nos separe.

Erin inspiró profundamente antes de pronunciar sus votos. Estaba tan nerviosa que creía que se desmayaría en cualquier momento. Sin embargo, la mirada amorosa que le dirigía Ian le dio fuerzas para mantenerse en pie y hablar.

Con las manos unidas, uno frente al otro, sin dejar de mirarse a los ojos, sonrieron.

El sacerdote enrolló sus muñecas con un trozo del tartán con los colores del clan MacLeod.

—Con este lazo ato mi alma a la tuya, Ian Alexander James MacLeod de Harris. Tu dolor será mi dolor; tu alegría, mi alegría. Prometo cuidarte en las estaciones de frío y en los días de cosecha, y no soltar tu mano hasta el fin de mis días. Yo, Erin Margaret Blaine Campbell MacInnis, te tomo a ti, Ian Alexander James MacLeod de Harris, como mi legítimo esposo ante los ojos de Dios y estos testigos. Prometo amarte y respetarte de hoy en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, compartir tu carga y tu pan todos los días de mi vida hasta que la muerte nos separe.

El sacerdote pronunció unas palabras en latín, bendiciendo el matrimonio.

—Puedes besar a la novia —dijo al acabar.

Ian se inclinó sobre los labios de Erin y los tomó con suavidad durante unos segundos. Cuando sus bocas dejaron de tocarse, los dos se miraron con intensidad. El joven esposo sonrió, mostrando su alegría. Ella también esbozó una tímida sonrisa, aunque por dentro estaba tan pletórica como asustada.

Salieron de la iglesia, seguidos de los invitados. Una vez en el exterior, todos empezaron a jalearlos entre abrazos y risas.

Se dirigieron al castillo con la comitiva tras ellos. Cuando entraron en el gran salón que poseía la fortaleza Duntrune, había largas mesas con pescado ahumado, cestas con panecillos recién hechos, guisos de carne y verduras. De la cocina, cercana al salón, provenía el delicioso aroma de los jabalís y venados que se asaban.

Los novios se sentaron en una mesa que presidía el salón. Al lado de Ian estaban Fiona y Brianna. Al lado de Erin, Colin y Marion.

Las criadas del castillo iban y venían con jarras llenas de cerveza y vino.

Todo el mundo comía, hablaba y reía mientras la música sonaba alegre y vivaz.

Ian se inclinó sobre la oreja de Erin.

—No has probado bocado —le susurró.

—Es que no me entra nada —respondió ella en voz baja.

—¿Estás indispuesta? —se preocupó.

—No. Es solo que…

La reciente esposa inspiró hondo y soltó el aire despacio.

—Bueno, estoy un poco nerviosa.

—¿Por qué? ¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

Ella lo miró.

—No.

Ian arqueó una ceja.

—¿Entonces?

Erin estaba a punto de responder cuando uno de los invitados se alzó de su asiento y pidió que la música cesara. Iba a dedicarles unas palabras a los recién casados.

Con una jarra de cerveza en la mano, se aclaró la garganta antes de hablar.

—Que Dios bendiga vuestra unión con muchos hijos. Que sean valientes guerreros que mantengan la paz en Escocia y la independencia que tantos años nos ha costado lograr. Que sean fértiles y llenen las Tierras Altas de más hijos y que, esta noche, Ian plante su semilla en el vientre de Erin. Tómala todas las veces que haga falta hasta que la dejes preñada —gritó con la voz pastosa por la bebida. Sin un ápice de duda, estaba borracho.

Todos los invitados soltaron grandes carcajadas, felicitaciones y bendiciones para el matrimonio. La música volvió a sonar.

Ian contempló a su esposa. Ella no sonreía. El rubor de sus mejillas le llegaba hasta las raíces del pelo. Observó su mirada y comprobó que estaba muy asustada. Agarró su mano para infundirle ánimos y se la llevó a los labios para besarle los nudillos.

—¿Estás nerviosa por la consumación de nuestro matrimonio? —preguntó él con tino.

Erin tragó saliva y asintió. Dirigió sus ojos azules hasta los de su marido y abrió la boca para hablar. Sin embargo, no pudo emitir ninguna palabra.

—No te preocupes. Seré delicado. Te tomaré con suavidad para que no sufras —le prometió.

Tras unos instantes en los que sus miradas permanecieron enganchadas, Ian cogió una copa de plata y se la ofreció a Erin.

—Bebe un poco de hidromiel. Te sentará bien —le aconsejó con la voz más dulce que pudo.

Ella agarró la copa y dio un pequeño sorbo.

Después dirigió la mirada hacia el gran salón, donde todos compartían aquel día tan importante en sus vidas.



Horas después, los recién casados estaban en la alcoba donde pasarían su noche de bodas.

El fuego crepitaba en la chimenea y la estancia permanecía caldeada. A pesar de ser verano, en las Highlands la temperatura no era excesiva y por las noches refrescaba bastante. Además, estaba lloviendo y la humedad se filtraba por las ventanas.

Ian se despojó de su *kilt* y se quedó solo con la camisa de lino, que le llegaba hasta las caderas. Ayudó a Erin a desvestirse hasta que ella estuvo solo con una camisola hasta las rodillas.

La agarró de la cintura y la pegó a su duro torso. Se inclinó sobre su boca y la reclamó con un apasionado beso. Ella le correspondió, pero no con el mismo ímpetu.

Al darse cuenta de esto, dejó de besarla y la observó.

—No te tomaré hasta que el miedo no desaparezca de tus ojos —prometió Ian tras ver la mirada asustada de Erin.

—Pero, si no lo haces, todos sabrán que no has cumplido como marido y que yo… —murmuró ella.

Ian esbozó una sonrisa.

Cogió su daga de plata con incrustaciones de rubíes y se pinchó en la yema del dedo. Acto seguido, dejó caer unas gotas de sangre sobre las sábanas blancas.

Después, presionó para que la sangre dejara de manar. Cuando lo consiguió, limpió el arma y se la entregó a Erin.

—Acepta mi daga como regalo de bodas. Quiero que la lleves siempre contigo para protegerte cuando no estemos juntos.

Ella la cogió y admiró la belleza del arma.

—Puedes dormir en el lecho —continuó Ian—. Cuando vengan las criadas mañana por la mañana para cambiar las sábanas, verán los restos de sangre y… Bueno, ya sabes qué pasará entonces.

Erin asintió despacio.

—Empezarán a chismorrear sobre nuestra noche de bodas —añadió con un susurro.

Ian se dio la vuelta y caminó un par de pasos. Pero no anduvo más al escuchar la voz de su reciente esposa.

—¿Dónde vas a dormir?

Al joven le habría gustado decir que ardía en deseos de dormir junto a ella, de tomarla y reclamarla como suya, de consumar su matrimonio a base de besos, caricias, palabras susurradas y gemidos de placer. Y, cuando amanecieran juntos en el lecho conyugal, volver a hundirse en ella si así lo deseaban ambos.

Sin embargo, contestó:

—No te preocupes por mí. Dormiré en el suelo, frente al hogar.

—Pero el suelo está frío y duro.

—Me tumbaré encima del tartán. Además, he dormido en sitios peores —declaró sin girarse a mirarla.

No podía hacerlo porque sabía que, si contemplaba otra vez su belleza, toda su fuerza de voluntad se resquebrajaría y la tomaría por la fuerza. No deseaba que eso ocurriera, no de esa manera.

Como Erin no pronunció ninguna palabra más, Ian colocó el tartán a modo de alfombra delante de la chimenea y se tumbó de lado, con la cabeza apoyada sobre el brazo doblado, dándole la espalda a su esposa.

Ella lo miró durante bastante rato. Tenía una mezcla de sentimientos que no sabía discernir. Admiraba su caballerosidad, su templanza y su delicadeza con ella. Cualquier otro esposo la habría tomado sin ningún tipo de consideración. Pero Ian no. Él era distinto, a pesar de que Erin siempre había pensado que era un bruto sin sentimientos que solo quería molestarla y hacer que se sintiera mal.

También despertaba extrañas sensaciones en su cuerpo cada vez que la miraba o la tocaba, como si tuviera un torrente de hormigas recorriendo su piel. El corazón se le aceleraba como si hubiera estado cabalgando con su yegua desbocada.

Sabía que no debía tenerle miedo. Los dos habían cambiado. Ian era más gentil y considerado que antes. Ya no era el ogro que le hacía fechorías en su infancia. Y ella era más valiente. Ya no se sentía tan intimidada por su gran envergadura y por esos ojos que parecían ver su interior.

Sin embargo, no era tan decidida como pensaba. Necesitaba tiempo para acostumbrarse a estar con él y aceptar la idea de que ahora le pertenecía. Era su esposo y podía reclamarla en el lecho cuando quisiera. Además, era su deber como esposa darle hijos. ¿Cómo iban a tener descendencia si no yacía con él?

Se retorció las manos, nerviosa. Tarde o temprano tendrían que hacer algo para que ella se quedase encinta. Pero no sería esa noche. Todavía no estaba preparada para entregarle su virtud.

Agarró uno de los almohadones de la cama y se aproximó a Ian.

Le tocó el hombro y se lo tendió.

—Así estarás más cómodo.

—Gracias, Erin.

—Gracias a ti por no… forzarme —murmuró.

«No te imaginas cuánto me está costando contenerme», pensó el joven. Sin embargo, no dijo nada.

Erin regresó al lecho y se dispuso a dormir, aunque sabía que le iba a costar mucho. Iba a ser una noche muy muy larga.



Tres horas después, Erin no había logrado conciliar el sueño. No dejaba de repetirse que estaba obrando mal, que estaba faltando a su deber como esposa y que debía cumplir con él.

No dejaba de echar furtivas miradas al hogar en el que las llamas crepitaban. Ian le había añadido un tronco más hacía bastante rato y, tras desprenderse de la camisa de lino, se había quedado quieto otra vez, como si fuera una estatua. Su respiración era pausada, por lo que Erin dedujo que él sí había podido conciliar el sueño por fin.

Se levantó de la cama y puso los pies en el suelo frío. Con sigilo, se acercó a su marido, que seguía dándole la espalda. Se fijó otra vez en la cicatriz que le llegaba desde el hombro izquierdo hasta la mitad de la espalda. ¡Cuánto debía haberle dolido! Pero ella sabía que era un hombre fuerte, capaz de soportar cualquier dolor, y se alegró de que su reciente esposo fuera así.

A medida que se acercaba a la chimenea, notaba el calor en su cuerpo y que el suelo, antes frío, estaba ahora templado.

Ian tenía los ojos cerrados y ella admiró su atractivo rostro. Deslizó la mirada por el torso al descubierto, examinando sus marcados y fuertes músculos. La boca se le hizo agua. Como si fuera un rayo, una imagen de ellos en el lecho consumando el matrimonio con besos, abrazos y el calor que emanaba de sus cuerpos febriles atravesó su mente.

Notó que algo se arremolinaba en su estómago, insistiendo en que despertase a Ian para yacer junto a él.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó su esposo con los ojos aún cerrados, sorprendiéndola—. ¿Te vas a quedar toda la noche ahí, mirándome? ¿O has cambiado de opinión y ya estás preparada para entregarte a mí? —insistió, abriendo los ojos y enfocando con ellos a su esposa.

Erin emitió un pequeño gritito por el susto, pero se recompuso pronto.

Se agachó al lado de Ian y le tocó la piel del hombro. Estaba caliente y ese calor se extendió por todo su cuerpo.

—Deseo compartir el lecho contigo y consumar nuestro matrimonio.

—¿Estás segura? —volvió a cerciorarse el *highlander.*

Ella asintió, aunque no pudo evitar ruborizarse.

Se alzó del suelo donde había permanecido en cuclillas y esperó los pocos segundos que Ian tardó en levantarse con el estómago encogido por los nervios, la ansiedad y el deseo.

Al ponerse en pie, el tartán con el que él cubría sus caderas resbaló hasta el suelo, lo que ocasionó que Erin tuviera una visión perfecta de la desnudez de su esposo.

Abrió los ojos como platos y se llevó una mano a la boca al tiempo que dejaba salir de su garganta un jadeo. Ese sonido rebotó en la virilidad del guerrero, logrando que esta se alzase aún más orgullosa frente a la joven dama. Ella dirigió la vista hacia la verga, que le apuntaba como si fuera una espada lista para insertarse en su cuerpo.

Ian era tan hermoso que dejaba sin palabras. A pesar de que ya lo había visto desnudo en el río, ahora lo tenía más cerca, al alcance de la mano. Podía tocarlo, aprenderse de memoria cada músculo, cada tendón, y absorber el calor de su piel.

La marca de una herida de flecha en el pectoral derecho la tentó a tocarlo. Sin embargo, no se atrevía.

—¿Alguna vez has visto a un hombre desnudo? —preguntó el joven *laird.*

Erin se quitó la mano de la boca y la puso sobre su pecho, intentando calmar los frenéticos latidos de su corazón.

—No —susurró, cohibida, sin dejar de admirar su amplio torso—. Bueno, sí —rectificó—. Pero solo a ti. Ayer, cuando te bañabas en el río.

—¿Te gustaría tocarme? Soy tu esposo, así que estás en tu derecho.

Erin alzó la vista hasta el rostro de su marido y lo descubrió con una magnífica sonrisa. Sus ojos brillaban por el deseo contenido.

Ian dio un paso más hacia ella, incitándola a tocarlo. La joven dama inhaló el primitivo olor, tan excitante que le llenó la mente de fantasías que jamás había tenido con ningún hombre.

Como Ian la notaba indecisa, agarró su mano y la colocó sobre su torso.

Ella sintió cómo la calidez de su piel se extendía por todo su cuerpo, revolucionando cada célula de su ser. Algo aleteó en su vientre.

—No temas. Tócame, por favor —le suplicó Ian con voz ronca.

El *highlander* jamás había conocido a una mujer que despertara en él impulsos tan primarios. La deseaba de una manera salvaje que nunca había sentido por otra mujer. Ella parecía totalmente inconsciente de la tentación que suponía. Le hervía la sangre al imaginársela debajo de él, al pensar en acariciarle la piel, los labios…

A su esposa la rodeaba un inconfundible aire de promesa sexual que apuntaba a placeres muy terrenales. Era como una rosa esperando a que alguien la cortara. Y ese alguien iba a ser él. La deseaba con una intensidad que desafiaba la razón y tuvo que hacer un esfuerzo para controlar su lujuria.

Erin deslizó los dedos hacia la cicatriz de la herida de flecha. Dibujó con el índice el contorno y se acercó para depositar un tierno beso en ella.

—¿Todavía te duele? —murmuró contra la piel del guerrero.

Tenía una voz tan sensual que era capaz de derretir un lago helado.

—No. Ya no. Pero, aunque me doliese, tus besos calmarían ese dolor —contestó Ian.

La agarró por la cintura para pegarla más a su pecho. Ella pudo sentir toda la dureza de su erección contra su vientre. Las manos de Ian pasaron de la estrecha cintura de Erin hasta su mentón, abarcándolo por completo.

Agachó la cabeza. Sus labios estaban a milímetros de los de ella. Notó el acelerado corazón de su joven esposa y el ligero temblor que sacudía su cuerpo. Supo que ella lo deseaba con la misma pasión que él. Entreabrió los labios, pero no la besó en la boca.

Deslizó el pulgar por el suave y turgente labio inferior de ella, que soltó un jadeo al sentir que aquella caricia la quemaba. Ian bajó la cara hasta su cuello para saborear su dulzura. Se enterró en la cálida piel de su garganta, aspiró el perfume floral de su sedoso cabello y la devoró a besos, lamiéndola, hasta que ella se estremeció de forma más notable.

Erin soltó un suave gruñido, al tiempo que sentía un torrente de sensaciones nuevas. Su esposo estaba duro y caliente, con su entrepierna tensa contra su vientre.

Ian regresó a la boca de Erin y la reclamó con un exigente beso. Tras unos momentos en los que sus lenguas danzaron juntas, se despegó de los labios de Erin para tomar un poco de aire y permitirle a ella hacer lo mismo.

—Voy a quitarte el camisón —dijo con la respiración agitada.

—Sí —le permitió ella con voz temblorosa.

Le sacó la camisola de un tirón, pasándosela por los brazos y la cabeza con rapidez. Necesitaba ver a su esposa totalmente desnuda, pero no esperaba lo que se encontró.

Erin poseía una belleza salvaje que jamás habría imaginado. Sus pechos eran bastante más grandes de lo que había intuido. La cintura fina y el vientre plano acababan en unas caderas rotundas. La cascada de rizos rojos le llegaba hasta más abajo de la cintura. Recordó el día anterior, su encuentro en el río. Ella vestía ropas de muchacho. Las calzas que portaba le marcaban deliciosamente el trasero y las caderas, pero no le hacían justicia. Desnuda era todavía más imponente y bella.

Estuvo a punto de caer a sus pies y rendirle pleitesía como si fuera una diosa. Pero no era un ser etéreo. Era de carne y hueso. Y era toda suya.

Erin, avergonzada, intentó cubrirse el pubis con una mano al tiempo que se daba la vuelta, pero Ian la detuvo con un rápido movimiento.

—No. No te escondas de mí.

—Yo…

—Sé que te sientes incómoda por mostrarte ante mí así, sin nada que cubra tu cuerpo. Pero déjame decirte que eres la mujer más

hermosa que he visto en toda mi vida y estoy seguro de que no volveré a ver jamás a ninguna otra como tú.

Ian le acarició la mejilla y le dio un suave beso en los labios.

—¿Has visto a muchas mujeres desnudas? —quiso saber ella.

La mirada que su esposo le dirigió hizo que aumentase su temperatura corporal.

—He visto a otras mujeres desnudas, pero ninguna tan bella ni tan mía —contestó, antes de cogerla en brazos y besarla con todo el deseo que sentía en ese momento.

La llevó hasta el lecho y, sin dejar de besarla, la tumbó en él.

El cabello de Erin se desparramó sobre la almohada, como si fuera el aura de un ángel. Ian se quedó un momento contemplándola, hechizado. Los azules ojos de su esposa brillaban con intensidad. El sonrojo cubría sus mejillas de una manera deliciosa. Los labios estaban hinchados por el beso que se habían dado. El pecho de Erin subía y bajaba por su respiración irregular. Ella lo miraba expectante, sin saber qué vendría a continuación.

Recorrió las tentadoras curvas de su mujer con ojos codiciosos otra vez.

Cubrió el cuerpo de ella con el suyo y se apoyó en los codos. Sabía que con su gran envergadura la aplastaría, impidiéndole respirar, y no deseaba que eso ocurriera.

Erin notaba su erección contra el pubis y miró en aquella dirección. Ian siguió el recorrido de aquella mirada.

—Tócame —le pidió con la voz ronca por la pasión—. Desliza tu mano arriba y abajo.

Ella se atrevió a meter una mano entre sus cuerpos hasta que alcanzó la virilidad de su esposo. Se sorprendió al notar su dureza y suavidad al mismo tiempo, como si fuera acero recubierto de seda.

Comenzó a acariciarlo de la manera en la que Ian le había indicado y alzó la vista hasta los ojos de él, nublados por el deseo. El *highlander* emitió un sonoro gemido masculino y Erin detuvo lo que estaba haciendo.

—¿Te he hecho daño? —preguntó, preocupada.

—No —contestó tras un largo suspiro—. Al contrario, me está gustando mucho.

—Entonces, ¿por qué te has quejado?

—No era un quejido. Era un gemido de puro placer —le aclaró él.

Ian vio la confusión en los azules ojos de su esposa y pensó que debía mostrarle la diferencia entre un sonido y otro.

—¿Confías en mí?

—Sí —respondió tras unos instantes de duda.

—Bien. Te voy a demostrar que lo que he dicho es cierto.

Primero, la besó en los labios con suavidad. De ahí pasó a su garganta, que recorrió con tiernos besos y pequeños mordiscos. Llegó a sus senos, donde se entretuvo un rato jugando con cada uno de sus pezones, que lamió y succionó hasta que consiguió arrancarle los mismos gemidos de placer que había emitido él poco antes.

—¿Entiendes ahora la diferencia, mi bella esposa?

Erin tragó saliva y respondió con apenas un susurro:

—Sí.

—Pues aún hay más. Puedo darte más placer, tanto que no podrás controlarlo.

Reclamó de nuevo su boca con un apasionado beso, antes de bajar hacia su pubis. Le pasó los dedos por su hendidura y descubrió que estaba húmeda. Ella dio un respingo al sentir la atrevida caricia. Notaba el corazón martilleando contra sus costillas como si quisiera salirse de su pecho.

Observó cómo Ian besaba los rizos de su zona íntima mientras le abría de piernas para meter la cabeza entre ellas.

Con la primera pasada de su lengua, ella se sintió desfallecer.

Con la segunda, boqueó como un pez fuera del agua.

Con la tercera, notó un exquisito calor apoderándose de su bajo vientre.

El guerrero tuvo que agarrar a su esposa por las caderas, porque no dejaba de retorcerse por el placer que estaba recibiendo. Los gemidos de su mujer resonaban en sus oídos, haciéndole saber cuánto estaba disfrutando con la exploración de su lengua.

Cuando creyó que estaba preparada, se tumbó encima de ella, la penetró y se quedó quieto.

El jadeo que Erin tenía preparado en su garganta se quedó atascado.

—¿Estás bien? —quiso saber él.

Ella tardó unos segundos en contestar. Inspiró profundamente para controlar el dolor que había sentido y, cuando expulsó el aire de sus pulmones, habló:

—Sí —confirmó con la voz temblorosa.

—¿De verdad?

Ian buscó los ojos azules de Erin y los vio bañados en una mezcla de sentimientos: malestar, deseo y anhelo.

—Bueno, me duele un poco. Mis cuñadas y mis amigas Elisabeth y Elspeth me dijeron que es normal, pero que con el tiempo mejora.

El joven *laird* sonrió.

—Así es. —La besó otra vez en los labios y añadió—: Ahora voy a moverme hacia dentro y hacia fuera un rato. Si te sigue molestando, dímelo y me detendré.

Erin asintió con un movimiento de cabeza.

—Empezaré poco a poco, pero, a medida que note más calor, comenzaré a hacerlo más deprisa. Si soy demasiado bruto y te hago daño, dímelo y me detendré —repitió.

—Sí.

—Espero que tú sientas el mismo calor que yo, eso querrá decir que estás disfrutando de la consumación de nuestro matrimonio.

Como había predicho Ian, comenzó a moverse de manera pausada sin dejar de observar en ningún momento las reacciones en el rostro de Erin. No quería lastimarla. Deseaba que ella tuviese un buen recuerdo de su noche de bodas. Si conseguía hacerla disfrutar, se aseguraría una larga vida de encuentros apasionados y felices.

Poco a poco, Erin fue notando una sensación exquisita con aquel contacto carnal. La fusión de sus cuerpos era algo maravilloso. El cuerpo de su marido era increíble, cálido y duro al mismo tiempo. Le pasó las manos por los prominentes músculos de la espalda y lo acercó más a ella, hasta que sus endurecidos pezones se clavaron en el torso del guerrero. Era magnífico.

Ian aumentó el ritmo de sus estocadas al notar que Erin vibraba de placer entre sus brazos. Lo acogía entre sus piernas y sentía

cómo su interior lo succionaba y lo exprimía. Un torrente de satisfacción masculino lo recorrió y, con un gemido, ambos estallaron en llamas.



Erin se despertó con el ruido del agua al chocar contra algo. Miró a su alrededor y descubrió a Ian echando un cubo de agua humeante en la tina.

—Estoy preparando un baño —dijo al advertir que ella estaba despierta. Volvió la cara y sonrió—. ¿Te apetece acompañarme?

Ella dudó unos instantes.

—Me gustaría mucho, pero ¿y si entra Mor o alguna de las criadas?

—Tranquila, mi dulce esposa. He dado orden de que nadie nos moleste hasta que no salgamos de la alcoba.

Observó a su marido desnudo y las ganas de tocar su fuerte cuerpo regresaron a ella con intensidad.

Él dejó el cubo al lado de la tina y le tendió la mano.

El fuego ardía en el hogar. La habitación tenía una buena temperatura.

Erin agarró la mano de Ian y se deslizó hasta el borde de la cama al tiempo que apartaba las sábanas con la otra mano, revelando así su desnudez.

Vio cómo el miembro de su recién esposo se erguía de repente.

—¿Cómo es posible que…?

Ian sonrió.

—Es el efecto que produce en mi cuerpo verte desnuda, Erin.

—¿Siempre será así?

—Espero que sí. Por muchos años, si Dios quiere.

Erin no supo qué más añadir, así que guardó silencio hasta que se metieron en la tina de agua caliente. Al instante, sus músculos se relajaron. Ian la acomodó entre sus brazos, con la espalda pegada a su pecho y la dura erección chocando contra su trasero.

Agarró un trozo de lino, lo mojó con el agua y comenzó a recorrer el cuerpo de Erin con él, lavándola. Ella se dejaba hacer, cautivada por la delicadeza con la que la trataba su marido. ¿Quién le iba a decir a ella que Ian podía ser tan tierno y dulce? ¿Tan cariñoso y buen amante? Cierto era que esa noche había disfrutado mucho de los placeres carnales en los que el guerrero la había instruido. Cada caricia, cada beso, cada recorrido de la lengua de su esposo… Notaba la piel sensible y pequeños pellizcos en lugares de su cuerpo hasta ahora desconocidos para ella. Emitió un pequeño gemido al recordar la consumación de su matrimonio.

—¿Estás bien? —preguntó Ian mientras la pasaba el trozo de lino por el cuello. Bajó hasta uno de los senos y lo lavó.

—Sí —suspiró ella.

Permanecieron unos instantes más en silencio hasta que Erin se atrevió a comentar:

—No me imaginaba que la unión del cuerpo de un hombre con el de una mujer fuera así.

—¿Así cómo?

—Tan… buena. —No sabía si esa era la palabra adecuada, pero no se le ocurrió ninguna otra.

—¿Solo buena? —Ian deslizó el lino hacia su vientre, bajo el agua.

—No sé qué más decir. No encuentro palabras para describir lo que me hiciste sentir anoche.

—¿Un placer maravilloso? ¿Una sensación de plenitud magnífica? ¿Un delicioso calor recorriendo todo tu cuerpo?

Erin giró la cara y lo contempló.

—Exactamente todo eso —afirmó.

Ian la miró con ardor.

—Podemos repetirlo cuando quieras, mi bella esposa.

Agachó la cabeza para darle un dulce beso en los labios.

—Sí. Me gustaría hacerlo otra vez —susurró ella contra su boca.

El guerrero la giró entre sus brazos y la sentó sobre su regazo.

—¿Ahora? —preguntó para cerciorarse.

—¿Podemos hacerlo ahora? ¿Aquí? ¿En la tina?

De la garganta de Ian brotó una carcajada que movió todo su cuerpo y el de Erin.

—Por supuesto, mi amor. Hay más sitios donde hacerlo, además de en el lecho.

—Entonces… —Erin se acercó a la boca de Ian. Le besó con suavidad.

Él buscó su miembro bajo el agua y la colocó de forma que ella pudiera hundirlo en su cavidad.

Cuando sintió la punta en su entrada, le dijo:

—Déjate caer sobre mí.

Ella hizo lo que él le había pedido y un gemido de placer escapó de sus gargantas.

Erin se sentía colmada, llena de él. Pero no sabía qué hacer ni cómo debía moverse.

—Cabalga sobre mí como si estuvieras montando a tu yegua —la aconsejó al ver la duda en sus ojos.

Poco después, los dos alcanzaban un nuevo éxtasis mientras el agua de la tina salpicaba todo a su alrededor.



6

Dos días después, Erin se despidió de los suyos con un fuerte abrazo bajo la lluvia que caía sobre Duntrune. Amaba tanto a su familia y a su clan que por eso sentía un profundo dolor en el pecho, tenía el alma desgarrada. Pero debía partir hacia un nuevo hogar, hacia otro clan para ser la señora de Dunvegan y la esposa del *laird* MacLeod.

Les prometió que volvería para el nacimiento del primogénito de Will y Elspeth. Así lo habían acordado Ian y ella. Aunque viviesen en la isla de Skye, su esposo le había prometido que siempre que quisiera podría regresar a su hogar para ver a su familia. Y los Campbell también tendrían las puertas de Dunvegan abiertas como en el pasado.

Los recién casados partieron acompañados por Mor, la doncella de Erin, Fiona y Brianna, y el grupo de guerreros que habían escoltado a la familia MacLeod para participar en los juegos de las Highlands.

Asimismo, se unieron al grupo los tíos de Erin y algunos guerreros del clan Campbell, que regresaban a Innis Chonnel.

Ian y Erin cabalgaban sobre sus monturas cubiertos por sendas capas que los protegían de la fina lluvia y la humedad del ambiente.

—Cuando lleguemos a Dunvegan, deberé terminar la capa de lana que estoy haciendo. Esta la tengo muy gastada —comentó Erin.

—Te regalaré una capa de pieles. El clima en Skye es más duro que el de Argyll.

—Te lo agradezco mucho, Ian, pero, de todas formas, acabaré la que estoy haciendo. Ya que la tengo empezada, debo terminarla.

—Vas a estar muy entretenida cuando lleguemos a Dunvegan. —Su esposo le guiñó un ojo y esbozó una sonrisa cómplice.

Aproximó su caballo a la yegua para tomarla de la mano.

Angus y Hugh iban detrás y comenzaron a cuchichear.

—Nuestro amigo está enamorado.

—No me extraña. Si yo tuviera una esposa como Erin, no me apartaría de su lado. Cumpliría con mis obligaciones con el clan y el resto del tiempo lo pasaría con ella.

—Entre sus piernas, como ha hecho Ian desde la boda.

Angus se rio.

—¿Crees que cuando lleguemos a Dunvegan estarán todo el día y la noche encerrados en su alcoba fornicando? —le preguntó Hugh en voz baja.

Pero no tanto como para que Ian y Erin no los oyeran.

Ian miró a su mujer y vio el rubor en sus mejillas. Entonces se giró hacia sus amigos.

—Si no dejáis de hablar de mi esposa, tendré que cortaros la lengua.

—¿Cómo es posible que nos hayas escuchado? Estamos hablando en voz baja —respondió Angus.

—Con vuestros vozarrones, es imposible que habléis en voz baja. Parecéis gallinas cacareando —les reprendió Ian.

Miró a Erin y comprobó que sus mejillas seguían enrojecidas.

—Y, además —añadió—, estáis avergonzando a mi esposa.

—Aceptad nuestras disculpas, mi señora —dijeron los dos al mismo tiempo.

En ese momento, Brianna adelantó su caballo y lo puso al lado del de Erin.

—¿Puedo robarte unos momentos a Erin, hermano?

—¿Para qué? —soltó, molesto. No quería separarse de ella. Todavía era pronto. Necesitaba su compañía como el aire que respiraba.

—Para hablar de cosas de mujeres —respondió Brianna—. Son temas que no creo que le interesen a un guerrero como tú.

—Todo lo que tiene que ver con mi esposa me interesa.

Brianna puso los ojos en blanco.

—No la vas a dejar marchar hasta que te lo cuente, ¿verdad?

Ian asintió.

Su hermana resopló antes de contestar:

—Nuestra madre quiere ponerla al día de los asuntos domésticos de Dunvegan antes de llegar. A partir de ahora, será la señora del castillo, y quiere instruirla.

—Está bien —aceptó a regañadientes—. Pero no la entretengáis mucho.

Brianna le dirigió una sonrisa a su hermano y Erin también lo hizo antes de irse.

Cuando habían recorrido la distancia suficiente como para que no las escuchara, confesó:

—La verdad es que nos morimos de ganas de que nos cuentes cómo fue la noche de bodas. Imaginamos que fue magnífica, porque no habéis salido de la alcoba en dos días.

—Sí que hemos salido de nuestra alcoba —se defendió Erin, sonrojándose todavía más.

—Salir a coger algo de comida e hidromiel y regresar a tus aposentos antes de que se enfríen las sábanas de la cama es como no haber salido. No habéis compartido con el resto del castillo ningún almuerzo ni cena, así que eso no cuenta —replicó Brianna.

Llegaron a donde estaban Fiona, Mor y su tía Mahiri, que las esperaban expectantes.

—No voy a contar nada de mi noche de bodas —les advirtió Erin —. Eso es algo tan íntimo que no quiero compartirlo con nadie. Solo a Ian y a mí nos concierne lo que sucede en nuestra alcoba.

—Al menos dinos si disfrutaste —le rogó Mahiri.

—¿Mi hijo cumplió con su función? —quiso saber Fiona.

El calor se apoderó de las mejillas de Erin otra vez al escuchar la pregunta de su suegra.

—Sí y sí. Y no voy a responder a ninguna pregunta más.

—¿Te dolió? —preguntó Brianna.

—He dicho que no voy a respond…

—Vamos —la interrumpió su reciente cuñada—, solo quiero saber eso. Te prometo que no preguntaré nada más.

Erin puso una mueca de fastidio. No quería dar detalles sobre la consumación de su matrimonio. A pesar de que había disfrutado mucho —nunca pensó que podría sentir tanto placer con aquel acto carnal—, no deseaba revelar la intimidad que había compartido con Ian.

Además, le daba vergüenza hablar sobre ello. Ya había pasado bastante vergüenza cuando las mujeres le contaron cómo habían sido sus noches de bodas. Sin embargo, le vino muy bien conocer las experiencias de sus amigas y sus cuñadas.

Inspiró aire profundamente y lo soltó despacio.

—Me dolió un poco, pero fueron solo unos instantes. Después, todo fue mejor —confesó con una sonrisa de felicidad.

—Y tanto que fue mejor. No han salido de la alcoba en dos días —comentó Mor.

—Espero que cuando lleguemos a Dunvegan no os paséis el día encerrados en vuestros aposentos —intervino Fiona—. Mi hijo tiene que cumplir con sus obligaciones como *laird* de nuestro clan. Seguro que tendrá asuntos que resolver. Y tú tienes que aprender a manejar a las personas que trabajan en el castillo. En general, son buena gente, muy trabajadoras, aunque hay alguna perezosa. Pero yo te ayudaré en todo lo que necesites. Te aconsejaré de la mejor manera que pueda, ya que hasta ahora he sido la señora del hogar de los MacLeod.

—No quiero quitarte tu puesto, Fiona —se apresuró a decir Erin.

Antes de que la dama pudiera contestar, Brianna protestó:

—Vamos, madre, ¿cómo van a darme un sobrino si no yacen juntos? ¿No deseas tener un nieto? Déjales que…

Fiona miró a su hija con una sonrisa divertida.

—No te preocupes por eso. Estoy segura de que tu hermano ya ha plantado su semilla en el vientre de Erin.

—¿Podéis dejar de hablar de mi esposo y de mí como si yo no estuviera presente? Estáis avergonzándome —protestó ella mientras las demás se reían.



Al mismo tiempo, en la cabeza del grupo, se sucedía una conversación similar entre Ian, Angus y Hugh.

—¿Qué tal la noche de bodas? Cuenta, cuenta —quiso saber Angus.

—¿Es una potra salvaje o una yegua dócil? —preguntó Hugh.

Ian les dirigió una mirada gélida.

—Hablad con más respeto de mi esposa o correrá vuestra sangre antes de llegar a Skye.

—Venga, Ian, por san Andrés, cuéntanos algo —solicitó Hugh.

—No voy a contar nada de la intimidad que comparto con mi mujer —se negó, tajante.

—Pero… —intentó decir Angus.

Sin embargo, Ian lo cortó:

—Si apreciáis vuestra vida, esta conversación se acaba aquí y ahora, y no volveréis a preguntarme nunca más lo que ocurre en mi lecho conyugal.

Sabía que a Erin no le gustaría que describiera su noche de bodas o que contara algún detalle íntimo. Eso provocaría su vergüenza, y no lo deseaba. Además, tampoco quería alardear del fuego que se había desatado entre las sábanas de su cama en esos días en los que apenas habían salido de la alcoba. Era algo tan precioso, maravilloso e íntimo que deseaba guardárselo para él. Solo para él.

Sus amigos, viendo que no iban a sacarle información, decidieron cambiar de tema.



Tras detenerse un par de días en Innis Chonnel para descansar, continuaron el viaje hacia la isla de Skye. Lucía un sol tímido que apenas les calentaba la piel del rostro y las manos. El halcón de Erin

volaba por encima de ellos. El gato iba acomodado en una de las carretas que portaban los arcones con ropas y demás.

—¿Tienes ganas de llegar a nuestro hogar? —quiso saber Ian.

—Sí. Espero que no haya cambiado mucho.

—Daremos una fiesta para presentarte a todo el clan.

—Pero si ya me conocen todos de cuando era pequeña e iba allí con mi familia.

—Bueno, pero hay personas que antes no vivían allí y ahora sí. Niños y niñas que han nacido en tu ausencia. Muchachos que se han convertido en hombres. ¿Recuerdas la aldea que había cerca del castillo?

Erin asintió.

—Cuilthean, ¿verdad?

—Sí —le confirmó Ian—. Pues ahora es más grande, gracias a que varias familias han aumentado con los nacimientos de sus hijos. Y los jóvenes se han casado y han tenido más hijos, por lo que…

—Ahora sois más en el clan MacLeod.

—En efecto. Tengo que cuidar del bienestar y dar protección a más de trescientas personas.

—Entonces, Cuilthean ya no es una aldea. Ahora es un pueblo.

Ian asintió con la cabeza, confirmando las palabras de Erin.

En ese momento, llegaron al punto desde el que se veía el castillo Dunvegan, situado en un promontorio rocoso junto al lago.

Seguía siendo tan imponente como Erin recordaba. La nostalgia la invadió mientras se acercaban. Recordaba los días felices que había pasado en el hogar de los MacLeod, jugando con Brianna, a pesar de las bromas pesadas de Ian. Miró de reojo a su esposo y lo descubrió observándola a su vez.

—Ahora, el bosque por el que corríamos tu hermana y yo es más frondoso —comentó Erin.

—Sí.

—¿No pensarás dejarme colgada de la rama del tejo otra vez? —bromeó con él.

—Deja que lo piense…

Frunció el ceño como si estuviera meditando algo muy importante.

—Brianna orinará en tus gachas si lo haces —le advirtió con una sonrisa.

—¿Qué te parece si, en vez de dejarte colgada de la rama de un tejo, nos damos un baño caliente en cuanto lleguemos?

—Me parece perfecto.

Poco después, pasaron por el pueblo. Había muchas más casas y granjas que la última vez que estuvo allí. A pesar de que Ian ya se lo había comentado, no dejaba de sorprenderse al ver a tanta gente en el lugar.

Mientras el herrero estaba ocupado forjando una espada, algunos niños jugaban en la calle, otros intentaban darle caza a un gato y varios más corrían detrás de las gallinas, espantándolas, mientras una mujer rolliza los regañaba.

La taberna era más grande que la que ella recordaba y existían casas con más oficios, como fabricantes de pergaminos, curtidores, guarnicioneros… Todos trabajando, dotando al pueblo de una actividad bulliciosa y alegre.

Cuando llegaron a la plaza de Cuilthean, Erin contempló los puestos en los que se vendían hortalizas y frutas. También había un puesto de platería, otro de cestería y otro que vendía paños.

Las personas que reparaban en su presencia saludaban a Ian, a Fiona y a Brianna con cariño y alegría, dándoles la bienvenida, contentos por la vuelta de su *laird*.

Un hombre de mediana edad se acercó a Ian y le habló mientras él continuaba caminando sobre el caballo.

—Mi señor, deseo pediros audiencia. Tengo un problema y necesito vuestra ayuda.

—¿Qué te ocurre, Murtag? —preguntó al verlo tan preocupado.

—La semana pasada aparecieron muertas dos de mis vacas. Ayer, una oveja y hoy, al hacer el recuento, me falta otra.

—Vaya, es una pérdida importante —comentó Ian, sabiendo que sin esos animales la familia pasaría penurias cuando llegase el invierno—. ¿Cómo han muerto? ¿Alguna enfermedad?

—No, mi señor. Han sido degolladas.

Ian detuvo su montura, obligando al resto de la comitiva a detenerse también.

—¿Quieres decir que alguien se ha metido en tu granja para matar a los animales?

—Sí, mi señor.

El joven *laird* meneó la cabeza.

—Además, también han degollado al potrillo que acababa de tener la yegua de mi cuñado, el banastero, y le han robado al semental.

Erin lo escuchaba todo con preocupación.

—¿Hay malhechores por la zona? —quiso saber ella, mirando al pobre hombre.

—Siempre hay algún ladronzuelo —respondió Ian.

—Si fuera un ladrón, ¿por qué iban a degollar vacas, ovejas y un potro? ¿No sería mejor que se los llevasen para intentar venderlos en algún mercado? —Erin comentó sus dudas en voz alta.

—Tiene razón, mi señora. No pueden ser simples ladronzuelos.

—¿Y todo ha ocurrido en mi ausencia, Murtag?

—Sí, mi señor. Al día siguiente de vuestra partida hacia Argyll y Bute, comenzó a suceder todo esto. Al porquero también le han matado a uno de los cerdos que tenía.

—No he debido descuidaros tanto tiempo, Murtag. Siento todo lo que os ha ocurrido. Ven a verme mañana, junto con el resto de los afectados, y trataremos de averiguar quién es el culpable.

—Gracias, mi señor.

El hombre se retiró y continuaron su camino hacia el castillo.

Erin observó a Ian, tan pensativo y serio que se le encogió el estómago.

—Si no es un ladronzuelo, debe ser algún proscrito. Alguien que quiere vengarse del clan MacLeod haciendo daño a su gente —dijo ella.

El guerrero giró la cara hacia ella y Erin pudo ver cómo sus ojos acerados estaban llenos de furia.

—Debe ser algún esbirro de los MacDougall o los MacDonald— respondió, echando la culpa a los clanes enemigos.

Esos dos clanes habían apoyado al bando inglés en la guerra de la independencia. Nunca se habían llevado bien con ninguno de los

dos, pero los MacLeod pensaron que se unirían a ellos para luchar por la independencia de Escocia a pesar de sus rencillas.

No había sido así. Se habían unido a las tropas inglesas comandadas por el rey Eduardo III, a quien finalmente Robert Bruce, actual rey de Escocia, había forzado a firmar el tratado de Edimburgo-Northampton, reconociendo así la independencia de Escocia.

Para que la paz quedase todavía más garantizada, el hijo y heredero de Robert contrajo matrimonio con la hermana del rey inglés.

Esos dos clanes fueron expulsados de sus tierras por traición y declarados proscritos. El rey escocés se las otorgó al clan MacLeod como agradecimiento por haber luchado junto a él contra los *sassenach*.

—Necesitamos pillarlos cuando estén cometiendo esos actos —comentó Ian más para sí mismo que para Erin.

Angus y Hugh, que habían escuchado la conversación de su *laird* con el hombre, se acercaron a la pareja.

—Ese diablo de Murray MacDougall debe estar detrás de todo esto —afirmó Hugh.

—O Rupert MacDonald —opinó Angus.

—En cualquier caso, mañana nos reuniremos con los hombres para tener más información y trazar un plan para atrapar a esos malnacidos —sentenció Ian.

Observó a su esposa y la notó preocupada.

—Tendremos que posponer la celebración de tu llegada a Dunvegan —le informó—. De todas formas, aunque no hagamos una fiesta, mañana, cuando me reúna con la gente del pueblo, te presentaré. Quiero que todos compartan mi felicidad por haber contraído matrimonio contigo.

—No me importa retrasar la celebración. Este asunto es mucho más importante y tan grave que no me sentiría bien celebrando una fiesta mientras hay personas en Cuilthean que están sufriendo.

Ian alzó una mano y acarició la mejilla de Erin.

—Mi gentil y dulce esposa —dijo con la voz llena de cariño hacia ella.

Se giró hacia sus amigos y les ordenó:

—Adelantaos para que vayan preparando un baño de agua caliente para Erin.

—¿Y para ti no? —preguntó con burla Angus, antes de espolear a su montura y salir al galope hacia Dunvegan.

Hugh soltó una carcajada y lo siguió mientras Ian los maldecía interiormente.

—Perdona a mis amigos, Erin. Son dos asnos que no hacen más que rebuznar tonterías.

Erin le dirigió una sonrisa tranquilizadora.

—Supongo que, con el tiempo, me acostumbraré —comentó.

Continuaron su camino hasta el castillo bajo el tímido sol de la isla de Skye.



En el patio de armas desmontaron de sus caballos. Enseguida, algunos mozos de cuadra se los llevaron a los establos mientras otros se afanaban en descargar los carromatos con los baúles y el resto del ajuar de Erin.

Ian, Erin y el resto de la comitiva entraron en la torre del homenaje. Cuando atravesaron el arco para llegar al salón, la reciente esposa comprobó que Dunvegan estaba bien atendido y cómodamente amueblado, igual que lo había estado cuando su familia y ella visitaban al clan amigo. Varios tapices cubrían las paredes. El salón poseía un descomunal hogar al fondo, donde crepitaban varios troncos consumiéndose en el fuego. Había una mesa de madera grande y larga, con bancos a los dos lados. En la cabecera, un robusto asiento también de madera con respaldo. Erin sabía que ese era el lugar del *laird.* Junto a él habían colocado otro asiento igual para la señora del castillo. Para ella.

Había antorchas encendidas por toda la estancia. Las criadas iban de acá para allá portando copas de plata con el escudo de los MacLeod y su lema: «*Hold fast*». En una de las paredes tenían

colgada la Fairy Flag, la Bandera de las Hadas. Debajo estaba el Cuerno de Sir Rory Mor colocado sobre una peana de madera.

Se quitaron las capas mojadas y dos criadas las recogieron.

—¿Está listo el baño para mi esposa? —preguntó Ian a una de ellas.

—Sí, mi señor.

Ian se giró hacia Erin y la tomó del brazo.

—Por aquí —dijo.

Se dirigió con ella hacia las escaleras que conducían a los aposentos del castillo. Cuando llegaron a la alcoba de Ian, entraron y descubrieron una gran tina de agua humeante.

Una criada estaba echando el último cubo de agua caliente y otra dejaba paños de lino para que se secaran una vez acabado el baño.

Erin vio que uno de sus baúles ya estaba en la habitación.

Ian ordenó salir a todos para quedarse a solas con su esposa.

Se acercó a ella nada más cerrar la puerta y reclamó su boca con un largo beso mientras le deshacía los lazos con los que el vestido se sujetaba a su cuerpo.

Poco después, ambos se metían en la bañera de agua caliente y suspiraban de placer.



Durante el almuerzo en el gran salón, algunas criadas iban y venían cargadas con bandejas de comida, mientras que otras servían jarras de cerveza y vino a los allí presentes.

Antes de empezar con el almuerzo, Ian había presentado a Erin, orgulloso de que fuera su esposa. Aunque muchos la conocían desde que era pequeña, otros no. Pero todos se alegraban de su llegada a Dunvegan y, por tanto, a sus vidas y al clan.

Una muchacha rubia de ojos azules, más joven que Erin, se acercó a ella para servirle cerveza en la copa.

Erin recorrió su rostro intentando recordarla. Dudaba entre dos niñas, varios años menores que Brianna y ella, con las que habían jugado alguna vez durante su estancia en Dunvegan.

Cuando la jovencita terminó de llenarle la copa y se retiró, Erin le comentó a Ian sus dudas.

—Es Freya, la hermana pequeña de Lynette. Y tienes razón, las dos jugaban con mi hermana y contigo cuando venías a Dunvegan. Ahora Lynette trabaja en la cocina y Freya sirve la mesa y limpia el castillo junto con otras criadas —le informó—. ¿No te lo ha comentado mi madre?

Erin recordó la mentira de Brianna de hacía algunos días para lograr separar a la pareja y que la recién esposa contara su noche de bodas. No quería delatar a su mejor amiga y, ahora, cuñada.

—Me dio tantas instrucciones que algunas no las recuerdo. Confío en que, con el paso de los días, lo haré.

—Estoy seguro de ello.

En cuanto terminó de hablar, Ian se alzó del asiento.

—Traedme el cuerno de Sir Rory Mor lleno de vino para brindar por mi esposa.

Con un gesto de cabeza, indicó a Erin que se levantara también.

Ella lo hizo con timidez. No le gustaba ser el centro de atención.

—No te preocupes. Solo será un momento —susurró Ian tras acercarse a ella—. Es la tradición.

Freya puso el cuerno en una mano de Ian con gesto serio, como una muestra de respeto ante aquel acto ancestral.

—Brindo por ti, mi dulce y bella esposa, mi amada Erin. Porque nuestra unión sea feliz y tengamos muchos hijos, sanos, fuertes e inteligentes. Valerosos guerreros como todos los MacLeod. Y también por las niñas que Dios nos quiera dar. Que sean tan hermosas, dulces y gentiles como tú.

Ian bebió un trago del cuerno y se lo pasó a Erin para que hiciera lo mismo.

Después, todos alzaron sus copas y brindaron por las palabras de su *laird* y por la nueva señora del castillo.



Al alba, Erin se despertó con los suaves besos de Ian recorriéndole el hombro.

—Debo irme. Los hombres me esperan. Tú sigue durmiendo, mi bella esposa.

—No quiero que te vayas. Deseo repetir lo de anoche —murmuró ella, somnolienta, echándole los brazos al cuello.

—Debo cumplir con mis obligaciones como *laird* del clan. —Le dio un tierno beso en los labios y añadió—: Sigue durmiendo.

Se deshizo del abrazo de su esposa y, con una sonrisa, abandonó la alcoba.

Erin se colocó de lado y aspiró las sábanas templadas. Aún mantenían el olor de su marido. Inspiro profundamente para llenar los pulmones con el aroma a brezo y a su esencia masculina. Suspiró de felicidad. ¿Quién le iba a decir a ella que algún día se desposaría con el gigante Ian MacLeod y que sería feliz? No lo habría creído de haberlo sabido antes. Pero así era. Tenía toda la vida por delante junto a Ian. Estaba segura de que criarían a sus hijos en un ambiente de amor y alegría.

Recorrió con los ojos la alcoba y descubrió, colgado en una silla, el *sporran* de Ian. Del bolso, sobresalía la punta de un paño blanco, con una flor bordada en una esquina. Al instante reconoció a la autora del trabajo.

Se levantó de la cama y se acercó hasta él para sacarlo y comprobar si era cierto lo que su mente le decía. Al hacerlo, algo cayó al suelo. Una flor de cardo morado disecada por el paso de los años.

Ese pañuelo era el que ella le había regalado a Brianna años atrás. Su amiga le dijo que lo había perdido. ¿Qué hacía Ian con él entonces? ¿Y por qué tenía una flor de cardo entre sus pliegues?

Decidió que se lo preguntaría más tarde, cuando estuvieran solos.

No estaba enfadada ni molesta, pero la curiosidad podía con ella. Necesitaba saber por qué su esposo tenía el pañuelo que ella le había regalado a Brianna.

Se lo llevó consigo cuando regresó al lecho y lo escondió debajo de la almohada. Intentó volver a dormir, pero no hacía más que preguntarse por qué.

Dio varias vueltas en la cama y, al no conseguir conciliar el sueño, se levantó.

Mor, su doncella, abrió la puerta en ese momento.

—Ah, ya estáis despierta. Buenos días, mi señora —saludó.

—Buenos días, Mor. ¿Qué tal tu primera noche en Dunvegan? ¿Estás cómoda en tu nueva alcoba?

—Sí. Estaba tan cansada que me dormí enseguida. ¿Y vos? ¿Cómo habéis pasado vuestra primera noche en el castillo? —repitió la pregunta que poco antes le había hecho ella.

—Bien. Muy bien, en realidad.

Al ver la sonrisa pícara de Mor y que esta abría la boca para comentar algo, la atajó:

—Ayúdame a vestirme y peinarme.

Fue hacia el baúl donde tenía los vestidos y sacó uno.

A pesar de los esfuerzos de su doncella por sacarle información sobre su primera noche en Dunvegan, en el lecho con el *laird* del clan MacLeod, Erin no soltó prenda. No dio ningún detalle íntimo y Mor se cansó de preguntar.

—Voy a buscar a mi esposo —dijo cuando Mor terminó de hacerle una larga trenza.

La doncella asintió con un gesto de cabeza y se puso a hacer la cama. Erin abandonó la alcoba.

Bajó al salón, creyendo que estaría desayunando con sus hombres, pero allí no estaba. Las criadas limpiaban la estancia. Al verla, la saludaron con genuflexiones.

—Mi señora, ¿necesitáis algo? —preguntó una de ellas.

—Eres Freya, ¿verdad?

—Sí, mi señora.

—La última vez que te vi, eras una niña pequeña, ¡y fíjate ahora! Has crecido y te has convertido en una joven muy bonita.

Freya, en lugar de agradecerle el halago, comentó:

—Yo también os recuerdo. ¿Qué necesitáis, mi señora?

Con aquella respuesta cortante, parecía que Erin la estuviera molestando con su charla. Sin embargo, recordó que de niña había tenido mal carácter. Siempre daba contestaciones secas y cortantes.

Se paseaba por Dunvegan como si fuera la señora del castillo en lugar de una simple criada.

Al parecer, el paso de los años no había cambiado la actitud de la muchacha. Rezó para que su hermana Lynette siguiera siendo la misma chica risueña, alegre y amable que había sido en su infancia.

—¿Dónde está mi esposo?

—Lo desconozco.

—Está en el patio con sus hombres, mi señora —comentó otra.

—Bien. Gracias. ¿Tu nombre es…?

—Agnes.

—Gracias, Agnes.

Dio un paso hacia la salida del salón cuando oyó que Freya le preguntaba:

—¿No deseáis desayunar primero, mi señora?

De repente, se dio cuenta del hambre que tenía. Se había pasado la mitad de la noche haciendo el amor con Ian. Había gastado mucha energía y necesitaba recuperarla.

—Sí. Quiero comer algo.

—Enseguida os traeré el desayuno. Tomad asiento, mi señora —le indicó Freya.

Erin se sentó en el sillón que le pertenecía por ser la señora del castillo.

Sin embargo, la criada continuó con su tarea.

Agnes, al ver que su compañera no iba a cumplir lo prometido, dejó de barrer.

—Iré a buscar el desayuno de la señora.

—No —soltó Freya—. Yo se lo traeré cuando acabe.

Erin no quería disputas entre las criadas, así que intervino antes de que la conversación fuera a más.

—No os preocupéis. Pasaré por la cocina y comeré algo —dijo, alzándose.

—Pero, mi señora… —comenzó a decir Freya.

Erin se giró hacia ella.

—Las dos estáis muy ocupadas limpiando y yo tengo demasiada hambre para esperar. No me importa ir a la cocina y tomar algo allí.

Acto seguido, salió presta del salón.

La cocina era un hervidero de actividad. Bajo dos grandes arcos de piedra había sendos fuegos en los que se asaban varios conejos y en un caldero se cocían verduras.

Se acercó a una chica que estaba trabajando con una masa para hacer pan y le dio los buenos días.

—¿Podría comer algo, por favor?

—Mi señora Erin —sonrió la muchacha—, por supuesto. ¿Qué deseáis tomar? Hay panecillos recién hechos, gachas —destapó la cazuela de barro donde estaban las gachas recién hechas— y también tenemos fruta. —Señaló una mesa cercana—. Pero, si deseáis que os prepare algo especial, no tenéis más que decírmelo.

Mientras la muchacha hablaba, se fijó en su cara y la recordó.

—Eres Lynette, ¿verdad?

—Sí, mi señora.

—Recuerdo que alguna vez jugamos juntas de pequeñas, cuando visitaba el castillo con mi familia. Brianna, tu hermana Freya, tú y yo —comentó con cariño.

—Es cierto, mi señora. —Lynette sonrió con orgullo porque se acordase de ella y los buenos momentos que habían pasado en su infancia. Recordaba a Erin con mucho cariño porque siempre había sido buena con ella. En realidad, era buena con todos. No recordaba ni un mal gesto ni una mala palabra. Tampoco era mentirosa y siempre trataba a todos con sencillez y amabilidad. No era presuntuosa por ser la hija de un *laird,* como sí lo eran la mayoría.

—Has crecido mucho en estos años. Te has convertido en una joven muy bonita.

—Gracias, mi señora. Vos también sois muy hermosa. De niña ya lo erais, pero ahora más.

—Gracias, pero dejémonos de tantos halagos. Me muero de hambre. Dame una escudilla y me serviré unas gachas. También comeré una manzana.

—Oh, no, mi señora. Yo la serviré.

Antes de que Erin pudiera negarse y decirle que siguiera con su trabajo porque ella era perfectamente capaz de ponerse las gachas en el cuenco y coger la manzana, Lynette lo hizo todo.

—Tu rapidez es impresionante —comentó.

—Gracias, mi señora. ¿Quiere que se lo lleve al salón?

—No, gracias. Lo comeré aquí.

La cocinera le acercó un taburete para que Erin se sentase. A continuación, siguió amasando el pan, dándole una forma redondeada.

Mientras desayunaba, contempló toda la cocina. Estaba bien dotada. Había unas cuantas ollas de hierro, cazuelas de barro, calderos y sartenes de bronce, cuchillos de varios tamaños, cucharas y cucharones, escudillas, bandejas, cuencos… Hacía un calor muy agradable debido a los fuegos encendidos y el aroma era delicioso por las carnes que estaban asando.

Empezó a hablar con Lynette. Le preguntó qué recetas hacían y cuáles no. Mantuvieron una agradable charla hasta que Erin terminó las gachas.

—Tengo que hablar con mi esposo un momento, pero, cuando vuelva, me gustaría ayudar en algo.

—No es necesario, mi señora —respondió la chica con sorpresa—. Aunque nos vea atareadas, llevamos bien el trabajo. Además, se ensuciaría el precioso vestido que lleva puesto y sería una lástima.

—No te preocupes por mi vestido. Será un placer ayudaros a hacer lo que me mandéis.

—Nadie de esta cocina ni del castillo osará darle órdenes a la esposa del *laird*. Sois vos quien debe darlas. La señora Fiona y *lady* Brianna también. Y, por supuesto, nuestro *laird*.

Erin pensó un momento su respuesta.

—Entonces —comenzó a decir—, os ordeno que me dejéis ayudaros en la cocina. Me gusta mucho cocinar y aprender recetas nuevas.

Lynette se sorprendió tanto que no supo qué contestar.

—Mi señora… —tartamudeó.

—Por favor, llámame Erin —le pidió con una dulce sonrisa—. Volveré dentro de un rato para ayudar en lo que necesitéis.

Salió de la cocina mientras se comía la manzana y se dirigió hacia el patio, donde Ian estaba entrenándose con sus guerreros.



7

Ian, con el torso desnudo luchando contra uno de sus guerreros, era un espectáculo para la vista. En una mano blandía la espada, en la otra portaba el escudo. El sudor que le recorría la piel hacía que esta brillara. Las flexiones de sus potentes músculos la dejaron tan hipnotizada que se olvidó de la manzana.

Ian, atento a todo lo que sucedía a su alrededor a pesar de estar luchando con su contrincante, la vio por el rabillo del ojo. Se distrajo un momento, que su atacante aprovechó para darle un certero golpe en el escudo y dejarlo sin la protección que este suponía.

Mas Ian estuvo raudo, porque cogió otra espada cercana y atacó con fiereza. Alternó los mandobles de las dos espadas hasta que logró derribar a su oponente.

Erin estaba disfrutando de las vistas, aunque no le agradaban las luchas, le gustaba ver a su esposo en acción. Era un ejemplar magnífico por su gran envergadura y fortaleza. Poseía un rostro de rasgos marcados, muy varonil. Cada vez que lo miraba, se enamoraba más. Ian llevaba el cabello rubio recogido en una trenza hasta el principio de la espalda. Sus ojos acerados brillaban con determinación. En ellos se veía claramente que estaba dispuesto a salir victorioso de esa lucha.

No se dio cuenta de que Brianna se puso a su lado hasta que le habló.

—Tienes un poco de baba aquí —bromeó, tocándole el mentón.

—No es cierto. —Erin sonrió.

—¿Qué tal la vida de casada? —quiso saber su amiga.

—Ya sabes que bien. ¿Para qué preguntas?

—Mi hermano te roba demasiado tiempo. Entiendo que estáis ocupados con lo de engendrar un hijo, pero echo de menos a mi amiga.

En ese momento, Erin pasó un brazo por los hombros de Brianna y la acercó a su cuerpo.

—Ahora que vivo aquí, te vas a cansar de estar conmigo.

—¿Seguro?

—Por supuesto. Buscaremos ratos para estar juntas —prometió Erin—. Por ejemplo, esta tarde podríamos salir a dar un paseo por el pueblo o por el bosque.

—¿Por qué no lo hacemos ahora?

—Necesito hablar con tu hermano de algo y, además, he prometido a Lynette que ayudaría en la cocina.

—Está bien. Pero esta tarde te quiero toda para mí.

—De acuerdo.

Observaron a los hombres entrenándose hasta que se tomaron un descanso.

Ian se acercó a las dos mujeres.

Besó a Erin en los labios y saludó a su hermana con un gesto de cabeza. Sus hombres los jalearon al ver el gesto cariñoso de la pareja.

—¿Ya habéis terminado? —preguntó Erin.

—No. Solo estamos tomando un descanso.

—Bien. En ese caso, tendré que dejar para más adelante lo que quiero preguntarte.

—Puedes hacerlo ahora. Para ti, siempre tengo tiempo.

—Por san Mungo. Estoy empachada con tanta dulzura —comentó Brianna—. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi hermano? —dijo, mirando a Erin.

—Mi querida hermana, si no te gustan las muestras de cariño entre mi esposa y yo, eres libre de marcharte a otra parte —contestó Ian, burlón.

—Intentaré soportarlas. Haré un esfuerzo por no vomitar las gachas que acabo de tomar.

Erin se rio bajito.

Ian centró su atención en ella.

—Y bien, ¿de qué querías hablarme?

La joven dama carraspeó antes de hablar.

—Es una tontería que no me llevará demasiado tiempo, pero me gustaría que estuviéramos solos.

Miró a Brianna, que había escuchado todo lo dicho.

—¿Me estás echando, querida cuñada?

—Solo será un momento, Bri.

Brianna puso los ojos en blanco.

—Está bien. Os dejaré solos, tortolitos. Me voy a jugar con Ebie un rato.

Les dio la espalda y se alejó de allí.

Erin agarró a Ian de la mano y se dirigió con él hacia una esquina del patio para tener más intimidad.

—He descubierto en tu *sporran* un paño bordado que le regalé hace años a tu hermana con una flor disecada en su interior y quiero saber por qué lo tienes tú. Brianna me dijo que lo había perdido.

—¿Curioseando entre mis cosas, esposa mía? —preguntó con una amplia sonrisa.

—No. Es solo que sobresalía del bolso y me llamó la atención porque lo reconocí como mío. Ese bordado lo hice yo cuando era una niña.

—Está bien, lo reconozco. Brianna no lo perdió. Yo se lo quité.

—¿Desde cuándo eres un ladrón? —quiso saber, fingiéndose escandalizada.

—En Duntrune te confesé que siempre me habías gustado, a pesar de que me di cuenta tarde. No sé cuál fue la razón que me llevó a robarle el paño a mi hermana. Supongo que deseaba tener algo tuyo. Como no tenía tu amistad porque me ignorabas… —Dejó

la frase en el aire porque sabía que su esposa comprendería la situación.

Erin amplió su sonrisa. Le pasó los brazos por el cuello y lo atrajo hacia ella.

—Te ignoraba porque me dabas miedo.

—¿Y ahora ya no?

Ella movió la cabeza haciendo un gesto negativo.

—Ahora he visto una parte de ti que me gusta mucho y no me da miedo para nada —le susurró.

—¿No temes que te robe el corazón? —murmuró Ian cerca de sus labios.

—¿Acaso no lo has hecho ya? —confesó, antes de ponerse de puntillas y besarlo.

Se pegó a él sin importarle el sudor que cubría su torso. Ian la abarcó entre sus fuertes brazos y ambos disfrutaron de un cálido beso.

Cuando se despegaron para coger algo de aire, Erin comentó:

—Había una flor seca entre los pliegues del pañuelo.

—En efecto. ¿Recuerdas que en el funeral de mi padre le diste una flor de cardo morada a Brianna para que la pusiera sobre la tierra donde lo habían enterrado? —Sin esperar a que ella respondiese, le confirmó—: Es la misma. La he guardado todos estos años junto al pañuelo. Siempre lo llevo conmigo para recordarte.

Los ojos de Erin se llenaron de emoción.

—Oh, Ian. ¿Cómo es posible que un feroz guerrero como tú pueda tener sentimientos tan bonitos? ¡Qué equivocada he estado todos estos años! No debería haber tenido miedo de ti.

—Lo importante es que ahora ya no me temes.

—Estoy empezando a amarte.

—Yo también a ti, mi dulce Erin.

Se apoderó de su boca con otro beso y, cuando sus hombres empezaron a reclamar a su *laird*, dejaron de besarse.

—Estaré en la cocina ayudando a Lynette —le dijo a Ian antes de marchase del patio.

—Dentro de poco vendrán algunos lugareños para tratar asuntos conmigo, por ejemplo, lo que nos contó ayer Murtag. Me gustaría

que estuvieras presente.

—Está bien.

Erin se alejó camino de la cocina e Ian continuó con el entrenamiento de sus hombres.



Mientras Erin ayudaba en la cocina, recitó varias canciones que hablaban de romances antiguos y leyendas de hadas.

Todas escuchaban su voz sin dejar de trabajar. Parecía que estaban hechizadas por las melodías de la nueva señora.

Tiempo después, Ian fue a buscarla. A medida que se acercaba a la cocina, solo se oía una dulce y bella voz que cantaba. Cuando llegó al arco de piedra que daba entrada a la estancia, se quedó impresionado. Era Erin quien entonaba esas melodías. No sabía que su esposa lo hiciese tan bien. Había captado la atención de todos. Agarró un taburete y se sentó para disfrutar del espectáculo. Todo el personal trabajaba en silencio, escuchando con atención las canciones de Erin.

Brianna apareció en ese momento con el gato entre sus brazos. Ella sí estaba acostumbrada a ver a Erin en esa situación, por lo que no le impresionó tanto. Pero, al ver a su hermano impactado, le susurró:

—Parece que los haya embrujado.

—A mí también. Desconocía que mi esposa tuviera ese don especial, como si fuera una *selkie* atrayendo a los guerreros hacia el fondo del mar.

—Por san Andrés, hermano, qué catastrófico eres —resopló Brianna, poniendo los ojos en blanco.

Ian se rio bajito.

—Era una simple comparación.

Erin terminó la canción y el silencio en la cocina reinó durante un rato.

Después, todas alabaron la bella voz de la señora del castillo y continuaron con sus quehaceres.

Ian se acercó a ella.

—No solo eres hermosa por fuera y por dentro, sino que también tienes una voz melodiosa. No sabía que cantaras tan bien —la alabó.

Erin sonrió tímida ante el piropo de su marido. Estaba segura de que todas en la cocina lo habían oído.

—Gracias, Ian. ¿Ya está aquí la gente del pueblo?

—Llegarán dentro de poco. Si necesitas cambiarte de vestido y asearte, debes darte prisa. —Con el pulgar, limpió un rastro de harina de la mejilla de su esposa.

Erin se miró el vestido. Lo tenía un poco sucio de harina. Las manos también.

—Iré a cambiarme. ¿Puedes avisar a Mor para que vaya a mi alcoba?

—Yo puedo ayudarte —se ofreció Brianna—, y así pasamos tiempo juntas.

Erin se despidió de Lynette con un gesto amable y abandonó la cocina, seguida de Brianna.

Ian, que ya se había acicalado antes de ir a buscar a su esposa, se dirigió al salón para esperarla. Le habría gustado ser él quien ayudase a Erin a cambiarse de ropa, pero entendía que su hermana echaba de menos a su amiga. Desde que se habían casado, él había acaparado casi todo el tiempo de su esposa. Dejaría unos minutos a solas a las dos amigas. Se dijo que no debía ser tan egoísta y retener a su mujer todo el tiempo a su lado. Debía aprender a compartirla con otras personas.

Brianna y Erin accedieron a la alcoba y, sin entretenerse charlando, su cuñada ayudó a Erin a cambiarse el vestido y recoger un poco los mechones que se habían salido de su trenza. Se rodeó la garganta con una cinta de terciopelo con un colgante de oro que había heredado de su abuela materna. En las orejas, se colocó unos pendientes a juego con el colgante.

Poco después, bajaron al salón.

Toda la gente allí congregada hablaba a la vez, pero, cuando vieron llegar a Erin, se quedaron en silencio.

Ian se alzó de su robusto asiento de madera y sonrió a su mujer. Recorrió con una ardiente mirada el vestido azul que cubría el cuerpo de su esposa. Luego, sus ojos viajaron desde el escote donde se intuían sus firmes senos hasta la delicada garganta y de allí, subieron hasta los suaves labios y la mirada limpia.

Erin se acercó a él y se detuvo junto al asiento que le correspondía a ella. Ian hizo un gesto con la mano para que tomase asiento y después se sentó él.

Le costó desviar los ojos de su bella esposa, pero se obligó a hacerlo.

—Podemos empezar.

La gente se separó e hizo un espacio en el centro para que los que tenían asuntos que tratar con el *laird* pudiesen hablar con él.

Los primeros en hacerlo fueron Murtag, su cuñado el banastero, el porquero y demás personas afectadas por el robo de ganado o la matanza de los animales.

Le contaron lo mismo que Murtag le había comentado el día anterior. Le dieron varios detalles más e Ian prometió trazar un plan para descubrir a los culpables y proteger a su pueblo.

Tras ellos, llegaron un par de vecinos que habían discutido por la leche de una vaca. Uno de ellos acusaba al otro de haber ordeñado a la vaca sin su permiso, de noche cuando todos dormían, y de haberse quedado con la leche. Deseaba que se la devolviera. El otro lo negaba. Se defendía alegando que su familia y él tenían leche de las ovejas de su rebaño, por lo tanto, ¿por qué habría de robarle leche a una vaca, fuera la del vecino o la de cualquier otro?

—El culpable del robo de la leche de tu vaca, ¿no podría ser el mismo que ha estado robando ganado y matándolo? —preguntó Ian.

El aldeano meditó unos instantes y, al final, contestó que sí era posible.

Ian decidió incluirlo en la lista de afectados por los malhechores que rondaban el pueblo y absolver al vecino acusado.

Después llegaron más lugareños con sus quejas. Ian las resolvió de manera satisfactoria.

Durante el tiempo que estuvieron allí, Erin comprobó que su esposo era un *laird* comprensible y justo. Distaba mucho del patán, bruto y necio que ella había conocido de niño. Después de saber por qué Ian se comportaba con ella así durante su infancia, lo había perdonado. Había descubierto que tenía un corazón noble y bondadoso, y que era un hombre honorable.

Al acabar, antes de que se retirasen todos, Ian anunció que esa noche habría una fiesta para celebrar su matrimonio con las gentes del pueblo y demás habitantes del castillo que no habían podido asistir al enlace en Duntrune.



Brianna y Erin salieron del castillo en dirección al pueblo. Deambularon entre los puestos de frutas, hortalizas, panes y dulces, abalorios de cuero y metal, telas de varios colores y distintos tejidos mientras charlaban animadamente.

Algunos niños jugaban con palos a modo de espadas, luchando entre ellos. Tuvieron que sortearlos para evitar que les dieran un golpe.

Se detuvieron en el puesto de telas a comprobar su textura y calidad.

—Me gusta esta, Brianna —dijo Erin.

—Es muy bonita, y el color haría resaltar tus ojos y tu cabello. Muy buena elección, cuñada.

—También quiero esta otra para hacerle una camisa a Ian.

Erin miró al vendedor y le preguntó el precio.

Ninguna de las dos se dio cuenta de que cerca de ellas había un joven que las había seguido por todo el pueblo.

Kylian estaba apostado en la puerta de la taberna esperando a su primo Murray cuando vio pasar a Brianna.

La belleza de la joven dama captó enseguida la atención del *highlander*. El corazón se le aceleró y latió en su pecho con tanta fuerza que creyó que le rompería alguna costilla. Lo que no habían

conseguido los puños de su primo cuando peleaban, iba a conseguirlo esa mujer tan hermosa como un atardecer en el lago.

Quedó tan prendado de su belleza que, sin saber cómo, sus pies comenzaron a andar, siguiéndola como si fuera un soldado que le servía de escolta. Cuando se detuvieron en el puesto de las telas, se acercó a ella con sigilo y aspiró su delicado aroma. Sus sentidos se impregnaron con su olor y le pareció estar borracho, como si hubiera bebido más cerveza de lo que le convenía.

Notó que algo cosquilleaba en su bajo vientre, endureciendo su miembro viril, y se apartó de ella antes de que se pusiera en una situación complicada.

Se retiró hasta el puesto de los abalorios de cuero y metal y fingió interés por uno de ellos. Pero no dejó de escuchar a su bella dama conversando con su amiga hasta que oyó su nombre y entonces supo quién era.

Las damas hablaban sobre una fiesta que tendría lugar esa noche en Dunvegan y a la que asistiría todo el pueblo.

Miró de reojo a Brianna y se quedó hipnotizado por su cabellera rubia, sus ojos azules y sus labios rojos. El vestido con el que cubría su esbelta figura era de color morado, como las ciruelas maduras. Se ceñía a sus curvas, marcándolas deliciosamente.

Las jóvenes pagaron las telas y reanudaron su paseo. Él las siguió a distancia. Le era imposible alejarse de Brianna. Como si estuviera atado a ella con una cuerda. Como si fuera un perro guardián que sigue a su dueña donde quiera que vaya.

Las vio detenerse frente a una niña de unos seis años vestida con sucios harapos. La pequeña pedía algo de comer. Estaba hambrienta porque llevaba varios días sin probar bocado. Brianna dijo que se acercaría al puesto de los panes para comprar uno y se marchó. Kylian la siguió sin que ella se diera cuenta.

Erin se agachó para quedar a la altura de la pequeña y poder hablar con ella.

—¿Cómo te llamas?

—Meg —respondió la niña con voz triste.

—¿Dónde están tu papá y tu mamá?

—Padre está en la taberna. Madre se fue con las hadas cuando yo nací.

—¿Y no hay nadie más que se ocupe de ti? —quiso saber Erin, preocupada.

La niña se encogió de hombros.

—Tengo un hermano mayor. —Señaló al grupo de niños que luchaban con los palos—. Se llama Braden, pero le llaman Brad el Rojo.

—¿Por el color de su pelo? —dedujo Erin.

La pequeña asintió con la cabeza.

—Entonces, tú eres Meg la Roja —comentó con una sonrisa.

La niña le correspondió con el mismo gesto.

Brianna regresó en ese momento con un pan redondo. Partió un trozo con las manos y se lo entregó a la niña, que lo devoró en pocos minutos.

Cuando acabó ese pedazo, las dos vieron en sus ojos que deseaba comer más, pero no se atrevía a pedirles el otro trozo.

Brianna se lo puso en la mano.

—Puedes comértelo todo. Lo he comprado para ti.

Erin se alzó para hablar con su cuñada.

—¿Podemos llevarla al castillo para que le den de comer y la bañen?

—Sí, podríamos hacerlo. Pero ¿serviría de algo?

Erin la miró con extrañeza.

Brianna se apresuró a aclarar.

—Seguramente su padre será un borracho que se pasa el día en la taberna, y su hermano —señaló al niño de unos nueve o diez años que seguía jugando con sus amigos— está muy ocupado para cuidarla. Si la llevamos a nuestro hogar, le damos de comer, la bañamos y le ponemos un vestido limpio, ¿qué crees que pasará cuando tengamos que devolverla con su padre y su hermano? Sería injusto para ella, porque le estaríamos enseñando un mundo en el que no puede vivir.

—¿No es más injusto dejarla aquí, abandonada, que llevarla al castillo? No hay nadie que se ocupe de ella. Mírala.

—¿Qué propones que hagamos? Si la llevamos a casa, tendremos que informar al padre y al hermano. No me gustaría que nos acusaran de secuestro.

Erin se agachó otra vez para quedar a la altura de la niña que ya se había terminado el segundo pedazo de pan.

—¿Has dicho que tu papá está en la taberna?

Meg asintió.

—Iremos a preguntarle si te deja venir con nosotras al castillo. ¿Quieres comer más y tener un vestido limpio?

Al ver la sonrisa de la niña y sus ojos iluminados por la ilusión, la abrazó con fuerza.

Después, se levantó y la agarró de la mano.

Kylian las siguió hasta la taberna. Entró poco después que ellas y se quedó en una esquina observando cómo se desarrollaba todo.

El padre de la pequeña estaba durmiendo la borrachera sobre una de las mesas. La niña le tocó con su manita para que despertara, pero no lo consiguió. Entonces Erin lo zarandeó un poco por el hombro, con el mismo resultado. Estaba tan ebrio que no era capaz de despertarse.

Brianna optó por retirarle el taburete en el que estaba sentado dándole una patada. Consiguió que se callera al suelo y se despertase, pero, aun así, volvió a cerrar los ojos al instante. Brianna resopló. Se puso en cuclillas y lo agarró del pelo enmarañado.

—¡Eh, tú, mírame! —le gritó al hombre.

Él abrió un poco los ojos y, aturdido, dijo algo ininteligible.

—Está demasiado borracho —comentó Erin, señalando lo obvio.

—No te preocupes. Haré que se espabile —dijo Brianna, y le soltó un buen tortazo al hombre.

Este enseguida abrió los ojos y miró a la joven con terror.

—¿Eres el padre de esta niña? —Indicó a Meg, todavía agarrada de la mano de Erin.

—Sssí, mi-mmmi ssseñora…

—Deberías estar cuidando de ella en lugar de estar aquí, tan borracho que no eres capaz de tenerte en pie ni hablar —le riñó.

Le soltó el pelo y el hombre intentó levantarse, pero no pudo.

—Escúchame bien: nos vamos a llevar a Meg al castillo hasta que se te pase la borrachera. Cuando estés en condiciones de cuidar de ella, puedes venir a buscarla. ¿Me has entendido?

El hombre asintió.

—Gra… Gra…

—No me des las gracias, maldito asno, miserable, patán, sucio bastardo…

—Brianna, para ya —la cortó Erin—. Qué poco delicada eres algunas veces.

—¿Te parece que debo ser delicada con ese zopenco? ¡Por san Mungo, no puedo serlo!

—Anda, vámonos. El padre ya está informado. Ya no tenemos nada que hacer aquí.

Erin salió de la taberna con la niña todavía agarrada de su mano. Brianna la siguió al exterior.

Sin embargo, en vez de dirigirse hacia el castillo, Erin se acercó al hermano de Meg.

—¡Braden!

El niño siguió jugando con los palos con sus amigos.

—¡Brad el Rojo! —volvió gritar.

El muchacho se detuvo. Como consecuencia, recibió un golpe con el palo en la cabeza. Un doloroso gemido escapó de su garganta. Tiró su palo y se lio a puñetazos con el que le había pegado.

Los dos niños se tiraron al suelo mientras no dejaban de pelearse y se insultaban al mismo tiempo.

Brianna tomó cartas en el asunto. A pesar de llevarse algún que otro golpe, logró separarlos. Los alzó, tomándoles por las orejas, cada uno con una mano, y les riñó.

Kylian observaba todo desde la puerta de la taberna.

Estaba asombrado por la manera de comportarse de la pequeña del clan MacLeod. No era la fina y delicada hija de un *laird* como debería haber sido. Era una mujer de armas tomar. Le agradó sobremanera que ella tuviese ese carácter fuerte y compasivo al mismo tiempo. Aunque tenía una lengua peor que la de un granjero. Al escuchar todos los improperios que le había dirigido al padre de los hermanos, no dio crédito. Y la forma en

que lo había agarrado por el pelo, el tortazo que le había dado para espabilarlo…

Esa joven no necesitaba a nadie que la defendiera de nada. Se bastaba ella solita.

—Braden, vamos a llevarnos a tu hermana al castillo. Tu padre ya está avisado, aunque con la borrachera que lleva, no creo que lo recuerde. ¿Tú también tienes hambre? Puedes venir con nosotras si es así —le dijo Brianna.

—Sí, mi señora. Yo también estoy hambriento.

—Pues entonces ve a la taberna y díselo a tu padre, si es que consigues que se entere de algo.

El muchacho salió corriendo.

—¡Y no tardes! —le gritó.

Brianna miró alrededor y descubrió a un joven muy apuesto observándola. Le mantuvo la mirada, retándolo a ser el primero en desviarla, pero no lo consiguió.

Cuando Braden regresó, aún se batían en un duelo de miradas, azul contra verde.

Con gesto altivo, ella retiró la vista para centrarla en el niño que ya estaba a su lado.

Los cuatro comenzaron a caminar de regreso al castillo.

Brianna reprimió el impulso de girarse y contemplar al joven moreno de ojos verdes y facciones marcadamente masculinas. Se preguntó quién sería y qué estaría haciendo allí. Sin lugar a dudas, no pertenecía a su clan, porque no llevaba sus colores. Vestía unas calzas negras con un jubón de cuero marrón, una camisa blanca y una capa de lana del mismo tono que el chaleco. No había nada en él que lo identificara como miembro de otro clan, pero, como estaba allí, seguramente pertenecería a un clan amigo.

Recordó su mirada verde y el exquisito calor que la había invadido cuando sintió sus ojos sobre ella. En ese momento, había sentido una corriente que la atraía hacia él; sin embargo, sus pies no se movieron. El duelo de miradas que habían mantenido despertó su curiosidad. Aquel joven la intrigaba.

Si tenía la oportunidad de volver a verlo, intentaría averiguarlo todo sobre él.



8

Meg devoró en pocos minutos la escudilla con sopa y trozos de pollo que le puso Lynette, además de un *scone* relleno de arándanos, que había hecho Erin cuando estuvo ayudando en la cocina por la mañana. Bebió una jarra llena de leche y, una vez saciada, miró a Erin y Brianna. Les agradeció que la hubieran alimentado, bañado y que le hubiesen regalado un vestido nuevo y limpio.

A su lado, Braden también había tardado poco en devorar el puré de patatas y colinabo, un trozo bastante grande de morcilla y dos *scone* que le habían servido. En ese momento, se estaba acabando una jarra con leche.

Dejó la jarra vacía en la mesa y se limpió la boca con la manga de la camisa limpia que le habían dado. Él también había podido bañarse y vestirse con ropa nueva.

Meg le dio un codazo a su hermano al ver que este no agradecía a las señoras del castillo lo buenas que habían sido con ellos. Él se quejó y la miró con furia. Levantó una mano para golpearla, pero Brianna fue más rápida y lo detuvo.

—Si le tocas un solo pelo, te cortaré la mano —siseó mordiendo las palabras.

Braden la miró con miedo. Brianna, a su vez, lo miraba furibunda.

—Lo siento. No volverá a ocurrir —prometió, bajando la cabeza avergonzado y temeroso.

—Si te portas bien con tu hermana, puedes venir más veces. Siempre que tengas hambre, ven aquí y te daremos de comer —dijo Erin.

—Gracias, señora —contestó Braden sin alzar los ojos, temiendo encontrarse con la mirada de Brianna.

—En cuanto a ti, pequeña —Erin se dirigió a la niña—, ¿te gustaría quedarte a vivir con nosotras en el castillo?

Brianna y ella habían comentado esa posibilidad con Ian y él había dado su permiso. Como *laird* de su clan, se preocupaba porque la gente que pertenecía a él no pasara penurias. Les preguntó por el padre, quería hablar con ese hombre. Ellas le indicaron dónde localizarlo. Ian salió en su busca mientras las mujeres atendían a los niños.

La carita de ilusión y alegría de la niña al escuchar la pregunta que Erin le había hecho fue suficiente respuesta para ella.

—Sí, pero ¿puede quedarse mi hermano también? ¿Y mi padre?

Las amigas se miraron entre ellas.

Después, Brianna dirigió la vista hacia Braden y contestó:

—Tu hermano también puede quedarse, siempre y cuando prometa que te tratará bien y que velará por ti y por tu honor. Y en cuanto a tu padre, hablaré con el *laird.*

El muchacho aceptó enseguida.

—Deberás tratar a Meg como un caballero trata a una dama, ¿me has entendido? Si no lo haces, te echaré a patadas del castillo. Y no volverás a golpear a tu hermana ni a ninguna otra mujer, ya sea niña o anciana.

Braden tragó saliva.

—Lo juro. No volveré a golpear a mi hermana ni a ninguna mujer, y velaré por el honor de Meg como dama y por su bienestar.

Brianna mantuvo una intensa mirada con el niño hasta que, pasados unos segundos, esbozó una sonrisa y alargó la mano para estrechársela al muchacho.

—Tenemos un trato.



Poco después, Ian regresó a Dunvegan. Había localizado al padre en la taberna, aún borracho. Lo sacó al exterior y lo tiró a un abrevadero para espabilarlo del todo. El hombre refunfuñó y se levantó con el agua corriendo por su cuerpo, sus ropas mojadas y el pelo pegado a la cara.

Empezó a maldecir al necio que había osado a hacerle aquello, pero, en cuanto vio al *laird* de su clan, enmudeció.

Ian lo miraba con sorna.

—Puedes seguir si quieres.

—No, perdonadme, mi señor. No sabía…

Ian alzó una mano para detener la charla del hombre.

—¿Cómo te llamas?

—Irvin, mi señor.

—Irvin —repitió Ian. Comenzó a pasear alrededor del abrevadero —. Dime, Irvin, ¿por qué estás en la taberna emborrachándote en vez de cuidar de tus hijos o trabajar?

Erin y Brianna le habían comentado la situación en la que se encontraban los chiquillos, sin una madre que se ocupase de ellos y el padre todo el día ebrio, según les contó Braden de camino al castillo.

—Me quedé sin trabajo hace dos lunas y no encuentro otro.

—¿Y cómo pagas la bebida de la taberna si no tienes trabajo?

—Tenía algunos ahorros que…

Ian lo interrumpió.

—¿Y prefieres gastar esos ahorros bebiendo cerveza y vino en lugar de dar de comer a tus hijos? —Su tono de voz sonaba indignado.

—Yo… —Irvin no sabía qué contestar.

Desde que su esposa había fallecido al dar a luz a Meg, estaba perdido. Sin ella, nada tenía sentido. El dolor era tan grande que empezó a beber para aislarse de la pena, la rabia y la impotencia por haber sufrido tan desgraciada pérdida. Cada vez bebía más y más.

Fue pasando de unos trabajos a otros, pero en ninguno duraba demasiado tiempo, porque la mitad de los días aparecía ebrio y la otra mitad no aparecía.

Nadie quería contratar a un borracho como él.

Ian lo miró desde su altura.

—Sal del abrevadero. Duerme la borrachera y mañana ven a Dunvegan. Tengo un trabajo para ti. Acogeremos a tus hijos en el castillo hasta que tú estés listo para ocuparte de ellos.

—Gracias, mi señor.

—No me las des.

Ian se giró para regresar a su hogar, donde le esperaba una fiesta para celebrar su enlace con Erin.

—Y ven limpio —le dijo por encima del hombro.

Se subió a su caballo y le apretó los flancos para que comenzase a andar.



El alegre sonido de las gaitas resonaba entre las paredes del salón. Varias personas danzaban un *ceilidh* al ritmo de la música, otras aplaudían acompañándolas en su danzar y algunas hablaban animadamente. Las mesas estaban llenas de comida y la cerveza fluía deprisa. Solo faltaba una cosa: que Erin y Brianna hicieran su aparición.

Kylian esperaba, ansioso por ver a la joven dama que había captado su atención en el pueblo. Su presencia en la fiesta había pasado desapercibida, y así deseaba que siguiera. Para ello, había comprado en el mercado del pueblo un tartán con los colores de los MacLeod. No le importaba lucirlos aunque no perteneciese a ese clan.

Se cuidó mucho de que no lo viera su primo Murray porque, de lo contrario, lo habría matado a golpes. Pero necesitaba desesperadamente colarse en la fiesta para ver de nuevo a Brianna. Quizá podría acercarse a ella y mantener una pequeña charla; bailar con ella y brindar por el reciente enlace del *laird* del clan MacLeod.

Las dos damas se detuvieron al pie de las escaleras y echaron un vistazo antes de entrar en la enorme sala, rebosante de las gentes del pueblo.

—¿A qué desdichado vas a romperle hoy el corazón? —le preguntó Erin a Brianna. Señaló un guapo joven sentado junto a la puerta—. ¿A aquel de allí? ¿O a aquel otro? —Indicó con un gesto de cabeza a otro joven que estaba en una esquina, recostado contra la pared.

—Ya sabes que no me interesa ningún hombre.

Erin enarcó las cejas y sus ojos brillaron con una chispa divertida.

—Pues con ese vestido que te has puesto, estoy segura de que a ellos sí que vas a interesarles.

A Brianna no le importaba si atraía a los jóvenes que su cuñada había mencionado o no. Con la mirada, barrió la sala buscando al desconocido del pueblo. Al no encontrarlo, la desilusión se reflejó en sus ojos azules. Por suerte, se repuso antes de que Erin pudiera darse cuenta.

—No hagas esperar a mi hermano —comentó—. Yo daré una vuelta por el salón para saludar a algunas personas. Quizá me una al baile.

Erin se dirigió hacia Ian, que estaba rodeado por varios de sus hombres, bebiendo y hablando.

Cuando Ian la vio abrirse paso entre la gente, su corazón se saltó un latido. Estaba muy hermosa con el vestido verde musgo que llevaba. El cabello recogido en un moño y el colgante de oro a juego con los pendientes, todo heredado de su abuela.

—Mi dulce Erin —dijo Ian cuando llegó hasta él—. Mi bella esposa. Cada vez que te veo, te superas en belleza. No voy a alejarme de ti en toda la noche, porque no quiero que nadie me robe el placer de contemplar tu hermosura.

—Basta ya de adularme en público —contestó ella, sonrojándose.

Ian se inclinó sobre su oreja.

—Está bien. Dejaré las alabanzas para cuando estemos en el lecho, compartiendo gemidos de placer.

El rubor de las mejillas de Erin aumentó.

—Estaba en lo cierto cuando le dije a mi padre que te casabas conmigo para poder torturarme toda la vida.

—No me negarás que es una dulce tortura —contestó Ian, mirándola con picardía.

Ella amplió su sonrisa.

—Deseo bailar. ¿Quieres acompañarme, mi querido esposo?

—Por supuesto. Tus deseos son órdenes.

Le tendió el brazo y se unieron al *ceilidh*.



Brianna buscó al desconocido por todo el salón mientras saludaba a unos y a otros. Cada vez que se detenía a hablar con alguien, su vista recorría con disimulo aquella parte del salón. Al no encontrarlo, se despedía de las personas con las que había estado charlando y se dirigía hacia otra zona con la esperanza de hallarlo.

Cuando se cansó de buscar y dedujo que él no había asistido a la fiesta, se unió al animado baile.

No iba a malgastar una noche festiva por un hombre y menos, por un desconocido, por muy atractivo que fuera.

Kylian la observaba desde su posición. Hechizado por su belleza, por sus movimientos, por su risa y por la alegría que estaba sintiendo ella al danzar con otras personas. Su cabello rubio, recogido en una larga trenza, se movía al compás del baile. La falda del vestido azul se mezclaba con las faldas de los vestidos de las otras mujeres y también con los *kilts* de algunos jóvenes que se habían unido a la danza. Le gustaba verla disfrutar, reírse y hablar animadamente con la gente del pueblo que había asistido a la fiesta.

El *laird* y su esposa se unieron al baile, divirtiéndose también.

Brianna les sonrió al verlos. Esa sonrisa, a pesar de que no iba dirigida a él, le impactó de lleno en el corazón. Le dio valor para salir de su escondite y unirse también al *ceilidh*.

Poco tiempo después, Brianna reparó en él y su pulso se aceleró más todavía. Notó una extraña sensación que parecía arder en su cuerpo. Recorrió las facciones del hombre moreno al que, por fin,

había encontrado. Llevaba el cabello largo hasta los hombros; sus ojos eran de un verde vivo y su nariz, recta; y tenía la mandíbula recubierta por una barba, en la que destacaban las curvas de sus labios, que le hacían pensar en besarlo.

Se batieron en un duelo de miradas hasta que Brianna rompió el contacto, dejó de bailar y se acercó a una mesa para coger una jarra de cerveza y refrescarse la garganta. Tomó asiento en un banco. Todo lo hizo bajo la atenta mirada del desconocido, que en ese momento se dirigía hacia ella.

Él, cuando llegó a la mesa de madera, agarró otra jarra de cerveza, se sentó a su lado y bebió un largo trago.

Brianna se preguntaba quién sería. Ella conocía a todos los lugareños y aquel joven no era del pueblo. A pesar de que llevaba el tartán con los colores MacLeod, algo en su actitud le dijo que tampoco pertenecía a su clan.

Seguramente sería un joven de algún clan vecino que se habría enterado de la fiesta y había acudido a divertirse un rato.

—Os vi antes, en el pueblo —dijo ella.

—Yo también os vi a vos, mi señora.

—¿Cómo os llamáis?

—Kylian.

—Yo soy Bri…

—Brianna —la interrumpió—. Brianna MacLeod.

Ella lo miró con sorpresa. Reparó en que tenía un lunar cerca del ojo izquierdo y una pequeña cicatriz encima de la ceja.

—¿Cómo sabéis mi nombre? No nos conocemos.

—Lo oí cuando paseabais por el pueblo con la esposa del *laird*.

—¿A qué clan pertenecéis? Porque al nuestro no, aunque llevéis el tartán con los colores MacLeod.

Kylian dudó unos segundos antes de contestar.

No podía contarle la verdad, porque eso haría que Brianna se alejase de él para siempre, y aún era pronto.

—Es verdad. Soy forastero. Compré el tartán en el mercado del pueblo para poder asistir a la fiesta sin que nadie se diera cuenta de que no pertenezco a vuestro clan. Pero vos me habéis descubierto. Sois muy observadora.

—¿Cuáles son vuestras intenciones? —Brianna se puso a la defensiva—. Porque si son malas, permitidme deciros que el castillo está lleno de soldados que no dudarán en defendernos y mataros —le amenazó.

Kylian continuó con el rostro sonriente como si no hubiera escuchado la advertencia.

—Mi única intención es conoceros, hablar con vos un rato, divertirme en la fiesta tan buena que habéis organizado y desearles muchos años de felicidad a los recientes esposos.

Brianna lo miró durante bastante tiempo, analizando sus palabras, el tono de su voz y su expresión. Después, sonrió.

—¿Por qué evitáis decirme a qué clan pertenecéis?

—Porque no es importante.

Ella alzó una ceja.

—Además, dentro de cinco días emprenderé un viaje que me alejará de Escocia durante bastante tiempo.

—¿A dónde vais a viajar?

—Es un secreto —respondió en voz baja, inclinándose sobre su oreja.

Brianna aspiró el aroma masculino. Sus sentidos se llenaron de él, y eso hizo que lo deseara todavía más. Sin embargo, se apartó lo suficiente para mirarlo a los ojos con una expresión pícara.

—Soy buena guardando secretos.

Kylian pensó rápidamente.

—No puedo contároslo, porque eso pondría en riesgo mi misión.

Ella lo estudió. Tenía el porte de un guerrero. ¿Sería un cazador de proscritos? Había oído hablar de ellos: soldados al servicio del rey Robert Bruce encargados de dar caza a todos los que se habían posicionado a favor de los ingleses en la guerra de la independencia. A pesar de que los habían expulsado de Escocia —tras confiscar sus tierras y repartirlas entre los clanes aliados, entre ellos el clan Campbell y el clan MacLeod—, muchos habían regresado y se escondían en los bosques de las Highlands. Se dedicaban al robo de ganado y alimentos.

Brianna se alzó del banco en el que estaba sentada.

—Salgamos fuera. Necesito tomar aire fresco.

Kylian se levantó de inmediato, deseoso de acompañarla.

Abandonaron el salón y salieron a la fría noche. Recorrieron el patio uno al lado del otro, en silencio durante varios minutos, hasta que llegaron a las caballerizas.

—¿Perseguís proscritos? —quiso saber Brianna.

—No puedo decíroslo.

—Estoy segura de que sí —afirmó con convicción.

Kylian no la sacó de su error.

—Debe ser una vida apasionante —comentó ella.

—No lo es tanto. Debo pasar desapercibido y no puedo quedarme mucho tiempo en ningún lugar —respondió, pensando que era la única verdad que podía decirle en ese momento. Debía cambiar constantemente de sitio e intentar que nadie lo reconociera. Por eso no podía vestir con los colores de su clan.

—¿A qué clan perseguís? ¿A los MacDonald? ¿A los MacDougall? ¿A los Sinclair? ¿O a los señores de Lorne? —insistió.

Todos esos clanes habían apoyado al ejército inglés en la guerra de la independencia. Por eso, al ganar los escoceses, el rey Robert los había declarado proscritos.

En ese momento, una ráfaga de viento frío sacudió la falda del vestido de Brianna. Esto provocó que se estremeciera.

—¿Tenéis frío, mi señora? —preguntó, y se quitó el tartán para echárselo a ella por los hombros.

—Gracias. Sois muy gentil.

Ella se arrebujó en la improvisada capa y aspiró su aroma. Olía a bosque, a brezo blanco.

—Entonces, ¿sois un cazador de proscritos? —repitió.

—Sois muy insistente, ¿verdad?

—Cuando quiero conseguir algo, sí.

Brianna se detuvo y Kylian hizo lo mismo. Ella se situó frente a él y clavó su azul mirada en los verdes ojos del *highlander.*

En la mirada de Kylian había determinación y deseo. Brianna pensó que, si no la besaba en ese mismo momento, se moriría. Dio un paso hacia delante para estar más cerca de él. Posó una mano sobre la tela de su camisa blanca y sintió la calidez que emanaba de su piel a través del tejido. Su torso era duro como el granito.

A Kylian se le aceleró el corazón ante el gesto de Brianna. Respiró profundamente para controlarse y no apoderarse de ella sin su consentimiento. Recorrió con sus ojos el bello rostro de la joven y notó cómo el deseo tensaba su entrepierna.

—¿Esto es lo que quieres, Brianna? —preguntó con la voz ronca por la pasión.

Deslizó el pulgar por el suave y turgente labio inferior de ella. Estaba deseando saborearla, pero quería oírlo de su boca.

—¿Quieres que te bese? —insistió para asegurarse.

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

Pero, para él, no fue suficiente.

—Dime que deseas que te bese.

—Sí, es lo que quiero. Deseo que me beses —le confirmó.

Kylian sintió un torrente de satisfacción y, con un gemido, le dio lo que ambos buscaban.

Brianna conoció entonces lo que era desear tener contacto íntimo con un hombre. Una sensación devoradora de necesidad, de hambre, de calor. Nada habría podido prepararla para lo que sintió en cuanto los labios de Kylian se apoderaron de los suyos. La multitud de sensaciones que producía en su cuerpo. Había estallado en llamas, calentando su piel y dejando su cuerpo muy sensible. Era como si lo hubiera estado esperando toda su vida.

Él la envolvió en un fuerte abrazo y profundizó más el beso hasta que logró que Brianna se derritiera contra su pecho. El beso se tornó más frenético, más voraz. La joven notaba la mano de Kylian en la cintura deslizándose hacia sus caderas. Comenzó a temblar como una hoja sacudida por el viento. Jamás habría imaginado que pudiera desear tanto las caricias de un hombre. Gimió en su boca y él se tragó ese sonido.

—Dios, eres preciosa —susurró cuando se separaron unos instantes para tomar el aire que sus pulmones reclamaban.

En ese momento, Brianna volvió a la realidad. Estaba besando a un desconocido, permitiéndole que la tocara como si fuera una vulgar ramera. Por primera vez en su vida, notó la vergüenza extendiéndose por toda su piel, ahondando en su alma.

—No he debido permitir que me besaras —dijo con la respiración alterada.

—¿No te ha gustado?

—Sí, pero…

Inspiró profundamente para calmar los latidos de su corazón y controlar su voz para que no le saliera entrecortada.

Kylian esperó a que continuase.

—Soy una dama. No una ramera —le informó, alzando con orgullo el mentón.

—Por supuesto que eres una dama. En ningún momento he dudado de que lo fueras.

—¿Por qué me has besado así?

Dio un par de pasos hacia atrás para distanciarse de él.

—¿No te ha gustado? —quiso saber, sorprendido.

—¿Por qué me has besado así? —repitió.

—Porque te deseo. Te he deseado desde que te he visto esta tarde en el pueblo. He venido a esta fiesta con la intención de conocerte…

—¿Y de besarme?

—No. No esperaba que los acontecimientos se desarrollasen así. Me conformaba con hablar un rato contigo —se sinceró con ella—. Pero no me arrepiento de haberte besado, Brianna, porque ha sido lo mejor que me ha pasado en muchos años.

Al escuchar aquella confesión, el corazón de Brianna se ablandó un poco. Cubrió la distancia que la separaba de él y se refugió de nuevo entre sus brazos.

—Yo también lo he disfrutado y te prometo que no lo olvidaré nunca. No sabía lo que era besar a un hombre hasta que tú me lo has enseñado.

—Si quieres, podemos repetirlo. —Kylian le guiñó el ojo izquierdo, pícaro. Al hacerlo, el lunar que tenía cerca y la pequeña cicatriz de encima de la ceja se aproximaron.

Cuando estaban a punto de unir sus bocas otra vez, se oyó la voz de alarma de uno de los soldados que custodiaban los alrededores desde las almenas de Dunvegan.

—¡Fuego! ¡Fuego!

La pareja se separó de un brinco.

—Debo irme —dijo Kylian con la urgencia impregnada en su voz.

—No te vayas todavía —le pidió Brianna.

—Algo está quemándose. Tengo que ir a ayudar.

Los soldados seguían gritando que había fuego, alertando a todos los que estaban en la fiesta. Los hombres salieron en tropel para ayudar en las labores de extinción del incendio.

—Entonces, iré contigo.

—¡No! —La detuvo.

No podían verlos juntos porque alguien podría descubrir su verdadera identidad y contárselo al jefe del clan. Entonces le darían caza y lo matarían.

—No quiero que sufras ningún daño —añadió.

—No soy una dama en apuros que alguien tenga que rescatar —dijo ella, empecinada.

—Ya lo sé. He visto lo que has hecho en la taberna con ese borracho. Sé que eres capaz de defenderte tú sola, pero un incendio es algo muy peligroso y no quiero que corras ningún riesgo.

—Yo tampoco quiero que tú…

Kylian la cortó.

—Tendré cuidado —dijo. Acto seguido, la besó.

—¿Cuándo volveremos a vernos? —preguntó ella con la urgencia marcada en su voz.

—¡Brianna! —oyó que Erin la llamaba a gritos.

Pero no se movió. Necesitaba desesperadamente que Kylian le contestase.

—Mañana. Cuando anochezca.

—Debajo del muro oeste del castillo hay una pequeña cueva excavada en la roca del promontorio donde se asienta Dunvegan. Estaré allí esperándote. Puedes acceder desde la orilla del lago. ¿Conoces el lugar? —propuso ella.

—Sí lo conozco, pero no sabía que hubiera una cueva.

—Es tan pequeña que pasa desapercibida. Pero ahora ya lo sabes.

Brianna se agarró a su cuello y lo besó, despidiéndose de él por unas horas.

—Ten mucho cuidado en el incendio —le pidió.

—¡Brianna! —volvió a escuchar la voz de su cuñada.

Kylian asintió y ella salió corriendo.

Erin estaba en la puerta que daba acceso al salón. En sus brazos, portaba a la pequeña Meg, que lloraba asustada.

—¡Brianna! —gritó de nuevo.

—¡Estoy aquí!

—Por todos los cielos, ¿dónde te habías metido? Hay un incendio en el granero del pueblo. Los hombres ya se han ido. Algunas mujeres también. Pero Ian nos ha ordenado al resto cuidar de los niños y los ancianos.

De repente, Braden salió corriendo del salón.

—¡Braden! —Erin lo llamó—. ¿A dónde crees que vas?

El muchachito se detuvo.

—Quiero ayudar a apagar el fuego.

—Ni hablar. Todavía eres un niño.

—Ya tengo diez años —contestó, alzando la barbilla, orgulloso, como si fuera un adulto y no un niño.

—No discutas y entra en el salón —le ordenó Erin.

—Menuda *muime* estás hecha —susurró Brianna.

El muchacho se dio la vuelta para irse corriendo, desobedeciendo así la orden de la señora del castillo. Pero Brianna le puso la zancadilla y el niño cayó al suelo.

—Harás lo que te diga tu señora —comentó Brianna, agarrándolo de un brazo para levantarlo del suelo.

Entraron en el salón. Brianna arrastraba a Braden mientras el niño no dejaba de protestar porque no le permitían ir a ayudar al resto de los hombres a sofocar el incendio.

—Si no te callas, te amordazaré y te ataré a una silla para impedir que huyas —le advirtió.

El muchacho se soltó de su agarre de mala gana, prometiendo que no se movería del castillo y que se mantendría en silencio.

Erin la contemplaba con una ceja arqueada y una sonrisa en los labios. Todavía tenía a la pequeña Meg colgada de su cuello.

—¿Quién es ahora la *muime*? —preguntó a Brianna riéndose.



9

Las labores de extinción del incendio en el granero duraron toda la noche.

Hicieron una cadena humana para llevar cubos de agua desde el río hasta el lugar siniestrado. Apenas despuntaba el día cuando lograron apagarlo del todo. Por suerte, solo se habían quemado la mitad de la estructura y algunos sacos de cereal. Sin embargo, faltaba una buena cantidad de ellos.

—Parece que, antes de prender fuego al granero, alguien se ha llevado varios sacos —dijo Ian.

—Descubriremos a los culpables —comentó Angus.

—Estoy seguro de que son los mismos que han estado robando y matando al ganado —añadió Hugh.

—Debo poner vigilancia en este mismo instante. No quiero que sigan produciéndose hechos tan deleznables como estos —soltó Ian, controlando la ira que sentía porque algo así hubiera sucedido en sus dominios.

Dejaron a unos cuantos hombres armados y el resto se marcharon a sus casas.

A la salida del pueblo, Ian, Angus y Hugh se encontraron con un par de sacos de grano tirados en el suelo. Uno de ellos estaba roto y parte del cereal estaba desparramado sobre la tierra.

Angus se ofreció a llevarlos de vuelta al granero.

Los otros dos continuaron su regreso al castillo mientras organizaban los turnos que debían hacer los hombres para vigilar que no sucediera nada más.



Ian estaba reunido con sus hombres en su despacho cuando llegó Irvin, el padre de Meg y Braden, al día siguiente.

—Buenos días, mi señor.

—Buenos días, Irvin.

—¿Cómo están mis hijos? ¿Puedo verlos, mi señor?

Ian estudió su aspecto. Vestía el *kilt* con los colores de su clan, una camisa que en otro tiempo debió ser blanca, pero que ahora presentaba un color amarillento, y unas botas limpias, aunque muy desgastadas. Se había lavado, porque ya no desprendía el pestilente aroma de la cerveza y el vino. Además, su cabello y su barba pelirrojos aún estaban mojados.

El jefe del clan se levantó del asiento en el que había permanecido y dio una vuelta en torno a Irvin mientras le contestaba.

—Tus hijos están bien. Podrás verlos cuando terminemos nuestra conversación.

—Gracias, mi señor.

—No me las des aún. Se quedarán con nosotros en el castillo hasta que tú puedas ocuparte de ellos. Mi esposa se encargará personalmente de Meg, y entre mi madre y mi hermana educarán a Braden hasta que tenga la edad suficiente para convertirse en escudero.

Irvin asintió con lágrimas en los ojos. Estaba emocionado porque su *laird* fuese tan bondadoso con sus hijos.

—En cuanto a ti —prosiguió Ian—, te ocuparás de las labores de vigilancia en el pueblo. No sé si sabrás, dado que te has pasado borracho casi todo el tiempo desde la muerte de tu esposa, según

me han comentado tus hijos, que hemos sufrido varios robos de ganado y cereal, y que han aparecido algunos animales degollados.

Irvin bajó la mirada, avergonzado al escuchar a su *laird* hacer referencia a su estado de embriaguez.

—Formarás parte de un grupo de hombres —continuó Ian—. Ya te diré en qué turno estarás. ¿Qué armas sabes utilizar? ¿Eres diestro con alguna?

—Mi señor, sé luchar con todas las armas, pero se me daba bien el arco. Tenía buena puntería, aunque ahora… —Hizo una pausa—. Llevo varios meses sin disparar una flecha. Supongo que habré perdido algo de práctica.

—No importa. Te entrenarás con mis hombres cada mañana en el patio. Yo te supervisaré. Ahora, puedes ver un momento a tus hijos antes de comenzar con el entrenamiento.

—¿Hoy mismo, mi señor?

—Por supuesto. ¿Acaso tienes algo mejor que hacer?

—No, mi señor.

Ian se detuvo frente a él. Lo observó con rictus serio.

—Si veo cualquier indicio de que estás ebrio, te echaré a patadas de mis tierras y no volverás a ver a tus hijos.

Irvin se encogió sobre sí mismo.

—Os juro que no volveré a beber una gota de…

—No lo jures: demuéstramelo.

—Sí, mi señor.

—Enseguida mandaré a alguien en busca de Meg y Braden. Espera en el patio. Vosotros —se dirigió al resto de sus hombres—, comenzad con el entrenamiento.



Erin se despertó bien entrada la mañana. Había pasado toda la noche cuidando de los ancianos y los niños del pueblo junto con las mujeres que se quedaron ayudando en el castillo.

No sabía en qué momento Ian se habría acostado o si lo había hecho, pero, al despertarse, no estaba con ella en el lecho. Dedujo

que su esposo aún no había podido dormir, así que se levantó para asearse y vestirse. Tenía la intención de ir a buscarlo para comprobar que estaba bien.

Mor tocó a la puerta en ese momento y entró.

—Buenos días, mi señora. ¿Habéis descansado?

—Buenos días, Mor. He descansado un poco. ¿Has visto a mi esposo?

—Está en el patio, entrenando con sus hombres. Hay uno nuevo. Un hombre pelirrojo, con barba. Creo que es el padre de Meg y Braden, porque cuando los niños lo han visto, se han puesto muy contentos y se han abrazado a él.

—Sí, es él. Ha venido para hablar con Ian. Me alegro de que haya visto a sus hijos. ¿Estaba ebrio?

Mor se sorprendió por la pregunta.

—No lo parecía, mi señora.

—Bien.

Erin se dirigió hacia una palangana con agua. Tras lavarse la cara, se sentó en el banquito y comenzó a desenredarse el pelo mientras Mor estiraba las sábanas y mantas de la cama.

Cuando la doncella acabó, se acercó a Erin para ayudarla con el cabello.

—¿Qué vestido os pondréis hoy, mi señora?

—El de color magenta.

Mor terminó de desenredarle el pelo y se acercó hasta el baúl donde Erin guardaba sus vestidos.

Al abrirlo, descubrió que estaba todo revuelto. Cogió un vestido al azar y vio que estaba rasgado.

—Mi señora —llamó a Erin mientras sacaba otro vestido hecho jirones.

Erin se alzó del banquito.

—Alguien ha roto vuestros vestidos —dijo Mor, girándose hacia ella con los vestidos en las manos.

—¿Todos? —se sorprendió.

Cruzó deprisa la estancia hasta donde estaba Mor y echó un vistazo al resto de los vestidos.

—¿Quién podría haber hecho algo así? —preguntó mientras los examinaba uno por uno.

Además de los dos vestidos que Mor tenía en las manos, también habían destrozado el vestido con el que contrajo matrimonio.

—Mi vestido de boda —pronunció con voz triste. Las lágrimas llegaron hasta sus ojos y se derramaron por sus mejillas.

—No os preocupéis, mi señora. Seguro que podremos arreglarlos —dijo Mor, consolándola con un abrazo.

—¿Quién ha hecho esto? —quiso saber, apretando contra su pecho su traje nupcial, sin parar de llorar.

En ese momento, Brianna entró en la alcoba.

—¿Qué ocurre?

—Alguien me ha destrozado dos vestidos, además del de novia —contestó Erin sollozando.

Mor, que había deshecho su abrazo al llegar Brianna, le mostró los otros afectados.

—¿Quién más tiene acceso a esta alcoba? —preguntó Erin.

—Solo yo —contestó la doncella—. Yo me ocupo personalmente de vuestra alcoba, igual que hacía en Duntrune.

Brianna se giró hacia ella.

—He visto alguna vez a las criadas entrando con cubos de agua caliente para llenar la tina.

—Alguna vez, sí, pero normalmente soy yo quien se encarga de esas cosas —le confirmó la doncella.

—Y anoche, ¿entró alguien? —quiso saber Brianna.

Mor se encogió de hombros.

—Que yo sepa no, mi señora, pero, con todo el lío del incendio en el granero, no sabría decirle.

—Seguro que quien ha hecho jirones tus vestidos —Brianna miró a Erin mientras hablaba. Su cuñada estaba sentada en la cama con el vestido nupcial aún apretado contra su pecho y sin dejar de sollozar—, aprovechó para colarse en tus aposentos cuando estábamos ocupadas cuidando de los niños y los ancianos.

—Pero ¿quién lo ha hecho? —preguntó Erin—. Si soy amable con todo el mundo. Intento ser buena persona, gentil y cariñosa con

todos. ¿Quién puede odiarme tanto como para destrozar mis vestidos? ¿Qué daño he podido hacerle a esa persona?

—Descubriremos al culpable —le prometió Brianna.



Ian terminó de entrenar con sus hombres y los despidió hasta nuevo aviso.

Regresó al interior de la torre del homenaje. Nada más traspasar el arco que daba acceso al salón, vio una fila de criadas. Mor portaba en sus manos dos vestidos rotos de Erin. Su esposa llevaba en los brazos el vestido claro con el que se desposó. Brianna y Fiona las acompañaban.

—¿Visteis si alguien ajeno a Dunvegan accedió a mi alcoba? —preguntó Erin.

—No, mi señora —dijeron todas a la vez.

—Pensad bien. Recordad todo lo ocurrido anoche. ¿De verdad que no os disteis cuenta de que alguien se colara por las escaleras que llevan a los aposentos? —insistió.

Erin recorrió con la vista a todas las criadas. En algunas caras leyó que estaban intentando recordar. Agnes fue la primera en contestar.

—Con lo del incendio, no estuvimos pendientes de quién subía o bajaba las escaleras y quién no. Al menos, yo no presté atención. Lo lamento, mi señora.

El resto de las criadas comentaron lo mismo que Agnes.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Ian, acercándose a Erin.

—Alguien ha destrozado algunos de mis vestidos —le contó—. Incluso este. —Le mostró el vestido de boda—. Era de mi madre. Lo arregló para mí. Quería conservarlo para el día que tengamos una hija… —Dejó de hablar porque se le quebró la voz y no deseaba que las criadas la vieran en un estado tan vulnerable.

Ian la abrazó para trasmitirle su amor y poder consolarla.

—No te preocupes. ¿Se pueden arreglar?

—Sí, pero no quedarán igual.

Fiona intervino en ese momento.

—Freya y Agnes, vosotras sois las mejores costureras. Os encargaréis de arreglar los vestidos de Erin.

—Sí, mi señora —dijeron las dos a la vez.

—El resto —continuó Fiona— os ocuparéis de vuestras labores, además de las que hacen Freya y Agnes. Hasta que ellas acaben de remendar los vestidos de Erin.

—¿Puedo decir algo, mi señora? —preguntó Mor.

—Adelante.

—¿No sería mejor hacerle vestidos nuevos? Esos ya estaban muy gastados y, además, los zurcidos parecerán cicatrices.

—Sabes que los uso para diario, cuando no tengo ningún evento especial —le contestó Erin a su doncella—. No necesito vestidos nuevos. Con arreglar esos, me basta. Además, puedo hacerlo yo misma. No quiero que Freya y Agnes descuiden sus tareas por mi culpa ni sobrecargar al resto con más trabajo.

—No será por tu culpa —intervino Brianna—. La culpa la tiene la persona que ha destrozado tus vestidos. Y quiero saber quién es —dijo, mirándolas a todas.

Las criadas permanecieron en silencio, mirándose unas a otras sin atreverse a decir nada.

—Tarde o temprano, descubriremos al culpable —añadió Brianna —. No descansaré hasta que lo encuentre.

—¿Podemos dejarlo ya, por favor? Tengo el estómago revuelto —pidió Erin.

Fiona despachó a las criadas.

—Pediré que te traigan algo de comida —se ofreció Ian.

—No quiero comer nada.

—¿Has desayunado?

—No.

—Te vendría bien comer algo para que se te asiente el estómago —le recomendó su esposo.

—¿Podemos subir a nuestra alcoba? Necesito acostarme un rato.

—Por supuesto.

Ian sujetó a su mujer con fuerza y la acompañó hasta sus aposentos.

Fiona, Brianna y Mor se quedaron observándolos.

—¿Habéis visto la cara que ha puesto Freya cuando le habéis encargado que ayudara a Agnes a remendar los vestidos de Erin? —preguntó Mor.

—No —contestó Fiona.

—Yo sí —dijo Brianna—. Pero es el mismo gesto que hace siempre cuando le ordenas que realice alguna tarea. Freya es así de seria. No le sacas una sonrisa ni aunque le regales lo más hermoso del mundo. Créeme. La conozco de toda la vida y jamás la he visto sonreír. Ni siquiera cuando jugábamos juntas de niñas.

—Está claro que no la conozco tan bien como vos, mi señora —concluyó Mor. Se calló lo que pensaba sobre la criada, a pesar de lo que Brianna había comentado. No se fiaba de ella. Había visto demasiadas veces desde que estaba en Dunvegan cómo Freya miraba con deseo al *laird*. Estaba segura de que la criada amaba en secreto al apuesto jefe del clan.

«¿Y quién no?», se preguntó a sí misma. Todas las mujeres de las Tierras Altas coincidían en que era el guerrero más atractivo de las Highlands.

—No puedo sospechar de nadie del castillo. Son buenas personas. No imagino quién puede haber hecho algo tan deleznable como esto —comentó Fiona.

—¿Quién podría odiar tanto a mi señora? —quiso saber Mor.

—Habrá que vigilar quién entra y quién sale de sus aposentos —propuso Brianna.



Cuando Erin e Ian llegaron a su alcoba, ella se acurrucó sobre el lecho. Ian se tumbó a su espalda y, rodeándola por la cintura, la atrajo hacia su cuerpo.

—Lamento lo de tus vestidos —susurró sobre su cabello. A continuación, depositó un beso suave en sus rizos pelirrojos.

—Me duele más que hayan destrozado el vestido de boda —musitó con tristeza—. Era de mi madre —repitió—, y tenía la ilusión de conservarlo para nuestra hija. Si es que algún día tenemos niñas.

—Tendremos todo lo que tú quieras: niños, niñas, vestidos nuevos…

—Gracias por estar aquí, conmigo.

—No desearía estar en ningún otro lugar.

Erin no contestó, pero se emocionó por el sentimiento de amor que anidaba en las palabras de su esposo.

Durante un tiempo, permanecieron en silencio. Tanto rato que Erin pensó que Ian se había dormido.

Sin embargo, no lo estaba.

—¿Estás más calmada? —preguntó.

—Sí. Estoy mejor. Más tranquila.

—Bien.

La ciñó más a su cuerpo y, otra vez, la besó en el pelo.

—¿Qué tal el entrenamiento con tus hombres?

—Como siempre. No han perdido destreza. Irvin, el padre de Meg y Braden, me ha sorprendido.

—¿Por qué? —preguntó, girando entre sus brazos para quedar de cara a él.

—Porque me dijo que era posible que hubiera perdido habilidad con las armas, pero he comprobado que las maneja con soltura. Así que le voy a poner en uno de los grupos de vigilancia del pueblo para que trabaje allí, defendiendo a las gentes de los ataques de los proscritos.

—Me parece bien.

—¿Qué tal están sus hijos?

—Meg todavía está asustada por lo del incendio. Ha dormido con Mor porque tenía miedo. Y Braden sigue enfadado con Brianna porque no le dejó ir a ayudar con las labores de extinción.

—Aún es pequeño.

—Pues él se siente mayor.

—Ya tendrá tiempo de ayudar, entrenarse para ser un guerrero y hacer más cosas —comentó Ian con un suspiro cansado.

Erin recorrió su rostro con la mirada y se dio cuenta de que su marido estaba agotado.

—¿Has dormido algo esta noche? —le preguntó.

—Nada en absoluto. Me di un baño en el lago, que me espabiló bastante para continuar la mañana. Pero ahora que estoy aquí, tan calentito en nuestra cama y en tan buena compañía, me noto cansado.

—Entonces descansemos, amor mío.

Erin le dio un beso en los labios. Ian se lo devolvió con más ímpetu del que ella esperaba.

—Parece que no estás tan agotado como quieres hacerme ver —comentó ella con picardía al notar la dureza de su entrepierna, que había cobrado vida con aquel sencillo beso.

—Tus besos son energía para mí.

Ian reclamó la boca de su mujer con ansia. Rodó sobre la cama con ella entre sus brazos hasta que Erin quedó encima de él. No hubo más palabras. Solo besos, caricias y suspiros de deseo.

Se desprendieron de la ropa poco a poco y acabaron bajo las sábanas amándose, como todas las noches desde que se habían casado. Fundiéndose el uno en el otro hasta que, agotados, se durmieron.



Cuando Ian despertó, se encontró con Erin sentada en un sillón junto a la chimenea, donde crepitaba el fuego que caldeaba la estancia.

Estaba tejiendo una capa de lana. La observó durante un buen rato, empapándose de su belleza, y se alegró por la inmensa suerte que había tenido al casarse con ella.

Las llamas del fuego daban un toque todavía más rojizo a su cabello rizado. En sus mejillas se notaba el calor que emanaba del hogar. Su respiración era tranquila. Su pecho subía y bajaba con calma.

Erin alzó la vista y se encontró con los ojos de Ian. Le sonrió.

—¿Has descansado bien, mi amor?

—Sí —contestó Ian— ¿Y tú?

—Yo también. Me he despertado hace un rato y he aprovechado para terminar la capa de lana que empecé en Duntrune antes de los juegos.

—Y de nuestra boda.

—Sí, y de nuestra boda —confirmó ella.

Ian se alzó del lecho y, desnudo como estaba, se dirigió hacia su esposa.

Ella recorrió su impresionante cuerpo con la mirada, acariciándolo, y emitió un suspiro de deseo.

—He pensado que podría poner cerraduras a tus baúles para que nadie que no tenga llave pueda abrirlos —comentó, paseándose delante de ella, orgulloso de mostrar su físico espectacular y de la manera en que su mujer lo devoraba con los ojos—. ¿Qué te parece, mi bella esposa?

—Perdona. ¿Qué decías?

—¿Por qué no me prestas atención cuando te hablo? —dijo él, fingiéndose indignado.

—¿Puede ser porque me distraen tu musculoso pecho, tus fuertes brazos y piernas, y tu poderosa verga? —respondió Erin sin vergüenza. A esas alturas de su matrimonio, ya tenía la suficiente confianza con Ian para hacerle comentarios de ese tipo sin ruborizarse.

El *highlander* sonrió con prepotencia.

Ella dejó la capa y cogió el tartán de su marido.

—¿Quieres que cubra mi desnudez? —le preguntó al ver que su esposa alargaba el brazo para dárselo. La miraba con un aire juguetón que a Erin le encantaba.

—Desgraciadamente sí. Debo resistir a la tentación y tú también, porque Mor estará a punto de llegar para…

En ese momento, se oyeron golpes en la puerta y la voz de la doncella pidiendo permiso para entrar.

Ian agarró deprisa el tartán que le tendía Erin y se cubrió antes de responder.

—¡Adelante!

Mor abrió la puerta despacio, con la vista clavada en el suelo para no ver nada indebido.

—La cena está lista, mi señor.

—Enseguida vamos. Gracias, Mor —contestó Erin riéndose.

La doncella se giró sin decir nada, con la mirada aún en el suelo de piedra. Salió al pasillo y cerró la puerta.

—Vístete —le ordenó a Ian, atragantándose con su propia risa.

Él se inclinó sobre ella para reclamar su boca con un beso. Después, se dirigió hacia el baúl donde guardaba sus ropas.

—Voy a encargarle al herrero del pueblo que ponga cerraduras en todos los baúles que tenemos en esta alcoba —comentó mientras sacaba un *kilt* limpio y una camisa.

—Me parece bien —dijo Erin con un suspiro triste.

Se entretuvo contemplando a su marido mientras se vestía.

—¿Tienes idea de quién puede haber hecho esto?

—No lo sé. Creo que he sido gentil y amable con todos en Dunvegan. No comprendo cómo alguien puede odiarme tanto como para destrozar mis vestidos. ¿Podría ser la misma persona o personas que están atacando a los vecinos del pueblo? Quizá el incendio en el granero fuera una especie de distracción para poder colarse en el castillo —opinó Erin.

—¿Tanto alboroto para rasgar unos vestidos? No lo creo.

—Entonces, será alguien de dentro del castillo. ¿Alguna de las criadas? O, a lo mejor, han sido las niñas jugando a ser costureras y no se atreven a decirlo por miedo al castigo que les pongamos.

—Tal vez. No desconfío de nadie. Sé que son leales, pero la lealtad puede cambiar en un instante. He visto demasiadas veces lo que la envidia hace con los hombres. Luchan por tener más poder, por ganar más fama, más tierras, más dinero.

—Prefiero pensar que no despierto la envidia de nadie. Me gustaría que esto hubiera sido un juego de niñas y que no se atreven a decir la verdad —respondió Erin, preocupada.

—¿Quieres que ponga vigilancia en la puerta de nuestra alcoba?

—No creo que sea necesario. Pero, si lo consideras oportuno, eres el señor de Dunvegan. Puedes hacer lo que desees.

Ian, ya vestido, se acercó a Erin. Esta se había levantado del banquito donde había estado tejiendo la capa y en esos momentos se ocupaba de alisar la falda del vestido que llevaba puesto.

—Lo que más deseo ahora es quitarte ese vestido, desnudarme yo también y pasar el resto de la noche entre tus piernas mientras escucho tus gemidos de placer.

Erin alzó la vista y se encontró con su esposo a pocos centímetros de ella.

Él abarcó con su fuerte brazo la delicada cintura de su mujer.

—Me temo que no podemos cumplir tus deseos. Nos esperan para cenar —dijo.

Ian puso un mohín triste.

Erin se alzó sobre las puntas de sus pies y le dio un pequeño beso en los labios.

—Guárdate las ganas para después de la cena —le aconsejó con una sonrisa divertida.



10

Brianna cenó rápido y, con la excusa de estar cansada, se despidió de todos. Salió del gran salón en dirección a su alcoba.

Sin embargo, en vez de subir las escaleras, bajó a la cocina. Las criadas se afanaban en dejarlo todo limpio antes de irse a descansar, por lo que nadie prestó atención a su presencia allí. Cruzó la estancia con ligereza y salió al patio del castillo por la puerta que conectaba con la cocina.

Abandonó la fortaleza bajo la atenta mirada de los guardias que controlaban desde las almenas la seguridad del hogar de los MacLeod.

Con el corazón latiendo ansioso, tomó el camino que llevaba al lago y, de allí, a la cueva. Deseaba llegar cuanto antes junto a Kylian. El tiempo que habían pasado separados se le había hecho eterno.

A los pies de Dunvegan, el lago se presentaba frente a ella como un manto negro. Si fuera de día, habría contemplado el color azul de sus aguas, pero, a esas horas de la noche, la oscuridad lo cubría por completo.

Kylian ya estaba allí. En cuanto la vio en la entrada de la pequeña cueva, se alzó de la piedra donde había permanecido sentado esperándola y salió a su encuentro. El viento soplaba fuerte y

azotaba el tartán con el que el *highlander* se protegía del frío. También la capa marrón con la que Brianna cubría su cuerpo. Una ráfaga de viento más fuerte agitó la trenza en la que ella se había recogido el cabello.

Kylian tuvo que apartarse su melena oscura de la cara para continuar viendo cómo ella se acercaba mientras el pulso le martilleaba en las sienes. La sangre le corría veloz por las venas, alegre por volver a verla. Lo había deseado con todas sus fuerzas y, ahora, por fin, estaba allí.

Le tendió la mano y Brianna se aferró a ella, notando la cálida presión de sus dedos. Poco a poco se aproximó a su cuerpo, como si fuera una cuerda que estuviera atada a él y Kylian tirase de ella con lentitud. En ese instante supo que no había nada que hacer. Una fuerza invisible parecía unirlos, evitando el rechazo. Algo inexplicable que la hacía profundamente consciente de su cuerpo y de la extraña sensación que ardía en sus entrañas. Su agradable olor masculino y la amplia sonrisa con la que la recibía le hicieron recordar el besó que se habían dado, y sintió la imperiosa necesidad de apoderarse de esos labios otra vez.

Y así lo hizo. Con valentía, lo agarró de la nuca e inclinó su rostro hacia el de ella. Reclamó su boca como si le perteneciera por derecho propio, como si él fuera suyo desde el momento en el que se vieron por primera vez.

Kylian se sumergió en la dulce boca de Brianna, degustándola a placer. Deslizó un dedo por su cuello hasta la curva del hombro, dejando una estela de fuego, que provocó que los pezones de ella se endureciesen.

Brianna temblaba bajo sus caricias y sus besos, siendo perfectamente consciente de cada centímetro de su poderoso cuerpo. Notaba el estruendo de su corazón en los oídos. Tenía todas las terminaciones nerviosas alteradas, excitadas.

El viento los azotaba en la cara, pero ellos en lo único que podían pensar era en la sedosa textura de sus labios, en el sabor de sus lenguas y en el incendio que se estaba desatando en sus entrañas.

Se separaron un momento para llenar de aire sus pulmones y se perdieron en sus miradas. Azul contra verde.

Sonrieron a la vez.

—Debo regresar al alba, antes de que Dunvegan despierte —le informó ella.

—No te preocupes. Llegarás a tiempo, a pesar de que me costará separarme de ti.

Brianna respiró, profundamente halagada. Sus palabras eran música para sus oídos.

—Me alegro de que no corrieras ningún peligro mientras ayudabas a sofocar el incendio en el granero —comentó.

Kylian no quería mentirle, pero tampoco podía decirle la verdad: que había aprovechado el tumulto para huir.

—No hice gran cosa, solo ayudar en la cadena de cubos desde el río hasta el granero.

Y era cierto. Aunque solo estuvo un pequeño rato. Pasó tres o cuatro cubos y desapareció antes de que alguien reparase en él.

—Pero ayudaste, eso es lo importante —contestó Brianna.

Permanecieron en silencio unos instantes hasta que ella le preguntó:

—¿A dónde vas a viajar?

Él pensó un momento su respuesta.

—Conocer esa información pondría en peligro tu vida, y no deseo que eso ocurra.

—Sé defenderme bien.

—No lo dudo. Aun así, no debes conocer el motivo de mi viaje ni a donde iré.

—Entonces, eres un cazador de proscritos.

Era una afirmación, no una pregunta.

—No puedo hablarte de eso, de verdad. No insistas más.

—Bien. Hablemos de otra cosa —cedió Brianna—. Tarde o temprano, me lo contarás todo. Soy muy terca.

—Igual que todos los MacLeod —sonrió Kylian.

Brianna le dio un golpecito con el puño en el torso.

—Parece que conoces muy bien a mi clan.

—Así es.

—¿Puedo preguntarte otra vez a qué clan perteneces?

—Puedes preguntarlo cuantas veces quieras, pero no conseguirás que confiese.

—Tanto misterio empieza a hacerme sospechar —comentó ella.

—Soy un buen hombre. No pretendo hacerte daño. Ni a ti ni a nadie. Mis intenciones contigo son buenas —dijo con sinceridad.

Brianna permaneció pensativa durante un momento. Su voz reflejaba la sinceridad con la que hablaba. Decidió confiar en él. No sabía por qué, pero algo le decía que debía hacerlo. Quizá fuera la atracción que sentía por él o lo cómoda que se sentía entre sus brazos, cerca de su cuerpo. Inhaló otra vez el aroma a brezo blanco y a bosque, y se puso de puntillas para besarlo.

—¿Y qué intenciones son esas?

—Enamorarte y, cuando regrese de mi viaje, desposarte.

Unieron sus bocas en un tórrido beso, notando cómo sus corazones amenazaban con romperles las costillas para saltar a los brazos del otro.

—Antes tendrás que contarme todo sobre ti —susurró en su boca cuando finalizó el beso—. No deseo contraer nupcias con un completo desconocido, como hacen muchos matrimonios.

—Ya no somos tan desconocidos —dijo él con picardía.

—Eso es cierto. Empezamos a conocernos. Pero prométeme que algún día…

—Algún día —la cortó.

—Cuando estés profundamente enamorado de mí.

—Entonces, ese día llegará pronto —declaró él.

Brianna sonrió feliz y volvió a unir sus labios con los de Kylian.

El resto de la noche lo pasaron entre besos y caricias. Hablaron de cosas mundanas. Kylian se cuidó mucho de no revelar a qué clan pertenecía. Sabía que, en cuanto ella lo supiera, rompería la relación que acababan de iniciar.

No deseaba hacerla sufrir, pero tampoco perderla. Por eso se dijo que aprovecharía todas las noches para estar con ella antes de partir hacia su siguiente destino.

En ese tiempo debía enamorarla para que, al conocer la verdad, no rechazase su amor ni un futuro juntos.



Brianna regresó antes de que el día despuntara, antes de que Dunvegan se llenase de actividad, con el corazón henchido de felicidad y la promesa de volver a ver a Kylian en el mismo lugar, otra vez al anochecer.

Habían acordado reunirse todas las noches hasta que Kylian tuviera que partir. No había logrado sacarle ningún tipo de información, lo cual la frustraba sobremanera. Sin embargo, se dijo que antes de que él se marchase conseguiría saber todo lo que quería.

Entró por la puerta de acceso a la cocina. Las criadas comenzaban con sus tareas. Agarró un panecillo recién horneado y casi se quemó las manos por lo caliente que estaba. Sopló mientras se pasaba el panecillo de una mano a otra hasta que se enfrió lo bastante para darle un buen bocado.

Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba.

Engulló el panecillo en un par de mordiscos y cogió otro. También una manzana de un cesto cercano.

Abandonó la cocina mientras masticaba el segundo panecillo y se dirigió a su alcoba para descansar.



—Buenos días, mi señora.

Brianna dio un respingo y se giró hacia la conocida voz.

—Buenos días, Mor.

—¿Estáis hambrienta? —preguntó la doncella de Erin.

—Sí. Por eso he bajado a la cocina. No podía esperar al desayuno.

Mor la miró intrigada. Tenía cara de no haber dormido en toda la noche y se preguntó por qué, pero no añadió nada, porque ella no

era quién para pedirle explicaciones a una dama. Es más: a una dama que era la hermana del jefe del clan.

—Espero que disfrutéis del desayuno improvisado —terció—. Si necesitáis algo, no dudéis en pedírmelo.

—Gracias, Mor. Eres muy amable.

La doncella asintió con un gesto de cabeza y se giró para continuar su camino.

Brianna se metió rápido en su alcoba. Cerró la puerta y se apoyó contra la madera con un suspiro.

Cuando se terminó la manzana, se desvistió y se tumbó sobre la cama con la intención de dormir, pero no lo consiguió. Su mente viajaba una y otra vez hasta Kylian y los momentos compartidos con él.

Volvió a sentir el calor de sus caricias y sus besos, el olor de su piel, su masculina voz, el sabor de su boca. Volvió a ver el lunar cerca de su ojo izquierdo y la pequeña cicatriz encima de la ceja…

«Estoy enamorada de un cazador de proscritos. ¿Quién me lo iba a decir? Si Ian lo supiera, probablemente no me permitiría verlo. "No es adecuado para ti", diría. "Debes elegir a un hombre que pertenezca a la nobleza, que sea de otro clan para fortalecer alianzas, como he hecho yo al casarme con Erin"», pensó, aunque sabía que su hermano había contraído nupcias con Erin también por amor, se notaba en sus ojos cada vez que la miraba.

Con un suspiro, se dio media vuelta en la cama e intentó conciliar el sueño.



Ian reunió al grupo de guardia que había estado vigilando el pueblo durante la noche. No habían tenido suerte, pues no habían detenido a los malhechores. Ningún ladrón se había acercado al pueblo. Suponían que sabían que estaban vigilando la zona después de los últimos incidentes y que estarían esperando a que bajasen la guardia para hacer una nueva incursión.

Algo que ninguno de los hombres que formaban las patrullas de vigilancia permitiría.

Ian los mandó a descansar y luego salió al patio para el entrenamiento del resto de los hombres.

Estuvieron practicando con la espada, el puñal y el arco hasta la hora del almuerzo.

Mientras, Erin, ayudada por Mor y Fiona, remendaba los vestidos.

—Sigo pensando, mi señora, que sería mejor que os hicieseis vestidos nuevos.

—No, Mor. Con arreglar estos para el día a día, me basta. Además, cuando estuvimos en el pueblo, compré unas telas para hacerle a Ian otra camisa y tenía pensado confeccionarme un vestido que solo usaré en las festividades como Hogmanay o Beltane. Espero tenerlo todo listo para san Andrés.

—De todas formas, tengo que ir al pueblo porque necesito lana gruesa para tejer una capa antes de que llegue el invierno, mi señora.

—Te acompañaremos —dijo Erin, mirando a su suegra. Vio cómo esta asentía con la cabeza—. Quizá compre alguna tela para hacerle un vestido a Meg y otra camisa para Braden.

—Eso estaría muy bien, mi señora. Tenéis un gran corazón. ¿Me dejaréis ayudaros con la confección de la ropa de los niños?

—Por supuesto.

—¿Por qué no cantas alguna canción, Erin? —le pidió Fiona—. Tienes una voz muy bonita y melodiosa. Me gusta oírte cantar.

Erin accedió a la petición de su suegra y comenzó a entonar una canción en gaélico escocés, como siempre. Era una antigua leyenda celta que hablaba sobre el nudo que nunca se deshace, la unión eterna, la comunión de las almas de los enamorados más allá del tiempo y del espacio.



Brianna bajó al salón cuando ya estaba todo dispuesto para el almuerzo.

Caminó hasta su asiento bajo la atenta mirada de su madre, su hermano y su cuñada. Retiró la silla que estaba al lado de Fiona y se sentó en ella.

—Buenos días —dijo.

—Qué tarde te has levantado hoy —comentó su madre.

—Es que estaba agotada después de pasarme la otra noche en vela por lo del incendio. Necesitaba dormir muchas horas —mintió.

No podía confesar que se había escapado del castillo para reunirse con su amante, con el que había pasado toda la noche entre besos y caricias, y que había regresado antes de que despuntara el día. Eso supondría correr el riesgo de no poder abandonar Dunvegan para reunirse con Kylian. O también podrían ponerle escolta, y no deseaba tener a nadie controlando sus movimientos. Además de que su familia querría saber con quién se reunía y qué era lo que hacían, algo que no deseaba confesar por el momento.

Ian y Fiona la miraron con suspicacia. Erin, sin embargo, dio por buena esa respuesta.

—¿Habéis cogido a los culpables del robo del ganado? ¿Ya sabéis quién incendió el granero? —preguntó ella para desviar el tema—. ¿Habéis remendado los vestidos rotos de Erin? ¿Sabéis quién ha sido?

Ian respondió a las dos primeras preguntas. La informó de que aún no había surtido efecto las labores de vigilancia. Aun así, estas continuarían. No descansarían hasta encontrar a los culpables.

Fiona le comentó que los vestidos de Erin ya estaban arreglados y añadió con ilusión que iban a coser uno nuevo para que lo usara en las festividades y también ropa nueva para los niños.

—Mañana iremos al pueblo a comprar telas —dijo su madre—. Me gustaría que nos acompañases, si es que no te pasas toda la mañana durmiendo como has hecho hoy.

Brianna se atragantó con el vino que estaba bebiendo ante la regañina de su madre. Estaba segura de que sospechaba algo, de que sabía que lo que les había contado antes era una excusa, de que no había confesado la verdad.

Nunca había podido ocultarle nada a su madre. Tarde o temprano, acababa descubriéndola.

Sin embargo, estar enamorada no era algo malo, ¿verdad? Pero no deseaba confesar tan pronto su relación con Kylian. No tenía nada que contar sobre él porque ni ella misma sabía nada. Desconocía a qué clan pertenecía ni si era un cazador de proscritos, como pensaba. Solo podía contarles lo bien que besaba y lo que le hacían sentir en su cuerpo las cálidas caricias que lo habían recorrido. Sus palabras de amor, susurradas al viento del norte.

—Si me acuesto pronto, al alba estaré despierta —replicó.

Fiona la miró fijamente, intentando leer en su interior.

—Erin, ¿ya has decidido el color del vestido? —le preguntó a su cuñada para que la atención se centrase en Erin y no en ella.

—Lo voy a hacer con la tela que compré el otro día en el mercado. También tengo que coserle una camisa a tu hermano.

—Entonces, os acompañaré para ayudaros a escoger las telas para la ropa de Meg y Braden.

Bebió otro trago de su copa y siguieron comiendo en armonía.



Esa tarde, Ian y Erin salieron a dar un paseo en barca por el lago. El cielo estaba despejado y el sol lucía, calentándoles la piel del rostro.

Brianna se había quedado en el castillo jugando con Meg y el gato. A la niña le encantaba ese felino gordinflón. Pasar su pequeña mano por el suave pelaje del animal era una delicia para ella.

Braden aún seguía enfadado porque no le hubieran dejado ir a ayudar en las labores de extinción del incendio en el granero, pero a Brianna no le importaba. Sabía que, más pronto que tarde, el niño acabaría comprendiendo que ella solo quería protegerlo y que ya tendría tiempo de hacer cosas como esas cuando fuera un poco más mayor.

El halcón de Erin agitaba sus alas en el cielo, vigilando al matrimonio, volando sobre la barca.

Ian no dejaba de mirar a su esposa mientras remaba y ella le sonreía, complacida al ver el amor reflejado en sus ojos.

Mantenían una animada charla cuando el cielo comenzó a llenarse de nubes que amenazaban lluvia.

—Deberíamos regresar —comentó Erin.

Un viento frío y húmedo se levantó de pronto. Ella tembló ligeramente y su cabello suelto se agitó en torno a su cara. Uno de los mechones le azotó la mejilla.

Ian dio la vuelta a la barca y emprendieron el regreso a Dunvegan. Cuando llegaron a la playa, comenzaban a caer las primeras gotas.

Corrieron hasta el castillo mientras la lluvia se hacía más fuerte. Al llegar, estaban completamente empapados.

—Démonos prisa —urgió Erin a su esposo—. Necesito quitarme este vestido mojado y entrar en calor.

—Se me ocurre una manera muy buena para que entres en calor —le soltó él con picardía.

Ella se rio, entendiendo el mensaje implícito en sus palabras.

Ian la agarró por la cintura y la aplastó contra una pared para besarla.

Erin temblaba bajo sus dedos, pero, con sus caricias y sus besos, consiguió calentarse un poco.

—¿No puedes esperar hasta llegar a nuestra alcoba? —quiso saber, entre risas, al notar la dureza en su entrepierna.

En ese momento apareció Agnes, que corría para refugiarse de la lluvia y chocó contra ellos, interrumpiendo el momento íntimo.

—Lo siento, mi señor —se disculpó con Ian. Después miró a Erin y añadió—: Mi señora. —Agachó la cabeza y se marchó enseguida.

Erin agarró a Ian de la mano y tiró de él para entrar en el salón. De ahí subieron a su alcoba, donde pasaron el resto de la tarde haciendo el amor, sin saber que, al otro lado de la puerta, alguien escuchaba sus gemidos de placer.

Cuando notó el veneno que corría por sus venas, dejó de espiar y se alejó.



Esa noche, Brianna cenó pronto y se retiró con la excusa de irse a dormir para estar descansada al día siguiente e ir al pueblo como habían acordado.

Fiona intercambió una mirada con su hijo. Había algo en su actitud que los hacía sospechar.

—El herrero ha hecho un trabajo excelente poniéndoles las cerraduras a mis baúles —comentó Erin, sacándolos de sus pensamientos.

—Es un artesano magnífico —dijo Ian—. El mejor de toda la comarca.

—Algunas de mis joyas las ha fabricado él —le contó Fiona—. Además del hierro, también trabaja con metales preciosos como el oro y la plata. Mira —la mujer indicó un par de candelabros de plata, donde lucían varias velas de cera—, esos candelabros de ahí los forjó él antes de marcharnos a Duntrune para asistir a los juegos. Y estos pendientes que llevo puestos también. Es muy bueno en la orfebrería.

Erin, al escuchar la referencia a su hogar de Fiona, se entristeció. Echaba de menos a sus padres y a sus hermanos, cuñadas, sobrinos… Ian, que siempre estaba pendiente de todas las reacciones de su mujer, se dio cuenta enseguida.

—Pronto volveremos a Duntrune para visitar a tu familia —dijo, inclinándose sobre su oreja. Le dio un beso en la sien y ella esbozó una sonrisa de agradecimiento.

Freya y Agnes les sirvieron más vino en las copas.

—Elpesth dará a luz a principios de septiembre. Desearía estar allí unos días antes del nacimiento —comentó con nostalgia.

—Estaremos, no te preocupes —le prometió su esposo.

Ian bebió un poco de vino de su copa y luego se acercó otra vez al oído de Erin.

—Quizá cuando vayamos a Duntrune podamos darle a tu familia una buena noticia, la de que estás encinta.

—Eso sería maravilloso —respondió ella con ilusión.

—Pero, para dejarte encinta, debemos hacer… —Dejó la frase en el aire porque ella comprendería a la perfección lo que él trataba de decirle.

—¿Todavía más? —Erin fingió sorpresa.

—¿Alguna queja? —quiso saber él.

—Ninguna. No se me ocurre una forma mejor de pasar el tiempo que…

—¿Queréis dejar esas conversaciones para cuando estéis solos en vuestra alcoba, por favor? —les pidió Fiona—. Aunque me alegra mucho saber que estáis haciendo todo lo posible para darme un nieto o nieta cuanto antes, creo que no es conveniente tratar ese tema en este momento, mientras cenamos, con oídos indiscretos cerca. —Miró a las dos criadas. Freya estaba seria, como siempre. Agnes parecía no haber escuchado la conversación del matrimonio.

La pareja sonrió y bebió otro trago de sus copas.



Brianna regresó al castillo cuando aún era de noche, con el recuerdo de los abrazos, las caricias y los besos compartidos con Kylian. Aún resonaban en sus oídos las palabras susurradas con amor. Con el corazón henchido de felicidad, llegó a su alcoba. Se desvistió y se metió en el lecho.

No había conseguido sacarle más información de la que poseía hasta ese momento, así que comenzó a imaginar la forma de enterarse.

Cuando la luz del día llegó, no se había dormido, por lo que se levantó de la cama, se aseó y vistió sin la ayuda de su doncella, y bajó al salón para desayunar.

Ian estaba reunido con sus hombres.

Al parecer, había detenido a un ladrón robando unas gallinas.

—Este muchacho pertenece al clan MacDonald —le informó Hugh.

El *laird* observó al chico. Debía tener catorce o quince años aproximadamente. Iba sucio y no llevaba nada que delatara a qué

clan pertenecía. Le habían golpeado varias veces y de su nariz manaba sangre. Tenía un labio partido, un ojo morado que empezaba a inflamarse y marcas alrededor del cuello. Le habían atado las manos con una cuerda y las llevaba a la espalda.

—¿Cómo estás tan seguro? —quiso saber Ian.

—Porque ha confesado después de darle una buena paliza cuando le hemos pillado robando.

Ian asintió, dando por buena esa respuesta.

Brianna estaba quieta en una esquina del salón observando la escena. Pensó que esa noche, cuando se encontrara otra vez con Kylian, le contaría que había proscritos del clan MacDonald en la zona. Ya que él era un cazador de proscritos, conocer esa información le serviría.

—Dime ahora mismo quién más está contigo —ordenó Ian con autoridad—, porque tú solo no has podido robar el ganado y degollar algunos de los animales, además de robar sacos de cereal y prender fuego al granero. Dime sus nombres y dónde podemos encontrarlos —le exigió.

—No diré nada más que lo que ya os he dicho —escupió en el suelo.

Angus le propinó un puñetazo en el estómago, que hizo que el jovencito se doblara por la mitad, aullando de dolor.

Hugh lo sujetó para que no cayera al suelo y lo puso derecho.

—Le darás a mi señor toda la información que te pida y le hablarás con el respeto que se merece el *laird* del clan MacLeod.

—Así me matéis, no diré una palabra más. No delataré a nadie de mi clan.

—¡Habla! —le gritó Hugh, zarandeándolo.

—Prefiero morir antes que deshonrar a mi clan —soltó con orgullo.

—Tu clan no tiene honor —dijo Angus, acercándose a su cara magullada—. Lo perdió en la guerra al apoyar a los *sassenach,* asno malnacido.

El chico escupió a Angus en la cara, lo que le valió otro puñetazo de este, que fue directo a su nariz. El crujido del hueso nasal al romperse resonó en toda la estancia.

Brianna dejó de mirar. Por mucho que su gente odiase a los clanes enemigos, le disgustaba ver cómo apaleaban a un pobre muchacho. No sentía alegría ni felicidad alguna por el mal ajeno, aunque fuese un proscrito.

Se dirigió a la cocina con el estómago revuelto por lo que había presenciado.

Cuando llegó, Lynette la atendió enseguida.

—Mandaré a una de las criadas que os sirva el desayuno en el salón, mi señora.

—No, gracias, Lynette. Prefiero desayunar aquí. En el salón se está desarrollando una escena que me provoca náuseas.

La cocinera abrió mucho los ojos. Sin embargo, no preguntó.

Aun así, Brianna le contó lo que sucedía mientras ella le servía gachas calientes.



Las mujeres fueron al pueblo como habían previsto. Compraron varias telas y abalorios, y regresaron al castillo. Después de comer, pasaron la tarde cosiendo mientras charlaban animadamente.

Brianna soñaba despierta con un nuevo encuentro con Kylian. Por eso se pinchó varias veces con la aguja.

—¿Por qué estás tan distraída? —le preguntó Erin.

Ella lo negó.

—Sí que lo estás, hija —dijo Fiona.

Mor las escuchaba en silencio.

Brianna pensó una excusa rápida y creíble.

—Estaba recordando el incidente de esta mañana con el ladrón de los MacDonald.

—Ian ya ha resuelto el asunto —comentó su madre—. Pasará la noche en la cárcel y será ahorcado al amanecer. Se ha hecho justicia.

—Es demasiado joven para morir —suspiró Erin, compasiva.

—Su juventud no es excusa para robar. Es un ladrón y merece ser castigado. Además, pertenece a un clan enemigo y declarado

proscrito por nuestro rey. También servirá para disuadir a otros de hacer lo mismo —sentenció Fiona.

—Podría haber impuesto otro castigo, como cortarle una mano o una oreja, darle latigazos en la espalda hasta que la tuviera en carne viva, obligarlo a pagar una multa y encarcelarlo varios años… Todas esas penas y algunas más están registradas en nuestras leyes —comentó Brianna.

—Si se tratase de un simple hurto, cualquiera habría servido. Sin embargo, no debes olvidar que era un proscrito, un traidor a Escocia. Y la traición se paga con la horca —aclaró Fiona.

—A pesar de todo, me disgusta ver cómo apalean y ahorcan a alguien. Por eso no estaré presente en la ejecución de mañana —añadió Erin.

—Yo tampoco asistiré. ¿Y tú, madre?

En ese momento sonaron unos golpes en la puerta y Fiona concedió permiso para que entraran.

En el umbral aparecieron Freya y Agnes.

—Mi señora, ya hemos terminado con nuestras tareas —le informó Agnes dirigiéndose a Fiona—. Nos gustaría dar un paseo por el pueblo, si os parece bien.

—Id, pero debéis regresar a tiempo para prepararlo todo para la cena.

—Muchas gracias, mi señora.

Freya solo asintió, seria como siempre. Agnes cerró la puerta y las dos criadas abandonaron el castillo poco después.



Esa noche, cuando Brianna se reunió con Kylian, le contó el asunto del chico.

—¿Qué haces cuando capturas a un proscrito?

—¿Por qué no hablamos de…?

—¿También los apaleas? ¿Los ahorcas? —insistió ella, interrumpiéndolo.

—No, no hago nada de eso —dijo porque, en realidad, él no se dedicaba a cazar proscritos. Aunque todavía no había sacado a Brianna de su error. Debía reunir el valor para confesarle la verdad.

Ella suspiró con alivio. Kylian no era tan ruin y bruto como los hombres de su hermano, a pesar de que sabía que solo cumplían las leyes establecidas por el rey.

En él no había maldad, aunque se dedicara a perseguir forajidos. En el tiempo que habían pasado juntos, Brianna había comprobado que su amado era un hombre bueno, con un corazón noble, de risa fácil y besos ardientes. También, que estimulaba su inteligencia al esquivar cuestiones de las que no quería hablar, aunque ese halo de misterio que rodeaba su persona y su vida que lo hacía más atractivo. Además, sus caricias hacían que la sangre le corriese enloquecida por las venas y el corazón le martillease en el pecho, amenazando con romperle las costillas.

—Entonces, ¿qué haces cuando capturas a uno? ¿Lo llevas ante el *laird* del clan en el que estés para que sea él quien lo castigue? Hay proscritos del clan MacDonald en estas tierras. Podrías darles caza —le sugirió—. Así no tendrías que viajar. Te quedarías aquí y ayudarías a mi clan.

—¿Cómo se llama el muchacho al que han detenido? —preguntó, sintiendo una pena enorme por el destino que le esperaba al pobrecillo.

—No lo sé. Solo sé que pertenece a los MacDonald. ¿Por qué quieres saber su nombre? ¿Es el proscrito al que estás buscando?

—No puedo revelarte esa información.

—Nunca me cuentas nada. Sé tan poco de ti que no entiendo cómo he podido enamorarme —se quejó Brianna.

—Porque soy muy guapo y mis besos son los mejores de toda Escocia —comentó Kylian con una sonrisa pícara.

Agarró el rostro de Brianna y se acercó a sus labios para reclamarlos con un beso.

—Voy a echar de menos el sabor de tu boca cuando no estés aquí —susurró ella.

—Yo también —confesó él con pena—, pero te prometo que te llevaré en mi corazón. Pensaré en ti a cada momento del día. Al

amanecer y cuando el sol se ponga y la luna sea todo lo que vea.

—Y yo susurraré tu nombre al viento de las Tierras Altas —prometió Brianna—. También te recordaré a cada momento del día. No olvidaré estas noches, tus caricias, tus besos ni tus palabras. Serás como una herida abierta, inmune al paso del tiempo. Estaré esperando hasta que regreses para curarla.

—Pues entonces disfrutemos del tiempo que nos queda hasta mi partida —pronunció Kylian, antes de apoderarse de los labios de su amada con un beso lleno de pasión, urgencia y dolor por la separación.

Lo llenaba de ansiedad saber que su tiempo con ella acabaría en unas pocas noches. No sabía cómo iba a hacer para sobrevivir sin Brianna, sin su alegre risa, sin su animada conversación, sin su cuerpo, que se estremecía cada vez que él la tocaba.

—Dentro de poco, partiré hacia Irlanda —murmuró sobre la boca femenina.

La joven pensó que se lo había imaginado. Que no lo había escuchado bien. Que su mente jugaba con ella.

—¿Qué has dicho?

Kylian la miró a los ojos.

—Que debo partir hacia Irlanda —repitió.

—¿También hay proscritos en Irlanda?

Kylian emitió un largo suspiro.

—No lo sé. —Al ver su gesto de extrañeza, añadió—: Tengo que ir para comprobarlo.

—¿Cuándo regresarás?

—Intentaré regresar para Beltane.

—Pero eso es mucho tiempo —susurró con voz triste.

—Seguro que ese tiempo pasará rápido. —Kylian intentó animarla.

Permanecieron un momento en silencio hasta que ella habló de nuevo.

—Nunca he estado en Irlanda.

—Yo tampoco.

—¿Cómo será?

—Conozco a varios irlandeses que cuentan cosas sobre su país. Hablan del paisaje, de sus costumbres…

Kylian continuó contándole todo lo que sabía sobre Irlanda y, así, la noche dio paso al día.

Cuando llegó el momento de la despedida, les costó dejar de besarse y abrazarse. Los dos se consumían al saber que les quedaba poco tiempo juntos.

Regresó a Dunvegan con el sabor de Kylian todavía en la garganta.



11

Todo estaba preparado en el patio del castillo para darle su castigo al ladrón del clan MacDonald.

El chico subió las escaleras del tablado con un guardia que lo llevaba agarrado del brazo. Tenía la mirada clavada en el frente. No le temía a la muerte. Habría sido peor deshonrar a su clan delatando a sus cómplices y dónde podían encontrarlos. No habría podido vivir con la conciencia tranquila y el alma entera. Aceptaría su destino con valentía y honor. Si tenía que morir, lo haría por ellos.

El guardia le entregó el muchacho al verdugo, que le colocó la soga al cuello.

El cura se acercó para rezar una plegaria por su alma y, cuando terminó, bajó del tablado.

El chico miraba al frente con orgullo, sintiéndose en paz consigo mismo.

Cuando Ian dio la orden, el verdugo abrió la trampilla y el muchacho quedó colgando por el cuello mientras su cuerpo se sacudía por los estertores que preceden a la muerte.

La gente del pueblo que había acudido para presenciar el castigo del ladrón vitoreó la sentencia de su *laird.*

Nadie reparó en los dos hombres escondidos entre la multitud que juraron venganza.



La criada entró con sigilo al establo. Había seguido al *laird* hasta allí con la intención de hablar con él. Lo encontró a punto de subir a su caballo.

—Ian —lo llamó con confianza.

Él se giró al escucharla.

—¿Qué necesitas?

La joven se acercó a él mientras miraba alrededor para comprobar que estaban solos.

—Necesito hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros.

Ian la observó unos instantes.

—Nunca ha habido un nosotros.

—Pero ¿y todos los momentos íntimos que hemos compartido antes de que te desposases con Erin Campbell?

Intentó agarrarlo de la camisa, pero Ian le cogió las muñecas para impedírselo.

—¿Qué momentos íntimos? Solo fueron cuatro besos. Nunca te prometí nada.

—Llevo enamorada de ti toda mi vida. No me prometiste nada, es cierto, pero esos besos fueron importantes para mí.

—Ahora soy un hombre casado que ama a su esposa —dijo Ian.

—Pero yo…

—Lo que ocurrió entre nosotros no se repetirá. Eres una mujer muy hermosa. Puedes encontrar a otro hombre con facilidad.

—Mi corazón te pertenece —sollozó la criada.

—El mío pertenece a Erin.

Ella comenzó a llorar con más fuerza. Ian la soltó.

—Siento haberte dado falsas esperanzas. Mi comportamiento contigo no ha sido el adecuado. Jamás debí besarte, pero la lujuria me cegó. Por eso, te pido perdón.

—Pero yo te amo, Ian —dijo entre lágrimas.

—Lo siento. Deberás olvidarte de mí y buscar a otro hombre.

—No quiero a otro hombre.

—Aunque no estuviera casado con Erin, ¿no te das cuenta de que no podemos estar juntos? Tú eres una criada y yo soy el jefe del clan, el señor del castillo. Debes dejar de amarme y enamorarte de otro.

—Eso no te importó cuando me besabas —le reprochó ella.

—Lo siento mucho, de verdad. Sé que probablemente esté rompiéndote el corazón, pero amo a mi esposa. Hice un juramento al que no pienso faltar.

La criada lo miró con los ojos anegados en lágrimas.

—A pesar de mi juventud, sé que todos los hombres tarde o temprano se cansan de sus esposas, así que cuando…

—Jamás me cansaré de ella —afirmó el *laird.*

La joven se limpió las lágrimas con los dedos. Inspiró profundamente y se dio la vuelta para marcharse del establo. Salió con la cabeza alta, con toda la dignidad que pudo reunir después del dolor de su rechazo. Se sintió avergonzada por haberle confesado sus sentimientos, unos sentimientos que él había machacado sin ninguna pena.

«Algún día me las pagarás, Ian MacLeod. Te arrepentirás de haberme seducido para después rechazarme», se dijo a sí misma mientras regresaba a Dunvegan.



Erin salió a cabalgar con su yegua parda y el halcón aferrado a su mano enguantada. Brianna la acompañaba, con la pequeña Meg sentada en su caballo, delante de ella.

—Agárrate bien, mi niña —le dijo Brianna, que llevaba las manos ocupadas con las riendas de la montura.

Meg obedeció. Era una pequeña muy buena, obediente, servicial y cariñosa.

—¿Algún día me enseñaréis a cazar con un halcón, *lady* Erin? —preguntó la niña.

—Si eso es lo que deseas, sí.

—Cuando tenga un halcón, lo llamaré Flecha —comentó Meg con ilusión.

—¿Flecha? —preguntaron Erin y Brianna al mismo tiempo.

—Sí, Flecha. Porque será el halcón más rápido y certero del clan —respondió con orgullo.

—Me gusta ese nombre —aprobó Erin.

—A mí también —dijo Brianna.

Cuando llegaron al claro del bosque, desmontaron y ataron sus monturas a un tejo.

Erin soltó a su halcón para que volase libre como el viento mientras ellas se entretenían recogiendo flores para aromatizar las alcobas del castillo.

Estaban tan entretenidas que no se dieron cuenta de que una anciana las observaba en la linde del claro hasta que Meg alzó la vista y la descubrió.

—¡Maura! —gritó la niña con alegría.

Erin y Brianna se incorporaron mientras la pequeña corría hacia la anciana.

—¿Quién es? —quiso saber Erin.

—Es la curandera del clan. Vive en el bosque, en la parte norte, en una casita de piedra y madera —le informó Brianna.

Erin observó a la anciana. Llevaba el pelo cano recogido en un moño y tenía el rostro surcado de arrugas. Iba ataviada con un vestido y una capa de lana marrón. Portaba en el brazo una pequeña cesta, en la que se veían varias hierbas.

Maura recibió a la niña con alegría. La abrazó y la besó en el pelo.

Meg empezó a contarle los últimos acontecimientos que habían cambiado su vida: ahora vivía en el castillo y su hermano también; su padre trabajaba en las patrullas de vigilancia que el *laird* había creado; jugaba con el gato de Erin, que se llamaba Ebie, y muchas cosas más.

Ella la escuchaba con paciencia, sin perder la sonrisa. En varios momentos miró a Erin y a Brianna, y les agradeció con la mirada lo que estaban haciendo por Meg y su familia.

Las damas se habían acercado a la anciana y a la niña, y esperaban su turno para saludarla. Por fin, cuando Meg dejó de hablar, Brianna hizo las presentaciones.

—Maura, esta es Erin, la esposa de mi hermano.

—Bienvenida al clan MacLeod, mi señora —dijo la anciana con voz cascada.

—Gracias, Maura. Es un placer conocerte —contestó Erin con una amplia sonrisa.

En ese instante, Maura dirigió su vista hacia el vientre de Erin y se acercó para tocarlo. Erin se quedó quieta, totalmente sorprendida, con la mano de la curandera acariciando su vientre por encima de la tela del vestido.

—Estáis en vuestros días fértiles, mi señora. Aprovechad para yacer con vuestro esposo para que os deje encinta.

Erin no salía de su asombro. ¿Cómo podía la anciana saber eso?

Brianna la miró con una sonrisa en los labios.

—Maura —se dirigió a la curandera—, mi hermano y Erin no han dejado de fornicar desde que contrajeron nupcias hace pocos días.

—¡Brianna! —la riñó Erin al mismo tiempo que le tapaba las orejas a Meg—. ¡No digas esa palabra delante de la niña!

En ese momento, la pequeña preguntó:

—¿Qué es fornicar?

Brianna comenzó a reírse mientras Erin la miraba molesta.

Maura contestó a la niña:

—Algo que hacen los matrimonios para tener bebés.

—¿Vais a tener un bebé, *lady* Erin? —quiso saber la pequeña.

—Todavía no —respondió ella con dulzura.

—No quiero que lo tengáis —dijo la niña, sorprendiéndolas a todas.

Erin se acuclilló delante de ella para quedar a su altura.

—¿Por qué no quieres que tenga un bebé? —le preguntó con suavidad.

Meg empezó a llorar y se abrazó a Erin, que acabó sentada en el suelo con la pequeña entre sus brazos.

—No quiero que te mueras —sollozó la niña—. Mi mamá murió cuando me tuvo a mí. No quiero que eso te pase a ti también —

añadió entre hipidos, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Erin la abrazó más fuerte para consolarla.

—Eso no pasará, mi pequeña Meg.

Maura acarició el pelo de la niña.

—No dejaré que eso ocurra —dijo.

—¿De verdad? ¿Me lo prometes? —Meg miró a la curandera con la esperanza reflejada en sus pupilas.

La anciana asintió.

—Te lo prometo.

Erin se alzó del suelo y Meg sonrió con el alivio reflejado en el rostro.

—Debemos regresar a Dunvegan. Se hace tarde —comentó Erin, mirando el cielo. En pocos minutos comenzaría a anochecer. Anduvo hasta su yegua y desató las riendas con las que estaba unida al tejo.

Maura agarró a Brianna del brazo antes de que pudiera dirigirse hacia su montura. Miró alrededor para comprobar que no había nadie cerca que pudiera oír lo que estaba a punto de decirle a la joven MacLeod.

—Debes tener cuidado cuando vayas a la cueva del lago —susurró.

—¿Cómo sabes que…?

—Seré vieja, pero sigo teniendo una vista y un oído excelentes. Reconozco con facilidad los ruidos del bosque y del lago. Más aún los que no son cotidianos. Sobre todo de noche.

Brianna se la quedó mirando sin saber qué decir.

Ante su cara de pasmo, la curandera añadió:

—Tu secreto está a salvo conmigo. Pero no hagas nada que puedas lamentar. No te entregues a él hasta que no estéis casados. Tu familia no aceptaría a un bastardo y menos a uno que pertenece a…

En ese momento, Erin se acercó a ellas y la anciana se calló.

—¿Nos vamos ya? ¿A dónde se ha ido Meg?

Echó un vistazo alrededor y descubrió a la pequeña recogiendo más flores. La llamó y la niña corrió hacia ellas.

Brianna montó a Meg en su caballo y luego se subió a él.

—Hasta pronto, Maura —se despidió Erin—. Ha sido un placer conocerte.

—El placer ha sido mío, mi señora. *Lady* Brianna. —La curandera miró a la joven dama y cabeceó. Después desvió la vista hacia Meg —. Mi niña, pórtate bien.

—¿Vendrás algún día a visitarnos a Dunvegan? —preguntó la pequeña.

La anciana afirmó con un gesto de cabeza.

—Adiós, Maura —se despidió Brianna.

De regreso al castillo, Erin y Meg iban planeando cómo repartirían las flores en las alcobas.

Brianna no prestaba atención a la charla que mantenían. Su mente repasaba una y otra vez la conversación que había tenido con Maura.

¿Cómo sabía la anciana que se reunía con un hombre? ¿Tan descuidada había sido? Pensaba que no, que había cubierto su rastro a la perfección. Pero estaba claro que se equivocaba.



Antes de cenar, Erin se dio un baño.

—¿Qué vestido queréis poneros, mi señora? —le preguntó Mor.

—El azul. Y coge de mi cofre las joyas de mi abuela: el colgante y los pendientes de oro.

Mor se dirigió hacia la mesa y se dio cuenta de que no estaba.

—¿Habéis cambiado de sitio el joyero? —preguntó al no verlo.

—No. Está en el mismo lugar de siempre.

—Lo siento, mi señora, pero aquí no está.

Erin se levantó de la tina y Mor le acercó un paño para que pudiera secarse.

—¿Cómo que no está? —soltó, incrédula.

Mor señaló la mesa donde la caja de madera con el escudo de los Campbell grabado había estado hasta entonces.

—¿Estáis segura de que no lo habéis metido en algún baúl?

—Sí, lo estoy.

—Pues alguien lo ha robado —dedujo Mor—. Intuyo, mi señora, que será la misma persona que destrozó vuestros vestidos.

—Ve a buscar a Ian. Deprisa —le pidió Erin.

La doncella abandonó la alcoba de inmediato.

En el tiempo que Ian tardó en llegar, Erin acabó de secarse y se vistió sin ayuda.

Justo cuando estaba desenredándose el cabello, apareció su esposo, con Mor detrás.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien se ha llevado el cofre con las joyas de mi familia.

—¿Por qué no lo guardaste en algún arcón?

—No lo hice porque el herrero le puso cerradura también y solo yo tengo la llave. No pensé que me lo robarían.

Ian cerró los ojos y se pinzó el puente de la nariz.

—Mandaré a un par de hombres a indagar.

Mientras el matrimonio hablaba en sus aposentos, una criada del castillo se reunía con dos hombres en la parte de atrás de la taberna.

—Aquí tenéis lo prometido —dijo, entregándoles el joyero de Erin —. ¿Cuándo lo haréis?

—En cuanto tengamos la oportunidad —respondió uno.

—Debe ser rápido. Mañana o pasado como muy tarde —les pidió la criada.

—No te preocupes. En unos pocos días, te librarás de tu señora —soltó el otro.



Reunieron a todo el personal del castillo y los interrogaron acerca del cofre desaparecido, pero nadie sabía nada.

Ian decidió poner vigilancia en la puerta de su alcoba para evitar más incidentes.

Cuando terminaron de cenar, Brianna se escabulló del castillo para reunirse con su amado.

—Quiero que te lleves un recuerdo mío —dijo, sacando de la manga del vestido un pañuelo bordado con las iniciales K y B.

Kylian lo cogió como si fuera el tesoro más preciado del mundo.

—Gracias. Lo llevaré siempre conmigo, al igual que tu amor —susurró, emocionado. Atrapó los labios de Brianna para darle un beso.

Mientras degustaba la calidez de la boca de Brianna, su mente no dejaba de insistir en que le contase la verdad de una vez por todas. No podía marcharse a Irlanda y que luego ella la descubriese por sí misma y que el amor que sentía por él se convirtiera en odio.

—No soy quien tú crees que soy —dijo al acabar el beso.

Brianna se recostó en el pecho de Kylian.

—No me importa quién seas.

—Créeme. Cuando lo sepas, sí te va a importar.

Ella retiró la cabeza del torso duro de su amante y lo miró a los ojos.

—Dime quién eres y yo decidiré si me importa o no.

Kylian la miró con ansiedad. Un sentimiento de pérdida se apoderó de él.

Sabía que, en cuanto ella conociera la verdad, huiría de él. Quizá informaría a su hermano de su presencia en sus tierras, pero dudaba que contase que habían estado viéndose en secreto, porque eso supondría una mancha en el honor del clan MacLeod.

De todas formas, debía confesar. No deseaba emprender un viaje sabiendo que la había engañado. Tragó saliva antes de darle la información que Brianna le requería.

—Soy Kylian MacDougall de Lorne, sobrino del *laird* Duncan MacDougall.

Brianna se separó de él como si se hubiera quemado. Pero más bien fue como si le hubieran arrojado por encima un cubo de agua helada. Había tenido encuentros secretos en los que se habían besado apasionadamente, en plena noche, con un hombre que era enemigo de su clan. Una sensación espantosa le recorrió el estómago. Sintió que con esos besos y las caricias que se habían prodigado, que con todos sus encuentros nocturnos, había traicionado a su familia y a su clan.

Empujó a Kylian hacia atrás y luego le dio un fuerte bofetón.

El rostro de Kylian apenas se movió por el impacto, pero la huella de la mano de Brianna relucía escarlata en su mejilla.

—¡Me has engañado! —le gritó con rabia y dolor.

—No era mi intención hacerlo.

—¡Fuera de aquí! Si lo que pretendías era humillar a la hermana del *laird* MacLeod, ya lo has conseguido. Ya has obtenido tu venganza.

—Brianna, no he pretendido humillarte ni vengarme de nadie. No soy un hombre que vaya por ahí tomándose la revancha. Solo quiero curar cicatrices y vivir en paz.

—Entonces, ¿no eres cazador de proscritos?

—No. Lamento haberte mentido en ese aspecto, pero supuse que, si desde un principio te confesaba quién soy en realidad, perdería la oportunidad de conocernos y enamorarnos. Mis intenciones contigo son buenas. Deseo amarte y hacerte feliz el resto de nuestras vidas.

—Te odio, pero mi cuerpo te desea y mi corazón te ama —reconoció con una mezcla de sentimientos.

—No me odias a mí. Odias a mi clan por haber apoyado a los ingleses en la guerra, pero yo nunca estuve de acuerdo con la decisión que tomó mi tío Duncan. Siempre he deseado la independencia de Escocia, sin embargo, sabes tan bien como yo que el clan está por encima de nuestros deseos y que es obligatorio cumplir la voluntad del *laird*.

Brianna lo miró a los ojos y vio en ellos que sus palabras eran sinceras.

—No puedo evitar odiarte, a ti y a tu clan —dijo, poco convencida.

—Sé que no me odias, a pesar de tus palabras. Cuando regrese de mi viaje, vendré aquí para hablar con tu hermano y que nos permita estar juntos, si tú lo deseas.

—No lo hará. Ian no nos permitirá estar juntos. No dejará que mi corazón te ame.

—Tienes la libertad de amar a quien tú quieras. Eso no te lo puede quitar nadie.

—Pero no dejará que estemos juntos.

—Lo convenceré. Ahora, debo marcharme. ¿Volverás mañana por la noche?

Brianna pensó unos minutos.

Quería negarse, pero la idea de no volver a verlo una vez más antes de su partida a Irlanda le rompía el corazón. A pesar de que era un enemigo de su clan, lo amaba. Estaba profundamente enamorada de él.

Recordó sus palabras: «Solo quiero curar cicatrices y vivir en paz. Nunca estuve de acuerdo con la decisión de que los MacDougall nos aliáramos con los ingleses. Sabes tan bien como yo que es obligatorio cumplir la voluntad del *laird*. El honor del clan está por encima de nuestros deseos».

—Sí, volveré —le confirmó por fin, abrazándose a su cuerpo.

Comenzaba a amanecer y debían despedirse.

—Hasta la noche.

—Hasta pronto, mi amor.

Deshicieron el abrazo con mucho esfuerzo. Ninguno de los dos quería alejarse, pero debían hacerlo. Brianna recorrió con los dedos el rostro de su amado. La pequeña cicatriz encima de su ceja izquierda, el lunar cerca del ojo… La nariz recta, los labios carnosos… Quería aprendérselos de memoria.

Cada uno se fue por su lado, pero se giraban a cada poco para verse por última vez. El día se les hacía muy largo, por eso atesoraban esos últimos instantes.

Cuando se perdieron de vista, Brianna apretó el paso. Esa vez se había entretenido demasiado y alguien podría descubrirla.

Llegó a Dunvegan, entró por la puerta de atrás y se dirigió hacia las escaleras. Las subió con el corazón rebosando amor por Kylian y multitud de preguntas en la cabeza.

¿Qué ocurriría si alguien descubría su romance con un joven de un clan enemigo? Tendría que ser más cuidadosa a partir de entonces. Al menos, hasta la marcha de Kylian a Irlanda. No deseaba que los descubrieran. Deseaba pasar el poco tiempo que le quedaba junto a él sin sobresaltos.

Al llegar a su alcoba, abrió la puerta con una sonrisa recordando todos los besos que Kylian y ella se habían dado.

La sonrisa se le congeló al ver quién la esperaba en sus aposentos.

—¿De dónde vienes? —preguntó Fiona.

Brianna pensó una excusa con rapidez.

—Me he despertado temprano y he bajado a la cocina para comer algo.

Su madre la miró de hito en hito sabiendo que mentía.

—¿De dónde vienes? —repitió.

—Ya te lo he dicho, madre. Estaba en la cocina…

—Embustera —siseó.

Brianna se dirigió a la cama.

—No miento. Estoy diciendo la verdad.

Fiona la observó.

—Entonces, ¿por qué las sábanas de tu lecho no están revueltas? ¿Por qué llevas el mismo vestido que anoche? Y lo que me resulta más extraño: ¿por qué te has puesto la capa? ¿Acaso hacía frío en la cocina?

Brianna no supo qué contestar al darse cuenta del error que había cometido.

—¿Dónde has pasado la noche y con quién? Porque yo la he pasado aquí, en tu alcoba, esperando tu regreso. Así que deja de contar falacias o perderé la confianza en ti —le advirtió con un tono de voz duro.

La joven se sentó en la cama, abatida.

—Lamento haberte mentido, madre. —Lo mejor sería empezar pidiendo perdón—. He pasado la noche en la cueva del lago.

—¿Sola?

Brianna negó con la cabeza. Su madre abrió tanto la boca por el asombro que casi se le desencajó la mandíbula. Se llevó una mano al pecho y le preguntó a su hija:

—¿Te has entregado a un hombre?

—¡No! Por Dios, no. ¿Cómo puedes pensar eso?

—¿Y qué quieres que piense si te reúnes de noche con un hombre y permaneces con él hasta el alba?

—Soy una dama, no una vulgar ramera, madre. Me ofende que dudes de mi honor. Jamás lo ensuciaría —se defendió con orgullo.

—Y yo jamás pensé que mi niña se escaparía de noche para estar con un hombre y pasar la noche con él. Tampoco pensé que me engañarías, pero lo has hecho —la acusó.

Brianna agachó la cabeza, avergonzada. Le había fallado a su madre. Los remordimientos azuzaron su mente. ¿Debía contarle la verdad? ¿Debía hablarle de Kylian? Si le confesaba que había estado con un MacDougall, saldrían a cazarlo enseguida y, en el caso de que lo atrapasen, lo matarían.

—¿Quién es? ¿Algún mozo del pueblo? —quiso saber Fiona.

Brianna negó con la cabeza y alzó los ojos hasta los de su madre, que, de pie frente a ella, esperaba una respuesta.

—Se llama Kylian. No es de nuestro clan. Es forastero.

—¿Un forastero? ¿Acaso es un vendedor ambulante? ¿Un juglar?

—No, madre. Es un cazador de proscritos —mintió.

Fiona la miró con asombro. La preocupación se reflejaba en sus ojos azules.

—¿Un cazador de proscritos? —repitió, pensando que había oído mal.

—Sí, madre. Yo… Lo amo.

Fiona abrió todavía más los ojos.

—¿Cómo te has podido enamorar de un esbirro? ¿Para quién trabaja? ¿Para el rey? ¿Para el conde de Stirling? ¿Para el de Inverness? ¿A qué clan pertenece?

Soltó las preguntas como si fueran flechas que surcan el aire velozmente.

—No sé a qué clan pertenece ni para quién trabaja. Kylian se cuida mucho de informarme al respecto, porque pondría en peligro su misión. Debe pasar desapercibido —volvió a mentir.

—¿Esa es la falacia que te ha contado? —preguntó, escéptica.

—Kylian no es un embustero. Que no me lo haya contado todo sobre su vida no lo convierte en un mentiroso —lo defendió.

Fiona permaneció en silencio unos segundos.

—¿Dónde lo has conocido? ¿En el pueblo?

—Lo vi en el pueblo, pero luego se coló en la fiesta que dimos por el enlace de Ian y Erin. Ahí fue donde empecé a hablar con él y, desde entonces, nos vemos todas las noches. Pero te juro por Dios,

madre, que no me he entregado a él. Aún conservo intacta mi virtud.

—¿Por qué no quiere decirte a qué clan pertenece? ¿Por qué accedió a la fiesta sin permiso? ¿Y por qué os veis de noche, a escondidas de la gente?

—Ya te lo he dicho, madre: debe pasar desapercibido. No puede revelar su presencia porque, si hay proscritos por aquí, pondría en riesgo su misión y le dificultaría darles caza.

Fiona comenzó a recorrer la alcoba mientras meditaba. ¿Estaría su hija contando la verdad? No quería dudar de ella, pero algo le decía que no estaba todo claro respecto al joven con el que se veía.

Normalmente, los cazadores de proscritos se presentaban ante el *laird* del clan donde estuviesen trabajando y mantenían una conversación con él para recabar información. Solían preguntar si había habido incidentes por la zona, si sabía de algún proscrito y cosas así.

Pero que ese joven, Kylian, lo llevara todo tan en secreto le dio mala espina.

—Quiero hablar con él. ¿Dónde puedo encontrarlo? ¿Dónde se aloja?

—¿Para qué quieres hablar con él?

—Porque me parece todo muy extraño. Quiero que me mire a la cara y me lo cuente él mismo.

—No puede hacerlo. Debe pasar…

—Desapercibido, sí —la interrumpió Fiona con una mueca.

Brianna asintió.

—Además, dentro de poco partirá hacia Irlanda —añadió para ver si su madre desistía en su empeño de hablar con él.

—¿Irlanda?

—Sí, madre.

—Eso me hace sospechar todavía más.

—En Irlanda también hay proscritos —comentó Brianna.

Fiona se detuvo frente a ella, que seguía sentada en la cama.

—¡Qué ingenua eres! Los proscritos que haya en Irlanda no le importan al rey ni a los nobles. Los cazadores de proscritos deben eliminarlos de nuestras tierras, de nuestro país, Escocia. ¿Qué nos

importa a nosotros si se han marchado a Irlanda? Mientras no regresen, no importa si viven allí o en otro lugar. Tu querido Kylian te ha soltado una patraña. No sé con qué fin lo habrá hecho, pero no dudes que ha sido así.

—No creo que…

—La próxima noche no acudirás a tu cita con él —le ordenó Fiona —. Te quedarás aquí y mandaremos a varios hombres a buscarlo.

—¡No puedes hacer eso! —gritó Brianna, levantándose del lecho de un salto—. ¡Kylian me espera a mí! Si van otras personas…

—¿Huirá? —la cortó—. Si huye, es porque no es de fiar como tú aseguras.

—Pero…

—Pero, si de verdad es quien dice ser, acompañará a los hombres hasta Dunvegan para presentar sus respetos a tu hermano, el *laird*, y compartir información.

—Déjame reunirme con él esta noche. Le comentaré que debe hablar con Ian y le pediré que regrese al castillo conmigo —rogó Brianna.

Su madre lo pensó un momento.

—Te acompañarán dos hombres.

—No, madre. Iré sola. Si ve que estoy acompañada, pensará que lo estoy traicionando.

—Está bien —cedió Fiona—. En cuanto llegues a la cueva del lago, le comunicarás mi petición y acudiréis enseguida aquí.

Fiona se dirigió hacia la puerta, pero, antes de abandonar la alcoba, se giró hacia su hija y le dijo:

—Descansa. Te avisaré cuando vayamos a almorzar.

La mujer salió de la estancia y cerró la puerta con llave para evitar que su hija saliera y alertase al joven. Estaba convencida de que este huiría al descubrir que había sido delatado y que lo buscaban.

Brianna, al oír el ruido, se acercó a la puerta e intentó abrirla. Como no lo consiguió, comenzó a aporrearla mientras llamaba a su madre a gritos.

Fiona se dirigió hacia la alcoba de Ian y Erin. Era urgente que su hijo se enterase de las andanzas de su hermana. Había que capturar

a ese joven con el que se veía a escondidas y saber de quién se trataba, a qué clan pertenecía y qué intenciones tenía con Brianna.



12

Cuando Fiona llegó a los aposentos de su hijo y su nuera, los dos soldados que estaban custodiando la entrada le dieron los buenos días.

—Necesito hablar con mi hijo.

—Mi señora, el *laird* y su esposa han abandonado la alcoba nada más despuntar el día —le informó uno de ellos.

—¿Sabéis a dónde han ido?

—No, mi señora.

—Bien, gracias.

Fiona se dio la vuelta y bajó las escaleras hasta llegar al salón. Se dirigió hacia la sala privada donde Ian solía reunirse con sus hombres para tratar asuntos del clan, pero la encontró vacía. Regresó al salón. Allí, Freya barría el suelo mientras Agnes encendía más velas y otras dos criadas preparaban la mesa para el desayuno.

—¿Habéis visto a mi hijo y a mi nuera? —preguntó.

—Creo que han salido a cabalgar, mi señora, porque hace rato los he visto dirigirse al establo y salir de él subidos sobre sus monturas —declaró Agnes.

—Gracias, Agnes.

—¿Queréis desayunar ahora, mi señora? ¿O más tarde? —intervino Freya.

—Sí. Lo haré ahora.

Freya dirigió una mirada y un movimiento de cabeza a una de las criadas, indicándole que le sirviera a su señora.



—¿Hacia dónde vamos? —quiso saber Erin.

—¿Te apetece galopar? Hagamos una carrera —le propuso Ian.

—¿Cuál será la recompensa para el ganador?

—Te lo diré cuando lleguemos.

—¿Qué recorrido haremos? —preguntó ella.

—Llegar hasta el lago y volver a Dunvegan. El primero en cruzar el puente de piedra será el ganador.

—Me parece bien, pero estoy en desventaja. Tu caballo es un semental fuerte, vigoroso y veloz. Mi yegua no puede competir contra él.

—Te daré ventaja —le prometió el *laird*, guiñándole un ojo.

Erin asintió, no muy convencida de ganar la carrera. Aun así, se dijo que disfrutaría del recorrido, cabalgando sobre su montura como si fuera un pájaro que vuela libre como el viento.

—¿Preparada? —Ella afirmó con la cabeza y su marido comenzó la cuenta atrás—: Tres… Dos… Uno… ¡Ya!

Erin espoleó a su yegua y salió disparada por el camino que llevaba al lago. Cuando Ian la perdió de vista al internarse en el bosque, azuzó a su caballo y emprendió la persecución.

Ella galopaba con los mechones de su cabello agitados por el viento, las mejillas del mismo tono que su pelo y la respiración alterada. Con el corazón bombeando frenético, se giró unos instantes para comprobar cuánta distancia le llevaba a su esposo. Al verlo entrar en el bosque, espoleó todavía más a su yegua y se propuso ganar la carrera, a pesar de que Ian recortaba la distancia a gran velocidad. Pero no se daría por vencida.

Con una sonrisa de excitación en el rostro y la capa hondeando a su espalda, cabalgó más rauda. Sin embargo, no le sirvió de nada, porque Ian pronto le dio alcance y la sobrepasó. Llegó al lago antes

que ella y, al darse la vuelta, le guiño un ojo y le dedicó una amplia sonrisa de victoria.

En ese mismo momento, Erin hizo que su montura girase para emprender el regreso a Dunvegan. A pesar de que estaba haciendo trampas, pues no había llegado al lago, sabía que no le serviría de nada, ya que Ian había puesto demasiada distancia entre ellos.

De todas formas, siguió cabalgando libre como el viento, sintiéndose plenamente dichosa.

Al llegar al puente de piedra que daba acceso al castillo, se encontró con su esposo, que la esperaba. Había desmontado de su corcel. Con la cadera apoyada contra una de las piedras del puente, la miraba con prepotencia y un brillo ganador en sus ojos acerados.

Erin frenó poco a poco a su yegua hasta que se detuvo justo al lado de Ian. Él la agarró por la cintura y la bajó, pegándola bien contra su duro torso.

—¿Necesitas descansar? Pareces un poco sofocada.

—No —jadeó con la respiración entrecortada—. ¿Y bien? ¿Qué me vas a pedir de recompensa por resultar ganador?

—Estoy dudando entre varias opciones. Un buen premio sería un largo beso para saborearte a placer, pero eso podría provocar que nos encendiéramos y dar un buen espectáculo a los soldados que vigilan desde las almenas.

—¿Eres incapaz de controlar tu deseo por mí? —preguntó Erin con picardía.

—Podría controlarlo, pero no quiero resistir la tentación.

Erin sonrió excitada.

—¿Cuál es la otra opción?

El *laird* se inclinó sobre sus labios y susurro:

—Arrastrarte hasta nuestra alcoba y no abandonarla en todo el día.

La joven dama se estremeció al sentir el cálido aliento de él haciéndole cosquillas sobre los labios. Además de que la propuesta que la había hecho la seducía enormemente.

—Acepto la segunda opción —musitó.

—Primero, dejemos los caballos en el establo. ¿Aguantarás hasta llegar a nuestra alcoba?

—Estoy segura de que sí. Lo que me preocupa es si tú serás capaz de hacerlo —le pinchó.

Ian soltó una gran carcajada.

—Yo llevaré nuestras monturas a las caballerizas. En cuanto a ti, mi tentadora esposa, subirás rápidamente a nuestros aposentos y me esperarás desnuda —le ordenó.

Cogió las riendas de su semental y de la yegua, y se dirigió hacia el establo mientras Erin cumplía sus órdenes.

Cuando entró en el salón, se encontró con Fiona desayunando. Tras los saludos de rigor, esta le preguntó por el *laird*.

—Ha ido a dejar las monturas en el establo. No tardará en venir.

—Necesito hablar con él. Es urgente.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, preocupada.

Fiona asintió con un gesto de cabeza.

—Primero, hablaré con mi hijo. Tú puedes estar presente. ¿Qué tal el paseo? ¿A dónde habéis ido? ¿Y por qué vienes con las mejillas arreboladas y el pelo revuelto?

—Ian y yo hemos hecho una carrera.

—Supongo que habrá ganado mi hijo.

—Supones bien —contestó sonriendo.

—Entonces, siéntate y desayuna. Estarás hambrienta.

Erin dudó un momento. Ian le había pedido que lo esperase en su alcoba, desnuda, pero lo cierto era que se moría de hambre.

Fiona aprovechó ese momento de duda para indicarle a una de las criadas que le trajera a la señora del castillo un cuenco con gachas calientes y alguna pieza de fruta.

—Mejor trae dos. Mi hijo también estará hambriento —le ordenó a la moza.

Erin se sentó al lado de su suegra, en el sitio que le correspondía por ser la esposa del *laird*.



Ian llegó a los establos y dio órdenes a los mozos de que pusieran de comer y beber a las monturas y que las cepillasen.

—Mi señor —uno de los mozos de cuadras se acercó a él—, quisiera pedirle permiso para ir al pueblo. Están reconstruyendo el granero que se incendió y desearía ayudar.

—Puedes ir después de acabar tus tareas con la yegua de mi esposa. Tú —miró al otro mozo de cuadras—, te encargarás de mi caballo. Y, si deseas ir al pueblo para ayudar también con lo del granero, puedes hacerlo.

—Gracias, *laird* —dijeron los dos a la vez.

Ian se dirigió hacia la salida del establo. Sin embargo, antes de traspasar el umbral, se giró para decirles:

—Mandaré algunos hombres más para que colaboren con la restauración del granero. De todas formas, si necesitáis mi ayuda, no dudéis en pedírmela.

Los jóvenes se lo agradecieron y comenzaron a atender a los caballos.

Ian se dirigió hacia el salón. En el patio del castillo se cruzó con varios de sus hombres que estaban entrenando con la espada. Llamó a tres de ellos y les ordenó que fueran al pueblo para colaborar en la reforma del granero. Después, siguió su camino hacia el interior de la torre del homenaje.

Cuando vio a su madre y a Erin sentadas a la mesa desayunando, supo que el momento íntimo con su esposa se retrasaría. Le dirigió una mirada significativa y ella se encogió de hombros. Puso una mueca, dándole a entender que no había tenido opción de negarse.

—Buenos días, madre.

—Buenos días, hijo. Necesito hablar contigo después del desayuno. Es algo urgente e importante.

Ian se sentó al lado de Erin y le indicó a Freya que le sirviera.

—No me consta que haya ocurrido nada grave —le dijo a Fiona—, pero, por la preocupación en tu voz, diría que sí. ¿Qué te tiene tan alterada, madre?

—Acabemos primero —le pidió al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor, indicándole así que era un asunto que no debían tratar delante de las criadas.

Freya regresó de la cocina con una bandeja con gachas calientes y varias piezas de fruta.

Cuando terminaron, se dirigieron a la sala privada del *laird*. Nada más cerrar la puerta, Fiona comenzó a hablar. Erin estaba sentada en una silla, al lado de la pared. Ian escuchaba a su madre sentado tras el escritorio.

Fiona les contó toda la conversación con Brianna y el plan que había trazado.

—Por lo pronto, permanecerá confinada en su alcoba hasta que demos con ese hombre. Debes mandar algunos soldados para que lo traigan aquí y lo interroguemos —acabó diciendo.

Erin estaba asombrada por la historia que había contado su suegra. Jamás habría pensado que Brianna pudiera hacer algo así, verse a escondidas con un hombre y, además, pasar toda la noche con él. A su memoria llegó el recuerdo de esos momentos en los que su amiga y cuñada parecía que estaba soñando despierta, los suspiros, las distracciones, lo ansiosa que estaba por cenar rápido y marcharse a su alcoba. Ahora cobraba sentido. Estaba enamorada.

Se sintió muy dichosa por ella, pero le preocupaba que el hombre al que amaba no fuera buena persona y la estuviera engañando, como afirmaba Fiona. No le parecía bien que su suegra la mantuviera encerrada en su alcoba y tampoco que hubiera faltado a la verdad cuando le prometió que la dejaría ir a buscarlo ella sola. Por lo que había comentado Fiona, eso no entraba en su plan.

—Kylian —siseó Ian—, ese bastardo malnacido.

—¿Lo conoces? —preguntaron Fiona y Erin al mismo tiempo, sorprendidas.

—Hay un Kylian que pertenece al clan MacDougall. Luché contra él en la batalla de Old Byland hace varios años. Es muy diestro con la espada y el puñal. Y también muy astuto. No me extraña que le haya contado todas esas falacias a Brianna. Lo peor es que ella ha sido una ingenua y las ha dado por ciertas.

—Si pertenece al clan MacDougall, es un proscrito. No debería estar en Escocia. Hay que capturarlo y ahorcarlo —dijo Fiona con rencor.

Erin se asustó. Sabía bien que la traición se pagaba con la horca, pero algo le decía que Brianna no se había dejado seducir por un

simple embaucador. No era tan ingenua como aseguraban Ian y Fiona.

—Hablaré con ella —intervino.

Su suegra y su esposo dirigieron la vista hacia ella.

—¿Para qué? —soltó Fiona.

—Necesitará consuelo.

Fiona miró a Ian, esperando a que él tomase la decisión.

—Mi querida esposa, eres demasiado compasiva.

—No sabía que tener piedad fuera algo malo —se defendió Erin.

—A veces, tanta piedad trae consecuencias negativas —añadió Fiona.

—Por el amor de Dios, estamos hablando de Brianna —dijo con paciencia—. No es tan tonta. Es una mujer inteligente, que no se deja embaucar por nadie ni influir en sus opiniones. Tiene el suficiente cerebro como para discernir el bien del mal, sabe perfectamente cuándo la están engañando y cuándo no. Es muy intuitiva y persistente. Tiene un gran corazón, noble y generoso. Imparte justicia cuando la situación lo requiere, pero también es compasiva. Si fuera hombre, sería un buen *laird* —alegó en defensa de su amiga.

—El amor nos vuelve ciegos —contestó Fiona.

—¿Tan malo es que se haya enamorado de un hombre que pertenece a un clan rival? —quiso saber—. El amor es lo más bonito que hay en este mundo. Enamorarse no debería ser un crimen y no debería recibir castigo alguno, como dejarla encerrada en su alcoba como si fuera una cárcel —le recriminó a su suegra.

—Brianna se ha enamorado de un proscrito, que, además, es nuestro enemigo —le recordó Ian.

—A lo mejor ese joven, Kylian, no es como pensamos. Solo porque pertenezca a un clan enemigo no significa que esté de acuerdo con las ideas de su *laird*. Como miembro de su clan, es su deber participar, ayudar y acatar las órdenes del jefe, aunque no las comparta. Deberías saberlo, amor mío, ya que me desposé contigo por orden de mi padre, el *laird* de mi clan, a pesar de que no estaba de acuerdo en contraer nupcias con ninguno de mis pretendientes.

—Al ver la mirada dolida de Ian, añadió—: Aunque no me arrepiento de haberlo hecho, porque a tu lado soy inmensamente feliz.

Ian cambió su mirada dolida por otra de comprensión y cariño al escuchar las últimas palabras.

—Mi hija no debería amar a nadie que pertenezca a un clan que ha apoyado a los ingleses. Debería odiarles —soltó Fiona, enfadada.

—El odio y el rencor emponzoñan el alma. Sería mejor dejar el pasado atrás y construir un futuro a partir de este presente. Quien odia, muere. Sin embargo, quien perdona, avanza —replicó, tozuda.

—Mi querida Erin, tú también eres demasiado ingenua. ¿Es que no piensas en las consecuencias que podría tener para ella? ¿Para todos?

—Pasaré por alto esa ofensa. Sé que lo decís llevada por la indignación que sentís en este momento. Sé que no opináis así sobre mí. En cuanto a las consecuencias, ¿no creéis que podría haber un acercamiento entre ambos clanes y firmar la paz?

—El rey los declaró proscritos —le recordó Fiona—, y solo él puede revocar esa decisión.

—Tenéis razón, Fiona. Aun así, permitidme hablar con Brianna —volvió a solicitar Erin.

Miró fijamente a Ian esperando una respuesta.

Cuando vio que este asentía, se giró hacia Fiona y le tendió la mano.

—La llave, por favor.

En cuanto la tuvo en su poder, salió disparada de la estancia y tomó el camino que la llevaría a la alcoba de su cuñada.



Brianna sintió la llave girar en la cerradura de la puerta y se levantó de un salto de la cama.

Cuando Erin entró en la alcoba, Brianna echó a correr hacia ella y se refugió en sus brazos.

—Mi madre…

—Ya lo sé. Nos lo ha contado a Ian y a mí. He venido para avisarte: no te va a permitir abandonar tus aposentos como te ha prometido. Mandarán algunos soldados para apresar a Kylian. Tu hermano sabe quién es. Pertenece al clan MacDougall y no es un cazador de proscritos: él es un proscrito. ¿Por qué no me habías contado nada? ¿Ya no confías en mí?

La ansiedad creció más todavía en el pecho de Brianna. Se distanció de su cuñada, sin llegar a romper del todo el abrazo.

—Sí confío en ti. Kylian es un buen hombre que desea vivir en paz.

—¿Y por qué habéis estado viéndoos a escondidas? Aunque sea un buen hombre, es un proscrito. Si lo apresan, lo ahorcarán.

Brianna estaba tan nerviosa que empezó a sollozar.

—Pero yo lo amo.

Erin la acercó más a su cuerpo. Continuó abrazándola, consolándola unos minutos más.

—A veces, el amor no es suficiente. El honor del clan está por encima de los sentimientos amorosos y de nuestros deseos —afirmó Erin con tristeza.

—¿Qué puedo hacer?

—Debes olvidarlo.

—No. Eso es imposible.

—Debes hallar la manera de hacerlo —repitió Erin—. Piensa que no podrás desposarte con él. El rey ha declarado proscrito a su clan y solo él puede revocar esa decisión —repitió las palabras que poco antes había dicho su suegra—. Y, en el caso de que Ian acepte que contraigas nupcias con él, el rey se lo tomará como una ofensa y las consecuencias para nuestro clan podrían ser catastróficas.

Brianna rompió el abrazo de malos modos y se alejó hasta la otra punta de la alcoba.

—¿Cuánto tiempo llevas casada con mi hermano? ¿Una semana? ¿Diez días? Si yo te dijera ahora que lo olvidases, ¿lo harías? No, sería muy difícil echarlo de tu corazón. A mí me pasa lo mismo con Kylian. No estamos desposados, pero me siento como si fuera su mujer. Nunca jamás podré olvidarlo.

—Eres tan terca… —comentó Erin, sintiendo una pena enorme por la situación en la que estaba su amiga, pues la comprendía a la perfección— y tienes tanta razón… Yo no podría olvidar a Ian después de los días que hemos compartido. Soy tan feliz que no podría rechazar nuestro amor ni una vida junto a él.

Brianna regresó a su lado y la tomó de las manos.

—¿Me ayudarías a escapar de esta alcoba? Necesito advertirle.

—Si estuviera en mi mano, lo haría con mucho gusto, pero no puedo fallarle a mi esposo. Hice una promesa que no voy a romper. Juré ante Dios que le sería fiel, y eso también implica obediencia, confianza. Si te ayudo a escapar, Ian lo tomará como una traición. No deseo tener conflictos en mi matrimonio. Debemos pensar otra cosa.

La mente de Brianna iba a toda velocidad, planeando la forma de avisar a Kylian de lo que se avecinaba.

—En un par de días se marchará a Irlanda —comenzó a decir—. Si pudiera hacerle llegar algún mensaje para que emprenda su viaje de inmediato, tal vez tendría la oportunidad de escapar. Prefiero amarlo en la distancia, con la posibilidad de que algún día vuelva y podamos estar juntos, que vivir con la certeza de su muerte.

Erin se sintió muy impresionada por aquellas palabras y se entristeció por la verdad que encerraban.

—Pensaremos una solución. Algo se nos ocurrirá —le dijo para animarla.

Permanecieron unos minutos en silencio, cavilando la forma de contactar con Kylian.

De pronto, Brianna se acercó a la mesita que había en la alcoba. Sobre ella había una caja de madera tallada con el escudo de los MacLeod. Abrió la caja y sacó un pergamino, una pluma y un tintero. También sacó el lacre con el que sellaría la carta.

—Le escribiré un mensaje para advertirle y tú se lo harás llegar.

—¿Yo? —se sorprendió Erin.

—Sí, tú. Escucha: Kylian me contó que debía comprar algunas cosas en el mercado del pueblo antes de embarcarse hacia Irlanda. Hoy es día de mercado. Podrías contactar con él y entregarle esta misiva —dijo mientras escribía con rapidez.

—Pero yo no lo conozco. No sé cómo es físicamente.

Brianna se detuvo un momento.

—Tienes razón, no lo conoces, pero él a ti sí. Podría acercarse a ti y…

—¿Y por qué motivo tendría que acercarse a mí?

—Pues… Emm… No lo sé. Pero tengo que hacerle llegar este mensaje de la forma que sea —dijo, con la voz cargada de impotencia y frustración.

—¿Cómo es? Descríbemelo.

—Es más o menos igual de alto que mi hermano. Tiene unos ojos verdes preciosos, cabello oscuro, largo hasta los hombros, con barba. Viste calzas marrones y una camisa clara. Lleva una capa de lana oscura.

—Hay muchos jóvenes en el pueblo que son así —intervino Erin —. ¿No tiene algún rasgo que lo distinga?

—Sí. Tiene un lunar cerca del ojo izquierdo y una pequeña cicatriz encima de la ceja.

—De acuerdo, lo intentaré. Pero si alguien me descubre y tu hermano se enfada conmigo…

Brianna la abrazó.

—Yo te defenderé. Contaré la verdad: que solo pretendías ayudarme. Gracias.

Terminó de redactar la misiva, la dobló, acercó el lacre a una vela para derretir la cera y le puso el sello. Una vez que la cera se hubo secado, se la entregó a Erin. La misiva era bastante pequeña, por lo que Erin la escondió en la manga de su vestido.

Abandonó la alcoba y bajó a la sala privada, donde Ian estaba aún hablando con Fiona. Antes de entrar, se detuvo un momento para respirar hondo, calmar los acelerados latidos de su corazón y controlar el nerviosismo que le producía saber que estaba haciendo algo que su esposo vería como una traición a su confianza y que podría llegar a afectar negativamente a su matrimonio. Pero Brianna era su mejor amiga desde su más tierna infancia, no podía fallarle cuando la necesitaba.

Escuchó la conversación que mantenía Ian con su madre.

—Ese malnacido de Kylian MacDougall, ¿será el que ha estado matando y robando el ganado de las gentes del pueblo con el muchacho al que atrapó la patrulla de vigilancia? —preguntó Fiona.

—No tengo la certeza de que sea él. Además, el muchacho era un MacDonald.

—Los MacDonald y los MacDougall siempre se han llevado bien. Los dos apoyaron a los *sassenach* —le recordó a su hijo.

—Puede que, antes de conocer a Brianna, participase en los hurtos. Pero, si es cierto lo que te ha contado sobre que se veían todas las noches a partir de la fiesta, no puede ser él, ya que pasaba el tiempo con ella.

—El incendio del granero fue la noche de la fiesta —rememoró Fiona.

—Y, según Brianna, él estaba en el castillo, porque ha confesado que lo conoció en la fiesta. Debo reconocer, aunque me pese, que ese traidor de MacDougall no tuvo nada que ver con el incendio del granero. Es más, desde que ahorcamos al muchacho MacDonald, no ha habido más robos ni han matado a ningún animal.

—El castigo ha servido de lección para los demás proscritos que habitan los bosques —afirmó Fiona, complacida.

Erin decidió entrar en la estancia. Ya había calmado lo suficiente sus nervios y su corazón. Estaba preparada para reunirse con su esposo y su suegra e interpretar su papel. Tocó a la puerta antes de abrirla.

—¿Y bien? —quiso saber el *laird* al verla entrar.

—Está muy abatida. Me da tanta pena…

—¿Qué te ha contado de ese bastardo malnacido? —preguntó Fiona.

—En realidad, nada que no te haya confesado ya. A pesar de que he insistido en que lo olvide, dice que no puede. Lo lleva clavado en el corazón.

—Cuando lo encuentre, será él quien tenga clavada en el corazón mi espada por haber seducido y enamorado a mi hermana.

—¿Vais a tenerla encerrada en su alcoba mucho tiempo? —quiso saber Erin—. Me parece un trato inhumano. Solo se ha enamorado del hombre equivocado. No es justo castigarla por algo así.

—Permanecerá en sus aposentos hasta que demos con MacDougall y lo ajusticiemos por traidor —dijo el *laird* con tono firme.

—¿Podré acompañarla? Desearía estar con ella cuando reciba la noticia del ahorcamiento de su amado. Será un duro golpe y quiero consolarla.

—Te lo permitiré. Por supuesto.

—Ahora, me gustaría ir al pueblo. Hoy es día de mercado y quiero comprar algunas cosas.

—¿Qué cosas? —quiso saber Fiona, suspicaz.

Erin, que ya había pensado una excusa creíble, contestó:

—Desearía comprar unos pendientes y un collar. Dado que me han robado mis joyas, no tengo ningún abalorio que ponerme.

—Está bien —respondió su suegra—. Te acompañaré para aconsejarte.

Erin hizo un gesto con la cabeza asintiendo mientras pensaba la forma de librarse de Fiona. La madre de Ian era una mujer inteligente. Erin estaba convencida de que se imaginaba el motivo de su repentino interés en acudir al pueblo. Pero no podía negarse, o eso la haría sospechar más.

Ya se le ocurriría algo por el camino para despistarla una vez que llegasen al mercado. Entre tanta gente, esperaba tener la oportunidad de perderla de vista y poder buscar a Kylian para entregarle la misiva de Brianna que llevaba en la manga del vestido.



Un rato después, Erin y Fiona abandonaban la torre del homenaje. Charlaban entretenidas cuando se encontraron con Meg. La pequeña estaba sentada en el suelo llorando. Su delicado cuerpo se sacudía por el llanto. Portaba algo en su regazo, que Erin no vio hasta que estuvo más cerca de ella.

—¡Dios santo! ¿Qué le ha pasado a Ebie? —preguntó, arrodillándose al lado de la niña.

El felino tenía un gran corte en el abdomen por el que salían las tripas.

—No lo sé —respondió la niña, sin dejar de llorar—. Había desaparecido. Lo he estado buscando desde que amaneció —les contó entrecortadamente—. Estaba cerca del muro oeste… así.

Meg lloró más fuerte y Erin comenzó a sollozar también. Su querido gato, con el que había compartido media vida, a quien le había dado cariño, alimento y protección, ahora estaba muerto. Lo habían matado. ¿Quién sería el culpable? ¿La misma persona que destrozó sus vestidos y robó su cofre con las joyas familiares?

Ian las contemplaba desde la ventana de su sala privada. Al darse cuenta de lo que ocurría, salió al exterior para reunirse con ellas.

—¡Santo cielo! ¿Quién ha sido?

—No lo sabemos —dijo Fiona.

Ian se agachó para coger al gato, pero Meg se negó a soltarlo.

—Dámelo, mi niña. Te prometo que encontraré al culpable y que pagará por esto. Pero ahora debemos enterrarlo —pronunció con voz suave.

—Sí, Meg. Debes dárselo a Ian. Es lo mejor —comentó Erin al ver que la pequeña se negaba a entregar al minino.

Tras un momento de duda, la niña preguntó:

—¿Podéis esperar hasta que recoja algunas flores para ponerlas en su tumba?

—Por supuesto. Yo misma te acompañaré a buscarlas —se ofreció Erin—. Y Fiona vendrá con nosotras.

—¿Brianna y Mor? —quiso saber la niña.

—Brianna no puede. Está… indispuesta. En cuanto a Mor, mandaré llamarla para que nos acompañe —dijo Erin.

Cuando la doncella se reunió con ellas en el patio, abandonaron el castillo. Se dirigieron hacia el claro del bosque y allí se encontraron con Braden, que estaba jugando con palos, que hacían las veces de espadas, con otros dos chiquillos.

Le contaron al muchacho lo sucedido con el gato y este juró vengarse del culpable.

Erin, que no había olvidado su misión de entregarle la misiva a Kylian, vio la oportunidad de hacérsela llegar.

Apartó a Braden del resto del grupo y, en voz baja, le dijo:

—Ve al mercado del pueblo. Debes buscar a un joven llamado Kylian. Es tan alto como el *laird*, con cabello oscuro y ojos verdes. Tiene barba y un lunar cerca del ojo izquierdo. Encima de la ceja, una cicatriz. Entrégale esta carta. —Erin se la sacó de la manga del vestido—. Él encontrará al culpable de la muerte de Ebie —le mintió al muchacho. Aunque le dolió hacerlo, no podía evitarlo si quería que la carta llegase a su destinatario.

—¿Por qué no busca el *laird* al culpable?

—Está cavando la tumba para enterrar a Ebie.

—Está bien. Encontraré a ese Kylian y le daré el mensaje —dijo, tomando la misiva de la mano de Erin—. Ayudaré a ese señor a capturar al asesino.

—¡No! —exclamó Erin—. Ese joven trabaja solo. Además, debes guardar el secreto porque si el culpable se entera de que Kylian lo está buscando, huirá y nunca podremos darle su castigo por lo que le ha hecho a Ebie. Prométeme que no se lo dirás a nadie. Ni siquiera a tus amigos.

—Promesa de MacLeod —declaró Braden con gesto serio.



13

Amado Kylian:

Nos han descubierto. Debes partir hacia Irlanda lo antes posible.

Me tienen prisionera en mi alcoba. Ian enviará soldados a detenerte esta noche.

Huye, mi amor.

Te amaré hasta el fin de mis días.

Siempre tuya,

Brianna

Kylian releyó la nota que le había entregado ese muchacho al que habían acogido junto con su hermana en el hogar de los MacLeod.

¿Cómo era posible que los hubiesen descubierto? Habían tomado todo tipo de precauciones. Quizá el *laird* había sospechado de las ausencias de su hermana. Pensó que el recién casado estaría ocupado con su esposa en otros menesteres más placenteros y no vigilando las andanzas de Brianna, pero, al parecer, se había equivocado del todo.

O, tal vez, alguno de los hombres que velaban por la seguridad del castillo había descubierto a su amada cuando se escapaba de su hogar y la había seguido para ver a dónde iba la joven dama.

Sopesó la idea que le había escrito Brianna en su mensaje durante un momento y decidió que obedecería su orden. Le dolía

muchísimo no poder despedirse de ella como le hubiera gustado. Pensó en introducirse en el castillo a escondidas, pero supo que sería peligroso. Si los habían descubierto y estaban intentando darle caza, el *laird* habría reforzado la seguridad en su fortaleza, en los alrededores y hasta en el pueblo.

Hubiera deseado enviarle una carta a Brianna, pero no tenía utensilios para hacerlo.

Tendría que partir hacia Irlanda sin despedirse de ella. Con una inmensa pena en el corazón, debía dejar lo que más amaba: Escocia y Brianna.

Se juró a sí mismo que, una vez que estuviese en Irlanda, haría lo posible por contactar con su amada para que supiera que estaba a salvo y no se preocupase por él. Le prometería, como ya había hecho cuando habían estado juntos, que regresaría para la festividad de Beltane y la desposaría. No sabía cómo lo conseguiría, pero tenía varios meses por delante para planearlo.



Meg depositó un pequeño ramo de flores sobre la tumba de Ebie. Después, Mor cogió en brazos a la niña y la pequeña lloró sobre su hombro, completamente afligida por la pérdida del felino.

Erin intentó mantener la compostura, pero al final no pudo retener las lágrimas que amenazaban con brotar de sus ojos. Ian la abrazó para darle consuelo.

Brianna contemplaba la escena desde la ventana de su alcoba. También lloraba. Por el gato, por su amado Kylian, por la desdichada suerte que habían tenido, por no poder despedirse de él en persona. Rezó en silencio para que Kylian pudiese huir sin contratiempos y llegar a Irlanda. Deseó con todas sus fuerzas que los meses que iban a estar separados transcurriesen rápido y, sobre todo, que, al regresar, Kylian cumpliese su promesa de desposarla, aun en contra de todos.

Si encontraban mucha oposición o la consideraban una traidora por amar a un joven de un clan enemigo, no dudaría en marcharse

con él a otras tierras donde fueran mejor recibidos y pudieran vivir en paz. Amaba a su familia y a su clan, pero amaba más a Kylian. Le partiría el alma abandonar a los MacLeod. Sin embargo, sabía que no podría vivir sin su amor. Prefería la muerte antes que continuar su vida sin Kylian.

Si él no regresaba de Irlanda para la festividad de Beltane, ella iría a buscarlo. Estaba completamente decidida a hacerlo.



—No me apetece comer —dijo Erin con voz triste.

—Sé que estás apenada por la muerte de Ebie, pero deberías tomar un poco de estofado —le recomendó Ian.

—No puedo.

—Está bien. —Ian decidió no insistir más. Comprendía el dolor que sentía su esposa por la muerte de su gato—. Si quieres retirarte a nuestra alcoba para descansar un poco, me reuniré contigo en cuanto acabe el almuerzo.

Erin asintió y se alzó de la silla. Se disculpó con Fiona y se dirigió hacia las escaleras. En ese momento, Agnes subía una bandeja con comida para Brianna, a la que aún mantenían encerrada en su alcoba. A pesar de los ruegos de Erin para que liberasen a su amiga de su cárcel improvisada, Fiona e Ian se habían mostrado tajantes. Brianna no abandonaría sus aposentos hasta que no diesen con el proscrito MacDougall y lo ajusticiaran.

—Dame la bandeja, Agnes. Yo misma se la llevaré a Brianna.

—Pero, mi señora, el *laird* me ordenó…

—No te preocupes. Si el *laird* se entera y se molesta porque hayas desobedecido su orden, te defenderé.

—No deseo que tengáis problemas con el *laird* por mi culpa, mi señora —dijo Agnes, negándose a entregar la fuente con comida.

—Tranquila. Sé bien cómo calmar su furia.

—Pero es que pesa mucho, mi señora.

—¿Acaso me veis débil?

—No, mi señora.

—Entonces, dame la bandeja —le pidió de nuevo—. Y la llave de la alcoba —añadió.

La criada se la entregó a regañadientes y Erin subió las escaleras.

Recorrió el pasillo hasta que llegó a la estancia de Brianna. Dejó la bandeja en el suelo, abrió la puerta con la llave y recogió el recipiente donde portaba los alimentos para su amiga.

En cuanto Brianna la vio entrar, se levantó de la cama y corrió hacia ella.

Erin cerró la puerta con el pie.

—¿Has podido entregarle mi carta a Kylian? —preguntó, angustiada.

—Sí. Aunque no he sido yo quien le ha hecho llegar tu nota. He tenido que recurrir a Braden. —Al ver el rostro asustado de Brianna, se apresuró a añadir—: Puedes estar tranquila. No le he contado al niño nada sobre ti ni lo que habías escrito en la misiva. Le he dicho que debía buscar a un joven llamado Kylian y entregársela. Porque era una orden del *laird* para que encontrase al culpable de la muerte de Ebie y que no debía decir nada para no alertar al asesino y que tuviera la oportunidad de escapar. Me ha prometido guardar el secreto.

Brianna suspiró aliviada. Mientras Erin hablaba, había depositado la bandeja encima de la mesa.

—¿Braden ha vuelto del pueblo?

—Sí, poco antes del almuerzo. He hablado con él y me ha dicho que ha cumplido su misión. Le he recordado su promesa de no contar nada a nadie.

—Espero que la cumpla. —Brianna se sentó sobre la cama. Miró a Erin y continuó hablando—: Lamento lo de Ebie. ¿Cómo ha sido?

—Lo único que sé es lo que ha contado Meg. Se lo encontró en el muro oeste del castillo con las tripas fuera. Aún no sabemos quién lo ha hecho.

Erin se echó a llorar otra vez. Brianna le cogió la mano e hizo que se sentara en el lecho junto a ella. Rodeó su cuerpo con los brazos para consolarla.

—Lo siento mucho —susurró con pena.

—No logro entender quién siente tanta inquina por mí como para hacerme todas estas cosas horribles. ¿Acaso he sido descortés con alguien del castillo? ¿Tanto me odia la persona que hay detrás de estos actos miserables?

—No te preocupes. Tarde o temprano, encontraremos al culpable.

Permanecieron así, abrazadas, bastante rato. Sin hablar. Cada una sumida en sus cavilaciones. Hasta que oyeron unos golpes en la puerta y la voz de Ian al otro lado.

—Seguro que ha ido a buscarme a nuestra alcoba y, al no encontrarme, habrá supuesto que estoy aquí contigo. Porque no creo que Agnes le haya dicho que he sido yo quien te ha traído el almuerzo. La he visto demasiado azorada por no cumplir la orden que le había dado tu hermano —comentó Erin, deshaciendo el abrazo.

Ian entró en la estancia y contempló a las dos mujeres.

—Dile a Agnes que venga a llevarse la bandeja. No voy a comer nada —le ordenó Brianna a su hermano.

Él dirigió la mirada hacia Erin.

—¿No deberías estar en nuestra alcoba?

—He querido pasar antes por aquí para ver cómo estaba Brianna.

—Ya me lo ha contado Agnes. Por eso estoy aquí —confesó él.

Erin se sorprendió.

—¿Cómo es posible? Se negaba a darme la bandeja porque temía tu reacción al enterarte de que no había cumplido tu orden.

—Agnes es una joven fiel a su *laird* —declaró Ian con orgullo.

—Y, sin embargo, no ha tenido la misma fidelidad hacia Erin, que es la esposa del *laird* y, por tanto, su señora —intervino Brianna.

Erin se sintió molesta porque la criada la hubiese delatado. Parecía muy preocupada porque Ian se enfadase con ella, y ahora se daba cuenta de que todo había sido un engaño. ¿Por qué Agnes habría actuado de ese modo?

—De cualquier forma, habéis tenido tiempo suficiente para hablar de vuestros asuntos —dijo él—. Mi querida Erin, acompáñame a nuestra alcoba. Mandaré llamar a Agnes para que venga a llevarse la bandeja.

Erin caminó hacia su esposo y salió de la alcoba tras despedirse de Brianna, después de prometerle que volvería a visitarla antes de la cena.



Al día siguiente, el *laird* irrumpió en la alcoba de Brianna cuando aún continuaba en la cama. No había dormido en toda la noche, preocupada por Kylian. ¿Habría logrado escapar a tiempo?

Se sobresaltó al oír el golpetazo de la madera chocando contra la pared de piedra de su aposento.

—Dónde se esconde ese rufián. —No fue una pregunta. Fue una orden para instar a Brianna a que le diera la información que requería.

Ella supo que no lo habían encontrado. Suspiró aliviada antes de responder:

—Por su bien, espero que esté camino de Irlanda y que nunca lo encontréis.

—¿Cómo osas faltarme el respeto? —rugió Ian, indignado.

Fiona apareció tras él.

—No estaba en la cueva del lago. Me engañaste, hija.

—No, madre. Fui sincera con vos.

—Entonces, ¿por qué no estaba allí? —quiso saber—. ¿Le advertiste de alguna manera? ¿Te pusiste en contacto con él?

—¿Cómo iba a hacerlo, madre? Me tenéis prisionera en mi propio hogar. No me habéis permitido abandonar mi alcoba ni siquiera para bajar al salón y alimentarme junto a mi familia —le recriminó.

Fiona acusó el golpe. Sin embargo, se mantuvo firme.

—¿Quién te ha ayudado a ponerte en contacto con ese malnacido? —intervino Ian.

—Nadie —respondió Brianna mirándolo—. Kylian es lo bastante inteligente como para ocultarse y que no lo encontréis. Seguro que descubrió que tus hombres habían acudido en mi lugar y se dio

cuenta de que queríais capturarlo. Espero que en estos momentos esté rumbo a Irlanda.

Fiona se llevó una mano al pecho.

—¿Cómo puedes faltarle el respeto de esa manera a tu *laird*? —dijo.

—Estoy manifestando mis pensamientos. Si eso ofende a mi *laird*, le pido disculpas —contestó para no aumentar la tensión que se palpaba en el ambiente.

Ian se acercó a la ventana. Llovía. Tras unos minutos meditando, se giró hacia las dos mujeres.

—Mandaré a algunos hombres para que vigilen los puertos y me avisen cuando el joven MacDougall regrese. Lo apresaremos entonces.

—Faltan varios meses para Beltane —comentó Fiona.

—No me importa esperar.

—¿Y si no regresa nunca? —preguntó su madre.

—Si no regresa nunca, mejor.

Caminó hasta ponerse delante del lecho en el que aún estaba Brianna.

—En cuanto a ti, querida hermana…

Brianna lo miró altiva.

—¿Con qué me vais a castigar ahora?

—Te permitiré salir de tu alcoba, pero siempre deberás estar acompañada.

—¿Temes que huya a Irlanda para reunirme con mi amado? —preguntó con sarcasmo.

—Una insolencia más y mandaré que te azoten —le advirtió el *laird*.

Se batieron con la mirada hasta que Brianna bajó la vista al suelo y susurró una disculpa.

Acto seguido, Ian abandonó la alcoba para reunirse con sus hombres en su sala privada.

Fiona se quedó allí unos minutos más.

—No logro comprender cómo sigues defiendo a ese joven embustero, enemigo de nuestro clan y, además, traidor a su patria.

Brianna se levantó de la cama y se dirigió hacia la jofaina para lavarse la cara.

Cuando hubo terminado, se dio la vuelta y encaró a su madre.

—¿Amabas a mi padre?

—Por supuesto que sí —contestó Fiona, sorprendida por aquella pregunta.

—¿Tanto que habrías dado tu vida por él? ¿Tanto que desearías que viviese en libertad aunque tuvieras que renunciar a estar con él? —Sin dejarla responder, añadió—: Ahí tienes la explicación que me reclamas, madre.



Dos días después, seguían sin encontrar al joven MacDougall, por lo que el *laird* dejó de buscarlo en sus tierras. Ya había enviado a varios hombres a vigilar los puertos, con la orden de que, en cuanto ese proscrito pusiera un pie en Escocia otra vez, lo capturasen.

Brianna estaba acompañada en todo momento por Freya. La criada estaba contenta con su nueva situación. Ya no tendría que limpiar ni atender a los comensales en el salón. Su único trabajo ahora era encargarse de Brianna: ayudarla a vestirse, a bañarse, servirle el almuerzo y la cena… Se dedicaba en exclusiva a ella. Cuando Brianna salía del castillo, Freya siempre la acompañaba, junto con uno de los soldados del clan. Había ascendido de criada a doncella.

Erin también la acompañaba en sus paseos. Algunas veces se les unía Mor y otras, Fiona. Cuando su madre estaba presente, Brianna la ignoraba deliberadamente. Aún seguía molesta por su incomprensión. La relación entre madre e hija era tensa. Erin intentaba crear un acercamiento entre ambas, conversando con ellas de asuntos que interesaban a las dos. Pero, de momento, sus esfuerzos no habían resultado.

Se encontraban cenando en el salón de Dunvegan cuando Ian comentó que al día siguiente iría con sus hombres de caza.

—Saldremos al alba e iremos a la zona norte del bosque. No salgáis de paseo mañana hasta que no regresemos de la caza —informó el *laird* a su esposa, a su madre y a su hermana.

Las mujeres aceptaron su orden con un movimiento de cabeza.

—Ten mucho cuidado. No deseo que te suceda nada malo. Bastantes desgracias estamos teniendo ya —le susurró Erin, preocupada.

—Descuida, amor mío. Lo tendré.

Acabaron de cenar y se retiraron a sus aposentos.



Erin se levantó temprano a la mañana siguiente. Echaba de menos a Ebie y no entendía por qué lo habían matado. Cuando ocurrió aquella desgracia varios días antes, se había pasado buena parte de la noche llorando entre los brazos de su esposo, que intentaba consolarla. A duras penas lo consiguió. Sin embargo, el recuerdo de su gato regresaba a ella con frecuencia, y esa noche había sido otra más. No había podido dormir, pensando todo el tiempo en quién había sido el culpable y cómo obtener pruebas antes de acusarlo. La noche se le había hecho eterna.

Sabía que tenía un enemigo o enemiga dentro del castillo. Habían destrozado varios de sus vestidos, le habían robado todas sus joyas familiares y habían asesinado a su querido gato.

¿Quién podía tenerle tanta inquina, tanto odio, como para hacer algo así? Quien fuera, deseaba verla sufrir. Pero ¿por qué? Ella no le había hecho daño a nadie. Se comportaba de manera educada y gentil con todos. Ayudaba en todo lo que podía y a todo el que la necesitaba.

Entonces, ¿quién sentía tanta repulsión hacia ella como para cometer actos tan horribles?

Echó de menos a Ian, que hacía rato que había abandonado el lecho para salir de caza.

Decidió que, ya que no iba a dormir, saldría a dar un paseo por el bosque. Se dirigiría hacia el sur, porque al norte del bosque estaría

su esposo con sus hombres cazando ciervos y algún jabalí. No fuera a ser que alguna flecha se escapara y le diera a ella.

A pesar de que Ian le había ordenado que no debía pasear sola por el bosque, necesitaba hacerlo. Tampoco iba a ser una caminata tan larga. Solo deseaba respirar aire puro, tener un rato para evadirse de esos pensamientos tan lúgubres y olvidarse por un momento de lo acontecido las semanas anteriores.

Erin sacó del baúl sus ropas de muchacho. Se puso las calzas, la camisa, el jubón de cuero y las botas. Escondió la daga que le había regalado Ian el día de su boda, tal como él le había aconsejado, en un lateral interior de la bota.

Se hizo una trenza y se puso la capa de pieles que Ian le había regalado nada más llegar a Dunvegan. Abandonó su alcoba al tiempo que daba los buenos días a los dos hombres que la custodiaban.

Se colocó la capucha de la capa cuando salió al patio y se dirigió hacia la puerta.

Los soldados MacLeod que controlaban la entrada y salida del castillo también la saludaron. Ella les correspondió de igual modo y les informó de que iba a dar un paseo por la zona sur del bosque, y que no tardaría en regresar.

Uno de los soldados se ofreció a servirle de escolta, pero ella declinó esa oferta porque necesitaba estar sola. Además, no se adentraría demasiado en el bosque, le prometió al soldado, y su halcón la vigilaría desde el cielo.

Alzó la mano enguantada y llamó al ave rapaz. Esta acudió rauda y se posó sobre la mano de Erin, que le hizo unas cuantas carantoñas. Después, dejó que el animal volara libre.

Se despidió de los soldados y se encaminó hacia su destino.

Después de un rato andando, llegó a la linde del bosque y se internó entre los pinos caledonios de aquella parte, en la que también había varios tejos. Deambuló bastante tiempo, aspirando el olor a bosque, al rocío de la mañana y a la brisa que llegaba desde el lago.

Hasta que se encontró de frente con el enorme tejo donde Ian la había dejado colgada cuando era una niña. Sonrió al recordar lo

sucedido en el pasado y volvió a maravillarse por lo que el destino le tenía preparado sin ella saberlo entonces. Aquel día en el que el bruto del muchacho MacLeod la dejó en aquella situación tan incómoda y peligrosa, no hubiera creído que años más tarde estaría tan enamorada de él y, sobre todo, que sería su esposa.

Se sentó bajo el tejo para descansar un poco antes de emprender el regreso al castillo. Cerró los ojos y reclinó la espalda contra el tronco del árbol. Había tanta quietud, paz y tranquilidad que escuchó claramente un ruido cerca de ella. Tuvo un mal presentimiento. Abrió los ojos y miró con disimulo hacia los alrededores, hasta donde le alcanzó la vista.

Y entonces lo vio.

Escondido tras uno de los pinos había alguien observándola.

Pensó con rapidez que debía ser alguno de los malhechores que rondaban por allí. Se preguntó qué intenciones tendrían. «Ninguna buena», se contestó a sí misma.

Con disimulo, sacó la daga que llevaba escondida en la bota y se la metió en la manga de la camisa. Se levantó decidida a regresar al castillo antes de que quien la estaba vigilando tuviese tiempo de ir a por ella.

Al dar el primer paso, se dio cuenta de que había otra persona más en otro pino. Por tanto, debía huir de dos asaltantes. Empezó a temblar por los nervios y a sudar. Miró hacia las ramas de los árboles buscando a su halcón, pero no lo vio. Supuso que estaría cazando alguna presa.

Se sintió desprotegida porque en ese momento la presa era ella. Un sentimiento de ansiedad se apoderó de su cuerpo y empezó a correr todo lo rápido que le permitían sus piernas.

Pero no pudo llegar muy lejos porque uno de los hombres la alcanzó, la agarró de la cintura y se la cargó sobre el hombro mientras se reía a carcajadas.

—Mira lo que hemos cazado: a la esposa del *laird* MacLeod.

—¡Soltadme! —gritó Erin, pataleando.

El otro hombre se acercó a ella y la cogió por el mentón para levantarle la cabeza.

—Es más hermosa de lo que nos habían dicho.

En ese momento, Erin consiguió sacar la daga que había escondido en la manga de la camisa y, actuando con rapidez, cortó la mejilla del hombre. Este reculó hacia atrás mientras se llevaba la mano al tajo.

—¡Perra desgraciada!

Erin aprovechó el desconcierto del segundo hombre para clavar la daga en el costado del que la tenía cargada al hombro.

Aulló de dolor y la soltó con tanto ímpetu que dio con sus posaderas en el suelo. La daga salió volando de su mano. Erin se hizo daño al impactar contra el duro suelo, pero no le importó. Aguantaría el dolor. Tenía que huir de allí ahora que se había deshecho de sus captores. Volvería más tarde para buscar la daga. E iría con escolta.

Vio cómo el hombre caía de rodillas por el dolor, con la herida sangrando abundantemente. La mala fortuna quiso que su rodilla chocara contra una gran piedra y emitió un grito desgarrador que le heló hasta el alma.

Sin embargo, no se detuvo a mirar más. Debía huir. Pero no tuvo tiempo, porque el hombre al que había herido en la cara se abalanzó sobre ella. Como había perdido la daga, se defendió con los puños. Los apretó y le lanzó puñetazos con toda la rabia que sentía por dentro. Jamás había golpeado a nadie, pero su vida corría peligro. No sabía qué querían de ella, pero no estaba dispuesta a descubrirlo.

Uno de los puñetazos aterrizó justo en la nariz del hombre y se oyó con claridad el crujido del hueso. La cabeza del malhechor dio una sacudida y, cuando volvió a mirarla, sangraba por la nariz. A ella le dolían las manos por los golpes que le había propinado, pero apretó los dientes para resistir el dolor.

Él la contempló con una mezcla de incredulidad y odio antes de vengarse de una forma rápida y dura: con un fuerte golpe en la sien. Erin sintió el estallido de dolor y luego todo se volvió negro.



14

Todo estaba dispuesto para que los hombres del clan pudieran disfrutar de su gran pasión: la caza. Tras adentrarse en el bosque entre risas y bromas, el jaleo se silenció para no espantar a los animales que serían sus presas.

Ian estaba concentrado en rastrear a un ciervo con Angus y Hugh.

—Estas son huellas de venado, sin duda.

—En efecto, *laird*. Y es una buena pieza —susurró Angus.

—Daremos buena cuenta de él en la cena —añadió Hugh en voz muy baja.

Uno de los hombres les indicó algo. En el lugar señalado, había excrementos.

—Debe andar cerca, porque sus heces están aún calientes —dijo el hombre.

Ian se llevó un dedo a los labios pidiéndoles que dejaran de hablar.

Se hizo un silencio sepulcral. El único sonido que se oía era el de la naturaleza del bosque. Con cuidado de no hacer ruido, dirigieron sus pasos hacia el este, siguiendo las huellas del ciervo. El viento soplaba entre las copas de los árboles. El

bosque les devolvía los sonidos que, en el silencio que reinaba allí, les parecieron más intensos.

Unos pasos más adelante, el *laird* vio a un enorme venado que se encontraba pastando tranquilamente. Era un ejemplar magnífico, dotado de una cornamenta grandiosa. Levantó el hocico y miró a Ian. Dejó de masticar la hierba durante unos instantes en los que se quedó congelado, expectante. Sus músculos se tensaron al intuir el peligro y salió corriendo con agilidad.

El *laird* tensó el arco, siguiendo el recorrido del animal, y soltó la flecha. Esta silbó por el aire con velocidad y tanto acierto que se clavó en el cuello del venado, que cayó al suelo. Los hombres se acercaron despacio mientras los últimos estertores sacudían el cuerpo del animal. Cuando el sufrimiento del ciervo llegó a su fin, entre dos guerreros lo cogieron y se lo cargaron en la espalda.

Mientras regresaban al castillo, un ruido procedente de la tupida vegetación los alertó. Se detuvieron y observaron en silencio cómo se movían los arbustos. Sin embargo, no veían nada. Lo único que el bosque les ofrecía era el ruido de la vegetación agitándose y crujiendo.

Entonces un gran jabalí salió de los matorrales de brezo y pasó justo por delante de ellos. Hugh y Angus estuvieron prestos en disparar sus flechas, que alcanzaron al animal.

—Hemos tenido un buen día de caza —dijo Ian cuando volvían a Dunvegan.

Además del ciervo y el jabalí, habían cazado varios conejos.

Cuando llegaron al castillo, los soldados que custodiaban la entrada los saludaron.

El que se había ofrecido a escoltar a Erin en su paseo por el bosque informó a su *laird*.

—Mi señor, vuestra esposa ha salido a dar un paseo por el bosque.

—¿Sola?

—Sí, mi señor. Me ofrecí a escoltarla, pero se negó.

Ian masculló algo sobre lo testaruda que era.

—¿Cuánto hace que se ha marchado? —preguntó, molesto.

El soldado miró con miedo a los ojos acerados de Ian.

—Poco después que vos, mi señor.

—¿Salió al alba? ¿Y aún no ha regresado?

—Sí, mi señor. Ha dicho que volvería pronto, pero ha pasado tanto tiempo que temo que le haya ocurrido algo. Se dirigía hacia la zona sur del bosque.

—¡Serás necio! ¡Si no ha regresado aún, es porque algo malo le ha ocurrido!

Dicho eso, hizo girar a su caballo y salió al galope.

Angus y Hugh, que habían escuchado la conversación, espolearon a sus monturas para seguir a su jefe y amigo.

Ian alzó la vista al cielo y vio al halcón de Erin volando sobre la parte más occidental del bosque. Se dirigió hacia allí con velocidad, pero ralentizó el paso al adentrarse entre los pinos y los tejos. Observó rastros de lucha y sangre.

Apretó los dientes y rezó para que no fuera de su esposa. A todas luces, eran indicios de una agresión. Juró matar al culpable. Esa persona no vería un nuevo amanecer.

—¿Crees que está malherida? —preguntó Hugh.

—Espero que no porque si lo está, juro desollar al hombre que le ha hecho daño a mi esposa —siseó con rabia, mordiendo cada palabra que salía de su boca.

Angus creyó ver algo reluciente en el suelo y descabalgó.

—Esperad un momento. He visto algo y quiero comprobar qué es.

Se acercó hasta el objeto, lo agarró y lo alzó para que los otros lo vieran.

—Es la daga que le regalé a Erin en nuestra boda.

—Está ensangrentada —comentó Angus a pesar de que no hacía falta, porque se veía claramente que estaba manchada de sangre.

—Espero que la sangre no sea suya porque, de lo contrario, quemaré vivo al culpable —volvió a decir Ian con la ira hirviéndole en las venas.

Erin no podía respirar. Algo le aplastaba el pecho. Aspiró un maloliente aroma a sudor y sangre, y el estómago se le revolvió. Se debatió contra el peso que tenía encima, intentando zafarse de él. Sintió cómo una mano ruda agarraba a sus calzas para bajárselas, y pataleó y se retorció como si fuera una serpiente. En el momento en el que abrió los ojos, vio al hombre al que le había cortado la cara encima de ella. La sujetaba con un brazo sobre el pecho mientras con la otra mano intentaba quitarle las calzas.

Erin abrió la boca para gritar, pero no llegó a emitir ningún sonido porque, de nuevo, sintió un estallido de dolor en la mejilla por un puñetazo que le dio ese hombre y volvió a cerrar los ojos.

La oscuridad la llamaba como el canto de las *selkies*. Quiso abandonarse a ese canto, pero no podía permitírselo. No podía dejar que le ocurriese nada malo. Estaba segura de que aquel hombre intentaba violarla. Por lo tanto, debía luchar.

Abrió los ojos otra vez y observó, aterrorizada, el rostro del malhechor. De su mejilla sangrante cayeron varias gotas, que aterrizaron en la cara de Erin.

De pronto, el peso que la aplastaba desapareció. Ella respiró hondo, llenándose los pulmones de aire.

—¿Qué demonios haces, Rupert? —oyó la voz del otro hombre—. No la hemos secuestrado para violarla. Nuestro encargo es matarla, nos han pagado para eso.

Erin, al escucharlo, empezó a temblar de miedo. Rezó con todas sus fuerzas para que Ian la buscara y la encontrara antes de que eso ocurriera. Observó a su alrededor con pánico. Estaban en una casucha fría y pestilente. Había dos colchones de paja en el suelo. Uno lo ocupaba ella. Manteniéndose en pie a duras penas, estaba el hombre al que le había clavado la daga en el costado y que se había golpeado la rodilla contra la piedra. Miró su rodilla y vio que se la había vendado con un paño mugroso que tenía un gran cerco de sangre.

Sujetaba por el hombro al tal Rupert, el que quería forzarla. Recordó a Ian hablando con Angus y Hugh de ese hombre, Rupert MacDonald. ¿Quién sería el otro?

—Ya lo sé, Murray. Pero ¿qué te parece si, antes de matarla, disfrutamos un rato con ella? Estoy cansado de fornicar con rameras, quiero probar algo distinto. ¿Y qué tenemos aquí? Nada más y nada menos que a la esposa del *laird* MacLeod. Además, es muy bella.

Erin supo, al oír el nombre, que era Murray MacDougall. Sus agresores pertenecían a dos clanes enemigos de los MacLeod.

—No, déjala. Tenemos que pensar la mejor manera de acabar con su vida rápidamente y, después, cómo deshacernos de su cuerpo —comentó Murray, que cruzó la cochambrosa vivienda hasta la otra pared cojeando debido a la herida de la rodilla.

En ese momento se oyó un crujido y la puerta de madera se abrió de golpe.

Ian apareció en el hueco, con un arco y una flecha, apuntando a Rupert.

El alivio de Erin fue inmediato.

—Quítale las manos de encima a mi mujer —soltó, poseído por una ira ciega que jamás había experimentado. Ver a su esposa en brazos de un hombre que intentaba forzarla había despertado en él un instinto asesino.

Dio un paso hacia el agresor, pero el cambio en la expresión del rostro de Erin lo hizo girar sobre sí mismo.

Murray estaba acechándole con un puñal por detrás.

—¡Ian! —escuchó el grito de su esposa.

No se lo pensó dos veces y descargó la flecha sobre Murray MacDougall antes de que este pudiera abalanzarse sobre él para clavarle el cuchillo. Le atravesó la garganta y cayó al suelo.

Se volvió hacia Rupert MacDonald, que se había hecho con una espada, y detuvo su mandoble con el arco, que se rompió.

Rupert alzó la espada para descargar contra Ian otra vez, pero el *laird* fue más rápido y sacó de su espalda la enorme *claidheamhmór*. Comenzaron a luchar por la estancia mientras Erin se refugiaba en una esquina.

Allí, vio a su lado una jarra de barro cocido sobre la mesa. Sin pensarlo, la agarró y se la lanzó a Rupert con la intención de darle en la cabeza. Mas no tuvo tino y le dio en el brazo, desviando el mandoble con el que atacaba a Ian.

Ian aprovechó ese instante para descargar su furia contra él y clavarle la espada en el pecho.

Rupert cayó de rodillas primero, con la boca abierta echando sangre. Después, se desplomó hacia un lado y se quedó inmóvil.

Erin corrió hacia Ian, se refugió en sus brazos y comenzó a llorar. Toda la ansiedad y el nerviosismo salían de ella a borbotones.

—¿Estás bien?

—Ahora sí. He pasado un miedo terrible.

—No llores más. Ya estás a salvo —la consoló su esposo, acariciándole el cabello con extrema dulzura.

—Gracias por venir a rescatarme.

—Iría hasta el mismísimo infierno si hiciera falta para traerte de vuelta —dijo, antes de besarla.

Al acabar el beso, Ian reparó en que, encima de una mesa con la madera ajada y sucia, había un cofre abierto. En su interior estaban las joyas que le habían robado a Erin.

—Llévame a casa, por favor —le pidió ella con el alivio reflejado en su voz.



Al poco de regresar al castillo, ya se había corrido la voz del secuestro de la señora de Dunvegan y de la identidad de sus captores.

Todos pensaban que había sido una venganza por haber ahorcado al muchacho MacDonald. Se alegraron de que su *laird* los hubiese ajusticiado y también de que su señora hubiera sido rescatada antes de que los malhechores le hubiesen hecho algún daño o de que la hubieran asesinado.

La única persona que no compartió la dicha del resto de la gente fue la criada que encargó el secuestro y asesinato de la esposa del *laird*. Les había entregado el cofre con las joyas familiares de los Campbell y alguna alhaja que le habían regalado los MacLeod.

«Todo lo que he hecho no ha servido para nada. Malditos patanes. Tendré que encargarme yo misma de hacerla desaparecer», pensó mientras tramaba otro plan.

Ian llevó a Erin hasta su alcoba para tener intimidad. Antes de entrar, despachó a los dos hombres que custodiaban la estancia.

—Te advertí de que no salieras a pasear por el bosque esta mañana y me has desobedecido —la riñó con gesto serio, intentando controlar la rabia y el terror que sentía ante su posible muerte para no gritarle.

—Necesitaba dar ese paseo. Además, he ido al sur del bosque en lugar de al norte porque sabía que estaríais allí cazando y no deseaba encontrarme con alguna flecha perdida.

—Has desobedecido una orden mía —repitió—. Si no fuera por tu halcón, no te habría localizado.

—Deseaba tener un lugar de recogimiento para terminar de despedirme de Ebie.

—¿Te has puesto en peligro por un maldito gato? —Esta vez sí alzó un poco la voz.

—No era un maldito gato. Era *mi* gato —recalcó, encarándose con él—. He pasado con Ebie la mitad de mi vida y lo quería mucho.

—¡Por todos los cielos! ¿Cómo es posible que sientas tanto amor por un felino?

Erin observó a su esposo antes de contestar:

—Del mismo modo que siento amor por ti y no eres más que un asno y un bruto.

—¡Demonio de mujer! ¿Acabas de llamarme asno y bruto? —Ian no salía de su asombro. Las palabras de su esposa, además, incrementaban el enfado que tenía.

—Y podría decirte muchas cosas más. ¿Cómo puedes ser tan insensible? ¿Acaso no lamentas la muerte de Ebie?

—¡Por supuesto que lo lamento! ¡Pero no entiendo cómo puedes estar tres días llorando su pérdida!

—Los Campbell no olvidamos —dijo, orgullosa, refiriéndose al lema de su clan, al tiempo que intentaba retener las lágrimas que acudían a sus ojos. No quería mostrarse vulnerable ante su esposo,

a pesar de que él la había consolado en varias ocasiones desde la muerte del gato.

—Ahora eres una MacLeod —siseó Ian.

Se midieron con la mirada durante unos instantes que parecieron eternos hasta que Ian habló de nuevo.

—Has puesto en peligro tu vida —volvió a decir.

—¿Vas a castigarme? —Sin dejar que él respondiera, añadió—: ¿Vas a tenerme prisionera en esta alcoba como has hecho con Brianna? ¿No podré abandonarla para alimentarme? ¿O quizá me golpearás?

Ian agrandó los ojos.

—Jamás te golpearía —dijo, ofendido.

—Bien.

Mantuvieron un tenso silencio durante varios minutos.

—¿Vas a disculparte por haber desobedecido mi orden?

—Creo que tengo una excusa justificada para haberlo hecho. Y, además, no he ido a la parte norte del bosque, donde sabía que estabais de caza —reiteró.

—¡Pero has salido a pasear por el bosque de todas formas! —gritó Ian, exasperado por la testarudez de su esposa—. ¡Y, además, sin escolta!

—¡Necesitaba estar un momento a solas! —le gritó ella también —. ¡Y no me grites! Que seas mi esposo no te da derecho a hacerlo —dijo en un tono más comedido al darse cuenta de que ella estaba haciendo lo mismo que él.

Ian la miró de hito en hito. Las respiraciones de los dos estaban alteradas por la discusión. Se dio la vuelta para marcharse y no continuar con aquello porque sabía que Erin no daría su brazo a torcer. Cerró la puerta con un golpe seco y se dirigió escaleras abajo hacia el salón.

Erin se sentó en la cama, agotada. No comprendía por qué su esposo no lograba entender el sentimiento de cariño que tenía hacia su gato. Comenzó a llorar otra vez.

Ian se detuvo en mitad de las escaleras, arrepentido de haberse dejado llevar por su enfado y haberle gritado a su esposa. Se dijo a

sí mismo que era un asno y un bruto, tal y como había afirmado Erin.

En lugar de estar contento porque ella estaba bien y además viva, se había enfurecido como un niño pequeño. Sin embargo, pesaba más el hecho de saber que lo había desobedecido, poniendo en riesgo su vida, y eso no podía consentirlo como *laird* de su clan. Todos debían obedecer sus órdenes, sin excepción. Ni siquiera su esposa.

Su corazón le pidió que regresara a la alcoba e hiciera las paces con Erin, pero su mente se negaba. Tras unos momentos de debate, tomó la decisión de volver junto a su esposa.

Se dio la vuelta y subió los pocos escalones que había bajado.

—Mi señor —oyó la voz de Agnes a su espalda.

Giró la cara y miró a la criada.

—El almuerzo ya está preparado —le informó.

—Bajaré dentro de un momento. Primero, debo hablar con mi esposa.

—Pero se os enfriará, mi *laird*.

—No importa. Lo comeré frío.

Acabó de subir las escaleras ante la atenta mirada de Agnes.



Ian tocó con suavidad a la puerta antes de entrar en la alcoba. En cuanto vio a Erin sobre la cama llorando sin consuelo, corrió hacia ella.

—Perdóname, amor, soy un necio, un asno y un bruto, como tú has dicho —dijo al tiempo que la rodeaba con sus brazos—. Entiendo que aún estés triste por la muerte de Ebie, pero no he podido evitar dejarme llevar por la frustración que me ha provocado tu desobediencia y por el terror de saber que te habían secuestrado. Mi miedo a perderte, a que esos hombres acabasen con tu vida, ha podido más que mi cordura.

—Yo quiero que me perdones también. No debí desobedecer tu orden ni ir sola al bosque. Si hubiese aceptado que Broc —nombró al soldado que se había ofrecido a acompañarla— me escoltara, seguramente nada de esto habría sucedido. Lo siento mucho.

—Mi querida esposa —susurró con cariño antes de sellar sus disculpas con un beso—. Cuando te he oído gritar antes de echar abajo la puerta de la casucha, ha sido como si me arrancasen el corazón. Prométeme que nunca más volverás a ponerte en peligro.

—Prometido —aceptó con una sonrisa.

Ian volvió reclamar los labios de su esposa con un beso profundo, destinado a hacerle saber lo feliz que estaba por volver a tenerla entre sus brazos.

—Bajemos al salón para almorzar —propuso Erin.

—De acuerdo. Pero después regresaremos a nuestra alcoba para pasar la tarde retozando entre caricias, besos y con mi verga enterrada en tu cuerpo.

Así lo hicieron, pasaron toda la tarde demostrándose el amor que sentían el uno por el otro, tal y como había prometido Ian.



Horas más tarde, cuando estaban acabando de cenar, Braden se acercó a Erin.

—*Lady* Erin, me alegro de que os encontréis bien.

—Gracias, Braden.

—¿Fueron los mismos hombres que mataron a Ebie? —quiso saber el muchacho.

—No lo sé.

—¿Todavía no ha encontrado Kylian al culpable?

Al oírlo, Erin se tensó y Brianna, sentada a su lado, también. Erin miró a Ian, que había escuchado toda la conversación, y vio cómo apretaba la mandíbula.

—¿Qué nombre has dicho, Braden? —siseó el *laird*.

Erin iba a intervenir, pero Ian la detuvo con su mirada de acero.

—Lo siento, mi señora. Se me ha escapado —se disculpó el muchacho con ella.

La joven cerró los ojos y asintió.

Fiona le dirigió a su hija una mirada llena de curiosidad. Se preguntaba que tenía que ver el amante de Brianna con la muerte del gato.

—Quiero una explicación ahora mismo —masculló el *laird*—. Habla, muchacho, o te sacaré las palabras a latigazos.

Erin miró a su alrededor. Parecía que nadie prestaba atención a la conversación que mantenían en la mesa principal. Todos estaban comiendo entre risas y charlas, orgullosos de la hazaña de su *laird* al rescatar a su esposa. Después de comprobarlo, volvió a centrar sus ojos en el muchacho.

Braden se encogió al oír la amenaza y comenzó a temblar.

—Yo… La señora… me dio una carta… para entregársela… a un hombre llamado Kylian… Debía descubrir al culpable de la muerte de Ebie… Lo busqué en el mercado… hace dos o tres días… y se la entregué —le contó entre balbuceos, con el miedo metido en el cuerpo.

Ian se levantó tan rápido del asiento que lo tiró. El ruido del respaldo al chocar contra el suelo resonó por todo el salón.

Se hizo un silencio sepulcral, roto solo por el crepitar del fuego en la gran chimenea.

El *laird* agarró a su esposa del brazo y la obligó a levantarse.

—Seguid sin nosotros —ordenó.

—¿Otra vez vais a celebrar en vuestros aposentos el rescate de vuestra esposa? —soltó Hugh en tono burlón—. ¿Acaso no habéis tenido suficiente con esta tarde?

Sin embargo, Ian lo ignoró.

Angus, Hugh y el resto de los hombres soltaron grandes carcajadas mientras comentaban lo que sucedería en el lecho conyugal.

Cuando llegaron a su alcoba, Ian la soltó de tal manera que Erin trastrabilló y cayó a los pies de la cama.

—¿Es cierto lo que ha contado Braden? —le gritó.

Ella se levantó del suelo y se sentó en el lecho.

—Sí —afirmó con la vista clavada en las botas de su marido.

El *laird* se enfureció más todavía.

—Deduzco que no era una misiva para buscar al culpable del asesinato de Ebie.

—No.

—Entonces —apretó los dientes y masculló—, ¿era una carta de Brianna advirtiéndole del plan para capturarlo? —preguntó, perspicaz.

—Sí.

—¡Maldita sea, Erin! —gritó, y ella se estremeció—. ¡Me has traicionado!

—Yo… Lo siento —se disculpó, temblando como una hoja agitada por el fuerte viento—. Me compadecí de la situación de Brianna, de lo que estaba sufriendo en esos momentos, y quise ayudarla. No fue mi intención traicionarte.

—Pero lo has hecho —siseó.

—Lo lamento, de verdad. ¿Podrás perdonarme? —dijo, alzando la vista hacia los ojos de su marido.

—¿Perdonarte? —Él la miró fijamente. Erin pudo leer en sus ojos el dolor y la rabia que anidaban en su ser—. Me has traicionado. Jamás lo olvidaré.

—Por favor —suplicó ella—. Solo deseaba ayudar a Brianna.

—¿Te das cuenta de que por culpa de esa carta no atrapamos a ese malnacido de Kylian MacDougall? ¡Lo ayudasteis a escapar! ¡Y guardaste el secreto! ¡Tú, mi esposa, me has mentido al ocultarme la verdad! ¿Y quieres que te perdone?

Ian hizo una pausa para coger aire mientras una temblorosa Erin le suplicaba con la mirada.

—No. Jamás te perdonaré. Te quedarás aquí, en esta alcoba, y no saldrás hasta que decida qué hacer contigo.

—Por favor, Ian…

La joven se levantó para acercarse a él y lo agarró de ambos brazos.

Su esposo se deshizo de su agarre con tanta fuerza que Erin dio con sus posaderas en el suelo.

Ian la miró sin un ápice de compasión.

—Nunca debí desposarme contigo.

Dicho eso, salió de sus aposentos y fue en busca de Brianna, sin darse cuenta de que en la penumbra del pasillo se ocultaba una figura que lo había escuchado todo.



Brianna subía las escaleras para ir a sus aposentos cuando se encontró de frente con su hermano.

—¡Tú! —El *laird* tomó a la joven del brazo y la arrastró hasta su alcoba—. ¡Mujer desagradecida! ¡Organizaste la huida de tu amante! ¡Te quedarás aquí, encerrada, hasta que se me ocurra un castigo mejor para tu traición!

—¡Miserable patán! ¿Cómo pudiste pensar que no iba a alertar a mi amado? No iba a dejar que lo capturases para matarlo. ¡Por supuesto que le escribí una carta contándole tu plan y pidiéndole que huyera!

—¿Te sientes orgullosa por lo que hiciste? —gritó Ian.

—Sí. Estoy orgullosa —contestó Brianna con tono altivo.

Ian apretó los puños y descargó uno sobre la mesa que tenía su hermana en la alcoba.

—¡Dios! —gritó, furioso—. ¡Mataré a ese hombre en cuanto ponga un pie en Escocia!

—Si lo matas, moriré con él —afirmó, rotunda.

El *laird* miró a su hermana sin ser capaz de comprender que estuviera ligada a él por lazos de sangre y, sin embargo, no odiara con todo su corazón al clan MacDougall, enemigos acérrimos de los MacLeod.

Desde mucho antes de las guerras de independencia, esos dos clanes habían rivalizado en el poder y en la cantidad de tierras que poseían. Y, con el apoyo de los MacDougall al rey inglés, habían firmado su sentencia de muerte respecto a las relaciones entre los dos clanes.

—Muéstrate arrepentida y olvida a ese perro malnacido, y seré compasivo contigo.

—Lo único que lamento es haber involucrado a Erin en todo esto. Pero jamás me arrepentiré de amar a Kylian. Ni tampoco lo olvidaré.

Ian gritó de rabia y descargó otro puñetazo en la mesa.

Se dio la vuelta y se marchó de la alcoba de Brianna.

Bajó al salón, lo cruzó y salió al patio. Una vez allí, se dirigió a los establos y, poco después, abandonó el castillo a lomos de su caballo.



Ya era de madrugada cuando Ian regresó a Dunvegan.

Ordenó que le preparasen una tina con agua caliente en una de las alcobas que destinaban a los invitados cuando los tenían.

Una criada se ocupó de todo.

Cuando Ian se sumergió en el agua, se recostó contra la tina y cerró los ojos.

La cabeza le daba mil vueltas. La carrera con su caballo no había logrado rebajar la furia y el dolor que sentía por lo sucedido. ¿Cómo habían podido traicionarlo Erin y Brianna?

Su querida Erin, a la que amaba con todo su corazón…

Brianna, su hermana pequeña, una persona muy especial para él…

¿Por qué lo habían hecho?

Después de pasar bastantes horas cabalgando, no había encontrado la manera de castigarlas por su traición. Le partía el alma saber que debía hacerlo. Pero no quería dañarlas de ninguna forma. Sin embargo, debían recibir su merecido.

Su corazón le pedía que fuera benevolente con ellas. Su cabeza no dejaba de idear un resarcimiento.

La criada tocó en la puerta del aposento pidiendo permiso para entrar.

—Le traigo algo de comer, mi señor.

—Déjalo ahí, sobre la mesa.

La joven obedeció su orden. Tras dejar la bandeja, se acercó a la tina donde todavía estaba él.

Contempló su bello rostro: los ojos cerrados, la barba mojada, los labios carnosos que se moría por besar como la otra vez…

—Ian —susurró con familiaridad—, estás muy tenso. ¿Quieres que te frote los hombros para que te relajes?

—No —contestó sin abrir los ojos.

—¿Deseas que te lave?

—No —rechazó su oferta.

—Entonces, ¿qué puedo hacer por mi querido Ian? ¿Por mi amante?

Ian abrió los ojos de golpe y se encaró con ella.

—Tú y yo no somos amantes. Nunca lo fuimos —siseó, enfadado —. Solo fueron cuatro besos, mujer, y ya hablamos sobre ello. Ahora estoy casado y amo a mi esposa. Vete.

—Solo intento complaceros, mi señor.

—Pues entonces, compláceme abandonando la estancia.

La criada se mostró indignada.

—No comprendo cómo podéis amar a una mujer que os ha traicionado. Sabéis bien que yo jamás…

—¡Tú no tienes nada que entender! ¡Sal de mi vista! ¡Lárgate! — la interrumpió gritando.

La joven caminó hacia la puerta de la alcoba, ofendida, y cerró con un sonoro portazo que retumbó en los muros del castillo.

Ian respiró profundamente para calmarse.

En su mente había una lucha encarnizada entre la decepción, la rabia por el engaño y el sentimiento desgarrador de su corazón roto. Se quedó sentado en la tina mirando al infinito, sintiendo que había perdido lo más importante en su vida. Se sentía estúpido por seguir amando a Erin a pesar de todo.



15

Ian no regresó a su alcoba las noches siguientes. Tampoco los días.

Erin era atendida en todo momento por Mor. No se le permitían las visitas. Solo Agnes le llevaba una bandeja con el almuerzo y otra con la cena.

Brianna se encontraba en las mismas condiciones que Erin, con la única compañía de Freya.

Fiona había intentado verlas, pero Ian no se lo había permitido.

—No puedes tenerlas encerradas en sus alcobas tanto tiempo. La gente comenzará a murmurar.

—Diré que han contraído unas fiebres y por eso están confinadas en sus aposentos —decidió el *laird*.

—¿Las dos al mismo tiempo? ¿No resultará sospechoso?

—Siempre están juntas. Pensarán que se han contagiado la una a la otra —resolvió.

—¿Y no se preguntarán por qué no te ha contagiado tu esposa?

—A la vista está que no comparto el lecho con ella, madre.

—Y tampoco vas a visitarla.

—Para no contagiarme. Igual que vos, madre.

Fiona dio por válida esa respuesta y salió de la estancia privada del jefe del clan.

Erin, recluida en su alcoba, no dejaba de lamentarse por haber traicionado la confianza de su esposo, pero ¿qué debía hacer? Era leal a Ian, pero también a Brianna. Obró de la manera en la que su conciencia le dictaba, aunque una parte de ella no estuviera en consonancia con la otra. Por un lado, se alegraba de que el amado de Brianna hubiera escapado. Su amiga estaba más alegre desde entonces, aunque tuviese la mirada teñida de nostalgia y contara los días para el regreso de su amor. Por otro lado, se sentía ruin y mezquina por no haberle confesado nada a su esposo. Sabía que, si él se enteraba de todo, se enfadaría con ellas. Su mente le dijo que se lo tenían merecido por embusteras y por ayudar a un proscrito a escapar.

—¿Cómo está Brianna? —le preguntó a Agnes, que entraba en la alcoba cargada con la bandeja de la cena.

—El *laird* no me permite informaros de nada. Lo siento, mi señora.

—Pero ¿no puedes decirme, al menos, si está bien? Me conformaría solo con eso.

La criada la observó y negó con la cabeza.

Dejó la cena en la mesa de madera y se retiró a un lado de la alcoba.

—Tomaos la sopa, mi señora —le recomendó Mor—, huele de maravilla. Mientras vos cenáis, bajaré a la cocina para hacerlo yo. No tardaré en regresar.

Mor abandonó la alcoba y dejó sola a Erin con la criada.

—Se os enfría la sopa, mi señora —comentó Agnes al ver que Erin no hacía amago de tomársela.

—No tengo hambre —respondió, lacónica—. Además, en los dos últimos días cada vez que tomo sopa, se me revuelve el estómago y siento náuseas.

—No podéis estar así, mi señora. Apenas probáis bocado. Al final será verdad lo que comenta el *laird*.

—¿Qué dice mi esposo? —preguntó con renovado interés.

—Que sufrís de fiebres y por eso debéis reposar en vuestra alcoba.

«Vaya con el embustero de Ian. Aunque entiendo su falacia. Confesar que su esposa y su hermana lo han traicionado ayudando a escapar a un proscrito no le haría ningún bien».

Esperaba que el resto del clan no descubriera la verdad jamás o le pedirían al jefe un castigo ejemplar.

Sin embargo, si Ian no había encontrado ningún castigo más severo que mantenerlas prisioneras en sus aposentos, era porque su amor por ellas estaba por encima de todas las leyes y trataría de ocultar lo ocurrido disfrazándolo de la forma que fuera.

Se imaginaba la tortura que supondría para él engañar a su pueblo, el deshonor para su clan y para él mismo si la gente se enterase de lo sucedido.

—Tomad un poco de sopa, mi señora —insistió Agnes, sacándola de sus cavilaciones.

—No quiero sopa. Acabo de decirte que me revuelve el estómago.

—Puedo traeros una infusión para que os alivie, mi señora.

—No, gracias, Agnes. Comeré un poco de queso y pan.

Erin se sentó a la mesa. Agarró un pedazo de queso y se lo llevó a la boca. Lo masticó sin ganas y bebió un trago de la cerveza que acompañaba la cena para conseguir que el queso le bajase por la garganta.

Pasados unos minutos en los que Erin intentó comer un poco más bajo la atenta mirada de Agnes, Mor regresó a la alcoba.

—Estáis cenando, mi señora —dijo con alegría.

—Ya he terminado. Agnes, puedes llevarte la bandeja.

—Apenas habéis comido, *lady* Erin —replicó la joven.

—No voy a comer nada más. Me siento indispuesta —volvió a decirle—. Llévatelo.

La criada obedeció la orden y abandonó la estancia en silencio.

—¿Os sentís enferma, mi señora? —quiso saber Mor.

—Tengo náuseas, pero no son importantes. Nada que deba preocuparnos.

—¿Estáis segura?

—Por supuesto.

—¿Es posible que estéis encinta, mi señora? —preguntó con ilusión.

Erin no se había detenido a pensar en esa posibilidad. ¿Podría ser que estuviera esperando un hijo de Ian? ¿Un pequeño miembro para el clan MacLeod? Si fuera así, su esposo se pondría loco de contento y se le pasaría el enfado que tenía con ella.

—No lo sé, Mor. Ojalá sea eso. Esperaremos unos días más antes de contar nada.

La doncella expresó su alegría con una gran sonrisa.

—¿Qué sabes de Brianna? ¿Has podido enterarte de algo?

—Sí, mi señora.

Erin la miró con interés y alivio. Por fin tenía información sobre el estado de su amiga.

—Lynette me ha contado que su hermana Freya le ha dicho que se encuentra bien, aunque lamenta haberos involucrado en todo esto.

—No hay nada que lamentar. Volvería a ayudarla mil veces, pero haría las cosas de otra manera. No sé de qué forma, pero lo haría.

—También me ha contado que vuestro esposo pasa todo el tiempo en su sala privada, tratando asuntos del clan con sus hombres de confianza. Pero que no se alimenta adecuadamente, por lo que teme que contraiga las fiebres que sufrís Brianna y vos. Sin duda, Lynette se ha tragado la mentira de que Brianna y vos estáis enfermas, al igual que todo el castillo y las gentes del pueblo.

Erin no contestó al último comentario. Ian estaba sufriendo igual que ellas. Entonces, ¿por qué no cedía y las liberaba de su cautiverio? Maldito orgulloso y cabezota.

—Ayúdame con el vestido, Mor. Quiero acostarme ya —le pidió a su doncella—. Me noto muy cansada.



Ian bebió tanto *whisky* esa noche que, a la mañana siguiente, no supo cómo había llegado a la estancia que ocupaba en esos días y

se despertó con un dolor de cabeza terrible. Parecía como si cientos de tambores retumbaran dentro.

Sin embargo, lo había necesitado. Necesitó estar ebrio para poder dormir porque, desde lo sucedido con Erin, no había pegado ojo. Las noches se le hacían interminables sin el cálido y suave cuerpo de su esposa al lado, en el lecho. No lograba conciliar el sueño por los recuerdos de su traición combinados con otros recuerdos mucho más placenteros. Por eso había decidido darse a la bebida aquella noche. Necesitaba desesperadamente olvidarse de todo y descansar unas horas.

Los golpes en la puerta sonaron con fuerza, como si la persona que estaba al otro lado intentase derribarla. No eran tambores lo que tenía dentro de su cabeza: eran los fuertes golpes que alguien estaba dando.

De mala gana, se bajó del lecho y fue a abrir.

—Por tu bien, espero que haya un incendio. Estaba durmiendo, maldito asno —dijo al ver a Angus al otro lado de la puerta.

—No hay ningún incendio. Pero es algo importante.

Su hombre de confianza entró en los aposentos y cerró la puerta.

En ese momento, Ian se dio cuenta de que llevaba una misiva en la mano.

—¿De qué se trata? —preguntó, quitándosela.

—No lo sé, pero Braden me ha dicho que es importante que la leyeras. Un mendigo se la dio en el mercado y le rogó que se la entregase a Brianna. El muchacho ha preferido dárosla a vos para no recibir ningún castigo en el caso de que lo descubrierais.

Al oírlo, su curiosidad aumentó.

—Braden es un muchacho inteligente, después de todo —comentó Ian.

Desenrolló la cuerda que ataba el pergamino y leyó la carta.

Brianna, mi amor:

Te escribo estas letras para que sepas que he llegado bien a Irlanda y reiterarte mi promesa de regresar para Beltane.

Aún debo trazar un plan para que tu hermano y el rey me perdonen.

Desearía que supieran que solo quiero vivir tranquilo y en paz, desposarme contigo y tener hijos. Estoy cansado de guerras, de luchas. Ahora que por fin todo ha acabado, no deseo enzarzarme en problemas con otro clan. Ya te comenté que nunca estuve de acuerdo en que mi clan apoyase a los ingleses. Deseo la independencia de Escocia igual que los clanes afines al rey Bruce.

Sin embargo, juré lealtad al laird de mi clan cuando me convertí en hombre de armas, aunque no era una persona importante para los MacDougall. Ser el hijo pequeño del cuarto hermano del laird MacDougall de Lorne no era de interés para nadie, excepto cuando hubo que luchar. Entonces sí contaron conmigo porque soy diestro con la espada y el arco, y también con los puños.

Nunca he querido involucrarme en las luchas de poder entre los clanes, a pesar de que amo a mi familia y a mi clan y lo daría todo por ellos.

Te reitero que no me gusta la violencia. Mi deseo de vivir en paz y armonía prevalece sobre todas las cosas.

Cuando regrese a Escocia, espero tener la oportunidad de informar al laird MacLeod y al rey Robert Bruce de todo esto, con la intención de obtener su perdón y poder desposarte. Si tengo que jurar lealtad a ambos para contraer nupcias contigo, lo haré.

No deseo nada más: ni tierras ni título. Solo tu amor y una vida tranquila junto a ti.

Siempre tuyo,

Kylian MacDougall de Lorne

Ian leyó la carta con atención. Sus pensamientos iban desde la rabia por la desfachatez de ese miserable traidor al escribir a su hermana hasta la curiosidad por saber si lo que decía en ella era cierto.

Se sentó en el lecho y volvió a leer la misiva.

Las palabras de Kylian parecían sinceras. Lo que indicaba sobre que debía obedecer al *laird* de su clan aunque no estuviera de acuerdo con sus decisiones era verdad. Y su último comentario sobre que lo único que deseaba era desposarse con Brianna y vivir junto a ella, en paz y armonía, como informaba en algún lugar del texto,

esperaba que no fuera una falacia. Porque si fuera un embuste, le rebanaría el pescuezo por engañarla de esa forma tan mezquina.

También comentaba que estaba dispuesto a jurar lealtad al rey Robert Bruce y a él, como *laird* de su clan. Si estaba dispuesto a renunciar al clan MacDougall para unirse a los MacLeod, debía ser cierto que amaba a Brianna y que deseaba desposarse con ella.

Supuso que Kylian sabría que el clan MacDougall no vería con buenos ojos que abandonase a los suyos para unirse a un clan enemigo. Eso pondría en riesgo su vida y la de su hermana.

Para un hombre que deseaba vivir en paz, era una utopía, algo sumamente complicado y difícil de lograr, puesto que él estaba seguro de que los MacDougall se vengarían de algún modo por la traición de uno de los suyos a su propio clan.

Por un instante se compadeció del pobre enamorado.

Pero si, como decía en su carta, regresaba a Escocia con buenas intenciones, no tendría más remedio que ayudarlo. Si era cierto que solo quería amar a Brianna el resto de su vida, lo apoyaría.

Sin embargo, Kylian debía demostrar que todo lo que decía en su carta era cierto.

Así que, como faltaban varios meses para Beltane, tendría que esperar antes de tomar una decisión.

—Manda a alguna de las criadas para que me llene la tina con agua caliente. Quiero bañarme antes de ir a ver a mi hermana.

—¿Vais a darle la carta?

—No. Solo voy a dejar que la lea, pero la carta estará en mi poder hasta que ese bastardo malnacido regrese a Escocia y compruebe que son ciertas cada una de las palabras que ha escrito en ella.

—Voy a buscar a Agnes para que os prepare el baño, *laird*.

—No. Agnes está ocupándose de mi esposa. Manda a Marjorie.

Angus asintió con la cabeza y se fue en busca de la otra criada.



Erin durmió mal esa noche. De madrugada había vomitado varias veces. Tenía un dolor en el abdomen que no se le pasaba. Estaba

sudorosa y el corazón le palpitaba arrítmicamente. Se sentía confusa. No lograba discernir si era de noche o de día.

Mor había permanecido a su lado todo el tiempo. La animaba con palabras como que las mujeres cuando están encinta suelen tener esos problemas los primeros meses, pero que, pasado el tiempo, volvían a encontrarse bien.

Agnes llegó con la infusión que Mor le había pedido previamente.

—Tomadla, mi señora. Os aliviará el malestar que sentís —le aconsejó la doncella.

Erin intentó sentarse en la cama para tomar la bebida que le ofrecían, pero su cuerpo no dejaba de temblar y no pudo hacerlo.

—Me siento muy débil —dijo con voz apenas audible.

—Os ayudaré a tomarla —respondió Mor—. Agnes, ayúdame a recostarla contra el cabecero de la cama para que pueda dársela.

La criada cumplió la petición de la doncella con diligencia.

Erin abrió la boca y tomó un pequeño sorbo.

—Está malísima. No quiero beber más —protestó.

—Pero debéis tomarla. Aunque no tenga buen sabor, os beneficiará. Seguro que después de beberla os encontraréis mejor, mi señora —comentó Agnes, ante la mirada de aprobación y gratitud de Mor.

La doncella le agradecía aquel gesto y sus ánimos para la señora de Dunvegan.

Erin accedió dócilmente a tomar otro trago.

—No quiero más. Por favor, no me hagáis beber más. Está asqueroso y no me siento nada bien.

Decir aquellas palabras supuso un duro esfuerzo que la dejó agotada.

—Solo otro poco más, mi señora —insistió Agnes.

Pero Erin se negó a abrir la boca.

—Llévatela —le ordenó Mor—. La dejaremos descansar de momento.

La criada salió de la alcoba y vació el contenido del cuenco, tirándolo por la ventana del corredor.

La joven dama se sentía muy cansada. Notaba que a cada minuto que pasaba las fuerzas la abandonaban y se cernía sobre ella un

estado de inconsciencia y aturdimiento.

Se tumbó en el lecho y cerró los ojos al tiempo que de sus labios escapaba un suspiro.

Después de un tiempo, Mor susurró.

—Meg, sal de tu escondite.

La niña se había colado en la alcoba cuando Agnes le había llevado el cuenco con la infusión y se había resguardado en una esquina esperando no ser descubierta. Pero Mor había notado su presencia desde el primer momento.

Meg se acercó hasta la cama donde yacía Erin.

—¿Por qué tiembla tanto? —preguntó en un susurro—. ¿Tiene frío? —añadió.

Mor sonrió a la niña.

—No, no tiene frío. Está… —Buscó la palabra adecuada, pero no la encontró.

—Las gentes del pueblo y del castillo dicen que la señora está enferma de fiebres. *Lady* Brianna también, pero no me dejan verla. Tampoco a la señora Erin, por eso me he colado detrás de Agnes cuando ha venido a traerle la infusión.

La doncella amplió su sonrisa.

—No está enferma. Está esperando un bebé —dijo en voz baja.

La pequeña abrió mucho los ojos por la sorpresa. Miró a Erin, sudorosa y tiritando encima del colchón, y después dirigió la mirada a Mor.

—¿Se va a morir? —preguntó, asustada.

—No, no se va a morir. Las mujeres cuando se quedan encinta sufren estos males durante los primeros meses. Después, mejoran notablemente.

—Mi mamá murió cuando yo nací —recordó Meg con pena—. No quiero que *lady* Erin muera —añadió, con las lágrimas llegando a sus ojos.

Mor abrazó a la niña.

—*Lady* Erin no se va a morir. Solo está esperando un bebé, que nacerá fuerte y sano, y ella seguirá viva para cuidarlo y darle todo su amor.

—Promételo —le pidió la pequeña.

—Te lo prometo, Meg.



Ian entró en los aposentos de Brianna y esta se levantó del asiento donde estaba.

—¿Qué traes ahí? —quiso saber, mirando la mano de su hermano.

—Noticias de tu amado.

—¿De Kylian? ¿Qué le ha ocurrido? —preguntó con ansiedad.

Cruzó la habitación con paso rápido y le arrebató la misiva.

Leyó las palabras de Kylian con avidez. A medida que iba leyendo su carta, su corazón se calmaba. Su amado estaba vivo. Había llegado a Irlanda en buen estado y le reiteraba su promesa de regresar a Escocia para desposarse con ella.

Cuando terminó, volvió a leerla. Después, aplastó el pergamino contra su pecho y suspiró de alivio.

—Gracias, Dios, muchas gracias, señor del cielo y de la tierra —musitó—. Protégelo mientras esté en Irlanda y también cuando regrese a Escocia.

—Devuélveme la carta —exigió su hermano.

—No. —Brianna escondió la misiva a su espalda—. Es mía.

—Dame la carta y te dejaré salir de tu alcoba.

La joven dama pensó unos instantes.

—¿Para qué la quieres? Está dirigida a mí. Es de mi amado. Debería conservarla yo, no tú.

—Necesito tenerla en mi poder para comprobar si es cierto todo lo que dice en ella el día que ese malnacido del que te has enamorado regrese a Escocia.

—Sus palabras son sinceras y su promesa también. Kylian cumplirá su palabra —lo defendió Brianna con orgullo.

—Ya lo comprobaremos. De momento, dame la carta. La guardaré en mi sala privada, bajo llave.

Como vio que su hermana se mostraba reticente a entregársela, añadió:

—Te dejaré leerla una vez al día hasta que tu amado Kylian regrese.

—¿Me das tu palabra?

—Palabra de MacLeod.

Brianna le devolvió el pergamino.

Ian miró a Freya, que había permanecido en silencio todo el tiempo.

—Ayúdala a asearse y que baje al salón para desayunar.

La criada asintió con un gesto de cabeza y se dispuso a cumplir su orden.



16

Ian abandonó la alcoba de Brianna y se dirigió a la de su esposa. Desde que la había encerrado en ella, no había pasado ni una sola vez para ver cómo se encontraba. Estaba enfadado con Erin, pero, tras leer la carta de Kylian, había decidido perdonarla.

Se encontró con Meg, que salía de la habitación. La niña, al verse descubierta, sintió miedo y se apresuró a disculparse.

—Lo siento, mi *laird*. Solo quería saber qué tal se encontraba la señora Erin.

Ian la observó desde su altura. La pequeña temblaba de miedo esperando un castigo por desobedecer su orden de no visitar a Erin.

—¿Y qué tal se encuentra mi esposa? —preguntó con una sonrisa tranquilizadora, al tiempo que se acuclillaba para quedar a la altura de la niña.

—Sufre mucho. Mor dice que no se va a morir, pero yo no opino lo mismo —dijo, comenzando a sollozar—. No deja de temblar y sudar. Además, he escuchado que le duele el estómago y se niega a comer o beber.

El *laird* se extrañó. La última vez que le había preguntado a Agnes por el estado de su esposa, en la cena del día anterior, la criada le había comentado que la señora estaba mejor. ¿Qué había sucedido durante esa noche para que ahora estuviese enferma?

Abrazó a la niña para darle consuelo y se levantó con ella en los brazos.

—Si tan preocupada estás por Erin, mandaré llamar a Maura, la curandera.

—Hazlo, por favor, mi señor —le pidió entre lágrimas.

—Está bien —dijo, dejándola en el suelo—. Busca a Angus y a Hugh, y diles que vayan a buscarla.

Meg salió corriendo e Ian entró en la alcoba de su esposa.

Se la encontró tal y como le había contado la niña: sobre la cama, sudorosa y tiritando.

Mor, al verlo entrar, se levantó de un salto.

—Buenos días, mi señor —lo saludó mientras el *laird* cubría con rapidez la distancia que lo separaba de su esposa.

—¿Qué…? ¿Por qué está así? —preguntó, arrodillándose junto al lecho. Tomó la mano de Erin y se la llevó a los labios para depositar un beso en el dorso.

—No me corresponde a mí informaros, mi señor.

—¡Déjate de remilgos y dime ahora mismo qué le ocurre a mi esposa! —gritó, molesto.

Mor se sobresaltó al escuchar los gritos del *laird*.

—Su esposa… —dudó unos instantes— está…

—¿Está cómo? ¡Habla ya, demonio de mujer! —volvió a exigirle.

La doncella tomó aire profundamente y lo soltó al tiempo que contestaba al jefe del clan:

—Su esposa está encinta, mi señor. Está esperando un bebé.

Ian no daba crédito a lo que escuchaban sus oídos. Aunque bien podría ser lo que afirmaba la doncella. Habían yacido casi todas las noches desde que contrajeron nupcias. Por lo tanto, Erin estaba embarazada.

Fue tal la alegría que sintió en el pecho que lo inundó de felicidad. Soltó una carcajada y le dio gracias a Dios por bendecir su matrimonio con un vástago.

—¿Para cuándo nacerá mi hijo?

—No lo sé, *laird*. Los embarazos suelen durar diez lunas.

Ian calculó el tiempo.

—Entonces, nacerá para Beltane o unos días después.

Fiona entró en la alcoba en ese momento.

—¿Qué le pasa a Erin? He visto a Meg llorando. Buscaba a Angus o a Hugh por encargo tuyo, para que busque a Maura. Dice que Erin se va a morir.

Mor puso los ojos en blanco mientras pensaba que la pequeña era muy cabezota. A pesar de que ella le había afirmado que su señora no iba a fallecer, la niña pensaba lo contrario.

—Está encinta, madre —dijo Ian, contento—. Vamos a tener un hijo.

Fiona se acercó más a la cama.

Erin no tenía buen aspecto. Su piel estaba demacrada y tenía una capa de sudor pegada a ella. Además, pequeñas convulsiones sacudían su cuerpo.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó, suspicaz.

—He sido yo, mi señora —contestó Mor.

—¿En qué te basas para afirmar que mi nuera está embarazada?

—Bueno, lleva un par de días sintiendo náuseas y esta noche ha vomitado varias veces. No quiere comer y…

—Eso podrían ser síntomas de un embarazo, sí —la interrumpió —, pero la sudoración y los temblores no creo. Al menos, cuando yo estuve encinta, no los tuve. Y no conozco a ninguna mujer que los haya padecido. Debe ser otra cosa. Le pediré a Angus que se dé prisa en traer a Maura.

Dicho eso, salió de los aposentos con urgencia.

Ian miró a Mor. La doncella vio en sus ojos una especie de resquemor.

—¿Por qué me has dicho que mi esposa está esperando un bebé?

—Mi señor, yo… pensé… que así era —tartamudeó por el nerviosismo.

El joven estuvo a punto de reprenderla, pero se contuvo.

—Busca a Marjorie y que suba un cubo de agua para limpiarle el sudor de la piel —dijo sin embargo.

—Sí, *laird*.

Mor abandonó la alcoba y fue a cumplir la orden de su señor sin demorarse.

Cuando Ian se quedó a solas con Erin, se inclinó sobre sus labios y depositó un beso en ellos.

—Mi amor, no te preocupes. Maura llegará enseguida y te ayudará con lo que sea que te afecta.

Erin abrió los párpados con pesadez.

—Ian —musitó con voz apenas audible. Sus párpados volvieron a cerrarse.

—No te esfuerces, mi amada Erin.

—Ian —volvió a llamarlo—, perdóname.

—Shhh, calla. No debes pedir perdón. Soy yo el que tiene que hacerlo. He sido demasiado cruel contigo, y no te lo mereces. Acepta mis disculpas, por favor.

La dama tragó saliva con dificultad y asintió. Intentó abrir los ojos, pero le pesaban tanto que no pudo.

—A partir de ahora, seré yo quien vele tu descanso —susurró Ian —. Duerme, mi amor.



Angus y Hugh emprendieron la búsqueda de Maura en cuanto recibieron la orden. Salieron galopando sobre sus monturas como si el castillo estuviera en llamas. Cruzaron el bosque con cuidado de no darse con ninguna rama y llegaron al claro. Lo atravesaron con rapidez hasta llegar al otro lado, donde estaba la casita de la curandera.

—¡Maura! —llamó Hugh.

No hubo respuesta.

—¡Maura! —grito esta vez Angus.

Desmontaron y se acercaron a la puerta de la casita. Tocaron varias veces y siguieron llamando a la anciana, pero no obtuvieron nada. Parecía que la curandera había salido.

—Preguntaremos en el pueblo —comentó Angus, subiéndose de nuevo a su corcel—. A lo mejor está atendiendo a alguien.

Hugh asintió y los dos espolearon sus monturas.

Mientras cruzaban el bosque, a varios metros vieron a Agnes. La criada portaba un cuchillo en la mano, con el que cortaba un trozo de la corteza de un tejo. Ninguno de los dos le dio importancia a ese hecho ni se detuvieron a preguntarle qué hacía allí en vez de estar en Dunvegan ocupándose de su trabajo.

Agnes oyó el galopar de los caballos y se resguardó detrás del tejo, sin saber que los hombres de Ian ya se habían percatado de su presencia. Cuando los vio pasar de largo y salir del bosque, siguió con la tarea de cortar la corteza del tejo. Después, cogió varias hojas y los frutos rojos del árbol. Contenta con su tarea, marchó hacia Dunvegan tarareando una canción.

Angus y Hugh llegaron al pueblo. Se dirigieron hacia la plaza y preguntaron por la curandera.

—Estuvo aquí hace dos días. Ethel, la esposa del herrero, parió a su cuarto hijo y Maura estuvo asistiéndola en el alumbramiento —les informó el panadero—. Pero no sé dónde estará ahora. ¿Habéis ido a su cabaña?

—Sí, hemos ido y no está.

La mesonera se acercó a ellos.

—He oído que estáis buscando a Maura.

—Así es. ¿Sabes dónde podemos encontrarla?

—Partió hacia Portree ayer. Su hermana está muy enferma y ha ido a cuidarla.

—¿Cuándo regresará? —preguntó Angus.

La mesonera se encogió de hombros.

—Supongo que cuando su hermana fallezca. He oído comentar que le ha salido un gran bulto en el seno y que está muy débil. Ya no se levanta de la cama. No creo que la pobre mujer viva mucho tiempo.

Los hombres del *laird* se miraron un momento. Después, se despidieron de la tabernera, tras agradecerle la información, y cabalgaron hasta el castillo.

—Mi *laird* —dijo Angus—, Maura está en Portree. Al parecer, su hermana está muriéndose y ella ha ido para asistirla en sus últimos días.

Ian sintió pena por la mujer, pero su esposa la necesitaba también. Era urgente que la atendiera.

—Hugh, ve a buscarla. Llévate a Irvin. Regresad lo antes posible.

—Sí, mi señor.

—Angus —Ian se giró hacia él—, tú te quedarás en Dunvegan por si te necesito.

—Sí, *laird*.

Ian despachó a sus hombres y regresó a la alcoba con Erin.

Mor ya la había aseado con la ayuda de Marjorie. En ese momento, terminaban de cambiarle el camisón por uno limpio. La doncella peinaba el rojizo cabello de su señora mientras la otra criada recogía todo lo que habían usado para quitarle el sudor de la piel.

—Traeré otro cubo y más paños limpios por si se necesitan otra vez —le dijo Marjorie a Mor.

—Bien —aceptó la doncella en voz baja para no molestar a Erin.

—¿Cómo está? —quiso saber el *laird*.

—Al moverla para limpiarle la espalda, ha vomitado otra vez, mi señor. También murmuraba cosas sin sentido y no deja de temblar. Pero no ha abierto los ojos ni una sola vez. Estoy muy preocupada por ella. ¿Cuándo vendrá la curandera?

—Maura está en Portree. Ya he mandado a dos hombres a buscarla.

—Espero que no tarden mucho —suspiró Mor.

—Ese es mi deseo también.

Ian se sentó en la cama junto a Erin y se inclinó hasta que sus labios tocaron la frente de su esposa.

—Resiste, amor mío. Maura llegará pronto para curarte del mal que te aqueja —musitó.

Agnes llegó a su alcoba y sacó del bolsito lo que había recogido en el bosque. Cogió el mortero que mantenía oculto debajo de su jergón y vertió en él unos pocos frutos rojos, tres o cuatro hojas de tejo y un trozo de la corteza del árbol. Después, lo machacó todo con la maza de madera hasta que lo convirtió en polvo.

Acto seguido, repartió el polvo en varios saquitos, que escondió junto al mortero. Se quedó con una bolsita y subió a la cocina.

—Quiero un poco de caldo para llevarle a la señora Erin —le pidió a Lynette.

La cocinera corrió a cumplir su petición.

—¿Cómo se encuentra nuestra señora? —preguntó Lynette.

—Creo que en pocos días estará recuperada. Las fiebres que padece no son tan graves —contestó Agnes.

—Dios te oiga —dijo la cocinera con una sonrisa por las buenas noticias—. ¿Y *lady* Brianna? Según me ha contado Freya, sigue enferma.

—De *lady* Brianna no sé nada.

Agnes cogió el cuenco con el caldo que le había servido Lynette y salió de la cocina. Caminó unos pasos y se detuvo para comprobar que no había nadie a su alrededor. Como estaba completamente sola, sacó la bolsita con los polvos y vertió todo el contenido en el líquido caliente. Metió un dedo y, aguantándose la quemazón, lo removió. Luego, se limpió ese dedo en la falda y continuó su camino hacia los aposentos de Erin.

Al llegar, tocó con los nudillos en la puerta. Cuando oyó la voz del *laird* permitiéndole el paso, entró.

—Traigo un poco de caldo para mi señora, *laird*. Está calentito y le sentará bien.

—Gracias, Agnes —respondió Ian, tomando el cuenco de las manos de la criada.

Agnes se retiró a un lado de la alcoba mientras comprobaba cómo el *laird* hacía lo posible para que su esposa se bebiera algo del líquido.

Erin entreabrió los labios y tomó un trago. Hizo una mueca de asco y se negó a tomar más.

—No… No quiero… —protestó con voz débil.

—Mi amor, debes tomar más. Esto te ayudará —le aconsejó Ian.

La dama abrió los párpados con mucho esfuerzo y volvió a negarse.

—No, por favor… Ian, no…

—Está bien. Lo dejaremos para más adelante.

Miró a Agnes y le hizo un gesto con la cabeza para que abandonase la habitación.

La criada salió con rapidez, al tiempo que escondía una sonrisa de victoria.

Aunque no se bebiera todo el caldo, con las dosis que le había suministrado esos días, había debilitado tanto a Erin que solo le faltaba la estocada final. Y ese final estaba cerca. Lo presentía.



Cuando por fin Brianna pudo abandonar su alcoba, fue a ver a Erin. Se la encontró en un estado lamentable. Sintió una angustia que le atenazó la garganta y le oprimió el corazón.

—¿Qué le sucede? —preguntó a Ian, aproximándose al lecho con rapidez.

—No lo sé. He mandado a Irvin y a Hugh a buscar a Maura, pero está en Portree y no sé cuándo regresarán.

—Rezaremos para que lleguen pronto —comentó Brianna.

Erin, al oír la voz de su amiga, la llamó con un murmullo.

Brianna se sentó en la cama y le acarició la mejilla.

—Estoy aquí.

Erin intentó decir algo más, pero le sobrevino una arcada y empezó a vomitar. Ian la enderezó para que no se atragantara con el vómito al tiempo que ponía debajo de su boca un cubo para recoger el líquido maloliente que salía de su garganta. A pesar de su rapidez, no pudo evitar que un poco de vómito cayese en la sábana.

Mor se apresuró a empapar un paño en el agua que tenía en una palangana y limpió la mancha, aunque no pudo quitarla del todo y tampoco el mal olor que se había adueñado de la alcoba.

Brianna se dirigió a la ventana para abrirla y airear los aposentos, a pesar de la lluvia que caía sobre Dunvegan. Tras unos minutos, la cerró y regresó a la cama, donde se sentó de nuevo junto a Erin.

—Es mejor que no hables —le dijo. Luego miró a su hermano y preguntó—: ¿Cuánto tiempo lleva así?

Mor contestó por él:

—Dos o tres días, mi señora.

Brianna se sorprendió.

—Freya no me ha comentado nada.

La doncella de Erin se encogió de hombros sin saber qué contestar.

—Estabas confinada en tu alcoba. Tenías prohibidas las visitas y cualquier información —le recordó Ian.

Brianna lo miró con enojo, pero asintió.

En ese momento llegaron Meg y Braden. Querían saber en qué estado se encontraba la señora del castillo. La pequeña Meg se echó a llorar cuando vio que Erin no había mejorado nada en el tiempo que ella había estado sin verla. Braden la abrazó para consolarla.

—Tranquila, hermanita. Se pondrá bien. Padre ha ido con Hugh a buscar a Maura. Seguro que regresarán enseguida y Maura la sanará.

—Salid de la alcoba —les ordenó Ian—. Erin necesita descansar.

—Quiero quedarme —replicó Meg, con las lágrimas surcando sus mejillas.

—Por favor, *laird*, permítanos estar con ella un rato más. Le prometo que no haremos nada que perturbe su paz. Meg dejará de llorar ahora mismo. —Braden miró a su hermana, que continuó llorando en silencio.

—De acuerdo —aceptó el joven *laird,* cansado. No tenía ganas de discutir y menos, con un par de críos.



Agnes cogió la bandeja con la cena de la señora y, cuando salió de la cocina, aprovechó para verter más polvos en el caldo de la sopa. Lo

removió con la cuchara y continuó su camino.

Al pie de las escaleras se encontró con Marjorie.

—Dame la bandeja. A partir de ahora, seré yo quien se encargue de la comida de la señora Erin.

Un rato antes, Ian le había ordenado que bajo ningún motivo dejara que Agnes accediera a la habitación de su esposa. La había descubierto en un par de ocasiones con una sonrisa en los labios mientras observaba el sufrimiento de Erin. Estaba plenamente convencido de que Agnes se alegraba del malestar de su joven esposa debido a su rechazo. Aún recordaba la conversación que había mantenido con ella hacía varios días. Agnes pensaba que podrían ser amantes, pero el *laird* no estaba dispuesto a ello. Amaba a su esposa y no rompería su juramento de fidelidad. La criada, con toda certeza, estaba celosa de su señora y por eso se alegraba del malestar de Erin.

—¿Por qué?

—El *laird* me lo ha ordenado.

—¿Por qué? —preguntó Agnes otra vez.

—Yo no cuestiono las órdenes de mi *laird*. Me limito a cumplirlas sin objetar nada.

Marjorie agarró la bandeja y se dirigió a la alcoba de Erin. Mientras la criada se alejaba, Agnes pensó que a partir de ese momento le resultaría más difícil seguir envenenando a Erin. Tendría que ser rápida, antes de que Marjorie fuera a la cocina para recoger los alimentos y bebidas de la señora.



Marjorie accedió a los aposentos de Erin.

—Le traigo la cena, mi señora —le informó, a pesar de que la joven se encontraba en la cama con los ojos cerrados. De vez en cuando, pequeños temblores sacudían su cuerpo.

Ian, que no se había movido de su lado en todo ese tiempo, se levantó y caminó hacia la criada.

—Gracias, Marjorie. Yo me encargaré de dársela.

—Huele de maravilla. Estoy segura de que la sopa estará sabrosa —comentó ella.

Sin embargo, como había ocurrido las otras veces, Erin se negó a beber más después del primer sorbo. Con voz apenas audible, protestó por el mal sabor del caldo.

Ian le devolvió el cuenco a Marjorie.

—Dame la jarra de agua. A ver si quiere beber —le pidió.

Cuando acercó el agua a los labios de Erin, le susurró:

—Bebe, amor mío.

—No quiero más sopa.

—Es agua.

Erin abrió la boca y bebió un largo trago. Después de un rato, su esposo le preguntó si deseaba beber más y ella aceptó. Tomó otro pequeño trago y expresó su deseo de dormir.

—Llévate la bandeja a la cocina. Por esta noche, no creo que coma nada más. Pero deja aquí la jarra de agua, por si acaso.

Marjorie hizo lo que su *laird* le pidió. Cuando salió de la alcoba, cogió el cuenco con el caldo de la sopa y lo olisqueó.

—Pues no huele nada mal. ¿Por qué a *lady* Erin le resulta tan repugnante? —dijo, hablando consigo misma.

Para comprobarlo, bebió un poco de la sopa. En cuanto sintió el mal sabor, lo escupió.

—Puaj, que asco —murmuró—. Con razón la señora Erin se niega a tomarlo. ¿Qué habrá hecho Lynette? Su comida siempre está exquisita —se extrañó.

Continuó su camino hasta la cocina y, al llegar, buscó a la cocinera.

—¿Desde cuándo cocinas tan mal? —quiso saber Marjorie.

Lynette se mostró ofendida.

—Yo no cocino mal. El *laird* y todos los habitantes del castillo me han felicitado varias veces por mi buen hacer y por los deliciosos guisos que preparo.

—Pues este está asqueroso —replicó Marjorie, señalando el cuenco.

—Embustera.

—Si no me crees, pruébalo.

Lynette agarró una cuchara y tomó un poco de caldo. Cuando sintió el mal sabor en la boca, lo escupió como había hecho Marjorie poco antes.

—No lo entiendo. ¿Por qué sabe tan repugnante?

—Eso mismo me he preguntado yo —comentó Marjorie.

Entonces Lynette tomó una cucharada del caldo que aún tenía en la olla y lo probó.

—Este sabe bien.

Marjorie cogió una cuchara, la metió en la olla y se la llevó a la boca.

—Así es —confirmó.

—¿Qué habrá pasado? —quiso saber la cocinera.

—¿Agnes siempre le sube la comida a *lady* Erin?

—Desde que está enferma de fiebres, sí. Siempre —corroboró Lynette.

—¿Alguna vez has visto que Agnes hiciera algo con la comida de la señora?

—¿Algo como qué?

—No sé. Escupir dentro, orinar en la sopa…, cualquier cosa.

Lynette se asustó ante las ideas de Marjorie.

—No, jamás la he visto hacer nada. Además, ¿qué motivos tendría ella para estropear los alimentos de la señora?

—Es bien sabido que desde niña está enamorada del *laird*. Supongo que estará celosa y habrá hecho algo para causar malestar a *lady* Erin —comentó Marjorie, perspicaz.

Lynette se llevó una mano al pecho.

—Me niego a creer que Agnes le desee algún mal a la señora. No sé si estará celosa o no. Además, desde que *lady* Erin llegó a Dunvegan, Agnes se ha mostrado gentil con ella.

—Quizá estuviera fingiendo —rebatió Marjorie—. Por si acaso, la mantendremos vigilada, porque algo está ocurriendo con la comida de la señora. Sale bien de la cocina y, cuando llega a la alcoba, está repugnante.

Lynette asintió.

—A partir de ahora, seré yo y solo yo quien manipule los alimentos de *lady* Erin. Cuando estén listos, los probaré y, si están

en buenas condiciones, los subiré a los aposentos de la señora —acordó Marjorie.

—Me parece bien.

En ese momento llegó Braden. Al ver el cuenco con la sopa, lo agarró y bebió un trago.

Lynette y Marjorie se quedaron asombradas por su rapidez. A ninguna le dio tiempo a detener al muchacho.

—¡Qué asco! —soltó Braden—. ¿Qué has hecho con la cena, Lynette? ¿Por qué sabe tan mal?

—¿Quién te ha dado permiso para beberlo? —lo riñó Lynette.

—Tengo hambre —se excusó el muchacho.

—La próxima vez, te aguantarás y pedirás las cosas con gentileza —lo reprendió Marjorie.

Braden aceptó con una mueca.

—¿Podría tomar un poco de estofado, por favor? —preguntó, mirándolas a ambas—. ¿Y pan y queso?

—Eso está mejor —dijo Lynette—. Ven, siéntate y cena. ¿Dónde está Meg?

—Aún sigue en la alcoba con la señora. No desea separarse de ella.

—Dame un poco de estofado, pan y una manzana, y se lo llevaré para que cene —le pidió Marjorie a Lynette.

La cocinera lo hizo enseguida y Marjorie salió de la estancia.

Después, sirvió a Braden, que empezó a comerse el estofado como si se lo fueran a quitar en cualquier momento. Lynette sonrió al ver el ansia con el que comía el muchacho.

—Si continúas alimentándote así, pronto te convertirás en un jovencito fuerte y apuesto.

—¿Crees que algún día seré un guerrero tan feroz como nuestro *laird*? —preguntó él con ilusión.

—Estoy segura.



17

A la mañana siguiente, Braden se encontraba mal. Había vomitado varias veces durante la noche y se sentía muy débil. Lynette se lo comentó a Marjorie y las dos pensaron lo mismo: Agnes había echado algo en el caldo de la sopa que había hecho enfermar tanto al muchacho como a la señora del castillo.

Decidieron acorralar a la criada y someterla a un interrogatorio, pero esta lo negó todo.

En ese momento, vieron a Irvin y Hugh, que regresaban a Dunvegan con Maura. Despacharon a Agnes y fueron a atender a los recién llegados.

—Maura, no sabes cuánto nos alegramos de que estés aquí por fin —dijo Lynette, al tiempo que abrazaba a la anciana.

Marjorie la saludó del mismo modo.

—¿Cómo se encuentra tu hermana? —preguntó Marjorie.

—Falleció al poco de llegar a Portree. No pude hacer nada por ella. La enfermedad que padecía estaba muy extendida y estaba tan debilitada que no pudo luchar contra ella.

Las dos le dieron el pésame por la muerte de su familiar.

—No perdamos más tiempo —comentó la anciana—. Llevadme hasta *lady* Erin.

Marjorie le ofreció su brazo y la curandera se agarró a él para caminar.

Mientras subían las escaleras, Marjorie le comentó sus sospechas respecto a Agnes.

—Necesitarás pruebas —dijo Maura.

—No sé cómo, pero las encontraré. Además, el muchacho de Irvin, Braden, se tomó un poco del caldo de la sopa que le sobró anoche a *lady* Erin y esta mañana se encuentra indispuesto. Ha vomitado varias veces y le duele mucho el estómago. Tiene sudores y está débil.

—Por lo que me han comentado Hugh e Irvin, son los mismos síntomas que aquejan a la señora Erin, además de pequeñas convulsiones y confusión. Deseo verla cuanto antes. Aceleremos el paso —pidió la anciana—. Luego atenderé al muchacho.

Cuando llegaron a la alcoba de Erin, se encontraron allí con Brianna, Fiona, Mor, Meg e Ian.

—Aquí hay demasiada gente. Le estáis robando el aire a nuestra señora. Marchaos todos —ordenó—. Excepto tú, Marjorie. Me ayudarás.

—No me moveré del lado de mi esposa —replicó Ian.

—Joven *laird*, obedeceréis igual que el resto —lo enfrentó Maura.

Ian abrió la boca para replicar, pero la curandera alzó un dedo y lo silenció con una mirada severa.

—Aquí no tenéis nada que hacer —dijo la anciana—. Ya habéis velado bastante a vuestra esposa. Id al salón y alimentaos bien. Estáis más delgado que la última vez que os vi, mi señor.

El *laird* aceptó a regañadientes.

—Deseo que me mantengáis informado en todo momento sobre el estado de mi esposa —dijo, antes de abandonar la alcoba.

Una vez que se quedaron a solas con Erin, la anciana la examinó.

Levantó cada uno de sus párpados y comprobó que tenía las pupilas dilatadas. Después, colocó su oreja en el pecho de Erin para escuchar su corazón. A continuación, palpó con los dedos el abdomen de la señora. Esta se quejó entre murmullos.

—Mi señora, es necesario hacer todo esto. Debo evaluar vuestro estado antes de preparar algún brebaje curativo. Sospecho que os

han estado envenenando —expresó al ver el sudor que cubría su piel.

Cogió las manos de Erin y comprobó las uñas. Las tenía azules, al igual que los labios, lo que indicaba falta de oxígeno. A todo eso debía sumar el hecho de que, a cada poco, el débil cuerpo de la joven dama se veía afectado por pequeñas convulsiones y estaba demasiado adormilada.

Marjorie pensó que Agnes era la culpable, pero sin pruebas no podía acusarla de nada, como bien le había indicado la curandera. Además, Braden había enfermado al beber el caldo que había en el cuenco de Erin.

—Ve a la cocina y súbeme una jarra con agua caliente y una copa —le ordenó a Marjorie.

La criada salió inmediatamente de la alcoba para cumplir con su mandato.

Erin abrió los ojos con mucho esfuerzo y en voz muy baja, casi en un susurro, le agradeció a Maura que estuviera allí intentando sanarla.

—No debéis hablar, mi señora. Es mejor que guardéis vuestras fuerzas.

Se dirigió a la mesa que había en la habitación y puso sobre la madera una bolsa con varias hierbas y flores. También sacó un pequeño mortero de madera. Echó en él algunas flores y varias hojas de un tono verde azulado. Lo machacó todo con una maza y esperó a que Marjorie llegara con lo que le había pedido. Cuando la criada entró en la alcoba, le pasó la jarra de agua caliente para que la curandera terminase de preparar el brebaje curativo. Maura vertió el contenido del mortero en la jarra. Lo removió un par de veces y, con un filtro, sirvió un poco en la copa. Se acercó a la cama.

—*Lady* Erin, os he preparado un remedio. Debéis tomarlo. Os hará bien.

Marjorie ayudó a Erin a incorporarse. Maura puso la copa en los labios de la joven dama para que bebiera.

Erin dio un pequeño trago.

La anciana le hizo una señal a Marjorie para que la tumbase otra vez.

—Debemos administrarle este remedio cada poco tiempo. No podrá tomar nada más que el brebaje que he preparado. Cuando su mejoría sea visible, empezaremos a darle caldos y fruta triturada. Después, podrá comer carne.

—Me encargaré personalmente de la comida de *lady* Erin —le prometió Marjorie.

—Tráeme queso y pan. Y una jarra de cerveza. Estoy hambrienta.

—¿No deseáis comer nada más? Lynette ha hecho hoy un asado de venado que huele de maravilla y seguro que sabrá mejor.

—De momento, trae lo que te he pedido. Mi viejo estómago necesita poco alimento. Más tarde, probaré el sabroso asado de Lynette. Y tráeme otra copa para darle este remedio al muchacho. Si dices que tomó el mismo caldo que la señora y sus síntomas son los mismos, se habrá envenenado.



Cuatro días después, Erin se encontraba mucho mejor. Todos en el castillo se alegraron y comentaron lo buena curandera que era Maura. Ian se lo quiso agradecer con monedas de plata, pero la anciana se negó. Sin embargo, le propuso otra opción.

—Mi pago será que permitáis a *lady* Brianna amar a quien ella elija.

El *laird* frunció el ceño y la observó, perspicaz.

—Vos sabéis algo que no queréis contarme —afirmó más que preguntó.

—Lo único que sé es que *lady* Brianna y ese joven deben estar juntos para ser felices. Si valoráis la felicidad de vuestra hermana, dejad que lo ame.

—Cuando llegue el momento, ese bastardo deberá demostrar su valía, su honor y su amor por Brianna. Solo así consentiré que mi hermana se despose con él —dijo con determinación.

Maura lo miró como a un niño pequeño con una rabieta.

—Está bien. Pero, si no dejáis que la pareja se ame, no obtendré mi pago y estaréis en deuda conmigo el resto de vuestra vida —

comentó al cabo de un rato.

—¿Me estáis amenazando, Maura? —quiso saber Ian, jocoso.

—No es una amenaza, *laird*: es una recomendación. Por vuestro bien, espero que hagáis lo que os he aconsejado. De lo contrario, pesará en vuestra conciencia hasta el último día de vuestra vida.

El señor del castillo y la curandera se midieron con la mirada unos instantes más hasta que ella comentó:

—Iré a ver qué tal está Braden, mi señor.

Maura abandonó la estancia privada de Ian y se dirigió hacia la cocina. Al llegar, se encontró con el muchacho comiendo como si el mundo fuera a acabarse. Masticaba los alimentos con los carrillos llenos y aún no había tragado lo que tenía en la boca cuando se metió otra cucharada de estofado de jabalí.

—Come más despacio, Braden, o te atragantarás —le recomendó Lynette.

Maura sonrió. El muchacho estaba en perfectas condiciones. Le había costado menos recuperarse que a Erin porque a él había ingerido menos veneno.

Marjorie y ella seguían sospechando de Agnes, pero necesitaban pruebas para denunciarla ante el *laird*.

Se sentó a la mesa donde estaba Braden y le pidió a Lynette que le sirviera un poco del estofado que con tanta ansia estaba devorando el muchacho.

Marjorie llegó en ese momento con la bandeja vacía de la señora del castillo.

—*Lady* Erin se lo ha comido todo —exclamó contenta Lynette.

—Está recuperándose bien —añadió Marjorie.

—Me alegro muchísimo —comentó la cocinera, feliz porque su señora estuviera mejor.

—Yo también me alegro —dijo Marjorie. Se giró hacia Maura y se acercó a su oído—. He visto a Agnes ir al bosque. Ahora que está fuera de Dunvegan, voy a colarme en su alcoba para buscar alguna prueba.

—Date prisa, y no olvides dejarlo todo como estaba para que no sospeche que alguien ha estado rebuscando entre sus cosas —le aconsejó la anciana en voz baja.

Marjorie asintió y se dirigió a los aposentos que ocupaba la servidumbre del castillo.



Ian subió a su alcoba y, al entrar, se encontró con Mor ayudando a vestirse a Erin.

—Ya me ocupo yo, Mor —le dijo.

La doncella abandonó la estancia con discreción. Sabía que los esposos querían estar un tiempo a solas y ella no deseaba incomodarles.

Erin le mostró una gran sonrisa.

—¿Cómo te encuentras hoy, amor mío?

—Mucho mejor que ayer.

—Date la vuelta. Te ayudaré con las cintas del vestido.

Ella hizo lo que le había pedido su esposo.

Ian no pudo resistir la tentación de acariciar su nuca. A Erin la recorrió una sacudida de placer y emitió un suave ronroneo.

—No sabes cuánto he extrañado tus caricias —gimió en voz baja.

—Yo también. Añoraba tu piel, tus sonrisas, tus besos —dijo mientras le ataba las cintas. Cuando acabó, la giró para ponerla frente a él—. Debo pedirte perdón.

Erin lo miró extrañada.

—¿Perdón por qué?

—En nuestro enlace, prometí que te protegería, y no ha sido así —dijo, mortificado.

—Tú no sabías que esto iba a suceder —declaró ella con dulzura.

—He tenido tanto miedo de perderte…

Ian la abrazó con tanta fuerza que Erin notó el golpeteo del corazón de su marido en su propio pecho.

—En las batallas que he librado jamás sentí un temor tan grande como en estos días, cuando agonizabas en nuestro lecho y lo único que yo podía hacer era agarrarte de la mano mientras esperaba a que Maura llegase.

El joven le dio un beso en la oreja donde había vertido todas esas palabras. De ahí pasó a la mejilla, que había perdido la palidez mortal de esos días y ahora lucía sonrosada. Recorrió con pequeños besos esa parte de su bello rostro hasta que llegó a sus labios y los acaparó. Bebió de ellos como si estuviera sediento y acabase de encontrar un manantial. Los degustó a placer hasta que metió la lengua en la boca de su esposa para danzar con la de ella, una danza sensual que provocó jadeos y que les erizó toda la piel. Sus corazones latían con frenesí y una descarga de energía sexual se apoderó de ellos.

Ian rompió el beso de forma abrupta.

—No debo tomarte —gimió a poca distancia de la boca de Erin.

—¿Por qué?

—Porque todavía no estás recuperada del todo —respondió, pegando su frente a la de ella. Cerró los ojos e intentó calmar su respiración alterada.

—Por supuesto que lo estoy —afirmó la joven.

—No, no lo estás. Ahora mismo no podría tratarte con la delicadeza que necesitas. Me comportaría como un animal salvaje y te dañaría —contestó, abriendo los ojos mientras se despegaba de su frente.

—Si he sobrevivido a un envenenamiento, podré sobrevivir a una mañana de lujuria y placer con el bruto de mi esposo. —Le sonrió para convencerlo—. Además, tú sabes ser dulce y delicado cuando la situación lo requiere —añadió.

—En este momento te juro que no podría serlo —repitió él.

—Entonces —giró con él y lo empujó para que cayera sobre la cama. Acto seguido, se subió a su regazo—, yo tomaré el mando, mi señor.

Erin buscó bajo el *kilt* de Ian su erección y, cuando la halló, se empaló en ella.

El joven *laird* abrió los ojos, asombrado ante el descaro y la fuerza que demostraba su esposa en aquel momento, y se dejó hacer. Erin subía y bajaba por su dureza, con las manos apoyadas en el torso de su marido. Sin dejar de mirarlo, se mordió un poco el labio inferior.

Ese gesto hizo que Ian se encendiera todavía más. Llevó las manos hasta las caderas de Erin y la acompañó en su vaivén.

La sangre corría enloquecida por sus venas, llevando la dicha a cada rincón de sus cuerpos. Erin se inclinó hacia delante para rozar con la pelvis de su esposo ese punto que la hacía estremecer de gozo.

En la alcoba resonaban los ruidos de los dos, amándose, como si el mundo fuera a acabar ese mismo día. Poco a poco, fue extendiéndose el aroma picante del sexo.

Aumentaron el ritmo hasta que llegaron al éxtasis y estallaron de placer.

Erin cayó desmadejada sobre el firme pecho de Ian y él la rodeó con sus brazos.

El duro torso del *laird* subía y bajaba con la respiración errática, lo que hacía que ella se moviera al mismo compás.

Una vez que sus corazones se calmaron, Ian reclamó su boca con un dulce beso.

—¿Qué te dije? ¿Lo soportaría o no? —comentó ella.

El joven se rio.

—Ay, mi hermosa y cabezota mujer. —Suspiró y la miró unos instantes, perdido en sus azules ojos, antes de añadir—: Te amo.

—Yo también.

—No sé qué hubiera sido de mí si llego a perderte.

—Soy una mujer fuerte. Resistí hasta que llegó Maura para sanarme. Debemos dar gracias a Dios por tenerla.

Ian asintió y la apretó todavía más contra su pecho.

—¿Sabes? Maura no quiso que le pagara por sus servicios. No quería monedas ni plata ni nada. Solo me pidió una cosa.

—Después de lo mucho que nos ayudó, se la darías, por supuesto.

—Todavía no he podido hacerlo. Debo esperar hasta Beltane.

—¿Hasta Beltane? ¿Por qué?

—Porque me pidió que le diera permiso a Brianna para desposarse con ese malnacido de Kylian MacDougall cuando regrese de Irlanda.

—No te habrás negado, ¿verdad? —contestó—. Brianna me mostró ayer la carta que le escribió su amado, y creo que sus palabras son sinceras. Debes permitir que se amen. Tu hermana merece ser feliz.

—Voy a ser cauto —replicó Ian—. Esperaré a que el bastardo regrese y comprobaré si es un hombre honorable y de paz, como dice en su carta.

—El tiempo le dará la razón.

—Otra cosa es que el rey lo perdone.

—Rezaremos para que así sea.

Erin se inclinó sobre sus labios y los besó. Luego movió un poco las caderas para recordarle que su miembro aún estaba en el interior de su cuerpo. Aquel movimiento endureció la virilidad de Ian.

Pero el rugido del estómago de Erin les dijo que no podían entretenerse más. La señora del castillo debía alimentarse.

Los dos se rieron mientras se levantaban del lecho y recomponían sus ropas.

—¿Se sabe algo de la persona que ha intentado acabar con mi vida? ¿Hay algún sospechoso? —volvió a preguntar ella, antes de abandonar la alcoba.

—Maura y Marjorie sospechan de alguien de Dunvegan. Sin embargo, no me han dicho de quién se trata. Dicen que deben tener pruebas antes de hacer ninguna acusación. Yo no desconfío de nadie del castillo, pero nunca se sabe. He ordenado a mis hombres que estén al acecho por si esa persona que quiere verte muerta lo volviera a intentar.

A Erin la recorrió un estremecimiento al escuchar que alguien deseaba su muerte.

—Quienquiera que sea no lo conseguirá —afirmó el *laird* al notar que su amada esposa temblaba—. Te protegeré con mi cuerpo, con mi vida y con mi alma. Y, cuando descubra al culpable, se lo haré pagar con un buen castigo. Lo juro.

Marjorie entró en los aposentos de Agnes y echó un vistazo a toda la estancia. Solo había un jergón, una pequeña jofaina con agua para asearse y un pequeño baúl, donde supuso que guardaba las pocas pertenencias que tendría la criada, así que no sería difícil encontrar alguna prueba.

Se dirigió primero el arcón. Lo abrió y revolvió con cuidado la ropa que contenía. Solo encontró un vestido muy gastado, una camisa limpia y unas botas que habían visto tiempos mejores. En el fondo del baúl encontró una bolsita de tela, pero al abrirla no halló nada. Como su búsqueda no dio frutos, caminó hasta el jergón.



A Agnes le quedaba poco para llegar al bosque cuando recordó que no llevaba el cuchillo para cortar más corteza de tejo, así que dio la vuelta y desanduvo el camino. Llegó a Dunvegan poco después de haber salido de la fortaleza y se dirigió a su alcoba con premura. Si alguien la descubría en los pasillos de la servidumbre en vez de estar limpiando el salón, la reprenderían y le harían saber al *laird* que había descuidado sus tareas.

Abrió la puerta de su dormitorio y, al entrar, se encontró con Marjorie, que cruzaba en ese momento la alcoba.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Agnes, enfadada.

—He venido a buscar pruebas. Sospecho que tú eres la causante del envenenamiento de *lady* Erin —contestó Marjorie, enfrentándose a ella.

—¿Yo? No me hagas reír —disimuló—. ¿Qué motivos podría tener yo para desear la muerte de la señora?

—Siempre has estado enamorada de nuestro *laird* y, como él se ha casado con otra, quieres eliminarla. Estás celosa —la acusó.

Agnes soltó una carcajada histérica. No entendía cómo la habían descubierto. Sin embargo, no iba a dejarse atrapar tan fácilmente. Disimularía un poco más para conseguir librarse de la entrometida de Marjorie.

—Qué imaginación tienes —comentó—. Pero hay un error en tu cuento. El *laird* jamás se desposaría con una criada como yo.

—Sabes bien que algunos hombres, al enviudar, buscan a otra mujer para que les caliente la cama mientras encuentran a otra esposa que sustituya a la fallecida.

—Algunos, tú lo has dicho —replicó Agnes—. Sin embargo, no creo que Ian sea un hombre de esos.

Aunque en el fondo de su corazón deseaba que así fuera. Una vez enterrada Erin, su mayor deseo era que Ian corriera a sus brazos buscando consuelo. Antes de casarse otra vez. En caso de que eso sucediese, tenía intención de librarse de la segunda esposa como había hecho con la primera.

«Todavía no te has librado de Erin», le recordó su mente.

«Tendré que idear otro plan para asesinarla», pensó al segundo siguiente.

—Y yo no te creo a ti —dijo Marjorie—. Estoy segura de que fuiste tú quien envenenó a la señora Erin con algunas hierbas que debiste coger del bosque. O con la corteza de tejo. Sé que es venenoso.

Agnes intentó mantener la calma al verse descubierta. Caminó hacia el jergón donde dormía y se sentó en él.

—Ah, ¿sí? ¿La corteza de tejo es venenosa? No tenía ni idea —respondió mientras buscaba con disimulo el cuchillo que escondía bajo su lecho.

—No te hagas la tonta. Todos sabemos por estos lares qué plantas son venenosas y cuáles no —la acusó. Se acercó a ella hasta que sus rodillas se tocaron.

—En verdad, no sé de qué me estás hablando —siseó entre dientes, cansada de las acusaciones de la otra.

Marjorie, con un rápido movimiento, la agarró del pelo para levantarle la cabeza y que la mirase a los ojos.

—Tarde o temprano te descubriré, y pagarás por todo el mal que has hecho.

—Nunca lo descubrirás —murmuró, antes de clavarle el cuchillo en el estómago.

El cuerpo de Marjorie cayó hacia un lado. Agnes vio como abría la boca para pedir ayuda o para delatar a gritos lo que estaba

sucediendo en ese momento en los aposentos de los criados.

Sin embargo, fue más rápida que Marjorie. Sacó el cuchillo que había clavado en su vientre y le cortó la garganta para impedir que las palabras salieran de ella. La sangre manó a borbotones, ensuciándole el vestido.



Maura tuvo el presentimiento de que algo iba mal. Dejó de masticar el trozo de queso y cerró los ojos. Respiró profundamente para conectar con esa parte de su alma que le indicaba lo que ocurría en esos momentos. Siempre había tenido ese don y su intuición no fallaba nunca.

Abrió los ojos y se levantó del banco de madera en el que estaba sentada, en la cocina.

—¿Te encuentras bien, Maura? —le preguntó Lynette—. Estás pálida.

—Marjorie —murmuró la anciana—. Algo terrible le ha sucedido.

Dicho eso, abandonó la cocina con una rapidez que dejó a Lynette pasmada.

Maura bajó las escaleras para dirigirse a los aposentos de la servidumbre. Conocía bien el castillo, ya que muchas veces había tenido que acudir a curar a distintas personas de las que habitaban en él.

Cuando llegó a la alcoba de Agnes, estaba sin resuello. Se detuvo un momento para tomar aliento y se recostó en la pared.

La criada salió de su habitación y se topó con la anciana.

—Maura —pronunció con voz dulce—, ¿te encuentras bien? Te noto algo sofocada.

—Solo me he detenido un momento para tomar aliento.

—¿Qué haces aquí, en el corredor de los criados? No hay nadie enfermo ni que necesite de tus cuidados ni remedios, que yo sepa.

En ese instante, la curandera reparó en una pequeña mancha de sangre en la barbilla de la criada.

Agnes se había cambiado de ropa y se había lavado, pero no había eliminado del todo el rastro del asesinato de Marjorie.

—Te buscaba a ti —dijo la anciana.

—¿A mí? ¿Para qué? —se sorprendió Agnes.

—Te necesitan en la cocina —mintió.

La criada hizo una mueca. Le extrañaba que la necesitasen en la cocina, porque ella se dedicaba a otras tareas en el hogar de los MacLeod. Solo acudía a la cocina cuando tenía que servir la mesa para la comida o la cena, y puesto que el almuerzo ya había pasado…

En ese preciso instante se dio cuenta de que Maura también sospechaba de ella, al igual que Marjorie.

—He olvidado coger algo en mi alcoba. ¿Me acompañas y luego subimos juntas a la cocina? —le propuso Agnes.

—Claro. Tú delante.

—Sería de mala educación que te diese la espalda. Los ancianos deben ser los primeros.

—Descuida. No se lo contaré a nadie. Por una vez…

La curandera le guiñó un ojo y esbozó una sonrisa que pretendía ser cómplice.

Pero Agnes no dio su brazo a torcer.

—Insisto —replicó, empezando a impacientarse.

—Yo insisto más.

—Basta ya de bobadas —gruñó Agnes. Agarró a la curandera por un brazo y la metió en su alcoba—. Sé por qué estás buscándome.

Maura echó un vistazo a la estancia. En el suelo aún había restos de sangre, pero no veía el cuerpo de Marjorie por ningún sitio.

—¿Qué has hecho con ella? —preguntó la anciana.

—La he matado por entrometida y a ti te haré lo mismo.

Maura vio cómo sacaba un cuchillo. Se imaginó que sería el mismo con el que había asesinado a Marjorie, aunque estaba limpio. En ese momento, se dio cuenta de que había ropas sucias en una esquina de la estancia, casi tapadas con una manta.

—¿Dónde la tienes? —quiso saber la curandera.

—Preguntas demasiado —contestó Agnes, cerniéndose sobre ella —. Y por eso vas a morir.

La criada atacó a Maura, pero ella alzó los brazos para protegerse. Le hizo un corte profundo en la tela del vestido que llegó a tocar la carne. Del brazo, empezó a manar sangre.

Maura aulló de dolor, más lo aguantó. Propinó una patada en la espinilla de Agnes, y esta también se resintió por el golpe.

—Maldita vieja. Acabaré contigo —siseó la criada.

Alzó de nuevo el brazo para descargar otra cuchillada directa a la cabeza de la anciana. Sin embargo, esta se cubrió con las manos y el cuchillo le seccionó un dedo. Maura gritó tanto y tan alto que la oyeron hasta en la cocina.

Todos paralizaron sus tareas y, cuando escucharon otro grito de dolor, Lynette y Braden acudieron al pasillo de los aposentos de la servidumbre para averiguar qué sucedía.

Mientras, Agnes había tirado al suelo a Maura y se disponía a clavarle el cuchillo por tercera vez. Pero la anciana, a pesar del dolor, seguía peleando con ella. Intentaba quitársela de encima, pero no podía. Se revolvía como si estuviera ardiendo en una hoguera y tuviese que escapar.

—Estate quieta, maldita vieja —siseó de nuevo, intentando clavarle el cuchillo en el corazón.

Como Maura no dejaba de moverse bajo ella, se lo clavó en el hombro justo en el momento que llegaban Lynette, Braden y dos criadas más que trabajaban en la cocina.

Al ver el dantesco espectáculo, entraron en tropel en la alcoba para detener a Agnes. Braden se tiró sobre ella para derribarla y se llevó un tajo en el costado que le hizo gemir, pero consiguió su propósito: liberar a Maura.

Lynette y las otras dos mujeres sujetaron a Agnes, a pesar de que esta intentaba alcanzarlas con el cuchillo.

—Braden, ¿estás bien?

—Sí, ha sido un rasguño —mintió el niño, cubriéndose el corte con una mano.

—Ve a buscar al *laird* —le pidió.

El muchacho salió corriendo y Lynette observó a Maura.

Estaba cubierta de sangre. Del dedo que Agnes le había seccionado no paraba de manar sangre. También del tajo que tenía

en el brazo y el hombro.

—Te recuperarás —animó a la anciana.

Agnes continuaba revolviéndose entre las tres que la tenían sujeta hasta que una de ellas, la más corpulenta, le dio un puñetazo en la sien y la dejó inconsciente.

Le quitaron el cuchillo y la maniataron con un trozo de tela.

Lynette se acercó entonces a Maura.

—¿Puedes levantarte?

—Sí, pero necesitaré ayuda.

Mientras la cocinera la alzaba, le preguntó qué había ocurrido.

—Marjorie y yo sospechábamos que Agnes fue quien envenenó a *lady* Erin. Marjorie bajó aquí para buscar pruebas, pero tardaba tanto en regresar que tuve un mal presentimiento. Por eso vine a esta alcoba. Al llegar, Agnes me atacó. —Se saltó la parte en la que había tenido la conversación en el pasillo y cómo la criada la había metido por la fuerza en sus aposentos.

—¡Dios mío! ¡Qué horror! ¡No puedo creer que Agnes haya sido capaz de hacer todo lo que dices!

—Tú misma has visto cómo ha intentado acabar con mi vida.

—¿Dónde está Marjorie? —preguntó Lynette, echando un vistazo alrededor de la estancia.

Una de las otras dos mujeres se acercó hasta el montón de ropa cubierta con una manta. Agarró la manta y tiró de ella para descubrir lo que se ocultaba debajo.

El cuerpo de Marjorie, cubierto de sangre, yacía sin vida.



18

Braden subió corriendo las escaleras, cruzó la cocina deprisa y, cuando llegó al salón, se desplomó. La herida que le había infligido Agnes había dañado su cuerpo seriamente y la carrera le había restado fuerzas.

Por suerte, Angus y Hugh salían en ese momento de la estancia privada de Ian después de hablar sobre unos asuntos del clan. Se dirigieron hacia el muchacho con prisa y Angus lo cogió en brazos. Reparó en su ropa manchada de sangre y en la palidez de su piel.

—¿Qué te ha pasado, muchacho? —preguntaron los dos a la vez.

—Agnes ha intentado asesinar a Maura —dijo con un hilo de voz.

—¿Dónde? —quiso saber Hugh.

—En su alcoba. He saltado sobre ella para detenerla y me ha herido.

Angus y Hugh se miraron.

—Ve a ver. Yo me ocupo del chico —le ordenó Angus a su compañero de armas.

Hugh se marchó deprisa hacia la zona donde estaban las alcobas del servicio.

Angus llevó a Braden hasta la gran mesa del salón y lo depositó allí.

—Pronto estarás bien —dijo, examinando el corte—. Tu primera herida de guerra —bromeó con el muchacho para animarlo.

Ian salió de su estancia privada al escuchar voces en el salón y, cuando vio a Angus con Braden, se acercó raudo para saber qué había ocurrido.

Angus le relató lo poco que sabía.

El *laird* se enfureció.

—Presiona esa herida para que no sangre más.

Vio que Freya llegaba al salón con una escoba para barrerlo. La criada había retomado su anterior ocupación en el castillo tras la liberación de Brianna.

—Freya, ve a buscar a mi madre. ¡Rápido! —le ordenó.

La joven dejó la escoba y salió corriendo para encontrar a Fiona.

Ian miró entonces a Braden.

—Pronto estarás recuperado —dijo animando al muchacho—. Has demostrado ser valiente al intentar detener a Agnes. Serás un gran guerrero. Espero contar contigo si tenemos que librar alguna batalla más.

—Sí, *laird* —contestó Braden, sintiéndose orgulloso por las palabras de su señor.

Freya regresó al salón con Fiona. Detrás de ella caminaban Erin, Brianna y Mor. La doncella llevaba de la mano a Meg, con la que habían estado jugando hasta que las avisaron de lo que sucedía.

La niña se puso a llorar en cuanto vio a su hermano herido.

—¿Se va a morir? —preguntó entre lágrimas.

—No, cielo. *Lady* Fiona le curará —contestó Mor, abrazándola contra su cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron las otras mujeres.

Ian las puso al corriente de lo acontecido.

En ese momento, Hugh regresó con Maura en los brazos, malherida. Tras él caminaban Lynette y las otras dos criadas con Agnes, que seguía maniatada, pero ya había recobrado el sentido.

El *laird* comenzó a dar órdenes.

—Hugh, lleva a Maura a los aposentos de los invitados. Brianna y Erin, ocupaos de ella. Angus, tú igual con Braden. Mi madre irá contigo para curarlo.

Se giró hacia Agnes mientras el resto cumplían sus mandatos.

—¿Qué has hecho, perra desgraciada? —la interrogó con furia.

Se acercó a ella y la agarró del cuello.

Las criadas que la sujetaban por los brazos la soltaron y retrocedieron varios pasos. Ian, con un gesto, les indicó que volvieran a sus quehaceres en la cocina. Lynette se marchó con ellas. Freya observaba todo con el rictus serio de siempre.

—Por tu bien, espero que Maura y Braden sobrevivan —siseó.

—Todo lo he hecho por ti, mi amado —contestó Agnes con la voz estrangulada, pues las manos de Ian seguían en torno a su garganta. En su mirada, el joven vio un punto de locura.

—No me llames así. No soy tu amado, soy tu *laird* —mordió cada palabra—. Freya, ve a buscar a Irvin.

Cuando la criada abandonó el salón, Ian dejó caer las manos del cuello de la criada y la agarró de un brazo. Luego, la obligó a caminar hasta la mesa y la sentó en uno de los bancos.

—Ian, te amo. Siempre te he amado. Todo lo que he hecho ha sido por nosotros, para que podamos estar juntos —repitió Agnes.

—¡No hay un nosotros! —le gritó, perdiendo la paciencia—. ¡Y nunca lo habrá! ¡Voy a mantenerte encarcelada hasta que decida qué hacer contigo! ¡Maldita perra!

Irvin llegó al salón.

—Mi señor, Freya me ha contado que Agnes ha herido a mi hijo. ¿Dónde está? ¿Puedo verlo?

—Mi madre está ocupándose de él, pero no te preocupes, se recuperará. Puedes ir a verlo. Estará en alguna alcoba de las que tenemos para los invitados. Yo voy a llevar a esta desgraciada a una celda.

Irvin salió corriendo en busca de su hijo.



Erin y Brianna lavaron las heridas de Maura y se las cosieron. Las dos estaban acostumbradas a esos menesteres debido a tantos años

de guerra. De vez en cuando, les había tocado remendar la carne y la piel de algún familiar o de alguien del castillo.

Sin embargo, tenían poca experiencia en cauterizar las heridas con una daga calentada en el fuego.

—¿A qué esperáis? —las apremió la anciana—. Hacedlo de una vez.

—Tememos hacerte daño, querida Maura —respondió Brianna.

—¿Podrás soportar el dolor? —quiso saber Erin.

—Por supuesto que lo soportaré. Seré vieja, pero sigo siendo fuerte, así que dejaos de remilgos y hacedlo.

Brianna y Erin se miraron unos instantes.

—De acuerdo. Tú sujétala y yo le pondré la daga —dijo Brianna.

Erin abrazó el pequeño cuerpo de Maura por detrás y sujetó la mano donde tenía la herida. Mientras, Brianna se acercó a la chimenea donde estaba el puñal. Lo sacó y se giró hacia ellas.

—¿Preparadas? —preguntó.

En el momento el que ambas afirmaron, Brianna colocó el metal candente contra el dedo seccionado de Maura. La anciana aulló de dolor y Erin la abrazó más fuerte al tiempo que le susurraba palabras de ánimo. El olor a carne quemada se extendió por la habitación y a Erin le provocó una arcada. Sin embargo, la aguantó.

Unos instantes después, Brianna retiró el puñal y Maura se desmayó por el dolor.

Las dos jóvenes se asustaron.

—¡Ay! ¡La hemos matado! —dijo horrorizada Erin.

—No creo —replicó Brianna, rezando para que Dios no se la llevara todavía.

En ese momento, Fiona entró en la alcoba.

—Madre —se dirigió a ella con rapidez—, creo que ha perdido la consciencia.

—Suele pasar —comentó Fiona—. Quedos tranquilas. En poco tiempo, la recobrará.

Las dos damas suspiraron aliviadas.

—¿Qué tal está Braden? —quiso saber Erin.

—Es un muchacho fuerte. La herida no era tan grave como me ha parecido en un principio. Ahora está con su padre, Meg y Mor.



El *laird* estaba reunido en su sala privada con Angus, Hugh, Fiona y Brianna. Erin se había quedado cuidando de Maura.

Poco antes, sus hombres habían llevado el cuerpo inerte de Marjorie a una de las alcobas para que la amortajasen y poder enterrarla.

Tras hacer algunas averiguaciones, descubrieron las bolsitas con hierbas y la corteza de tejo bajo el jergón de la habitación de Agnes.

Se las mostraron a la curandera cuando esta recobró el sentido y ella les confirmó que servían para fabricar venenos.

Comenzaron a atar cabos y tuvieron la certeza de que la criada había estado envenenando a Erin poco a poco.

Ian no pudo controlar su furia y, con el brazo, barrió todo lo que estaba sobre la mesa. Volcó la silla y gritó de rabia.

—¡Voy a matar a esa perra!

Fiona y Brianna se alarmaron.

—Tranquilo, hijo.

—Cálmate, Ian.

—Mi señor, entendemos su malestar e indignación, pero las decisiones hay que tomarlas en frío —dijo Angus.

—¿Crees que no lo sé? —gritó el joven—. La estrangularía con mis propias manos. Le daría más de cien latigazos hasta que tuviera la espalda en carne viva. Le sacaría los ojos de las cuencas. Le cortaría cada uno de los dedos de las manos. Le sacaría el corazón para echárselo a los cerdos.

—No puedes hacer eso —comentó Fiona.

Ian los observó uno por uno.

—Ya sé que no puedo hacerlo. Todo el clan se volvería contra mí si me ensañase con ella de esa manera. Pero tampoco puedo dejar que siga viviendo, aunque sea encerrada en la cárcel por el resto de su vida.

—Lo que ha hecho Agnes ha sido una traición —intervino Brianna —. Ha intentado asesinar a la esposa del *laird*. Deberías ahorcarla.

—Eso mismo estaba pensando yo —comentó Hugh.

—Primero, tendré que someterla a un juicio en el que estarán presentes todos los miembros del clan y, luego, dictaré sentencia —les informó Ian mientras intentaba controlar su rabia—. Pero esa maldita perra desgraciada pagará con su vida por el ultraje que le ha hecho a mi esposa.



Al día siguiente, dispusieron el salón para el juicio. Cuando llegó la hora, dos carceleros fueron a buscar a la presa. La gran estancia estaba a rebosar de gente. Todos se habían enterado ya de lo sucedido. Y todos opinaban de igual modo: Agnes debía morir para pagar por sus crímenes. A pesar de que Erin había sobrevivido, la criada había acabado con la vida de Marjorie, por lo tanto, no podía quedar impune. Y también debían juzgarla por el ataque a Maura y Braden, que se recuperaban de sus heridas satisfactoriamente.

Un momento antes de bajar al salón para dar comienzo al juicio, el *laird* y su esposa estaban hablando en su alcoba.

—No puedo creer que Agnes sea la culpable de todo esto —se lamentó Erin.

—Su amor por mí la cegó. Se volvió loca. Yo tampoco imaginé que esto podría pasar. La conozco desde que éramos niños —comentó Ian con pesar.

La rabia del día anterior había dado paso a la tristeza por todo lo sucedido.

—Yo también estoy loca de amor por ti y no por eso voy asesinando a la gente —dijo Erin, abrazándolo.

El joven bajó la cabeza y reclamó la boca de su esposa, que se entregó al beso con idéntica pasión.

—Saber que he estado a punto de perderte —susurró Ian sobre sus labios— me mata.

—Sigo aquí, contigo.

—En el mejor lugar del mundo: entre mis brazos —contestó él en voz baja, antes de apoderarse de nuevo de su boca.

En ese momento, sonaron unos golpes en la puerta.

Ian gruñó por tener que interrumpir su beso con Erin y ella sonrió.

—Adelante —dio permiso para entrar a la persona que estaba al otro lado.

Fiona entró en la alcoba. En su mano portaba una carta.

—Es para ti, Erin. Tiene el sello de los Campbell.

—¡Noticias de mi familia! —exclamó, contenta.

La joven dama agarró la misiva y rompió el lacre, impaciente por saber de su familia y de su clan.

La leyó con rapidez porque sabía que no podía entretenerse demasiado; el juicio estaba a punto de comenzar.

—Es de mi hermano William. ¡Elspeth ha dado a luz a una niña! Ella y el bebé, a la que han puesto el nombre de Marsali, se encuentran bien. ¡Qué magnífica noticia! —exclamó Erin, que no cabía en sí de gozo.

—Enhorabuena —dijo Fiona.

—Felicidades, mi amor —añadió Ian.

—¿Cuándo podremos visitarlos? Estoy impaciente por conocer a mi sobrina.

—Mañana prepararemos el viaje y partiremos al día siguiente. ¿Te parece bien?

Erin afirmó con la cabeza y una gran sonrisa en el rostro.

—Debemos bajar al salón —intervino Fiona—. Ya está todo preparado para el juicio.

—Recuérdame que conteste a esta carta para informar a mi familia de nuestra próxima visita cuando acabe el proceso contra Agnes —le pidió Erin a su esposo.



Cuando Agnes entró en el salón custodiada por dos guardias, la gente comenzó a murmurar. No podían creer que esa jovencita a la que conocían desde siempre hubiera atentado contra la esposa

de su *laird*. Ian tuvo que pedir silencio. Una vez que los asistentes enmudecieron, empezó el litigio.

El *laird* se levantó del asiento de cuero que ocupaba y habló:

—Expongo aquí que la acusada, Agnes, infligió dolor y sufrimiento con el propósito de provocar la muerte de la señora de Dunvegan, Erin MacLeod, envenenándola durante varios días. Que fue descubierta por Marjorie y que acabó con su vida. También hirió a Maura y Braden por el mismo motivo. ¿Hay alguien que se ofrezca para defenderla?

Tras unos minutos de silencio sepulcral, Ian prosiguió:

—Bien. Que pasen los testigos.

Entonces Irvin, Hugh, Lynette y las otras dos criadas que habían presenciado el acuchillamiento de la curandera y el del muchacho entraron en el salón. La gente les abrió paso para que pudieran llegar hasta donde estaba Agnes.

Los testigos se colocaron en un lado del salón, frente a la acusada, con el jefe del clan en el medio.

Hugh fue el primero en hablar.

—Cuando Irvin y yo fuimos a Portree para buscar a Maura y que sanase a la señora, vimos en el bosque a Agnes cortando la corteza de un tejo. Días más tarde, cuando la señora Erin ya estaba recuperada, Angus y yo salíamos de la estancia privada del *laird* cuando nos encontramos a Braden, el hijo de Irvin, tirado en el suelo del salón con una herida en el costado. El muchacho nos contó que había una pelea en los aposentos de los sirvientes, que Agnes estaba intentando asesinar a Maura y que Lynette, Thyra, Alya —así se llamaban las otras dos criadas— y él habían intentado detenerla. Braden se tiró encima de la acusada para derribarla y esta le cortó.

—Irvin, ¿confirmas que esto es cierto? —preguntó Ian.

—Puedo confirmar que es cierto que Hugh y yo vimos a Agnes en el bosque cortando la corteza de un tejo cuando nos dirigíamos hacia Portree en busca de la curandera Maura. Lo que sucedió en las alcobas de la servidumbre no lo puedo afirmar ni desmentir, porque no estuve presente, mi *laird*. Pero lo que sí puedo confirmar es que la acusada hirió a mi hijo. Él mismo me lo contó cuando fui a verlo y también me relató lo sucedido.

—Está bien. Lynette, ¿puedes contarnos que ocurrió cuando llegasteis a los aposentos de Agnes?

La cocinera relató paso a paso lo sucedido. También contó las sospechas de Marjorie y Maura sobre que Agnes había envenenado a *lady* Erin con algunas hierbas y con la raspadura de la corteza de tejo, y que habían hallado varias bolsitas bajo el jergón de la alcoba de la acusada.

En ese momento, Thyra y Alya se acercaron al *laird* y depositaron en sus manos esas bolsas de las que hablaban.

—Marjorie y yo lo probamos, mi señor, después de una pequeña disputa que tuvimos en la cocina. Marjorie me acusó de mala cocinera y las dos probamos el caldo. Efectivamente, estaba repugnante. Sin embargo, el de la olla no. Ese tenía buen sabor. Marjorie dedujo que Agnes le había echado algo a la sopa en el trayecto de la cocina a la alcoba de la señora.

También contó que Braden había enfermado por ingerir el caldo de sopa que le había sobrado a *lady* Erin.

Después, continuó relatando cómo habían encontrado el cuerpo sin vida de Marjorie, cómo dejaron inconsciente a Agnes y la llegada de Hugh a los aposentos de la criada.

La acusada se mantenía impertérrita, escuchando todo. Parecía que las acusaciones no iban dirigidas a ella. Incluso Ian detectó un par de veces que esbozaba una sonrisa, como si se sintiera orgullosa de sus fechorías.

—Bien. Podéis retiraros —ordenó el *laird*—. Que pase Mor, la doncella de *lady* Erin.

Erin, que hasta ese momento había permanecido sentada al lado de su esposo, observó a Agnes. Todavía no lograba entender cómo había sucedido todo y el porqué de tanta inquina hacia ella. Mientras Mor avanzaba por el espacio que le habían abierto los allí congregados, se inclinó hacia el oído de Ian y le susurró:

—¿Puedo hablar con Agnes? Desearía comprender sus motivos.

—Ya te lo dije: está enamorada de mí, y ese amor la ha cegado y la ha llevado a la locura.

—Aun así, me gustaría oírlo de su boca.

—Está bien, mi amor. Pero será después de que declare Mor.

Cuando la doncella de Erin estuvo en el lado que correspondía a los testigos, contó cómo la señora del castillo había enfermado poco a poco. Al acabar su declaración, Mor abandonó el salón.

Erin se alzó de su asiento y se dirigió hacia Agnes. Se detuvo a apenas dos metros de ella.

—¿Por qué lo hicisteis? Siempre he sido gentil con vos. No logro comprender el motivo de tanta inquina.

La criada la miró con soberbia, pero también con odio.

—Me quitaste lo que era mío.

—No os he quitado nada —contestó Erin, a pesar de saber que se refería al amor de Ian, algo que nunca había tenido. Pero quería que Agnes confesase delante de todos el motivo de su intento de asesinato.

—¡Me robaste al hombre que amaba! ¡Mi *laird*! ¡Ian MacLeod! —gritó fuera de sí.

Erin contuvo el deseo de retroceder ante sus gritos, pero eso la haría parecer débil y la esposa del *laird* no debía serlo. Aguantó estoicamente los berridos de la criada, sin dejar de mirarla con tristeza.

—Yo no os robé nada. El *laird* MacLeod me eligió para ser su esposa —se defendió con voz tranquila, aunque por dentro estaba temblando—. Decidme entonces, ¿quisisteis acabar con mi vida porque mi esposo estaba enamorado de mí y no de vos?

—¡Sí! ¡Maldita sea! ¡Sí! —ladró Agnes.

—¿Y qué hubiera pasado si, al morir yo, el *laird* se hubiera casado con otra mujer?

—¡Habría acabado con su vida también y con la vida de todas las esposas que tuviese después de vos! ¡Siempre os he odiado! ¡Y no me arrepiento de todo el daño que os he causado! ¡Cuánto disfruté destrozando vuestros vestidos y destripando a ese maldito gato gordinflón al que teníais tanto cariño! ¡Y cuando planeé con los asnos de Rupert MacDonald y Murray MacDougall vuestro secuestro y asesinato! ¡Si esos idiotas hubieran cumplido con su parte, ahora estaríais muerta! ¡Pero, como no lo hicieron, decidí encargarme personalmente de acabar con vuestra vida! —gritó a pleno pulmón. Se detuvo un instante para inspirar y añadió en tono más bajo,

aunque pudieron escucharla todos los presentes—: Si no fuera por la entrometida de Marjorie, esa vieja de Maura y el maldito muchacho, nada me habría detenido en mi plan de haceros desaparecer de la vida de mi amado Ian. No me quedó más remedio que matar a Marjorie e intentarlo también con Maura. Pero la suerte no estuvo de mi lado.

Erin cerró los ojos un momento. Sus palabras escocían como la sal en una herida. Ella era la causante de todo lo malo que le había ocurrido desde que llegó a Dunvegan. Cuando hizo alusión a la muerte de Ebie, reabrió la herida en su corazón, y sintió deseos de abofetearla, pero los reprimió. También cuando la escuchó declarar que ella había matado a Marjorie y el intento de asesinato de Maura junto con el ataque a Braden.

Sin embargo, había conseguido lo que se proponía. Ahí estaba su confesión, delante de todo el clan.

Cuando abrió los ojos, centró la mirada en el rostro de la criada.

—Tenéis mi compasión y mi perdón.

—¡No quiero vuestro perdón! ¡Quiero que mueras, maldita perra!

Intentó lanzarse contra Erin, pero los guardias la sujetaron con fuerza para que no lo lograra.

Varias personas empezaron a gritar, pidiendo la horca para la acusada.

Erin regresó a su asiento y miró a su esposo.

—Ya he obtenido lo que me proponía. Puedes dictar sentencia.

Ian la observó, fascinado por su inteligencia. Había logrado que Agnes confesase su culpa y sus intenciones para las futuras esposas en caso de que las tuviera. Pero él sabía que eso no sucedería, porque si perdía a Erin, jamás se desposaría con otra mujer.

También el asesinato de Marjorie, el intento de acabar con la vida de la curandera y con Braden, el secuestro de Erin, la muerte de Ebie…

¿Cómo había estado tan ciego respecto a Agnes? Ella siempre había sido dulce y amable con todos los del castillo, y cumplía con sus tareas a la perfección, sin ninguna queja. Cuando Erin llegó a Dunvegan, Agnes se había mostrado cortés y respetuosa con ella, pero estaba claro que el amor no correspondido la había enajenado.

Observó a la criada un momento. Respiraba con agitación. En sus ojos se reflejaban la locura y el odio. No vio ningún atisbo de arrepentimiento por el daño infligido. Sintió pena por ella, pero debía recibir su castigo.

Se alzó de su asiento y pidió calma a las personas que estaban en el salón.

Cuando se hizo el silencio, proclamó:

—Declaro a Agnes culpable de todas las acusaciones y la condeno a morir en la horca. Guardias, llevadla al patio, donde será ajusticiada.

Mientras los soldados la sacaban al exterior, muchas personas estaban estupefactas. Conocían a Agnes desde que nació y, si no fuera porque ella había confesado, jamás hubieran creído lo que había hecho.

—Si no te importa, amor mío, no deseo presenciar el ahorcamiento de Agnes, por lo que me retiraré a nuestra alcoba para contestar a la carta enviada por mi hermano Will y anunciarle nuestra próxima visita. Deseo que envíes al mensajero más rápido del clan para que salga cuanto antes hacia Duntrune.

—De acuerdo. Ve —concedió Ian. La besó en los labios un instante antes de salir al patio del castillo.



19

Ian y Erin se detuvieron un momento para contemplar Duntrune, construido en lo alto del acantilado norte del lago Crinan. Erin se emocionó al ver que nada había cambiado. Sus robustos muros se mantenían fuertes, protegiendo el bastión como siempre. El lago seguía bañando con sus aguas azules el acantilado. El valle continuaba con su verdor y sus florecillas diseminadas por doquier.

La joven inspiró profundamente para llenarse los pulmones de los aromas que le traían tantos recuerdos de su niñez.

Recordó cuando encontró a Ebie junto con sus amigas Brianna, Ishla y Elisabeth. Cómo entre todas decidieron ponerle ese nombre. Todos los años pasados con el gato hasta su muerte. La herida en su corazón comenzaba a cicatrizar, pero sabía que nunca se olvidaría de él. Había sido un miembro más de su familia.

Ian observaba a su esposa, emocionada, perdida en sus recuerdos.

—¿En qué piensas, amor mío?

—En Ebie. En el día que lo encontré en el *glen*. En cómo le pusimos el nombre entre todas. Son tantos recuerdos… —Suspiró.

—Podemos tener otro gato cuando regresemos a nuestro hogar —le propuso él.

—No. No deseo sufrir otra vez por la muerte de un animal querido.

—¿Tampoco querrás tener otro halcón cuando muera este? —preguntó, señalando al ave rapaz que Erin portaba en su mano enguantada.

—No, tampoco.

—Está bien. Como desees.

Erin acarició el pico del halcón y lo soltó para que volara. El ave planeó sobre el valle y llegó hasta el castillo.

Brianna y Fiona se acercaron a ellos.

—¿Qué hacemos aquí detenidos? —quisieron saber.

—Solo estaba recreándome con la belleza del paisaje en el que pasé mi infancia y parte de mi juventud.

—Hay muchos recuerdos felices por estos lares —dijo Brianna.

—Sí, es cierto. Pero basta ya de contemplar el *glen* y Duntrune. Estoy deseando ver a mi familia —añadió Erin.

Todos continuaron su camino a lomos de sus monturas hasta que llegaron a la fortaleza, donde los esperaban los miembros del clan Campbell.

Durante el viaje hasta Duntrune, Erin les hizo prometer a todos que guardasen el secreto de lo acontecido en Dunvegan: sus vestidos destrozados, el robo del cofre con las joyas de la familia —recuperado después—, el secuestro, la muerte de Ebie y el atentado contra su vida —que se había llevado por delante la de Marjorie—, los sucesos que ocurrieron después, el juicio a Agnes y su posterior castigo. No deseaba que sus familiares conocieran esos hechos porque no quería preocuparlos. Además, eso pertenecía al pasado; un pasado reciente sí, pero era un tiempo que no deseaba recordar ni remover, porque ya no tenía solución. Y ella seguía viva, sin ninguna secuela física.

A partir de ese momento, debía centrarse en su presente, porque todo lo que había sucedido le había demostrado que, en cualquier momento, la vida puede cambiar.

Seguiría construyendo el presente junto a Ian para crear un futuro para los hijos que tendrían, algo que los dos deseaban con fervor.

Cuando accedieron al patio de la fortaleza, ya los esperaban Colin y Marion, los padres de Erin, junto con su hermano mayor, Niall; su esposa, Caitrina, y sus hijos, Kenneth y Rory.

La joven se bajó enseguida de su yegua y corrió a reunirse con ellos. Primero, abrazó a sus padres y los llenó de besos al tiempo que les contaba lo mucho que los había echado de menos. Después, fue el turno de saludar a su hermano, a su cuñada y a sus sobrinos, también con besos y abrazos. Fue un momento de tanta emoción que Erin no pudo retener sus lágrimas de alegría por la vuelta a su hogar.

—Tía Erin, ¿podemos jugar un rato con Ebie? —le preguntó su sobrino Rory.

—Me temo que no. Ebie murió hace poco. Era muy viejecito ya y su vida acabó —le contestó con tristeza, al tiempo que acariciaba los rizos pelirrojos de su sobrino, tan iguales a los de ella.

Todos se apenaron por el fallecimiento del gato y le dieron el pésame a la joven.

Después, los Campbell continuaron con la bienvenida a los MacLeod. También saludaron a Mor, que los había acompañado. La doncella estaba muy contenta por el reencuentro con sus anteriores señores y su familia.

Colin Campbell ordenó a varios mozos de cuadras que llevasen los caballos de los MacLeod al establo y que los atendieran debidamente.

—Y bien, ¿dónde están mi sobrina y sus felices padres? Estoy ansiosa por verlos —comentó Erin.

En ese momento, como si los hubiera invocado con el pensamiento, apareció Will con su esposa, Elspeth, que portaba en sus brazos al nuevo miembro del clan.

Los hermanos se abrazaron con fuerza. Luego, Erin besó a su cuñada y se quedó mirando embelesada a su sobrina.

—Es igualita que tú —dijo Elspeth—. Marsali, te presento a tu tía Erin.

La joven dama temblaba de emoción. Aquel ser diminuto, tan frágil, con la carita sonrosada y varios mechones de color rojo en la cabeza, la conmovió tanto que no pudo reprimir las lágrimas.

—¿Puedo cargarla en mis brazos, por favor? —le pidió a su cuñada.

—Por supuesto que sí. No tienes que preguntarlo —respondió, entregándole a la niña—. Puedes tenerla siempre que quieras.

Erin acunó a la pequeña del clan con ternura y amor. No podía apartar los ojos de aquella personita tan maravillosa que la miraba también con sus ojos claros como el cielo en un día despejado. La niña estaba tranquila. Se sentía segura entre los brazos de su tía.

Ian se acercó a ellas. Marsali lo miró y, acto seguido, comenzó a llorar.

—Ya la has asustado —lo riñó su esposa.

—Igual que hacía contigo cuando eras pequeña —intervino su hermano Will—. Aléjate de mi hija, MacLeod, o lo lamentarás —añadió, burlón.

—No puedo creer que algo tan precioso lleve tu sangre, Campbell —le respondió con otra broma.

—Pues así es —contestó el otro, feliz. Alzó el mentón con orgullo y lo retó—: Cuando tengas hijos, también llevarán mi sangre, la que comparto con mi hermana, así que cuídalos bien o te las verás conmigo.

—Dejad vuestras chanzas para otro momento —intervino Marion —. Entremos en el salón. La mesa ya está dispuesta para comer. Después, podéis retiraros a vuestras alcobas para asearos y descansar.



Cuando la tina con agua caliente estuvo llena, Ian y Erin se metieron en ella. Los dos suspiraron de placer al sentir cómo sus músculos cansados por el viaje se relajaban.

El *laird* de los MacLeod rodeó a su esposa con los brazos y con las piernas, y la pegó más a su cuerpo. Ella pudo sentir su duro torso y

su erección.

—Parece que estás listo para darme placer —murmuró la joven.

—Así es —musitó en su oreja. El aliento que salió de su boca hizo que todo el vello corporal de Erin se erizase excitado.

—Puedes comenzar cuando desees —lo tentó ella.

Ian acarició el cuerpo de su mujer con lentos movimientos de sus manos. Primero, fueron los senos los que recibieron las atenciones del *laird*. Los masajeó con gusto mientras besaba la nuca de su esposa con ardientes besos, que hicieron que los pezones se le endurecieran. Ian los atrapó entre los dedos y jugó con ellos antes de descender hacia el vientre.

Cuando llegó al ombligo, lo tocó con suma delicadeza, pero pronto sus manos viajaron más abajo, en dirección a los rizos de su pubis. Se entretuvo con ellos mientras Erin jadeaba entre sus brazos.

—Más, por favor, necesito más —le pidió su esposa.

—Ya voy, amor.

Llegó hasta el punto donde se localizaba el centro del placer. Pasó por esa zona varias veces hasta que lo sacó de su escondite. Cuando lo notó duro contra las yemas de sus dedos, se afanó más aún en frotarlo. Quería que su esposa estallara de placer.

Erin gemía cada vez más fuerte. Notaba cómo un calor delicioso se apoderaba de ella. Un remolino de sensaciones estaba a punto de explotar. Con cada pasada de los dedos de Ian en la zona más erógena de su cuerpo, la llevaba más alto. Solo un poco más y tocaría el cielo.

—Más fuerte, Ian —gimoteó, suplicando por el placer que sabía que estaba a punto de conseguir.

El joven la tocó con más rudeza hasta que logró que ella sucumbiera al éxtasis.

Erin arqueó la espalda mientras jadeaba de placer. Con la cabeza apoyada en el hombro de su esposo, aguantó el torrente de sensaciones que se apoderó de su cuerpo. Justo en ese momento, notó que Ian le introducía un dedo en su interior, preparado para continuar dándole placer.

—Ian —susurró con la respiración agitada todavía—, no quiero tu dedo. Necesito tu verga dentro de mí. Ahora.

—Tus deseos son órdenes para mí, querida esposa —contestó él con la voz ronca por la excitación.

Agarró el cuerpo de Erin por la cintura y la alzó un poco para poder llenarla con su erección. Cuando la colmó, los dos comenzaron una danza sensual, que los llevó de nuevo a estallar de placer. El aroma de aquel acto carnal se extendió por toda la alcoba.

El agua de la tina salpicó por todos lados, pero a ellos no les importó. Estaban dedicados únicamente a amarse.



—¿Cuándo piensas dejar encinta a mi hija, MacLeod? —preguntó Colin Campbell mientras cenaban.

—¿Qué te hace pensar que no lo esté ya? —replicó Ian.

El *laird* Campbell miró a Erin. En realidad, todos los que estaban en la mesa cenando con ellos la observaron, expectantes, a la espera de su respuesta.

Erin enrojeció hasta las raíces del pelo, pero mantuvo la compostura.

—No creo que sea un tema adecuado para tratar en estos momentos —dijo con una inclinación hacia sus sobrinos Kenneth y Rory.

—Es cierto, suegro —convino Caitrina, la madre de los niños—. No es un tema apropiado.

—¿Por qué no? Tarde o temprano, habrá que instruirlos en cómo se hace para tener descendencia —intervino Niall.

Esa respuesta fue premiada por un pisotón de su esposa por debajo de la mesa.

—¡Ay! —se quejó el hermano mayor de Erin.

—Si yo digo que no es adecuado, no lo es, y punto —respondió Caitrina.

Ian empezó a reírse.

—Tu esposa te tiene dominado, Campbell —se mofó de él—. Más vale que la obedezcas o esta noche dormirás al raso.

—Tú no hables muy alto —intervino Erin—, o compartirás el campo con él.

Las mujeres se rieron al oír cómo la joven esposa advertía a su marido.

Erin fijó la mirada en su padre, que estaba disfrutando con la conversación y las chanzas entre unos y otros.

—Padre, no debéis preocuparos. Seguro que dentro de poco estaré encinta.

—Brindo por eso, hija.

Colin alzó su copa. El resto de los comensales se apresuraron a levantarla también.

—Por los futuros descendientes de los clanes Campbell y MacLeod —dijo el *laird*.

Después, cada uno bebió de su copa y continuaron cenando mientras charlaban animadamente.

Más tarde, cuando Elspeth estaba dando de mamar a Marsali, Erin se quedó hechizada por aquella imagen. Había tanta ternura y amor en ella que deseó con toda su alma tener un bebé.

—Si ya has terminado de cenar —escuchó la voz de Ian en su oreja—, podemos retirarnos a nuestra alcoba y hacer el amor tantas veces como quieras para tener un bebé como Marsali.

Ella desvió la mirada hacia los ojos de Ian. En ellos vio que anidaban la pasión y el deseo ardiente que sentía.

La joven sonrió al mismo tiempo que asentía con un movimiento de cabeza.



Durante los siguientes días disfrutaron de la compañía de todo el clan Campbell.

Erin estaba enamorada de su sobrina y parecía que la niña también de ella, porque cuando aparecía en su campo de visión o la tomaba en brazos, la pequeña no dejaba de sonreír y de mirarla.

Sin embargo, cuando veía a Ian, comenzaba a llorar.

—No lo entiendo —protestó el *highlander*—. No le hago nada, ni siquiera le hablo.

—Es que tienes un físico imponente —contestó Erin con una sonrisa—. A mí, de pequeña, también me dabas miedo, recuérdalo.

—Pero ella es un bebé —replicó Ian, sin llegar a comprenderlo.

—Tranquilo, mi amor. Con el tiempo perderá ese miedo que tiene ahora y te querrá tanto como yo —le consoló la joven.

—Espero que a nuestros hijos no les suceda lo mismo —deseó el *laird* MacLeod.

—Estoy segura de que no —lo tranquilizó Erin.

—Dejad de parlotear —comentó Brianna, que estaba con ellos—. Deberíais estar haciendo el amor. Deseo tener sobrinos ya.

—Estamos en ello, hermanita. Sin embargo, no es tan fácil como piensas.

—Por eso lo digo. ¿Qué hacéis aquí perdiendo el tiempo? Idos a vuestra alcoba.

Erin soltó una carcajada.

—No te preocupes, Brianna. Tarde o temprano, serás tía. Pero ahora déjame disfrutar de mi sobrina. Pasará mucho tiempo hasta que vuelva a verla —dijo, devolviendo la atención a la niña que acunaba en sus brazos.

—Es hora de que Marsali se duerma —dijo Elspeth.

—¿La puedo dormir yo? —le pidió Erin.

Su cuñada vio tanto anhelo en los ojos de la joven que le concedió lo que le pedía.

Erin comenzó a cantar una nana en gaélico mientras mecía al bebé en sus brazos. Poco a poco, los ojitos de Marsali fueron cerrándose. La dulce voz de su tía era como un arrullo que envolvía al bebé, de una manera segura y cómoda, y creó una conexión entre ellas que jamás se rompería.

Dos días más tarde, partieron hacia la isla de Skye, de vuelta al hogar del clan MacLeod. La despedida fue triste. Erin no deseaba abandonar Duntrune y, por tanto, a su familia, pero debía hacerlo. Ahora su hogar estaba en Dunvegan, junto a Ian y el resto del clan.

Ian y Erin prometieron que los visitarían otra vez en san Andrés, a finales de noviembre. Para devolverles la visita, los Campbell

pasarían con ellos Hogmanay, la fiesta de las hadas que se celebraba en Año Nuevo. Al ser el clan MacLeod los guardianes de la bandera de las hadas, todos los años organizaban el festival de fuego, tradición heredada de sus antepasados celtas y vikingos.

Y así emprendieron el camino que los llevaría hasta las Tierras Altas de Escocia, con un montón de promesas por cumplir.



EPÍLOGO

Castillo Dunvegan. Isla de Skye, Escocia.
Noche del 30 de abril al 1 de mayo de 1329

Las hogueras de Beltane estaban prendidas. Los granjeros conducían su ganado alrededor de ellas para purificarlo y purificarse a sí mismos. Era un ritual heredado de los celtas, que se celebraba entre el equinoccio de primavera y el de verano.

En el centro de todas las hogueras estaba construido el hombre de mimbre, una estructura de gran tamaño en la que los antiguos druidas quemaban a sus víctimas en sacrificio. Normalmente, solían ser prisioneros de guerra romanos que eran capturados por las tribus celtas.

Pero ahora tan solo quemaban la figura de mimbre en honor al rito pagano. Era un acto simbólico, una forma de mantener viva una tradición ancestral sin perjudicar a nadie.

Una figura importante de Beltane era la reina de Mayo, que ese año le correspondía a una de las jóvenes del pueblo. Representaba a la diosa celta Ostara, que encarnaba la fertilidad, la vida y la renovación del mundo natural. Era una mujer joven, amorosa y sensual que sostenía en su mano derecha una rama de manzano.

El acto consistía en que la reina de Mayo del año anterior debía pasar su corona a la siguiente reina, elegida entre un grupo de trece jóvenes vírgenes. A continuación, marchaban en procesión.

Erin disfrutaba de la música celta que sonaba en esos momentos cuando se le acercó Maura. La saludó efusivamente y comentaron lo mucho que estaban disfrutando del festival.

La anciana posó las manos en el vientre de Erin y cerró los ojos. La joven no se movió. Si Maura la tocaba así, debía tener un buen motivo, así que aguardó, expectante. Maura mantuvo las manos durante varios minutos y, cuando abrió los ojos, sonrió.

—Dentro de ocho lunas lo tendré todo preparado —dijo la curandera.

—¿Preparado para qué? —quiso saber Erin.

—Vas a ser madre.

Esas cuatro palabras golpearon con fuerza a Erin. Su corazón comenzó a latir veloz. ¿Había oído bien? ¿Iba a tener un bebé en poco más de ocho meses?

—Por fin —suspiró Erin.

—¿Estás segura, Maura? —preguntó Brianna, intentando no saltar de la emoción. ¡Iba a tener un sobrino!

—Por supuesto, jovencita —le dijo con confianza—. ¿Alguna vez me he equivocado? —Lanzó la pregunta como si fuera una reprimenda por haber dudado de sus capacidades.

Erin estaba muy contenta por la noticia que acababa de darle Maura. ¡Iba a ser madre! La felicidad inundó su cuerpo y emborrachó cada parte de su ser. Estaba deseando contárselo a Ian.

—¿*Lady* Erin va a tener un bebé? —quiso saber Meg, que estaba entre Brianna y Erin.

—Sí, pequeña —contestó Maura.

—¿Se va a morir? —preguntó, preocupada.

Brianna bufó, exasperada por lo cabezota que era la niña.

La curandera acarició la cabeza de la pequeña.

—No, no morirá. Tendrá un bebé sano y fuerte al que cuidar y proteger. Y tú la ayudarás, ¿entendido?

Meg asintió con solemnidad. Luego, esbozó una sonrisa que iba dirigida a Erin.

—Enhorabuena, cuñada —dijo Brianna en ese momento.

Maura sacó unas hierbas del bolsito que llevaba. Ató el manojo con una cuerdecita y se lo dio a Erin.

—Cuando sientas náuseas, que te preparen una infusión con estas hierbas. Te aliviarán.

—Muchas gracias, Maura —contestó con una sonrisa más grande aún que la que le había mostrado antes.

—Y, cuando empiecen los dolores de parto, envía a alguien a buscarme.

—¿Cómo sabré que son dolores de parto? —preguntó Erin.

La anciana le cogió una mano y la sostuvo entre las suyas.

—Lo sabrás —dijo mientras asentía con la cabeza—. Confía en mí.



Ian estaba con sus hombres festejando Beltane cuando se le acercó un mensajero y le entregó una carta que había enviado uno de los guardias que tenía en el puerto de Uig.

Se retiró un poco para leer la misiva. En ella, el soldado le informaba de que Kylian MacDougall había llegado a ese puerto esa misma mañana, que lo habían capturado y se dirigían hacia Dunvegan. También mencionaba que el proscrito se había dejado capturar sin oponer resistencia.

Una vez acabada la lectura del pergamino, alzó sus ojos y buscó a su hermana. La descubrió junto a su esposa, con Meg y Maura. La curandera le entregaba en esos momentos algo a Erin mientras mantenían una conversación.

Se dirigió presto hacia ellas y llegó a tiempo de escuchar cómo la anciana le decía a Erin:

—Lo sabrás. Confía en mí.

—¿Qué es lo que tiene que saber mi amada esposa? —preguntó Ian.

La anciana miró primero al *laird* y después, a Erin.

—Contádselo, mi señora —la animó la curandera.

Erin se acercó a su esposo con una gran sonrisa.

—Estoy encinta.

El *laird* abrió mucho los ojos y, tras recuperarse de la sorpresa, abrazó a su esposa y rompió a reír. Lágrimas de alegría rodaron por

los rostros de ambos. Ian llenó a Erin de besos.

—¡Por fin! —exclamó, contento. Se giró hacia Maura y preguntó —: ¿Cuándo nacerá?

—Dentro de ocho lunas, mi señor.

—¡Dentro de ocho lunas! —repitió con una alegría desbordante.

Abrazó otra vez a Erin, la besó con pasión y la alzó entre sus brazos.

—Vamos a ser padres, mi dulce esposa. Por fin. Después de tanto tiempo esperando.

—Sí, por fin. Debo escribir a mi familia para darles la buena noticia.

—Mañana podrás hacerlo. Ahora tenemos que disfrutar de la bendición que nos ha otorgado Ostara, diosa pagana de la fertilidad.

Continuaron con la fiesta hasta bien entrada la noche.

Cuando regresaron al interior del castillo, estaban exhaustos.

Sin embargo, a Ian aún le quedaba un asunto por resolver.

—Sube a nuestra alcoba. Iré enseguida —murmuró sobre sus labios, antes de besarla.

Erin hizo lo que su esposo le había pedido y se marchó de allí.

—Brianna —llamó el *laird*—, debo hablar contigo un momento. Acompáñame a mi sala privada, por favor.

La joven se imaginó de qué quería hablar su hermano con ella.

Esa noche se había celebrado la festividad de Beltane, por lo tanto, Kylian había vuelto como le prometió antes de partir hacia Irlanda.

—¿Tienes noticias de Kylian? —preguntó con ansiedad.

Ian no respondió hasta que no estuvieron los dos en la estancia privada del *laird*.

Entonces le mostró la carta que había recibido.

Brianna la leyó con avidez.

—¿Por qué lo han capturado? ¿Qué piensas hacer con él? Si lo matas, te advierto de que tú correrás la misma…

Ian alzó una mano para interrumpirla.

—No voy a matarlo. A no ser que haga daño a nuestra familia.

—Eso no ocurrirá —lo defendió.

—He ordenado su captura porque quiero hablar con él antes de que se reúna contigo.

—¿Por qué tiene que ser antes y no después de que yo lo vea?

—Porque necesito saber si son ciertas las palabras que te escribió en aquella carta poco después de su partida a Irlanda.

—¡Por supuesto que son ciertas! —volvió a defenderlo.

—También debemos pensar en la manera de conseguir el perdón del rey. De lo contrario, no podréis desposaros.

Brianna asintió.

—Querida hermana, tenemos por delante un duro trabajo que hacer.

—Haré lo que sea necesario para demostrar que Kylian es un buen hombre, honorable y con valores, fiel a Escocia y al rey Bruce.



Cuando Ian llegó a su alcoba minutos después, se encontró con Erin en camisón, sentada frente al tocador, cepillándose el pelo.

Al oír el ruido de la puerta al abrirse, la joven vio por el espejo que era su esposo quien accedía a sus aposentos.

—Perdona mi tardanza —se disculpó.

Erin no dijo nada. Dejó el cepillo encima de la mesa de madera y se levantó del asiento que ocupaba. Caminó hacia su amado con lentitud, contoneando las caderas para despertar en él un deseo irresistible.

En silencio, comenzó a desvestirlo y aprovechó para depositar pequeños besos en la piel que iba descubriendo. La sensación de sus labios sobre la piel de Ian provocó que sus terminaciones nerviosas se volvieran locas.

Con la lengua, le lamió los pezones, como él había hecho infinidad de veces con los suyos. El joven soltó un gruñido muy masculino, que hizo que el corazón de ella latiera más rápido, con una mezcla de ansiedad y excitación.

Cuando se deshizo del *kilt*, se encontró con su virilidad erecta, apuntando directamente hacia ella. La abarcó con la mano y notó su

piel caliente y suave, acero cubierto de seda.

Ian ronroneó como un gatito de pura satisfacción y tuvo que hacer un esfuerzo para controlar su lujuria. La agarró por la cabeza y acercó los tentadores labios de su mujer a su sedienta boca. Necesitaba beber de ella hasta saciarse. Por un instante, se sintió como un pedazo de hielo derritiéndose en mitad del fuego. La boca femenina tenía un calor que lo volvía loco.

Sus manos pasaron de la cabeza a la cintura. La acarició por encima del camisón, pero él necesitaba más. Más de ella. Deseaba sentir el contacto de su piel suave y delicada.

De un tirón, le sacó la camisola por la cabeza, dejándola desnuda frente a él. Erin temblaba como una hoja sacudida por el viento, pero no era de frío. Era de anticipación y deseo. Temblaba de pasión al imaginarse la noche de placer que tendría con su esposo.

—Eres tan hermosa —susurró Ian.

—Tú también —contestó mientras seguía acariciando su erección.

Aquel contacto carnal era una sensación tan exquisita que deseó fundirse en él. El cuerpo masculino era increíble, cálido y duro al mismo tiempo. Aceleró las caricias que le estaba dedicando al magnífico miembro del guerrero.

—¿Te gusta, amor mío? —preguntó con una voz tan sensual que logró que la sangre corriera enloquecida por las venas de su marido.

—Demasiado, mi ardiente esposa. Pero no deseo culminar así. Deseo acabar entre tus piernas, enterrado en ti profundamente.

La cogió en brazos y la tumbó en el lecho con delicadeza, como si fuera un tesoro de un valor incalculable. Le abrió las piernas y ocupó el espacio entre ellas. La penetró con un envite certero y movió las caderas pegado a ella, para rozarle el punto exacto donde aguardaba su placer.

Ian la miró con los ojos ardientes de deseo y comprobó que Erin estaba a punto de alcanzar su clímax. Aceleró el ritmo hasta que fue tan frenético que ella alcanzó el éxtasis con un gemido de puro gozo.

A pesar de ello, Ian continuó embistiéndola hasta que notó cómo el fuego se apoderaba de su cuerpo. Gritó al vaciarse en ella y olió el primitivo y excitante aroma del sexo inundando la alcoba.

Se desplomó contra ella, pero no duró mucho tiempo, porque enseguida giró con el cuerpo de su esposa pegado al suyo hasta tenerlo sobre él.

—Te amo, mi dulce Erin.

—Yo también te amo, Ian.

—Gracias por darme un hijo —susurró él, emocionado.

Metió una mano entre sus cuerpos y le acarició el vientre.

—Gracias a ti por sembrar en mi cuerpo la semilla de la vida.

Ian volvió a reclamar su boca, con todos los sentidos puestos en la vibrante mujer que tenía entre sus brazos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecer a Dama Beltrán por animarme a escribir una historia de *highlanders* y resolver mis dudas durante el proceso, también por ayudarme siempre que lo necesito. Gracias por tus consejos y tu apoyo.

A mis lectoras cero, Vanessa Valor y Mónica Quiroga, por leer el borrador y pasarme sus comentarios. Por esos audios de quince o veinte minutos en los que nos contamos todo. Por cada palabra de ánimo en los momentos de bajón. Por querer siempre que mis novelas lleguen a las lectoras lo mejor posible y por estar a mi lado en cada uno de mis proyectos, que también son un poquito de ellas.

Muy especialmente quiero agradecer a Josephine Lys por leer este manuscrito y por su opinión sincera. No te imaginas lo importante que es para mí que esta historia te haya gustado tanto y estés deseando la siguiente. Gracias, gracias, gracias.

A mi familia: padres; hermanos; cuñadas; sobrino; tíos; primos; mi marido, Ángel, y mis hijos adolescentes, por dejarme tiempo para escribir y apoyarme en todos los proyectos. Por su cariño y su amor. Os quiero.

A Carolina Ramos por la corrección de esta novela y a Marién Fernández Sabariego por la maquetación y la portada. Gracias por hacer que mis novelas lleguen a las lectoras tan bonitas y con tanta calidad. Sois unas profesionales estupendas.

Gracias también a todas las personas que organizan eventos literarios con el fin de que la literatura romántica sea más conocida; por hacernos pasar unas jornadas muy bonitas, uniendo a lectoras con escritoras.

A mis compañeras de escritura que en algún momento me han ayudado, gracias igualmente.

Y, por último, a todas las lectoras que han elegido esta historia para entretenerse. Espero que hayáis pasado un buen rato con Ian, Erin, Brianna, Kylian y el resto de los personajes que aparecen.

Gracias por dejar vuestros comentarios en Amazon y por recomendar esta novela a otras lectoras.

BIOGRAFÍA DE MABEL DÍAZ



Mabel Díaz nació en Barakaldo (Vizcaya), en 1977. Tras vivir unos años en Alcoy (Alicante), el amor la llevó a Madrid, donde reside en la actualidad. Siempre le gustó leer y devoraba cada libro que caía en sus manos. Empezó a escribir romántica y erótica como *hobby.* Así nacieron Entre mis brazos, Cuando te falte mi piel, Adicto a ti, Amarte a escondidas, Una relación clandestina, Los besos que no te di, la trilogía erótica de los hermanos MacKenzie, El que se enamore pierde, Love & Secrets, Bala perdida, 3 te odio y un te quiero, No me busques más, entre otras.

BIBLIOGRAFÍA

- ☐ Entre mis brazos (2ª edición)
- ☐ La última noche contigo
- ☐ El fuego que arde en ti: Hermanos Mackenzie 1. (2ª edición)
- ☐ Dulce tentación: Hermanos Mackenzie 2. (3ª edición)
- ☐ El calor de tus besos: Hermanos Mackenzie 3. (2ª edición)
- ☐ Bajo las estrellas (2ª edición)
- ☐ Coser mi alma rota
- ☐ Amor a quemarropa & Perfecta
- ☐ 3 te odio y un te quiero (2ª edición)
- ☐ No me busques más (2ª edición)
- ☐ Adicto a ti (2ª edición)
- ☐ Cuando te falte mi piel
- ☐ Amarte a escondidas
- ☐ Una relación clandestina: Amarte a escondidas 2.
- ☐ Los besos que no te di: Amarte a escondidas 3.
- ☐ Cómplices del placer
- ☐ Seduciendo a un ángel
- ☐ Un amor de cinco estrellas (2ª edición)
- ☐ El príncipe que salió del cuento (2ª edición)
- ☐ El que se enamore pierde
- ☐ Love & Secrets: bilogía Love I
- ☐ Bala perdida: bilogía Love II
- ☐ Seré tu héroe de amor
- ☐ Una esposa para el laird: guerreros de Escocia I